

UNA DE LAS MEJORES OBRAS DE NORTON A. BOUCHER
RÁPIDA Y DE BUENA LECTURA SATURDAY REVIEW

ANDRE NORTON

GUAR DIA ES TE LAR



 **GALAXIA**
Ciencia-Ficción

Es el relato trepidante del valiente recluta, que primero se atrevió a desafiar una dictadura científica en beneficio de la Tierra entera.



Andre Norton

Guardia estelar

Galaxia - 33

ePub r1.0

Titivillus 31.05.16

Título original: *Star Guard*
Andre Norton, 1955
Traducción: Luis Enrique de Juan
Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LOS MERCENARIOS

Cuando las especies dominantes de un pequeño sistema de nueve planetas que giraban alrededor de una estrella amarilla llamada «Sol», situada cerca del borde de la Galaxia, aprendieron a volar por el espacio y se adentraron por nuestras rutas, surgió un problema que el Control Central hubo de resolver con suma rapidez. Aquellos «hombres», como se llamaban a sí mismos, eran una combinación de curiosidad, osadía, habilidad técnica y deseo básico de competir con otras razas y especies; en suma, que habían nacido para armar conflictos. Su respuesta a cualquier problema era agresiva. Si este «deseo de batalla» no hubiese sido conocido en seguida y encarrilado debidamente hacia caminos de cordura, parece ser que su influencia habría puesto en peligro, a pesar de ser tan pocos en comparación con nosotros, la paz de las rutas estelares, arrastrando sectores completos a la guerra.

Pero inmediatamente se dieron los pasos oportunos, y a los terrestres se les asignó un papel que no sólo era adecuado a su naturaleza, sino que al mismo tiempo suponía una válvula de seguridad para todos los otros beligerantes que pudieran existir en los sistemas que forman nuestra gran confederación. Tras de haber sido estudiados y justipreciados debidamente por los técnicos en psicología del Control Central, los terrestres fueron destinados a actuar como mercenarios de la Galaxia... en espera del tiempo en que estos seres demasiado independientes y agresivos desarrollaran en su interior unas inclinaciones menos peligrosas.

De esta forma llegaron a constituir las «Hordas» y las «Legiones» que encontramos mencionadas una y otra vez en varias historias solares de este período. Esas organizaciones, formadas por «Archs» o por «Mechs», preparaban una guerra en debida forma a cualquier

gobernante planetario que deseara aumentar su prestigio empleándoles para que lucharan a su favor.

Los Archs, que formaban las Hordas, se limitaban a cumplir su servicio en mundos primitivos, e iban equipados con armas manuales, luchando en combate personal. Los Mechs, por el contrario, formaban las Legiones y empleaban medios de guerra técnicos, considerando la guerra, sin embargo, como un juego en que era necesario hacer que el contrario le concediera a uno la victoria por puntos, a menudo sin entrar en batalla.

Cuando aún eran unos principiantes, los «hombres» eran seleccionados para ser «Archs» o «Mechs» de acuerdo con rígidas pruebas. Después de un período de intenso entrenamiento, firmaban su «alistamiento» bajo el mando de los jefes. Una parte de la paga que se entregaba al jefe de la Horda o de la Legión por los que la empleaban era enviada a su mundo nativo, la Tierra, a título de impuestos. En otras palabras, este sistema exportaba guerreros y los materiales necesarios para hacer la guerra, y eran como comerciantes de batallas. Pasada una generación, aceptaron su papel entre nosotros al parecer, sin la menor protesta.

Trescientos años después (que todos los investigadores busquen, por favor, el folio seis, columna segunda... La fecha de «3956» anno Domini es una manera de expresarse terrestre, y si nosotros la empleamos ahora es porque toda esta conferencia está basada sobre ciertos relatos escritos por los mismos terrestres), una Horda de no mucha importancia fue contratada por un nativo de Fronn que planeaba una rebelión. Mientras realizaba la tarea que se le había encomendado, esta organización descubrió una situación que cambió la historia para los de su especie, y quizá para la misma Galaxia. Aún hay que averiguar si este cambio representará un bien para todos nosotros.

(De una conferencia sobre «Historia de la Galaxia» desarrollada por Hist-Techneer Zorzi en la Universidad Galáctica de Zacan. Tema de la conferencia: «Contribución de los sistemas menores a los... cambios históricos». Fecha: el día Zol de 4130 anno Domini según la Tierra).

CAPÍTULO I

GUERRERO DE TERCERA CLASE

Como nunca había estado antes en Prime, Kana Karr, guerrero Arch de tercera clase, no deseaba nada mejor que apoyar su cuerpo alto y delgado contra el muro del aeropuerto y contemplar aquellas torres que parecían atravesar el acerado azul del cielo mañanero. Pero al hacer tal cosa se delataría como novato, así que tenía que darse por satisfecho lanzando miradas hacia el cielo tratando de ver, sin inspirar sospechas, todo lo que pudiera de aquello que le infundía tanto respeto. Se sentía resentido más que nunca porque le hubiesen conducido al Cuartel General de Combatientes un mes más tarde que a los demás de su clase, así que sería probablemente el único recién llegado entre los que esperaban en la sala de alistamiento.

En realidad resultaba excitante estar en Prime. Aquella era la meta por la que había sufrido diez años de intenso entrenamiento. Dejó en el suelo su mochila de campaña y se frotó disimuladamente sus húmedas manos contra los ajustados pantalones que cubrían sus muslos. Aunque era un frío día de principios de primavera, estaba sudando. El tieso cuello de su nueva guerrera gris verdosa le apretaba la garganta, y las orejeras de su casco, las mandíbulas. Al propio tiempo, los pertrechos militares le pesaban más que nunca le habían pesado.

Se daba aguda cuenta de la desnudez de las correas que cruzaban sus hombros y de que su casco carecía aún de cresta. Los hombres que habían compartido los estudios con él, aquellos que ahora tenía a la vista, centelleaban de condecoraciones enjoyadas, consecuencia de haber llevado a cabo misiones con éxito; algunos de ellos eran ya veteranos.

«Bien... llegar a eso es sólo una cuestión de tiempo», se repitió

en silencio una vez más. Cada una de aquellas figuras condecoradas había estado alguna vez tan desnudas de insignias y tan llenas de incertidumbre como ahora se encontraba él...

La atención de Kana fue atraída por otro color que brillaba vívidamente entre las acostumbradas olas de gris verdoso y plata. Los labios del joven formaron una estrecha línea mientras sus azules ojos, tan brillantes en su moreno rostro, denotaban una expresión de frialdad.

Una superficie móvil se había alzado ante la entrada del mismo edificio a donde él había sido dirigido. Y sobre la superficie había un hombre delgado envuelto en una brillante capa escarlata, y tras él otros dos vestidos de blanco y negro. Como si hubiese sido anunciada su llegada, los combatientes terrestres que se encontraban en los escalones formaron grupos a la izquierda y a la derecha, dejando un amplio camino vacío ante la puerta.

Pero aquello no lo hacían en su honor, según se recordó a sí mismo fieramente Kana. Los terrestres, los habitantes de su planeta natal, no mostraban la menor deferencia hacia los agentes galácticos excepto en un estilo tan exagerado que más bien denotaba su disgusto. Sin duda vendría un tiempo en que...

Los puños de Kana se cerraron al tiempo que el joven observaba cómo la roja capa y sus guardias patrulleros galácticos desaparecían en el interior de la sala de alistamiento. Kana no había tenido nunca contacto directo con un Agente. Los X-Tees, o sea los extraterrestres no humanos que fueron sus instructores después de que hubo probado ser capaz de absorber el entrenamiento dado por los X-Tees

y los de Enlace Estelar, eran de una clase muy distinta. Quizá porque no eran humanos él nunca les había considerado como aquellos gobernantes del Control Central que hacía muchas generaciones decretaron alegremente que los habitantes del sistema solar eran «bárbaros», que no podrían ser nunca ciudadanos galácticos, a menos que la cosa se redujera a los estrechos límites que ellos señalaran.

Kana se daba cuenta de que no todos sus compañeros sentían tanto resentimiento como él. La mayoría de sus condiscípulos, por ejemplo, estaban bastante contentos de aceptar aquel futuro para ellos tan arbitrariamente decidido. Una rebelión significaba tener

que trabajar en los campos y no tener nunca oportunidad de salir al espacio. Sólo un combatiente que cumplía un deber militar gozaba del privilegio de visitar las estrellas. Cuando Kana se enteró de esto, al comienzo de sus estudios, se conformó con llegar a ser Arch, encontrando en el entrenamiento de X-Tee

la suficiente distracción para poder olvidar el odio que le producía saber que no le estaba permitido llegar a las estrellas como él quería.

La aguda nota de un pito militar que señalaba la hora le trajo a la realidad y al problema que tenía ante sí. Se echó la mochila al hombro y subió los escalones que el Agente había subido hacía pocos minutos. Dejó la mochila en uno de los estantes que se encontraban cerca de la puerta y ocupó su lugar en la fila de hombres que se dirigía hacia la sala interior.

Los Mechs, con sus capotes color gris azulado y sus adornados cascos, doblaban en número a los Archs en la fila en que Kana se hallaba. Y los pocos Archs que había cerca de él eran veteranos. Por lo tanto, aunque estaba rodeado por los de su especie, Kana se sentía tan aislado como lo había estado en la calle.

—Están intentando mantener el asunto oculto... pero Faifa rehusó este trabajo para su Legión... dijo el Mech que estaba a su izquierda, un hombre de treinta a cuarenta años, con diez alistamientos en su hoja de servicios y que no se molestaba en hablar bajo.

—Hizo muy mal negándose —contestó un compañero con voz incierta—. Después de todo, se trata de un empleo de suerte...

—¿De suerte? Dos Legiones diferentes han salido para realizar la misma tarea y no han regresado. ¡Y hablas de suerte! Yo diría que hace falta una investigación. ¿Sabes cuántas Legiones han sido borradas de las listas durante los pasados cinco años? ¡Veinte! ¿No te suena eso a mala suerte?

Kana lanzó una exclamación casi análoga a la del otro individuo. ¡Veinte Legiones perdidas en batalla durante un período de cinco años! Esto alejaba para siempre la teoría de la suerte. Si las modernas Legiones, expertamente armadas, que operaban sólo en los planetas civilizados habían quedado tan diezgadas, ¿qué pasaría con las Hordas, que servían sólo en mundos bárbaros? ¿Sería tan

mala su suerte? No era de extrañar que hubiera tantos cuchicheos últimamente, tantos comentarios sobre el precio que el Control Central cobraba por salir al espacio. El precio que la Tierra había pagado durante más de trescientos años era demasiado alto.

Un hombre que estaba bastante delante de Kana se cambió de sitio de pronto y el joven se apresuró a ocupar el vacío que el otro había dejado. Ahora se hallaba en la misma barrera de la sala de alistamiento. Kana abrió el cierre de su brazalete para tenerlo a punto de entregarlo al inspector de servicio. Aquella tira de flexible metal, hecha según las ordenanzas, informaría automáticamente todo lo concerniente a Kana Karr, australiano-malayo-hawaiano; edad: dieciocho años y cuatro meses; entrenamiento: especialización en

X-Tee;

servicio previo: ninguno. Y una vez penetrara en la sala de alistamiento, ya no podría volverse atrás. En efecto, el inspector tomó la tira, la depositó en la plancha corredera durante un instante y luego se la devolvió a Kana con el apagado aburrimiento del que está condenado a un trabajo de rutina.

Dentro de la otra sala había muchos asientos vacíos... Los Mechs, a la izquierda; los Archs, a la derecha. Kana ocupó el asiento más cercano y se atrevió a mirar a su alrededor. Enfrente de las filas de asientos estaba el tablero de destinos y en él se encendían ya señales de color naranja, y aunque Kana sabía que no era posible que su número saliera tan pronto, pensó que debía seguir con atención aquel firme río de llamadas. Los llamados se apresuraban a ponerse en pie y desaparecían por una puerta que había en el extremo de la sala.

Los Archs... Kana-se inclinó hacia adelante en su asiento para observar a los hombres que tenía a su lado. Al menos veinte guerreros de primera clase, entre ellos dos inspectores, estaban allí. Y cincuenta o más guerreros de segunda clase. Pero... —Sus ojos buscaron inútilmente otros cascos sin cresta— él era el único hombre de tercera clase que se hallaba presente. Sus compañeros que le habían precedido en el entrenamiento debían haber sido alquilados antes de que él llegara. Pero esperad... Una luz roja...

Dos hombres S-2 se pusieron en pie, se estiraron las guerreras y se ajustaron los cinturones. Pero antes de que avanzaran por el

pasillo se produjo una interrupción. El tablón de anuncios mostró una luz blanca, que luego se apagó completamente, mientras un pequeño grupo de hombres se adelantaba hacia los dos escalones que llevaban a la plataforma de los anuncios, escalones que subieron.

Un Combatiente, a quien le faltaban las correas cruzadas de un hombre en campaña, pero que llevaba cuatro brillantes estrellas en el pecho de su guerrera, se adelantó para enfrentarse con los murmuradores guerreros. Le rodeaban el Agente galáctico de la capa roja y los patrulleros que acompañaban a éste. Kana identificó a los tres rápidamente: eran humanoides. El Agente procedía de Vega III, y los patrulleros de Capella II. Lo proclamaban sus largas piernas.

—¡Combatientes! —exclamó el oficial de aquel alistamiento terrestre con bien entonada voz y en medio del mayor silencio—. Ciertos acontecimientos recientes hacen necesario que se os diga una cosa. Hemos llevado a cabo una completa investigación, con ayuda del Control Central, que nos ha prestado todas las facilidades, sobre lo ocurrido en Nevers. Ahora se tiene la seguridad de que nuestra derrota allí ha sido consecuencia de circunstancias locales. Y los rumores sobre este episodio no pueden ser repetidos en el Cuerpo... Quedan prohibidos por la norma de lealtad... Código general.

¿Qué era aquello? Kana no dejó entrever el asombro que sentía. Su rostro era una máscara, la máscara que llevaba en su sangre por su abuelo malayo. Pero su mente trabajaba activamente. Una afirmación como la que acababa de oír significaba simplemente una llamada a serias complicaciones. ¿No se daba el oficial cuenta de esto? El fruncimiento de cejas del agente galáctico probaba que no se sentía nada complacido. Lo ocurrido en Nevers... Aquella era la primera vez que Kana oía hablar de ello. Pero estaba dispuesto a apostar media paga de su primer alistamiento a que diez minutos más tarde todos los hombres reunidos en aquella sala estarían intentando averiguar cuáles eran los rumores negados tan vigorosamente. La cosa se extendería como una mancha de aceite en un río.

El agente se adelantó y pareció discutir algo con el oficial. Pero allí, el agente podía sólo advertir... No le estaba permitido dar

órdenes directos. Y, de todos modos, era ya demasiado tarde para detener el daño. Si aquello había sido hecho para contener el miedo, no se había logrado otra cosa que avivarlo.

Después de hacer un decidido movimiento de cabeza, el oficial empezó a cruzar el pasillo en sentido inverso al de antes, y los otros tres no tuvieron más remedio que seguirle. Una vez más, las luces brillaron en la tabla de anuncios. Pero en cuanto la puerta se cerró tras el cuarteto de personajes, el rumor de las conversaciones se alzó como una galerna.

Kana dedicó de nuevo su atención al cuadro de anuncios. Era tiempo. Mientras estaba distraído habían sido llamados tres veteranos más, y en aquel momento apareció la conocida combinación a la que él había contestado durante los pasados diez años... y que ahora era más su nombre que el que le dejaron sus antepasados isleños de sangre mezclada.

Una vez hubo atravesado la puerta aminoró el paso, permaneciendo modestamente tras los que habían contestado a la misma llamada. La tercera clase era la tercera clase, la clase adecuada a un cadete todavía en período de entrenamiento. Él era el más bajo de los bajos y apenas se atrevió a penetrar en aquel ascensor pisando los talones del hombre que lo había hecho primero.

Se trataba, a juzgar por sus facciones, de un árabe africano... un árabe africano con algún toque de sangre europea, mezcla que se debía seguramente a los muchos refugiados que se habían dirigido hacia el sur durante las guerras atómicas. Era muy alto, y la afeitada piel de su morena barbilla aparecía marcada con una vieja cicatriz. Pero las insignias de muchas campañas brillaban en su casco y en sus correas y... —Kana le miró con el rabillo del ojo para estar seguro— había por lo menos media docena de insignias en su manga, aunque el hombre parecía tener poco más de treinta años.

Los Archs que habían respondido a aquella última llamada se alinearon en una sala de un piso alto. Los veteranos ofrecían un brillante aspecto. Tanto los terrestres Archs como los terrestres Mechs que servían en las campañas fuera de la Tierra estaban acostumbrados a llevar consigo, sobre sus cuerpos, todo lo que habían ahorrado personalmente. Una comisión coronada por el éxito significaba otra joya para el cinturón o bien para el casco. Si

venía una mala época, la joya podía ser vendida para que su dueño capeara el temporal. Tener joyas era como un seguro que daba buen resultado en cualquier planeta de la Galaxia. Una antiquísima costumbre terrena que se hizo cósmica.

Pasaban dos minutos de las doce cuando Kana penetró en el despacho del oficial de alistamiento. Era un inspector condecorado que tenía una mano mecánica, lo cual explicaba su presente empleo. Kana se cuadró ante él.

—Kana Karr, guerrero tercera clase, primer alistamiento, señor —dijo presentándose.

—Sin experiencia —repuso el inspector, cuyos dedos mecánicos golpearon con impaciencia sobre la mesa—. Pero posee usted entrenamiento

X-Tee.

¿Hasta dónde llegó usted?

—Al cuarto curso, señor. Contacto con extranjeros.

Kana se sentía bastante orgulloso de esto. Era el único de los de su grupo que había llegado al cuarto curso.

—Cuarto curso —repitió el inspector. Su tono no denotó sentirse impresionado lo más mínimo—. Bien, ya es algo. Estamos reclutando gente para formar la Horda Yorke. Policía para el planeta Fronn. Sueldos, los acostumbrados. Embarcarán ustedes en Secundus Base esta noche para trasladarse a Fronn. El viaje durará un mes aproximadamente. El enrolamiento durará lo que dure la acción. Puede usted negarse: ésta es su primera elección.

Repitió esta última fórmula oficial con la cansada voz del que la ha dicho ya muchas veces. Kana sabía que podía negarse dos veces durante toda su carrera, pero ejercer tal privilegio sin una buena razón para ello era echar una mancha negra en su hoja de servicios. Y actuar como policía, tarea que cubría una gran cantidad de otras formas de servicio, era por lo general un excelente medio de adquirir experiencia.

—¡Acepto el empleo, señor!

Se quitó el brazalete por segunda vez y observó cómo el inspector lo insertaba en la máquina que había ante él y apretaba las llaves que inscribirían en aquella banda los términos de su primer alistamiento. Cuando terminara su tarea, una estrella significaría que había prestado un servicio satisfactorio.

—La nave parte del Muelle Número Cinco a las diecisiete.
¡Asunto terminado!

Kana saludó y salió. Tenía apetito. Había un servicio de rancho para transeúntes, y como era un combatiente en activo tenía derecho a pedir algo más que las raciones básicas. Pero no quería gastar la paga que aún no había ganado, así que se contentó con el parco cubierto que le correspondía por llevar guerrera de Arch. Permaneció bastante rato comiendo, distrayéndose con los trozos de conversaciones y los rumores que corrían de mesa en mesa. Tal como había sospechado, el anuncio hecho en la primera sala había dado pie a sabrosos comentarios.

—Se han perdido cincuenta Legiones en cinco años —afirmó un Mech—. Nos ocultan la verdad. Me he enterado que Longmead y Groth se han negado a aceptar los empleos que les daban.

—Los peces gordos están anticuados —comentó un guerrero—. ¿Habéis visto cómo nos miraba el viejo Poalkan con sus ojos de pez? A él le gustaría traer aquí a los de la patrulla y fastidiarnos. Os diré lo que tendríamos que hacer... aterrizar en un lugar tranquilo que no puedo nombrar. Esto tal vez ayudaría a...

Se produjo un momento de silencio. El que había hablado últimamente no necesitaba acabar la frase. En ella yacía todo el resentimiento que la humanidad sentía contra el Control Central.

Kana no quiso oír más y abandonó el rumoreante comedor. La Horda Yorke significaba un pequeño empleo. Fitch Yorke, su jefe, era joven. Sólo hacía cuatro años que ejercía de jefe. Pero a veces se avanza más de prisa bajo las órdenes de jefes jóvenes. Fronn... Para Kana se trataba de un mundo desconocido. Pero era fácil encontrar una respuesta a su ignorancia. Anduvo a través de los corredores hasta llegar a una tranquila habitación con una hilera de departamentos que ocupaban toda una pared. En el fondo de la habitación veíase un panel lleno de botones. Kana los presionó de acuerdo con la combinación requerida y esperó a que saliera el informe.

El rollo de hilo era muy pequeño. No se conocía gran cosa de Fronn. El joven penetró en el departamento más cercano, colocó el hilo en la máquina que había y se quitó el casco para ponerse adecuadamente la banda de impresión sobre sus sienes. Un segundo más tarde se quedaba dormido, mientras la información iba

llenando las células de su mente.

Cuando se despertó había pasado un cuarto de hora. ¡De modo que aquello era Fronn! No parecía un mundo muy acogedor. El informe sólo hacía notar pequeños detalles. Pero él poseía ahora todo el conocimiento que el archivo podía suministrar.

Kana suspiró tristemente. El clima del planeta significaba que tendría que sufrir una sesión en la cámara de presión durante el viaje. Tanto de cámara de presión como de agua de aclimatación. El oficial inspector no había mencionado nada de esto. Kana pensó que le estaba bien empleado por no haber hecho más preguntas antes de firmar. Ahora sólo le quedaba la esperanza de no caer enfermo durante todo el viaje.

Cuando fue a devolver el informe se encontró con un Mech de pie ante el seleccionador. Se trataba de un Mech muy impaciente, que silbaba algo entre dientes y jugaba con el dije que colgaba de su brillante cinturón. Era sólo un poco mayor que Kana, pero su talante, su arrogancia y su seguridad eran las de un hombre que ha llevado a cabo por lo menos dos misiones, una arrogancia que pocos veteranos auténticos desplegaban.

Kana echó una ojeada a los departamentos. Él había sido el único visitante, así que... ¿a qué esperaba el Mech? El joven dejó el informe en la banda de retorno, pero cuando llegó ante la puerta, la pulida superficie de ésta reflejó algo muy extraño. El Mech había cogido el informe sobre Fronn antes de que el rollo de hilo desapareciera por la ranura.

Fronn era un mundo primitivo, un planeta de quinta clase. La fuerza combatiente a emplear allí debía de ser, según el reglamento del Control Central, una Horda Arch, entrenada y preparada para la llamada lucha mano a mano, y el arma más moderna que podían llevar era un fusil stat. Ninguna unidad mecanizada podía ser llevada a Fronn, donde sus blasters, sus tanques y sus lanzallamas estaban proscritos. Así que... ¿por qué se interesaba un Mech en saber cosas sobre aquel mundo?

No se permitía a los combatientes una curiosidad ociosa sobre los planetas a los que no tenían que ir. Sólo se podía adquirir información a propósito del planeta al que se tenía que ir.

A Kana le habría gustado poderse fijar mejor en el delgado rostro del Mech, envuelto en sombras por el fantástico casco.

Sorprendido y extrañamente desconcertado, el joven se dirigió al comisario para pedirle los artículos personales que su reciente conocimiento de lo que era Fronn le aconsejaba adquirir.

Miró con avidez, aunque luego lo rehusó, un saco de dormir de una seda tan fina como tela de araña y que estaba provisto de una fibra especial para regular la temperatura. También rechazó los guantes de piel de carabao que el encargado de los pertrechos intentó venderle. Tales lujos eran sólo para el veterano con bastantes tesoros en su cinturón como para poder permitírselos. Kana eligió un saco de segunda mano, una chaqueta corta de cuero bordeada de pelo y provista de caperuza y guantes, un raro medicamento y artículos de aseo, todo ello modesto y que podía ser guardado fácilmente en su mochila. Y cuando firmó el vale vio que le costaban cuatro créditos de su propia paga.

El empleado empaquetó hábilmente sus compras.

—Parece que se marcha usted a un sitio frío, compañero —comentó.

—Marcho a Fronn.

El hombre sonrió.

—Nunca he oído hablar de ese lugar. Estará por ahí, en alguna parte. Tenga cuidado que no le claven una lanza desde detrás de un arbusto. Esos individuos que no son nadie suelen jugar sucio. Pero ustedes también lo hacen, ¿no es cierto? —El vendedor miró con expresión comprensiva el uniforme de Arch que Kana llevaba—. Sí, sí, juegue sucio y conteste de la misma manera que le ataquen a usted. Yo, por mi parte, preferiría ser un Mech y atacar con todas las ventajas...

—Entonces se enfrentaría usted con otro luchador que también atacaría con todas las ventajas —replicó Kana recogiendo su paquete.

Cada cual se las arregla como puede, compañero.

El encargado dejó de interesarse por Kana al ver que se acercaba un veterano lleno de joyas.

Kana reconoció al recién llegado. Era el hombre que le había precedido en el despacho del oficial que otorgaba los destinos. ¿También éste iba destinado a la Horda Yorke y a Fronn? Cuando el saco de dormir de tela de araña fue otra vez extendido sobre el mostrador para que el nuevo comprador lo examinara, así como

otros pertrechos similares a los modestos que Kana había elegido, éste tuvo la casi seguridad de que su sospecha era cierta.

A las dieciséis y media, el recluta se hallaba junto a su mochila en la sala de espera del Muelle Cinco. Hasta ahora estaba solo, salvo los empleados que tenían allí trabajo y dos tripulantes del espacio que descansaban en un extremo. El haber llegado allí tan temprano delataba que era un novato, pero se sentía demasiado excitado, bajo su impenetrable exterior, para sentarse a esperar en cualquier otra parte. Hasta que no faltaron veinte minutos para las diecisiete no empezaron a presentarse sus futuros compañeros. Diez minutos después les hicieron subir a la plataforma que les conduciría hasta la portezuela del departamento para la tropa de la nave. Tras de haber colocado el brazalete del joven contra la banda corredera de la maquinilla, el oficial de la nave dejó entrar en ella a Kana con un ademán. Cinco minutos después Kana penetraba en una cabina preguntándose cuál litera sería la suya.

—¡Bien! —gritó una fuerte voz detrás de él—. ¡O entra usted de una vez o sale! ¡No es tiempo de quedarse embobado, recluta! ¿Nunca ha viajado por el espacio?

Kana se apretó contra la pared, al tiempo que apartaba su mochila de las botas del recién llegado.

—¡Ahí arriba!

Con una exclamación de impaciencia, su compañero de cabina arrojó la mochila del joven encima del camastro.

—¡Y ahora coloque sus enseres en el departamento!... ¡Ahí!

Kana se puso a buscar. Lleno de seguridad, apretó un pequeño pomo, y en el acto se abrió un trozo de pared dejando libre una especie de armario en donde colocar sus enseres. La rica nota de un gong interrumpió su tarea. Al oír la señal, el veterano desató las correas y su casco y lo dejó todo a un lado. Kana le imitó rápidamente. Una llamada... la primera advertencia...

Se echó sobre la litera y buscó las correas que debían sujetarle a la misma. Bajo el peso de su cuerpo, el colchón de espuma se extendió un tanto. El joven sabía que debía resistir a la aceleración... Ésta era una de las primeras pruebas a que les sometían durante el entrenamiento. Había tomado parte en maniobras hechas en Marte y en la Luna... Pero aquella era su primera aventura en el espacio abierto. Kana se desabrochó la

guerrera hasta la cintura y esperó la tercera advertencia, que se daba poco antes de la salida.

Había transcurrido mucho tiempo antes de que los terrestres aprendieran a llegar a otros mundos. El primer vuelo pionero hacia el interior de la Galaxia registrado había tenido lugar trescientos años antes. Pero de épocas anteriores existían leyendas de otras naves que huyeron de las guerras atómicas y de las confusiones políticas y sociales que siguieron y llegaron hasta el interior de la Galaxia. Aquellos primeros exploradores debían estar muy desesperados o ser muy bravos... ¡Aquello de enviar sus naves hacia lo desconocido con los navegantes envueltos en sueños de hibernación!... Tenían una posibilidad entre mil de despertarse cuando la nave se aproximara a otro planeta. Al generalizarse los viajes galácticos no hubo necesidad de correr tales riesgos. Pero... ¿no había pagado su especie un precio demasiado alto para que ellos pudieran viajar rápidamente de estrella en estrella?

Aunque un combatiente no se podía permitir hacer objeciones contra las órdenes de las autoridades o bien el *statu quo*, Kana sabía que él no era el único que se sentía descontento del papel asignado a la Tierra. ¿Qué le habría sucedido a su especie si cuando hicieron aquel primer viaje histórico no se hubiesen encontrado con la fuerza superior, ya establecida, del Control Central? De acuerdo con los directores galácticos, la mente, el cuerpo y el temperamento terrestre eran aptos sólo para un papel en el cuidadoso plan del espacio. Nacidos con una innata voluntad de lucha, les ordenaron que suministraran mercenarios para los otros planetas. Como los psicotécnicos del C.C. creyeron que tenían condiciones para combatir, su planeta, y aun todo el sistema, fue arbitrariamente destinado a la guerra. Y los terrestres aceptaron la situación debido a una promesa que les hizo el C.C... una promesa cuyo cumplimiento parecía cada vez más lejano de año en año... la promesa de que cuando estuvieran preparados para ello les concederían una ciudadanía más amplia.

Pero... ¿qué hubiera sucedido de no existir el Control Central? ¿Hubiese sucedido lo que decían y repetían los agentes? ¿Se hubieran abalanzado los terrestres, sin freno, de planeta en planeta en una lucha sin cuartel para obtener el poder? Kana estaba seguro de que esto no era cierto. Pero tal como estaban ahora las cosas, si

un terrestre quería ir a las estrellas, si ardía en él el deseo de nuevos conocimientos, la única manera que tenía de lograrlo era alistarse como combatiente.

Una mano gigante pareció acariciar la caja torácica de Kana; sus pulmones trabajaban a toda velocidad. En su lucha por respirar, el joven lo olvidó todo. Habían iniciado el viaje.

CAPÍTULO II

PRIMERA PRUEBA

Kana debió perder el conocimiento, pues cuando de nuevo se dio cuenta de lo que le rodeaba vio que su compañero de cabina se movía por el departamento y tenía puestas sus «piernas del espacio» en la débil gravedad mantenida en las secciones habitadas de la nave.

Sin su casco, y con la guerrera desabrochada sobre su ancho pecho, el veterano había perdido parte de su impresionante aura. Ahora se parecía a los instructores de rostro severo que Kana había conocido durante más de la mitad de su corta vida.

El color tostado que proporciona el espacio había tornado casi negra su piel, ya morena por naturaleza. Su crespo cabello estaba afeitado y recortado, formando el rizo en el extremo del cuero cabelludo al que tan aficionados eran la mayoría de los terrestres. Se movía con ligereza felina de cuento de hadas, y Kana se dijo que no tendría inconveniente en medir su espada con la de él en cualquier combate amistoso. El veterano se volvió de súbito como si hubiera sentido fija en él la observadora mirada de Kana.

—¿Su primer alistamiento? —preguntó.

Kana se liberó de las correas que le aprisionaban y sacó los pies por el extremo de la litera antes de contestar.

—Sí, señor. He acabado recientemente el entrenamiento.

—Les envían jóvenes en estos tiempos, Dios mío —comentó el otro—. ¿Nombre y rango?

—Kana Kara, señor. Guerrero, tercera clase.

—Yo soy Trig Hansu.

El veterano no tenía que decir su rango: la doble estrella de un espadachín brillaba sobre su guerrera.

—¿Ha firmado usted para Yorke? —continuó el veterano.

—Sí, señor.

—Green que es bueno principiar de un modo duro, ¿verdad? —Hansu dio un pequeño salto desde su armario empotrado y tomó asiento—. Fronn no es ningún jardín.

—Es un principio, señor.

Kana se volvió en su litera un poco tiesamente y bajó al suelo, pero con una mano asida a la cama. Hansu sonrió irónicamente.

—Bien, todos somos héroes cuando dejamos el entrenamiento. Yorke es un negrero que pega duro. Tendrá usted que esforzarse mucho para sobresalir en uno de sus equipos.

Kana tenía una respuesta preparada.

—El oficial de alistamiento pidió un recluta, señor.

—Lo cual significa varias cosas, joven, y ninguna agradable. La clase tercera está peor mirada que la primera y la segunda, por ejemplo. Pero hago mal en desilusionar a los jóvenes. Lllaman para la comida. ¿Viene conmigo?

Kana se alegró de que el veterano le hubiera hecho tal invitación, pues el pequeño comedor estaba repleto de altos rangos, según le pareció a sus deslumbrados ojos. Había la suficiente gravedad para que uno se pudiera sentar de manera civilizada y comer, pero... el estómago de Kana protestó, y el joven pensó sombríamente que aquellas sensaciones empeorarían cuando tuvieran que colocarle bajo presión condicionada antes de aterrizar en Fronn. Con creciente depresión miró la ruidosa multitud que le rodeaba.

Una Horda se dividía en grupos, y los grupos, en parejas. Si un hombre no encontraba un compañero apropiado para él, sino que era emparejado arbitrariamente por su jefe con un extraño cualquiera, algunos de los pocos placeres y comodidades del servicio quedaban automáticamente anulados. Uno luchaba, se divertía y vivía junto a su compañero. A menudo, la vida de uno dependía de la habilidad y el valor de su compañero... lo mismo que éste dependía de la habilidad y el valor del otro. Las parejas servían juntas durante años, pasando, con un compañerismo firmemente cimentado, de una Horda o Legión a otra.

¿Y quiénes entre aquel brillante grupo querrían por compañero a un novato? La situación se resolvería probablemente asignándole

como compañero a un veterano, el cual se sentiría molesto ante su inexperiencia y con toda intención le haría caer en falta a las primeras de cambio. ¡Vamos! ¡Esta noche estaba de un humor negro! ¡Bah! Pronto cambiaría y volvería el buen humor.

Pero aquella sutil inquietud que pesó sobre él durante todo aquel largo día rebosante de acontecimientos, lejos de desaparecer, fue en aumento, desembocando en un extraño y horrible sueño en el que corría sin aliento a través de un sombreado paisaje, intentando eludir el rojo rayo de un lanzallamas Mech. Se despertó medio asfixiado y estuvo un rato sudando en la oscura cabina. ¡Perseguido por un Mech! Pero si los Mechs no luchaban contra los Archs... Sólo que... tardó un tiempo en volverse a dormir de nuevo.

Los rayos del día artificial de la nave le despertaron mucho más tarde. Hansu había salido, y el contenido de su mochila se hallaba esparcido sobre su vacía litera. Un pérfido cuchillo, agudo como una aguja, su vaina muy suave por haber sido llevada durante largo tiempo contra la piel desnuda de su dueño, atrajo la atención de Kana. Su puño sin adornos indicaba que el arma estaba destinada al servicio. Y su presencia entre las demás cosas significaba que Kana compartía el departamento de un hombre práctico en la lucha más desagradable con que podía enfrentarse un combatiente. El recluta hubiera querido coger el cuchillo, probar su perfecto equilibrio y poder. Pero sabía perfectamente que no debía tocar ningún arma personal sin permiso de su propietario. Una acción tal cometida con un compañero podía dar lugar a un «encuentro» del que no regresara ninguno de los dos. Kana había escuchado bastantes relatos de labios de sus instructores para que le fuera familiar la norma de los cuarteles.

Llegó tarde al comedor y comió de prisa, haciendo ademanes de disculpa, bajo los ojos impacientes de los camareros. Luego pasó a un pequeño salón donde los combatientes podían pasar un rato de recreo. Había una partida de naipes y el acostumbrado círculo de atareados jugadores alrededor de un tablero de Yano. Pero Trig Hansu no formaba parte de ninguno de los dos grupos. En lugar de ello se hallaba con las piernas cruzadas debajo de él sobre una esterilla y tenía ante él un lector portátil, donde observaba la proyección de un informe.

Curioso, Kana sorteó los grupos de jugadores para poder mirar la

pequeña pantalla. Distinguió un trozo de paisaje oscuro y sombrío por el que se movían, de izquierda a derecha, unos animales cargados con paquetes. Sin volver la cabeza, Hansu le dijo:

—Agáchese, ya que es usted tan curioso, novato.

Sintiéndose tan encarnado como la cola de un cohete, Kana trató de alejarse, pero Hansu empujó la máquina hacia la derecha con un ademán de invitación.

—Nuestro futuro —dijo señalando con el dedo la clara escena mientras el recluta caía arrodillado para poder observar mejor—. Esto es un informe con vistas de Fronn.

Los animales que marchaban por la llanura fronniana eran cuadrúpedos. Sus delgadas patas parecían sólo piel estirada sobre el hueso. Los fardos iban colocados a cada lado de su espina dorsal; gruesas protuberancias se alzaban en sus desgarrados cuellos y cortos cuernos se insinuaban en sus cabezas.

—Una caravana de guen —explicó Kana—. Éstas deben de ser las planicies de la costa del oeste.

Hansu apretó un botón situado en la parte baja de la pantalla y ésta se apagó.

—¿Consultó usted informes sobre Fronn? —preguntó.

—Los saqué de los archivos, señor.

—El entusiasmo de los jóvenes tiene sus ventajas. Y ha acabado usted de salir del entrenamiento. ¿Qué especialidad? ¿Cuchillo? ¿Fusil?

—Especialización básica en todo, señor. Pero, sobre todo, X-Tee...

En primer lugar, enlace con los extranjeros...

—¡Hum! Eso explica que usted se encuentre aquí. —El comentario de Hansu pareció oscuro—.

X-Tee...

Me pregunto lo que deben enseñar sobre eso en estos tiempos... Por ejemplo: ¿qué le han enseñado acerca de...?

El veterano hizo a continuación una serie de preguntas, inició un rápido juego que ciertamente se parecía mucho a aquel con el que Kana se había enfrentado en Entrenamiento antes de obtener su diploma. Cuando Kana hubo contestado a todas las preguntas lo mejor que pudo, a algunas con tanta franqueza que dijo «no lo sé», vio que Hansu afirmaba con la cabeza.

—Ya lo sabrá usted. Una vez que parte de esa teoría salga de su cabeza y aprenda con la experiencia lo que realmente debe usted saber en este juego, será usted digno de ser un maestro de espadas.

—¿Y ha dicho usted que el ser especializado en X-Tee explicaba que me hubieran enviado a Fronn, señor?

Pero el veterano pareció haber perdido interés por la conversación. La partida de Yano estalló en una ruidosa discusión amistosa, y Hansu fue atrapado por los hombros por uno de su mismo rango, que le pidió que formara parte del grupo que iba a iniciar una segunda mano.

Precisamente porque Hansu no había contestado a su pregunta, Kana se puso a observar con más atención a los hombres que le rodeaban. Eran no sólo veteranos, sino que habían prestado largos servicios y lucían una gran cantidad de estrellas. Los trozos de conversación que llegaban hasta el joven hablaban de jefes famosos y de Hordas con largas listas de empresas rematadas con éxito. Sin embargo, Fitch Yorke era, en comparación con ellos, un recién llegado, sin la fama suficiente para alternar con tales jefes. ¿No habría sido normal que aquellos veteranos que estaban allí se negaran a alistarse bajo las órdenes de Yorke? ¿Por qué aquella concentración de experiencia y habilidad en una Horda oscura y rumbo a un planeta desconocido? Kana estaba seguro de que por lo menos Hansu era un notable experto en X-Tee...

Pero durante los días siguientes, el joven vio poco al veterano, y el aterrizaje en Secundus, tras del aburrimiento del viaje, no pareció realizarse demasiado pronto.

El cuartel temporal asignado a los hombres de Yorke se componía de un largo salón, un extremo del cual estaba destinado a comedor, mientras que en el otro se hallaban las literas. Con un centenar de hombres arrastrando hasta allí sus suministros y equipo personal, saludando a antiguos compañeros y cambiando entre sí rumores y noticias de combates, la sala era un huracán de ruido y confusión. Kana, no sabiendo a dónde ir, siguió a Hansu a todo lo largo de la habitación. Pero cuando el espadachín se volvió para reunirse con un brillante grupo de compañeros, el recluta se dispuso a buscar un oscuro rincón a propósito para su inexperiencia y su

condición de novato.

No había mucho para elegir. Los de tercera clase se habían congregado en el lugar menos agradable, cerca de la puerta. Y con una sensación de alivio, Kana notó que algunos de ellos llevaban uniformes tan desprovistos de ornamentos como el suyo propio. Llegó hasta el grupo y se hizo con una litera alta, colocando en el colchón su mochila.

—¿No veis quién acaba de entrar? —preguntó uno de sus vecinos al joven que estaba junto a él—. ¡Trig Hansu en persona!

Un largo siseo de asombro se transformó en palabras.

—¡Pero si es un pez gordo! ¿Qué está haciendo aquí? Puede codearse con Zagren Osmin o con Franlan. Yorke se sentiría muy halagado de que éste le diera la orden del día.

—¿De veras? Bien, he oído decir que es muy raro en algunos sentidos. Ha dejado muchas veces los viajes regulares para visitar un nuevo mundo. Le gusta explorar. Hace tiempo que tendría una Horda a su nombre si no estuviese siempre desapareciendo en la oscuridad. Y, además, hermano, ¿no has notado nada más en esta particular multitud? Yorke ha logrado más de un nombre famoso en este reclutamiento. Diablos...

El que hablaba reparó en aquel momento en la mochila de Kana y se volvió marcialmente para examinar a su propietario.

—Así que... hay alguien nuevo en la cola del cohete —exclamó—. Un simpático novato que viene a hacer fortuna o a morir en el campo de batalla. ¿Cuál es tu nombre y tu condición, novato?

—Kana Karr. Tercera clase.

—Mic Hamet, tercera clase... y éste que está aquí sobre sus doloridos pies es Rey Nalassie, también de tercera clase. ¿Tu primer alistamiento?

Kana asintió con la cabeza. El cabello color rojo oscuro de Mic Hamet estaba cortado al rape, pero su piel, desusadamente fina, aparecía enrojecida más bien que tostada debido a su exposición a la intemperie, y tenía un montón de pecas en su nariz ligeramente chata. Su amigo desenroscó sus largas piernas y alzó toda su estatura de seis pies. Su rostro, de enorme mandíbula, se mostraba solemne, aunque sus soñolientos ojos grises reflejaban humor e interés.

—Nos recogieron de un depósito en rotación. Tuvimos bastante

mala suerte. Rey sufrió un mordisco de una sabandija durante nuestro último servicio y tuvimos que abandonar la Horda de Oosterberg hace menos de cuatro meses. Así que teníamos los bolsillos tan vacíos que tuvimos que firmar lo que el oficial nos presentó mirándonos como si fuéramos gusanos nacidos en el barro.

—¿No estás emparejado aún, Karr? —preguntó Nalassie con ronca voz.

—No. Tardé en dejar el entrenamiento. Y todos mis condiscípulos son ya veteranos.

Mic dejó de sonreír.

—Eso sí que es verdadera mala suerte. La mayoría de los de tercera nos hallamos ya emparejados. Por otra parte, no querrás emparejarte con un Krososf...

—He oído decir que cuando hay alguien que está de non, Yorke le empareja con un veterano —declaró Rey—. Sustenta la teoría de que los jóvenes ganan experiencia conviviendo con un veterano... o algo por el estilo.

—Pues eso es mucho peor que mala suerte —agregó su compañero—. No debes emparejar con nadie antes de conocerle bien. En tu lugar, yo me mantendría solo tanto tiempo como pudiera, Karr. Puedes tener suerte y encontrar algún buen individuo que haya perdido a su compañero. Quédate con nosotros si quieres hasta que encuentres compañero.

—Sí, es mejor que te apartes de los trastornos que te puedan causar los enojados... —Y Rey señaló con la cabeza el otro lado de la sala— y que te quedes aquí.

Rey se puso el casco y se sujetó las orejeras del mismo bajo la barbilla. Luego continuó:

—Creo que no nos vamos a mover hasta la mañana, así que podremos pasar la noche en la ciudad. Muchacho, no puedes decir que conoces lo que es la alegría hasta que hayas visto a un grupo a punto de marchar en Secundus.

Kana se mostró muy entusiasmado hasta que recordó lo escasa de dinero que se hallaba su bolsa. Tenía incluso un débito por una comida que no había podido pagar en una ciudad base: de esto estaba seguro. Sacudió la cabeza, pero los dedos de Mic le apretaron el brazo.

—No te preocupes, muchacho. Estaremos mucho tiempo en el

planeta y uno no se siente cómodo sabiendo que tiene muchos débitos. Te pagaremos todo, y cuando tengas en tu poder la primera estrella, nos lo devolverás. Eso es lo justo. Ahora, démonos prisa antes de que a alguien se le ocurra la idea de poner a trabajar a la más joven generación por el bien de sus almas.

Más allá de los muros de la zona de combate había crecido una típica ciudad para recreo de los combatientes. Tabernas, cafés, establecimientos de juego a propósito para todas las graduaciones y bolsas... desde los maestros de espadas y los maestros de Mechs hasta los reclutas a secas. No era ciertamente un lugar para ser visitado por el que sólo tiene débitos, según pensó Kana de nuevo, al mirar con los ojos entornados la luz de los alegres anuncios que adornaban la calle que se abría ante ellos.

Acongojado, observó que los proyectos de sus guías no eran modestos. Le alejaron de los cafés que el joven habría elegido, arrastrándolo en cambio a través de una amplia puerta en donde la hoja de oro de los terrestres se enlazaba con el brillo de mar verde del lago escalonado de los Trafian. Sus botas se hundían en una alfombra de cuatro pulgadas de gruesa que sólo podía haber sido hecha en Caq, y las paredes se hallaban adornadas con tapices de Sansifar. Kana se detuvo de pronto.

—Esto es un establecimiento para un muchacho enojado —protestó.

Mic no le soltó y Rey sonrió.

—No hay rangos diferentes en el campo de batalla —recordó Mic con ironía—. Tanto los de tercera clase como los maestros de espada tienen la misma piel. Sólo los civiles se preocupan por las distinciones artificiales...

—Claro que sí —añadió Rey aspirando el aire perfumado que se desprendía de los brillantes tapices, haciendo que las figuras que en ellos se veían parecieran vivientes—. En el combate puede ir uno a donde quiera. Y nosotros queremos venir aquí. ¡Por la cola partida en dos de Blamand, cuánto he deseado encontrarme aquí! Y aquí viene ya mi mayordomo.

La figura que se acercaba a ellos era un nativo de Wolf II, es decir, un cuerpo tan delgado como el de un esqueleto y una cabeza enorme. El mayordomo les saludó con una sonrisa profesional, descubriendo la doble hilera de colmillos que solían poner

ligeramente nerviosos a los terrestres. Luego les preguntó qué deseaban por medio de una serie de gruñidos que hacían daño a los oídos.

—Nada pesado —contestó Mic—. Hemos de salir mañana. Supongo que nos dejará usted trotar por ahí solos, Freenhalt. No nos meteremos en jaleos.

El de Wolf acentuó su sonrisa llena de dientes puntiagudos y les hizo un signo con la mano para que siguieran andando. Mientras pasaban a la habitación siguiente por una abertura del cortinaje, Kana comentó:

—Así que sois conocidos aquí, ¿eh?

—Sí. En una ocasión sacamos de un aprieto a Freenhalt. No es malo este viejo Wolf. Ahora... vamos a cenar.

Escoltaron a Kana a través de una serie de habitaciones, todas amuebladas exóticamente, todas bizarramente diferentes, hasta que llegaron a una que arrancó una exclamación de sorpresa a Kana. Porque, al parecer, habían desembocado en un trozo de jungla. Gigantescos helechos cubrían las paredes y sombreaban sus cabezas, pero esto no excluía una luz dorada que dejaba ver bancos con cojines y mesas curvadas. Por entre las verdes hojas se filtraban tiras de cielo de vivo color llameante que sólo podía pertenecer a las legendarias islas del mar interior de Cephas. Kana, al encontrarse con la realidad de aquellos cuentos de viajes, dejó mansamente que sus compañeros le empujaran hacia uno de los divanes.

—¿Krotands? Pero... ¿cómo...?

Los nudillos de Mic repiquetearon en el tronco del helecho que tenían tras ellos y se oyó una respuesta metálica. Kana alargó entonces la mano y sus dedos resbalaron por sobre una sólida superficie en lugar de por un rugoso tronco. Se trataba de un hábil ilusionismo.

—Todo hecho por medio de espejos —le aseguró Mic, solemnemente—. Se trata de uno de los mejores trabajos de proyección Slanal que se han hecho. Freenhalt se cuidó de todo... pero fue su amo quien pensó en esto. ¡Ah, aquí está la comida!

Los platos aparecieron en la parte alta de la mesa. Con ademán de cansancio Kana probó los alimentos y luego tomó asiento para seguir comiendo con comodidad.

—Pasará mucho tiempo antes de que gocemos de una cena como esta —observó Rey—. He oído decir que Fronn no es un planeta donde haya diversiones.

—Es frío para nosotros... y la cultura nativa es feudal —añadió Kana.

—La acción de la policía... —murmuró Mic—. La acción de la policía no se compagina con un gobierno feudal. ¿Cómo se titulan los que mandan? ¿Reyes? ¿Emperadores?

—Se llaman a sí mismos reyes: «Gatanus»... y reinan sobre pequeñas naciones. Pero su heredero se busca en la línea femenina. A un Gatanu le sucede el hijo de su hermana mayor, no el suyo propio. Se considera que un Gatanu está más emparentado con su madre y hermanas que con su padre y hermanos.

—Debes haber estudiado bien el planeta...

—Me serví de un informe en el edificio de alistamiento.

Rey pareció contento.

—Eres un hallazgo. Mic, hemos de continuar manteniendo nuestras garras sobre esta presa.

Mic tragó un enorme bocado.

—Claro que sí —contestó—. Tengo la impresión de que este viaje no será un paseo sobre un colchón de espuma, y mientras más sepamos, mejor para nosotros.

Kana miró a ambos y vio que tenían cara de preocupación.

—¿Qué es lo que sospecháis?

Mic movió la cabeza y Rey se encogió de hombros.

—Que nos zurzan si lo sabemos —contestó Rey—. Pero... Bien, cuando uno ha trotado de un lado para otro y estado en lugares donde un «hombre» es un raro y poderoso animal, siempre siente aprensiones. Y ahora tenemos la premonición de que este...

—¿Yorke?

La moral de cualquier Horda dependía de la personalidad de su jefe. Si Yorke no inspiraba confianza a los que le seguían...

Mic frunció el ceño.

—No, no me refiero a Fitch Yorke. Según todas las noticias, se trata de un jefe como es debido. Pero un montón de muchachos enjoyados como Hansu han firmado para este viaje... y por esto se puede presumir que el jefe puede fracasar. Es como una corazonada... A veces se tienen. Una especie de sospecha en el

interior de uno...

—Algo que le hace a uno pensar en la tumba —añadió Rey.

La gran boca de Mic se torció en una mueca.

—Somos unos pájaros de mal agüero, ¿verdad? ¡Vamos, muchacho, no te preocupes! Fronn no va a ser peor que una serie de otros lugares que yo conozco. ¿Estamos? Ahora vamos a mostrar a nuestro novato un cuarto privado de Freenhalt. Es la única vez que el viejo Wolf ha mostrado algo de imaginación. ¡Vamos a ver eso, murciélagos del espacio!

La muestra de imaginación de Freenhalt resultó ser un aparato de juego que entretenía a una gran cantidad de combatientes. Un estanque hecho en el suelo de la habitación aparecía partido en varias secciones alrededor de un pequeño círculo central. En cada uno de los departamentos llenos de agua nadaba un pez de unas cinco pulgadas de largo. La boca, llena de dientes parecidos a agujas, ocupaba dos terceras partes de su anchura. Todos los peces, que se debatían en su prisión con feroz furia, llevaban una pequeña marca coloreada en la cola. Los jugadores se paseaban alrededor del estanque estudiando a los cautivos. Cuando dos de ellos o más, habían elegido a sus campeones, se metían fichas de crédito en las ranuras que había en el borde del estanque y a continuación se abrían las puertas pendulares, dejando así que los peces pasaran al circo. Seguía una ruda batalla hasta que uno de los luchadores quedaba solo y vivo. El apostante por el vencedor cobraba entonces lo que los otros habían apostado por los muertos.

No podía haberse imaginado un juego más atractivo para sacar créditos a los combatientes. Kana observó atentamente a los escamosos luchadores que se retorcían en el agua, y al fin eligió uno que poseía una excelente y amplia mandíbula y un disco verde en la cola. Adquirió una ficha de crédito al banquero y se arrodilló para insertar la ficha en la ranura correspondiente.

Una mano carnosa y poblada de vello cayó sobre su hombro y Kana se libró de caer en el estanque mediante un rápido quiebro que dio a su cuerpo.

—Fuera de aquí, muchachito. Esto es sólo para hombres...

—¿Qué diablos...?

Las palabras de Kana terminaron en un ataque de tos mientras el puño de Mic aterrizaba entre sus hombros y alguien más le apartaba

del hombre que se había hecho con su lugar y su pez. El individuo se volvió para sonreírle maliciosamente. Luego, como si diera por seguro que ya no se produciría ninguna otra cuestión, se volvió para dar ánimos al luchador liberado por la ficha que le habían dado a Kana.

Todo el buen humor había desaparecido del rostro de Mic e incluso los ojos bailadores por efecto de la bebida de Rey, parecían ahora serenos mientras ambos se llevaban a Kana, manteniéndole inmóvil entre ambos con una llave contra la cual él sabía que no podía luchar.

—Nos vamos ahora mismo —le informó Mic.

—¿Y qué...? —empezó de nuevo Kana—. ¿Os creéis que...?

—Muchacho, podrías haberte cavado aquí tu propia tumba. Ese es Bógate... Zapan Bógate. Ha tenido veinte duelos... Se desayuna con novatos siempre que los encuentra.

Hablaba con ligereza, pero en su voz había una nota de seriedad.

—Si creéis que tengo miedo... —replicó Kana.

—Escucha, compañero. Existe una gran diferencia entre ser prudente y estar vivo y dar un puntapié en los dientes a una rata marciana. No durarías mucho después de este último hecho heroico. No ganarías ni una tira amarilla por haber sostenido una lucha con Bógate... Tú eres inteligente. Algún día, uno de los peces gordos, Hansu, Deke Mills o cualquier otro, se disgustará con Bógate. Entonces... ¡Oh, muchacho! ¡Entonces tú asistirás a su caída y tú serás un hombre con billones! Y Bógate estará muerto sobre dos pies torcidos.

—Además se trata del mejor explorador que nunca olió una pista —añadió Rey—. El Bógate en el recreo es muy distinto del Bógate en campaña. Los maestros de espada le toleran lo primero a cuenta de lo segundo.

Kana se avino a razones cuando oyó todo esto. Volver para pegar a Bogate era estúpido. Pero siguió protestando hasta que los tres fueron interrumpidos por Hansu. El veterano, acompañado de dos policías de la base, cayó sobre ellos.

—¿Hombres de Yorke? —preguntó.

—Sí, señor.

—Preséntense en el cuartel... Rápidamente. Se está preparando

la salida.

Y pasó ante ellos en busca de más hombres de la Horda.

Los hombres se fueron corriendo a la zona de combate.

—Y ahora... ¿qué? —comentó Rey—. Dijeron que la nave partía mañana a las doce. ¿Por qué tanta prisa? Ni siquiera nos han pasado revista.

—Ya os lo dije —gruñó Mic—. Ya olí yo algo... y no fue perfume precisamente. ¡Y hemos comido pulpos! ¡Inmediatamente nos meterán en la cámara de acondicionamiento de presión! Vamos a notar mucho lo que hemos comido... ¡Mucho lo vamos a notar!

Con esta amarga profecía resonándole aún en los oídos, Kana recogió su mochila de la litera que no había tenido oportunidad de probar y ocupó su lugar junto a Mic y Rey en la plataforma elevadora que les tenía que llevar a bordo de la nave. De cuatro en cuatro, fueron ocupando las cámaras, y Kana se encontró compartiendo una de ellas junto con sus dos amigos y un cuarto hombre que se les añadió... y que saltaba a la vista se sentía aburrido con aquella compañía juvenil. Se quitaron la ropa, quedándose en *shorts*, y de este modo se sometieron a la inspección médica. Ahora no quedaba nada más que hacer que echarse en las literas y sufrir las incomodidades que se presentaran.

Los días que siguieron no fueron nada agradables. Poco a poco, sus cuerpos se iban adaptando a Fronn, ya que no era posible que el planeta se adaptara a ellos. Fue un proceso penoso. Pero cuando aterrizaron en aquel frío mundo se hallaban listos para la acción.

Kana seguía aún careciendo de compañero. No se apartaba de Mic y de Rey, tal como ellos le habían aconsejado, pero sabía que tarde o temprano le asignarían un compañero. Desconfiaba de los veteranos, y los tres o cuatro de tercera clase que aún no estaban emparejados no pertenecían al tipo con que él deseaba trabar amistad. La mayoría de ellos eran hombres de alguna edad, lo suficientemente incorregibles para tener que permanecer siempre en las graduaciones más bajas. Buenos en el campo de batalla, armaban toda clase de escándalos en el cuartel y habían pasado de Horda en Horda al final de cada alistamiento, con gran alivio de la Horda que dejaban. Kana esperaba no tener que cargar con uno de ellos como compañero.

La primera impresión que Fronn produjo a los terrestres fue

desconsoladora. Llegaron al planeta ya oscurecido, y como Fronn carecía de luna, marcharon envueltos en la oscuridad hasta el achaparrado edificio de piedra sin pulir que iba a servirles de cuartel temporal. No había ningún mueble en la larga habitación, y los tres jóvenes tomaron asiento sobre sus mochilas mientras se preguntaban si tendrían que desenrollar sus sacos de dormir o bien esperar a que les dieran instrucciones.

La larga nariz de Rey se arrugó con gesto de disgusto al apartar sus botas de una sospechosa mancha que se veía sobre el sucio suelo.

—Se diría que ocupamos esto de segunda mano —dijo.

—¿De segunda mano? —preguntó Mic—. Yo diría que de quinta mano. Y que la mayoría de los que llegaron antes eran animales. Si mi nariz no me engaña, esto es un establo de vacas fronniano.

La llamada que Kana tanto temía se produjo al fin. Las parejas tenían que registrarse en la mesa de un espadachín dispuesta en el extremo de la habitación. Rey y Mic, tras de dirigirle unas palabras para darle ánimos, se pusieron en la cola.

Kana titubeó sin saber qué hacer. En aquel momento una voz ronca le hizo dar un respingo. Zapan Bógate y otro de su misma calaña se encontraban en la fila junto a él. Un tercero parecido a ellos permanecía sonriendo junto a Bógate.

—Mira qué novato... No sabe qué hacer. ¡Pobre pequeño novato extraviado! Tú, Sim, ve a tomarle de la mano. Necesita quien le cuide...

Kana se puso tenso. Incitado por Bógate, Sim avanzó, su brutal rostro torcido en una irónica mueca que intentaba ser una sonrisa.

—¡Pobre novato! —repitió Bógate en voz tan alta que la mitad de los de la cola se volvieron para ver lo que sucedía—. Sim cuidará de él. ¿No es verdad, Sim?

—Claro que sí, Zap. Vamos, novato...

Y su peluda mano asió la manga de Kana.

Lo que siguió fue una especie de acción refleja por parte del recluta. El disgusto que experimentó ante aquel contacto aceleró el movimiento del joven, que cogió a su vez la muñeca del otro y se liberó de él. Sim carraspeó algo y entonces Bógate salió de la fila. Sus pequeños ojos brillaban con sádico placer.

—Parece que el novato no te mira con buenos ojos, Sim. ¿Qué se

hace a los novatos que no saben lo que les conviene?

Kana creía estar alerta, pero Sim le sorprendió. El joven no esperaba que el grueso individuo siguiera las costumbres del código de los duelos. Pero el bofetón que le propinó Sim tuvo poder suficiente para hacerle tambalear y arrancarle lágrimas de dolor. Cuando recuperó el equilibrio, la mente de Kana trabajó febrilmente. Duelo de cuartel... Este era la clase de encuentro que pretendían aquellos patanes... Lo suficientemente legal para que no se atreviera a intervenir ningún combatiente de los que observaban.

A Kana le quedaba una única ventaja. Ellos esperarían que él eligiera el arma habitual: espadas con botones. Pero gracias al estudio del informe que había hecho en la Tierra, tenía preparada una respuesta que le daría oportunidad de escapar de una desagradable paliza.

El joven y Sim estaban ahora rodeados por un círculo de expectantes mirones. Kana probó la dulzura de la sangre que el bofetón del otro había arrancado de sus labios.

Automáticamente hizo la pregunta adecuada:

—¿Un duelo?

—Un duelo.

—Dame tu espada, Sim. Yo lucharé por ti —pidió Bógate con buen humor.

—No tan de prisa —dijo Kana, que se alegró al notar que su voz sonaba tranquila y reposada—. No he hablado de espadas...

En el rostro de Bógate desapareció la sonrisa y sus ojos se estrecharon.

—¿Sí? Pues las armas de fuego están prohibidas... No se emplean en el servicio activo, novato.

—Elijo la maza —respondió Kana.

Se produjo un profundo silencio de incompreensión.

CAPÍTULO III

MARCHA ADELANTE

Los Archs que hacía tiempo se encontraban en Fronn empezaron a comprender, pero Sim, al parecer, no. Mientras miraba a Bógate en espera de instrucciones, Hansu se abrió paso a fuerza de codazos hasta llegar al centro del círculo. Tras él venía otro hombre mucho más joven, pero con el mismo talante de consciente autoridad.

—Ya le ha oído usted —dijo Hansu dirigiéndose a Sim—. Ha elegido la maza. Y el duelo se celebrará aquí y ahora mismo. Queremos que esto quede liquidado antes de partir.

Sim seguía aún aturdido, y al observarle, Kana empezó a concebir esperanzas. Las espadas con botón... Un hombre podía ser herido e incluso muerto cuando se enfrentaba con un maestro en tal arma. Pero armado con una de aquellas porras hechas de madera ponzoñosa que dejaban dolorosas marcas sobre la carne humana, las porras que usaban a manera de látigo los hombres de las caravanas fronnianas para someter a los recalcitrantes gueris, podía tener alguna oportunidad, y quizás más de una.

Kana soltó la correa de su casco y encontró la mano de Mic dispuesta a recibir éste cuando el joven se lo quitó. En cuanto a Rey, se apresuró a ayudarle a soltar también las correas cruzadas sobre su pecho.

—¿Sabes lo que estás haciendo, compañero? —le preguntó éste último en voz baja mientras se desabrochaba la guerrera.

—Me parece que lo sé mejor que lo sabe Sim —contestó Kana, quitándose la camisa.

Su primera chispa de esperanza estaba creciendo y se tornaba una firme confianza en sí mismo. Sim continuaba confuso y la sonrisa de Bógate había desaparecido de su feo rostro. Los jóvenes

que seguían a Hansu no estaban ya allí. Pero Kana, antes de tener tiempo de estremecerse de frío en la habitación sin calefacción, volvió al lugar del duelo llevando en sus enguantadas manos dos de las brillantes porras color escarlata. Al ver lo que llevaba, los que conocían Fronn le dejaron amplio paso.

Kana arrojó al suelo un guantelete y puso sobre él las dos porras. Ambas tenían el mismo peso y la misma longitud de mango. Luego cogió la más cercana a él. Y mientras el círculo de espectadores se ensanchaba para dejarles sitio, el recluta creyó ver que el estropeado rostro de Sim denotaba ahora cierta inquietud.

Ambos contendientes quedaron en guardia, cogiendo las porras como si fueran las para ellos más familiares y pesadas espadas. Pero mientras que un duelista debía temer sólo la bola de la espada, aquí, por el contrario, el más ligero golpe significaba dolor. Las botas de ambos contendientes produjeron un ligero rumor cuando ellos dieron la vuelta lentamente al tiempo que sus porras se encontraban en el aire y daban secos golpes.

Kana, después del tercer paso, supo que se enfrentaba con un maestro de la espada, pero sospechó al mismo tiempo que la relativa ligereza de la extraña arma que era la maza molestaba a Sim y que éste no estaba seguro de sí mismo ni se daba cuenta de lo que podía hacer con la porra que esgrimía.

Con un solo golpe se podía poner fin al duelo. Kana se preguntó si Sim sabía esto. Un golpe dado en los músculos del brazo podía producir tanto dolor que el miembro quedara inútil durante varios minutos. El joven se concentró para producir este efecto y todo su mundo se redujo al bastón que esgrimía y al cuerpo titubeante que tenía ante él. Sim había abandonado toda idea de ataque y parecía prepararse para una acción semidefensiva, satisfecho, al parecer, con dejar a Kana la iniciativa, aunque en realidad desplegaba más agudeza de la que Kana le había atribuido al principio.

Sin haber perdido nada de su confianza en sí mismo, pero muy aparatosamente, Kana dio otra vuelta... sin dejar de emplear los tradicionales ataques y paradas dignos de un principiante. Sim debía quedar convencido de que se enfrentaba con un novicio.

Algo le golpeó en las costillas, abrasándole la carne. El golpe le produjo un dolor de agonía casi tan insoportable como una quemadura. Kana apretó los dientes mientras su contrincante,

animado por el éxito, cambiaba su defensa por un ataque que el recluta encontró difícil de resistir. Se vio obligado a retroceder, cosa que hizo de buena gana, ya que tenía en la mente un solo pensamiento: llegar a cierto punto del musculoso brazo que tenía ante él.

La maza de Sim hizo blanco de nuevo en la parte superior de la mandíbula de Kana. El joven, aturdido, sacudió la cabeza. Pero un salto hacia atrás le proporcionó un momento de respiro para poder rehacerse. Aquella brusca retirada debió de producir a Sim la impresión de que el nervio del joven estaba decayendo, ya que se lanzó a fondo, asestando un remolino de golpes. De este modo llegó el momento que Kana esperaba, y su maza trazó una torturante línea en el brazo con que Sim sostenía la porra, una línea justamente por debajo del hombro. Y, menos preparado que Kana, el hombre de más edad gritó, se llevó la otra mano al rojo verdugón y dejó caer su maza, que rodó por el suelo y llegó hasta la bota de Kana. El recluta levantó entonces su maza, haciendo el saludo que exigía el reglamento.

—¿Satisfecho? —preguntó.

Era la pregunta tradicional.

Sim no podía hablar a causa del dolor, por lo que se limitó a afirmar con la cabeza. El odio que brillaba en sus pequeños ojos luchaba contra la intensidad del dolor que sentía. Desde el momento en que no podía seguir sosteniendo el arma, tenía que rendirse, pero estaba lejos de sentirse satisfecho.

Kana observó que los que les rodeaban charlaban vivamente entre sí. Algunos trozos de aquellas conversaciones llegaron hasta sus oídos, informándole de que aquellos expertos discutían su hazaña considerándola desde todos los puntos posibles. El joven arrojó su maza al suelo y se llevó luego la mano a la quemadura de su mandíbula.

—¡No se toque usted eso, loco! —saltó una voz con acento autoritario.

El joven que había suministrado las mazas empezó a untar delicadamente el verdugón de Kana con una grasa amarilla. Mientras la grasa se extendía sobre su enrojecida piel, Kana notó que algo frío apaciguaba el ardor. El joven permaneció inmóvil con la mayor paciencia cuando acto seguido le curaron también el golpe

del costado. Luego se puso la camisa que Mic le trajo.

—¡Perfectamente, perfectamente! —exclamó Hansu con voz profunda que dominó todas las conversaciones—. El espectáculo ha terminado.

Pero mientras los otros se iban a formar cola de nuevo, el espadachín quedó entre Kana y Sim, mirándoles a ambos con ojos tan fríos como el acero.

—¡Una multa por el importe de la paga de tres días por pelearse en el cuartel! —les anunció—. ¡Y si alguno de ustedes tiene intención de repetir esto, se las entenderá conmigo!

Kana, que no había podido abrocharse sus orejeras a causa de lo de la mandíbula, dio de buena gana su promesa de mantener la paz. En cuanto a Sim, lanzó una especie de gruñido que fue también aceptado.

—Usted, Lozt, vaya con Daw —dijo Hansu señalando con un dedo el final de la cola.

Sim, sosteniéndose con el otro brazo el dañado, obedeció, pasando ante Bógate para ocupar el sitio que le habían indicado junta a un veterano peludo y de piel oscura.

Kana, por su parte, permaneció inmóvil.

—Yo me quedo con éste —dijo el veterano más joven.

Kana tuvo la sensación de que esto había sido decidido entre sus dos superiores, y aunque aún no le habían informado de quién iba a ser su compañero, el joven siguió al veterano joven.

—Mills y Karr —dijo Hansu presentándoles en el registro como miembros del grupo que él mandaba.

«Mills»... El nombre le sonó al joven extrañamente familiar. Kana fue en busca de su mochila mientras intentaba recordar en dónde había oído aquel nombre. Por el camino se encontró a un Mic muy excitado y a un Rey igualmente aturdido.

—Déjame que te toque —le dijo Mic a guisa de saludo—. Quizás me alcance algo de tu suerte. ¡Estoy seguro de que sabré aprovecharla!

—¡Pareces haber nacido con una espada en la mano y una estrella en la frente! —añadió Rey—. ¿Cómo te las has arreglado para tener por compañero a Deke Mills, novato?

¡Deke Mills! De nuevo le sonó el nombre a algo conocido, pero seguía sin recordar.

—¡Por las espadas de la Tierra! —exclamó Mic, cuyos ojos y boca formaban círculos de admiración—. ¡No creo que te des cuenta de lo que te ha sucedido! Alguien debía de enseñar a los novatos todos los secretos de la vida antes de soltarles en el cruel y frío mundo. Mills, chico, es una estrella-doble-estrella. Se parece a Hansu en lo de almacenar honores. ¡Diablos, podría elegir a quien quisiera como compañero en toda la Horda! Habría podido ser compañero de Hansu, si Yorke no se hubiera empeñado en que Trig mandara un grupo.

Kana tragó saliva.

—Pero... ¿por qué? —preguntó, con la boca súbitamente seca.

—No es por tus bonitos ojos, desde luego —contestó Mic—. Él estaba desaparejado, y también lo estabas tú. La norma de Yorke es emparejar a un veterano con un novato cuando llega el último momento. Has tenido suerte al estar en el sitio apropiado en el momento apropiado. Una suerte como para llevarte el regalo.

—A mí me hubiera gustado más quedarme con vosotros —murmuró Kana.

Lo decía de veras. Emparejar con un notable como Deke Mills era lo último que hubiera deseado. Lo haría todo mal, y sus equivocaciones parecerían mayores al lado de su compañero. En aquel momento casi hubiese deseado haberse marchado con Sim.

—Levanta el ánimo —exclamó Mic sonriendo—. Nosotros estamos en el mismo grupo. Y Mills es uno de los ayudantes de Hansu... Quizás no le veas muy a menudo.

—Lo mejor es que te vayas —advirtió Rey—. Ahí tienes a Mills junto a la puerta. No le hagas esperar.

Kana recogió su mochila. Su cabeza le producía un intenso dolor cada vez que la movía. Sí, el joven veterano se hallaba junto a la puerta hablando con un grupo de combatientes. Kana se apresuró. Empezaba a arrepentirse de no haber utilizado su derecho a rechazar aquel emparejamiento.

Era cerca de medianoche, la hora de embarcar, cuando se reunió a Mills. En el exterior se veían rayos de una sombría luz azulenca que resultaba débil y escasa para los ojos terrestres. Kana comprendió que en lugar de permanecer en el maloliente establo para pasar la noche, los combatientes iban a salir de la ciudad para dirigirse al campamento establecido por los primeros que habían

llegado.

La calle estaba toscamente adoquinada y a lo largo de ella veíase una línea de luz: carros de dos ruedas. Cada uno de estos carros iba tirado por un gu —la mayoría de ellos de mal humor y a regañadientes— y garantizaban sitio de sobras para el equipaje de los soldados extranjeros. Cuando Kana, siguiendo el ejemplo de Mills, fue a dejar su mochila en el primer carro, pasó cerca del primer fronniano que veía en carne y hueso.

Se trataba de un Llor, o sea que pertenecía a la raza dominante en el continente del planeta. Humanoide en su apariencia general, el nativo tendría sus buenos siete pies de estatura. En un clima doble los terrestres tenían que llevar trajes de invierno con doble forro, el Llor iba desnudo hasta la cintura. Pero la naturaleza le había provisto de un abrigo de tupido pelo rizado que tenía todo el aspecto de la lana de una oveja, lana de la que surgía un vivo y raro olor que sólo percibían los procedentes de otro mundo. Aquella cubierta peluda era más espesa en el rostro... un rostro bastante raro para ojos que no fueran de Llor, ya que la nariz no tenía puente y poseía sólo un agujero, mientras que los ojos sobresalían de sus redondas órbitas y miraban fijamente de manera desconcertante y singular. La boca era pequeña y redonda, y si el Llor tenía dientes, éstos no eran visibles. Su único atavío, salvo un cinturón que sostenía una espada y otra arma más pequeña, era una corta falda hecha de multitud de tiras de cuero curtido, cada una de ellas apenas más ancha de un hilo. Sus botas, que les llegaban hasta la rodilla, tenían las puntas muy afiladas y más puntas de metal a manera de carlancas.

Mientras los combatientes cargaban sus equipajes en el carro, el Llor permaneció descansando y masticando un trozo de caña de color púrpura azulado. De cuando en cuando escupía ruidosamente. Una vez apiladas las mochilas de seis hombres sobre el vehículo que él cuidaba, el Llor se enderezó y azuzó al gruñidor gu con un palo. El carro empezó entonces a andar, seguido por los terrestres alineados.

Unas lámparas azules colgadas de las blancas paredes sin ventanas de los edificios ante los que pasaban producían bastante luz para marchar a lo largo de la calle, pero el andar a pie sobre los desiguales adoquines resultaba bastante penoso.

—Esto es Tharc, capital de la provincia que manda Skura —dijo la voz de Mills alzándose por encima del ruido que producían las ruedas de metal del carro. El Chortha de las tierras del oeste es Skura, y Skura quiere llegar a ser Gatanu... He aquí por qué estamos aquí.

—El oficial de la sección de alistamiento dijo que se trataba de un trabajo de policía —replicó Kana.

Quizás era esta la complicación que Mic había presentado allá en Secundus. Existía mucha diferencia entre actuar como policía en una turbulenta frontera a favor de un gobernante que tenía derecho a gobernar o apoyar a un jefecillo rebelde que aspirara a un trono.

—Desde el momento en que Skura afirma ser el legítimo heredero, esto puede ser considerado una acción de policía...

Kana creyó notar una nota de sequedad en la voz de Mills. ¿Había cometido ya un error al hacer una afirmación que podía ser tomada como una crítica a las órdenes de Yorke?

—Las hermanas del Gatanu Plota son gemelas —continuó Mills —, así que hay algunas controversias sobre cuál debe ser considerada la mayor. Cada una de ellas tiene un hijo... y no se ponen de acuerdo en cuál es el verdadero heredero. Plota se está muriendo de la enfermedad del temblor... Le conceden de vida tres meses a lo sumo. El partido de Skura perdió favor en la corte y Skura fue enviado aquí en la pasada estación tranquila. Es más un exiliado que un Chortha. Pero firmó un acuerdo con el Comercio Intergaláctico sobre algunos derechos de minería y reunió bastantes fondos para poder hablar con Yorke. La I. T. lleva intentando desde hace mucho tiempo poner un pie aquí... donde el comercio local es una especie de monopolio del hierro. Así que se sintieron contentos de poder ayudar a Skura en sus pretensiones al trono. ¡Oh, se trata de una jugada! Pero si Skura logra el trono, pagará el doble de lo que Yorke obtendría por esta clase de servicio prestado en otra parte.

—¿Y contra quién tendremos que luchar?

—Contra S'Tork, el otro sobrino. A diferencia de Skura, cuenta con el favor de la corte y tiene a su lado a los nobles más conservadores y a la mayoría de los sacerdotes. Pero no es un hombre combatiente y no le siguen tropas. Aquí, el ejército se forma alrededor de los nobles guerreros. Y si un señor no es,

personalmente, lo bastante popular para traerse a los que quieren guerrear... entonces no cuenta con ningún ejército. Es muy sencillo. Skura cree que teniendo a una Horda bajo su bandera, ni siquiera se llegará a entablar batalla... pues será capaz de hacer desaparecer a la oposición con un simple alarde de fuerza.

El camino adoquinado acabó de pronto al llegar a los muros de Tharc y la carreta se hundió en el polvo, que llegaba hasta los tobillos de los hombres, de una carretera que apenas era más que un camino de caravanas. Pasaron bajo los dientes del rastrillo de un puente levadizo, salieron de la capital de Skura, y se encontraron en el campo abierto.

Unos guen puestos en hilera junto con sus propietarios, que eran mercaderes, estaban esperando que salieran todos para penetrar ellos a su vez en Tharc. Kana observó que aquellos viajeros eran bastante más bajos que los gigantescos soldados Llors. Mostraban asimismo un cuerpo cubierto de espesísimo pelo y permanecían apartados, tan silenciosos e inexpresivos como fantasmas, dejando que pasaran los terrestres.

El campamento de la Horda se encontraba una milla más allá, y las amarillas luces del mismo parecieron darles la bienvenida en la oscuridad de la noche carente de luna. Bajo el resplandor de aquellas luces, Kana encontró la tienda que se le destinaba, desenrolló su saco de dormir y se dispuso a descansar durante algunas horas.

Siguió una semana de intensa preparación con objeto de poner a punto a los recién llegados... durante la cual Kana estuvo demasiado ocupado con los problemas de la campaña o demasiado cansado físicamente para pensar sobre lo que le rodeaba o sobre el futuro. Pero unos diez días más tarde se alinearon en orden de marcha durante una sombría y gris madrugada, hora que en Fronn parecía más fría y más desagradable que en la Tierra. La Horda marchaba hacia el este, hacia la lejana cadena de montañas que separaba aquella provincia del oeste de las ricas planicies centrales que el ambicioso Skura consideraba ya como suyas.

Kana tuvo que admitir que el rebelde Chortha era un perfecto ejemplo de guerrero semibárbaro. Seguido por una tropa de rápida caballería, montado sobre un guen macho difícil de dominar, había popularidad que gozaba entre su gente y cada día llegaban más

nobles acompañados de su séquito personal para engrosar las filas del ejército de nativos acampados más allá. Diariamente también llegaban caravanas de guens cargados con suministros y material que tenían que ser transportados a las montañas.

Aquella mañana, Kana se hallaba de guardia en compañía de Rey mientras se ponía en marcha una de aquellas caravanas compuesta por conductores muy tapados y con capucha y animales remolones que levantaban un gran polvo al andar. Una vez la caravana estuviera en camino, La Horda seguiría detrás, pero no por el mismo camino sino campo a través... con los jefes como único contacto con la carretera.

Kana escondió su barbilla en el suave forro del alto cuello de su guerrera, contento de haberla elegido con una caperuza bordeada de piel que le cubría cabeza y orejas. El frío del amanecer fronniano era cruel.

—Ya ha salido el último...

Las palabras de Rey brotaron de su boca envueltas en una bocanada de aire lechoso. El joven levantó entonces su arma de señales y disparó un brillante tiro rojo hacia el oscuro cielo.

Con los fusiles apoyados en el ángulo de sus brazos, los dos terrestres se alinearon en la elástica cinta de combatientes que marchaban junto al borde del camino. Segundos después llegaron ante el último de los animales y siguieron avanzando rápidamente para alcanzar la cabeza de la caravana. Entonces Kana centró su atención en uno de los conductores. El joven no había visto nunca a los comerciantes sin las abundantes vestiduras que les cubrían por completo, pero sabía que eran de raza distinta a la de los peludos Llors que regían aquella tierra.

El Llor cultivaba la tierra, vivía en ciudades bajo un gobierno feudal e independiente y era guerrero. Pero aquellos comerciantes, que ejercían un monopolio que abarcaba a la vez el transporte y la venta de mercancías, pertenecían a otra raza, una raza crecida en las islas del mar lejano, grandes marineros y comerciantes... De espíritu andariego y sin que nunca se establecieran en ninguna tierra, eran llamados Venturi, se mantenían completamente apartados de los Llors cuando permanecían en el continente, y para hacer sus negocios empleaban sólo a uno de cada grupo. Éste, que era el que tenía que tratar con los otros, era elegido y la elección

recaía en el que, al parecer, poseía más condiciones para el puesto de enlace, un puesto nada envidiable según ellos. Los Venturi eran por lo tanto unas criaturas anónimas y fantasmales en lo que a los terrestres se refiere, que parecían sin facciones dentro de sus caperuzas; eran uno exactamente igual al otro tanto en estatura como en la manera de andar, cosa que hacían como deslizándose. Sólo que ahora... Kana estaba viendo a uno que era diferente. Mientras sus compañeros se deslizaban cual si llevaran patines, éste daba pasos normales. Tampoco llevaba a ningún animal sino que avanzaba junto a los demás con las manos vacías y un poco a la derecha de la fila de animales.

Kana entornó los ojos mientras alteraba su paso para colocarse detrás del extranjero, el cual no parecía en absoluto un Venturi. El paso de Rey se amoldó entonces al paso del encapuchado, y éste, de pronto, aumentó la velocidad con que andaba. Kana, a su vez, corrió para llegar hasta Nalassie. Ambos llegaron a la cima de un montecillo. En el otro lado se veía un espeso matorral. Los dos combatientes tenían, para pasar, que tomar la carretera o bien desviarse ampliamente hacia el norte. Kana, hablando con un bisbiseo, murmuró:

—¡Norte!

Rey pareció sorprendido, pero no hizo preguntas. En lugar de ello echó a andar en una dirección que colocaría el matorral entre ellos y la caravana.

—Hay un extraño entre los Venturi —explicó Kana.

Rey preparó su fusil y se agachó sobre la húmeda hierba, sacando a continuación de su cinturón un radio teléfono de explorador.

—Informaré —dijo.

Kana continuaba avanzando a rápido paso, determinado a llegar cuanto antes hasta la caravana de suministros y observar al sospechoso. Estaba contando los encapuchados para saber si su hombre se encontraba aún entre ellos cuando se les reunió Rey.

—La caballería Llor se encamina hacia esta carretera desde una milla de distancia. Si algo anda mal, ellos lo arreglarán. Hemos de mantenernos en paz con los Venturi.

Siguieron junto a la caravana. Era ya día claro y el sol cubría el cielo con sus rayos amarillos. En el centro de la caravana, unos

hombres montados parecían haber causado algún trastorno.

Kana y Rey apresuraron el paso para ver qué sucedía. Un gu se hallaba caído en el polvo, pegando coces y enseñando sus formidables colmillos a las tropas de Llors, que hablaban entre sí.

La caravana se detuvo y el jefe de los Venturi avanzó solo. A medio camino se encontró con el jefe de la tropa y, después de unos momentos de conversación, regresó a su grupo para celebrar una segunda conferencia que hizo que un segundo comerciante se acercara al gu caído. Los Llors se apartaron, dejando sólo a sus oficiales junto al animal. Algunos, según notó Kana, se diseminaron de manera que ahora formaban una línea a lo largo de la caravana de suministros. Debía tratarse de alguna estratagema... como el grupo de los Venturi.

La trampa pareció dar resultado, pues se oyó un súbito grito dado por un individuo de la tropa. Había desmontado, y ahora su gu levantó salvajemente la cabeza para librarse de las manos que sujetaban sus riendas y, lanzando por la boca y las narices una espuma verde, avanzó en línea recta hacia los animales de la caravana, mientras su jinete corría tras él intentando inútilmente atrapar de nuevo las riendas.

Ante la furia de aquel animal, los guen, que iban pesadamente cargados, parecieron volverse locos, librándose de las cuerdas que los mantenían sujetos o arrastrando a los Venturi tras ellos. Una de las figuras encapuchadas que no llevaba ningún gu, se puso a correr rápidamente, pasando por el lugar donde Kana y Rey permanecían observando. Kana estuvo tentado de detener al fugitivo, pero las órdenes habían sido claras: aquel trabajo había que dejárselo a los Llors.

Los componentes de la tropa que andaban por aquel lado de la carretera hicieron un movimiento para rodear al comerciante que huía. Uno de ellos hizo girar sobre su cabeza un lazo hecho con un material brillante que luego se extendió por el aire y apresó al que corría. Este cambió súbitamente de paso y cayó al suelo. Algunos de los Llors desmontaron y marcharon hacia el cautivo llenos de confianza, como si no esperaran más resistencia.

Pero el hombre que estaba en tierra se incorporó, quedando sentado. Un segundo después, un rayo de fuego rojo derribó al miembro de la tropa más cercano. Lanzando un grito de agonía, el

Llor cayó cual largo era sobre el árido suelo.

—¡Un lanzallamas! —exclamó Rey.

Los dos fusiles de los terrestres hicieron puntería y dos tiros salieron casi al mismo tiempo. El hombre a quien apuntaban dio un respingo y cayó hacia atrás sobre la tierra tan pesadamente que los dos jóvenes comprendieron que no eran necesarios más disparos.

Un Llor que llevaba el semicírculo de suboficial se presentó en la escena. Utilizando la punta de su bastón de montar, enrolló a ella un arma de mano hecha de oscuro metal... Era un arma que no se usaba en Fronn. Dos de los de tropa emplearon entonces aquella arma de metal para romper el traje del Venturi, permaneciendo fuera del alcance de la mano de éste. Bajo las ropas apareció un Llor. El enmascarado era inequívocamente un Llor, con su rizada pelambrera y los salientes ojos.

—¿Qué es esto? —exclamó el oficial Llor tocando con su bastón el lanzallamas—. ¿Conocen ustedes esto? —añadió hablando lentamente en lengua comercial del espacio.

—Es... es un arma que arroja fuego... pero prohibida —contestó Kana—. Nosotros no las usamos.

El oficial hizo un signo afirmativo.

—Entonces... ¿de dónde la sacaron? —quiso saber siguiendo su razonamiento.

Kana se encogió de hombros.

—Este... ¿no es uno de ustedes?

El jefe de la tropa se adelantó rompiendo el círculo de sus hombres y se inclinó para contemplar el muerto rostro del nativo. Con sus propias manos arrancó el cinturón de la falda con bordes de color. La hebilla del cinturón mostraba por el revés una marca color naranja en forma de flecha.

—Un espía de S'Tork —dijo identificándole.

Luego, expresándose en la lengua nativa, dio una serie de órdenes, y sus hombres, para cumplirlas, envolvieron el cuerpo del muerto en una arrugada tela y lo cargaron sobre el lomo de un gu, que protestó.

Ante la sorpresa de los terrestres, nada se dijo a los Venturi. El camino se hallaba libre y la caravana de suministros pudo seguir avanzando. Ninguno de los que la conducían se volvió a mirar al grupo que rodeaba al espía. El lanzallamas permanecía aún en el

suelo. Pero el jefe de la tropa se aproximó a los combatientes y señaló el arma con la punta del bastón.

—Cojan eso...

Fue más una orden que un ruego. Pero Kana no deseaba otra cosa que cumplirla. Era un problema que tenía que ser presentado inmediatamente a Yorke. ¿Qué estaba haciendo en Fronn la última y más terrible arma de la Patrulla Galáctica, y para colmo, en las manos de un espía enemigo?

CAPÍTULO IV

MOVIMIENTO CLÁSICA HACIA EL DESASTRE

Sobre el cajón de provisiones colocado del revés que servía de mesa al maestro de espadas, se hallaba la evidencia. Fitch Yorke estaba sentado sobre una cama enrollada, su cabeza y hombros apoyados contra el nudoso tronco de un árbol retorcido por el viento. Su rubio y brillante cabello contrastaba con el color púrpura azulado del tronco, mientras Yorke masticaba una pequeña rama con ademán reflexivo y miraba el lanzallamas con las cejas fruncidas. Pero Skura no se sentía inclinado a tomar el asunto con tanta tranquilidad.

El Llor rebelde se paseaba de un lado a otro sobre el terreno de arcilla azul, aplastando las pequeñas matas de la estación tranquila con las crujientes suelas de sus botas, como si sintiera despecho contra la misma tierra.

—¿Qué dice usted ahora? —preguntó—. Esto no es de usted, aunque se trata de algo fuera de este mundo. Pues bien... ¿de dónde ha venido?

—Eso es lo que me gustaría saber, alteza. Esto va contra nuestra ley. Pero no lo habéis encontrado en nuestras manos. Ha sido traído por un espía del enemigo.

El «sí» que brotó de la lanuda garganta del Llor fue más el rugido de un felino hambriento que una afirmación.

—El mal viene de S'Tork... ¿Qué otra cosa podría esperarse? Y contra esto... ¿de qué sirven las espadas... los fusiles? ¿De qué sirven las espadas de los magníficos espadachines de usted... cuando ellos se encuentran ante un fuego que abrasa y mata? Nosotros no luchamos con llamas. Cuando yo reuní bastante dinero y fui a Secundus a pedir que me ayudaran en la batalla, me dijeron

que me dirigiera a éste o aquél señor guerrero... pero no a ciertos guerreros... pues en Fronn, según dijeron, sólo los primeros que me nombraron podían guerrear. Así que yo entregué el dinero y ustedes vinieron. ¡Pero ahora resulta... que

S'Tork

ha traído guerreros de los que llevan armas que arrojan fuego! Esto no es jugar limpio, Tierra. Y nosotros los Llors no recibimos bien a los que juegan con dos barajas...

Skura hizo una pausa ante el lanzallamas y ante Yorke. Luego prosiguió:

—Además... —Y la peluda cabeza se torció y los prominentes ojos miraron a Kana y a Rey— cuando el espía se hallaba en nuestras manos y podía ser interrogado... ¿qué oportunidad tuvimos? Unas balas terrestres le dejaron sin habla, llevándole a las sombras de la muerte. ¿Qué contesta usted a esto, maestro de espadas?

Yorke no aceptó el reto.

—Eso... dijo señalando el lanzallamas..., es muy mortífero, alteza. Si mis hombres no hubieran disparado, ni los vuestros habríais sobrevivido. Siento no haber podido interrogar a ese espía. Sólo podremos obtener las respuestas en el campo de S'Tork...

—Ya se han dado pasos en ese sentido. Si ese aborto de serpiente tiene en realidad tales armas, nosotros lo sabremos.

Sin una palabra más, Skura montó en su gu y abandonó el campamento terrestre seguido por su guardia personal, cuyos miembros marchaban a respetable distancia del príncipe, según lo establecido, aguijoneando a sus monturas con las puntas de sus espuelas.

Cuando Skura se hubo desvanecido en una nube de humo azul, Hansu y Mills avanzaron desde el fondo mientras Yorke abandonaba su lánguida postura.

—¿Qué hacemos? —preguntó el maestro de espadas al tiempo que una de sus cejas se alzaba oblicuamente hacia el nacimiento de su cabello.

—Lo mejor es actuar cuanto antes —respondió Hansu—. Alguien debe estar trabajando en la sombra bien aprovisionado. Eso es cosa de la Patrulla Galáctica...

—¿Y quién...? —dijo Yorke escupiendo un trozo de ramita.

—Algún Mech que quiere hacer fortuna —sugirió Mills—. O bien...

—O bien alguien que quiere fundar un imperio en su propio provecho —concluyó Hansu—. No lo sabremos hasta que no nos informen los espías de Skura.

—¿Armas y hombres... o sólo armas? Es importante saber esto con certeza —dijo Yorke poniéndose en pie—. Pero se trate de una cosa u otra, es una preocupación.

Hansu se encogió de hombros.

—Que sean sólo armas, y así tendremos mayor oportunidad —dijo.

—¿Cree usted que esto puede significar que ponen las cartas boca arriba? —preguntó el otro—. Bien... Podría ser, podría ser. Pero si creen que nos van a aplastar como a tontos, harán bien en revisar sus planes.

El maestro de espadas no parecía preocupado.

—Pero esto podría ser también una respuesta a la vieja cuestión —continuó—. ¿Y si los Archs estuvieran listos para alzarse contra los Mechs? En un mundo como éste, la naturaleza del país estaría de nuestra parte. Una fuerza ligera muy movible contra una división mecanizada. Atacar y marcharse antes de que el cuerpo más pesado pueda moverse...

Parecía casi deseoso de iniciar el experimento.

—Perfectamente —dijo Hansu cogiendo el lanzallamas.

Su serenidad contrastaba con el momentáneo entusiasmo de Yorke.

—Quizá tengamos oportunidad de demostrar lo fuertes que somos —continuó Hansu—. Pero nadie puede leer en el futuro. ¡Y esta arma queda decomisada ahora mismo!

Yorke se marchó, y entonces Hansu empezó a desarrollar sus propios medios de investigación. De manera detallada, Rey y Kana comenzaron a explicarle todo lo sucedido durante las últimas horas, desde que Kana reparó en el espía encapuchado hasta la muerte de éste.

—La próxima vez que vean ustedes a un sospechoso —afirmó el espadachín cuando terminaron—, yo daría un mes de paga por poder cambiar unas palabras con él, siempre que no tenga en la

mano un arma tan mortal como ésta. Bien. Terminado.

El lanzallamas desapareció y no se habló más de él durante los siguientes días. La Horda avanzando por tortuosos caminos hechos por las patas con garras de los guen, se hallaba ya al pie de las montañas. Gigantescas rocas blancas y negras se sumaban a la general lobreguez del paisaje. El aire, enrarecido incluso en las planicies, se volvió más sutil y, a despecho del acondicionamiento sufrido para el viaje a Fronn, los combatientes jadeaban después de cada dura ascensión, por corta que ésta fuera. El cielo, durante el día mostraba un tinte amarillento mientras un helado viento llegaba hasta ellos procedente de los nevados picos.

Siete días fronnianos de viaje les condujeron hasta la cumbre y las vertientes que descendían por el otro lado hacia la rica zona oriental del continente. Entre los altos picos y el mar se extendían tan sólo aquellas llanuras... a menos que uno se aventurase hacia el norte en busca de otro brazo de la cadena de montañas.

Habían sostenido algunas escaramuzas con las avanzadillas reales. Pero los tres fuertes que protegían la carretera habían sido abandonados antes de que llegaran a ellos los rebeldes, circunstancia que no resultó muy agradable a los terrestres. Largos años de entrenamiento para la batalla les habían enseñado a desconfiar de todo lo que fuera fácil. A esta preocupación se añadían los rumores que corrían entre ellos a propósito de que habían caído en una trampa. El encuentro con el espía se había transformado, en las habladurías, en una lucha con un grupo de Mechs armados. Historias aún más fantásticas estaban empezando a circular por los corros de hombres en las acampadas nocturnas. Mientras Yorke y sus oficiales mostraban un aspecto impasible, los combatientes se apartaban de sus aliados nativos... y el servicio tomó el aspecto de un compromiso del que los guerreros procedentes de otro mundo estaban deseando retirarse.

Durante un mediodía, Kana acompañó a Deke Mills en una tediosa marcha para escalar un pico desde el que podrían contemplar claramente el camino que se extendía más allá. Mientras Mills se ajustaba los gemelos para mirar a lo lejos, Kana se colocó sobre sus ojos a guisa de pantalla sus enguantadas manos para intentar ver también sin ninguna ayuda. Allá abajo, en el otro lado, se veía brillar algo que sólo podía ser de un metal ligero... y el

brillo se movía.

—Están esperándonos ahí abajo —afirmó Mills—. Dos... No, tres... Tres estandartes reales. Tres compañías por lo menos. Ahí han ido los exploradores montados de Skura. Espere... ¡Flamean una bandera! ¿Quieren parlamentar?

Kana sólo pudo distinguir unos puntos que bajaban por el camino de la montaña y se reunían con un oscuro montón.

—Yorke tendría que saber esto. Dígale que están haciendo señales para parlamentar y que parece como si Skura estuviera en el caso de...

Kana bajó de nuevo para encontrarse con el maestro de espadas al pie de la montaña. Yorke estaba muy atareado consultando un mapa en compañía de sus tres espadachines. Ante las nuevas del deseo de parlamentar Yorke montó en el gu que Skura le había proporcionado y marchó tras la vanguardia de nativos en tanto que Kana ascendía de nuevo hasta donde estaba Mills.

—¡Mire! —exclamó el joven veterano pasándole a Kana los gemelos—. Ahí hacia la izquierda. ¿Qué es lo que ve?

Kana miró con los gemelos. Un pequeño grupo de los Llors rebeldes cabalgaban al encuentro de un puñado de leales. Pero otro grupo de rebeldes habían echado pie a tierra y procuraban encerrar en un círculo el lugar de la conferencia.

—¿Una emboscada? ¡Pero si se encuentran bajo una bandera de parlamento!

—Así es —dijo Deke Mills con ronca voz.

Durante un largo momento hubo poca acción abajo. Los jefes reunidos para conferenciar, montados sobre guen, permanecían bajo la extendida bandera del parlamento. En aquel momento, los rebeldes escondidos atacaron. El grupo de oficiales se transformó en una mezcla de Llors que luchaban y de guen. Los rebeldes arrojaron por sorpresa a los leales de sus monturas, dejando a algunos extendidos en tierra y arrastrando a otros hasta el cobijo de las rocas. Aunque el resto de los enemigos intentaron rescatar a sus compañeros, los que estaban emboscados cubrieron a los raptos con una nube de fuego de sus fusiles, así que los leales se vieron forzados a retirarse en confuso tropel. La bandera de parlamento flameaba en el aire sobre un terreno sólo ocupado por muertos. La traicionera sorpresa había tenido un rotundo éxito.

Los dos terrestres, sorprendidos por aquella drástica traición a un código, que les habían inculcado desde sus primeros días de instrucción, descendieron de la montaña para reunirse con sus compañeros.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mills, que les adivinó tensos cuando pasaban junto a él.

Kana asintió con la cabeza, pero Mills no se detuvo para dar explicaciones. No se podía sospechar lo que aquel acto de violencia podría significar para los combatientes. Podía llegarse incluso a una total rescisión de su contrato con Skura y a un rápido regreso a Secundus.

Tenían prisa por llegar al puesto de mando y llegaron a él sólo unos cuantos segundos antes que Yorke. El rostro del maestro de espadas era una máscara que no reflejaba la menor emoción, pero sus apretados labios y el brillo de sus ojos delataban su preocupación.

Mills hizo su informe, y cuando terminó, Yorke se echó a reír, aunque el sonido de su risa no denotaba la menor alegría.

—Sí —dijo cortando el silencio del grupo—, es cierto. —Llamó con un dedo a sus dos oficiales principales—. Hansu, Bloor, acérquense. Ha llegado la hora de hablar. Y... —Sus ojos se pasearon por el círculo de guerreros— y usted, usted y usted.

Kana se dio cuenta cuando Mills le dio un golpe en las costillas que él era uno de los que el maestro de espadas había elegido, junto con Deke y Bógate. Un paso a dos detrás de los oficiales, los tres echaron a andar.

Deke preparó su fusil, ademán que los otros imitaron. Los Llors tenían fusiles de aire, pero los que los usaban carecían de la habilidad y de la puntería de los terrestres. Si Yorke necesitaba que una fuerza le protegiera en su entrevista con Skura, la tenía de sobras.

Encontraron al jefe rebelde en un rocoso desfiladero donde el camino de caravanas de las montañas se ensanchaba, transformándose en una verdadera carretera. Llors montados y a pie formaban un auditorio como fondo de la escena que iba a celebrarse en el centro de aquel polvoriento camino. Tres oficiales leales, que sangraban por heridas de escasa importancia, pero que tenían los brazos atados a la espalda, se hallaban alineados ante

Skura, que les dirigía una arenga en lengua nativa. Hizo una pausa cuando los terrestres rompieron el círculo de sus hombres y aparecieron ante él. Era imposible para ningún combatiente leer la expresión de su rostro cubierto de pelo, pero era patente que Skura no se alegraba de la llegada de Yorke.

Los tres espadachines, junto con los hombres armados con fusiles que les acompañaban, se mostraron a plena luz. Era muy posible que tuviesen que emplear aquellas armas.

Yorke hizo avanzar a su gu hasta que éste le colocó frente a Skura. Los Llor que estaban alrededor de los jefes retrocedieron. Habían visto demasiados ejemplos de terrestres disparando para que sintieran deseos de proveerles de nuevos blancos.

—Alteza, lo que hemos visto... Esto no es el modo de hacer la guerra...

La voz de Yorke no era adecuada para pronunciar discursos, pero se oía bien.

—Yo soy el Gatanu, y el Gatanu hace la guerra como quiere —contestó Skura—. Esos sirven a S'Tork

Pues bien, mis hombres les van a matar...

Hizo con la mano un rápido ademán. Un brillo de acero relampagueó en el aire y los tres leales cayeron hacia adelante mientras su oscura sangre manchaba el terreno y llegaba hasta las botas de Skura.

La boca de Yorke formaba una dura línea.

—Eso ha estado mal hecho, alteza. Y del mal surgirá el mal.

—¡Ah! ¿Sí? En su mundo puede usted seguir las costumbres que haya allí. ¡Pero aquí las costumbres son otras, hombre de otro mundo!

El jefe Llor tenía todos los derechos y Yorke no podía contestar. Una de las reglas a que tenían que someterse las fuerzas de combate era la de no mezclarse en las peleas de unos nativos con otros si sus peleas estaban de acuerdo con las costumbres del mundo extranjero. Quizás en Fronn el no respetar una bandera de parlamento era algo que se aceptaba en tiempo de guerra. Pero Kana oyó que Bógate murmuraba:

—Esto no nos traerá suerte. No habrá suerte para nosotros si se derrama sangre bajo una bandera de parlamento.

El maestro de espadas se alejó rodeado por el compacto grupo de terrestres que le servían de escolta. A su constante estado de sospecha se añadía ahora otra inquietud: la guerra, según ellos sabían, se regía por ciertas reglas inquebrantables. Si estas reglas, a las que ellos habían jurado obediencia se quebrantaban... ¿cuál sería el resultado?

Aquella era una guerra en la que los dos bandos se aprestaban a la lucha, mientras que los verdaderos combatientes cogían sus armas y se preparaban para lo peor, o sea un posible ataque no sólo de los leales sino de los que habían llamado sus aliados.

Al amanecer la decisión estaba tomada. Desde el momento en que Skura había citado la costumbre, el contrato que ellos tenían con él continuaba en pie, para cumplirlo, los terrestres tenían que luchar al lado de los rebeldes. Los leales habían sido desalojados de sus posiciones al pie de las montañas, y la fuerza rebelde se había abierto en un amplio movimiento de tenaza. Skura disponía de algunas compañías de infantería, pero la caballería sobre guen era su arma preferida y sus pocos regimientos a pie envolvían como alas ligeras a la Horda terrestre, que era más pesada. De acuerdo con lo que le habían comunicado sus espías, el ejército leal que tenían enfrente era pequeño. La mayoría de los grandes señores de las llanuras no habían elegido aún su bando en la contienda. Una rápida victoria sobre aquel pequeño ejército —en realidad,

S'Tork

no había logrado poner en pie de guerra más que las tropas de su casa— haría que los hombres se decidieran a favor de los rebeldes y que toda la planicie se pusiera al lado de Skura, con la sola excepción de algunos señores aislados que tercamente seguirían apoyando a su primo.

El vibrante sonido de las trompetas de guerra de los Llors resonó por todo el campo. Los rebeldes tenían mucha confianza en el buen resultado de la batalla. Pequeños destacamentos a pie partieron para reunirse con los que formaban las alas de la compañía terrestre, mientras tropas de caballería cabalgaban al objeto de establecer contacto con el enemigo.

La Horda se hallaba presta a la acción. Habían desaparecido todos los ornamentos y las estrellas. Ahora iban con el uniforme de batalla color gris verdoso, que se confundían con los trozos de

terreno rocoso tras el que buscaban cobijo.

Kana extendió sus piernas a lo largo de una ligera hondonada y apoyó su fusil en un pequeño tronco convenientemente combado del arbusto que le daba asilo. Sobre su cabeza, una bandada de pájaros volaban en zigzag de un lado a otro y gritaban su miedo y su ira ante aquella invasión de su mundo privado.

El plan de batalla era sencillo, pero clásico en la tradición de los Llors. La caballería intentaría cercar al enemigo y reunirles en el centro, donde tendrían que enfrentarse con el devastador fuego de los Archs. Y ya que la fuerza inferior de

S'Tork

era incapaz de ofrecer batalla, los rebeldes no encontraban razón para que la maniobra fracasase y, por lo tanto, la única respuesta del enemigo sería retirarse.

Kana miró a su alrededor mientras Mills avanzaba arrastrándose para reunirse con él. El veterano examinó con ojo crítico la posición que había elegido el recluta antes de dar su aprobación, cosa que hizo sin hablar, ya que se apresuró a ocupar a su vez un puesto ante la improvisada aspillera de follaje. Además del sonido de las trompetas, se oía un sordo rumor de palabras, los gritos de combate proferidos por las voces graves y guturales de los Llors. Mills sonrió a Kana.

—¡La suerte está echada! ¡Pronto nos tocará a nosotros actuar!

La vista que se les ofrecía del campo de batalla era necesariamente limitada. Y durante bastante tiempo sólo distantes rumores indicaban que la lucha progresaba. Luego, surgiendo de detrás de un pequeño saliente, apareció un grupo de jinetes. Parecían inseguros. Pero el color de sus uniformes les delataba. Eran leales cogidos entre las mandíbulas de la trampa, en la que los terrestres eran los dientes.

Del bosque salió otro grupo, y algunos de los animales corrieron libres y fieros, arrojando de ellos a los hombres, que luchaban por coger de nuevo las riendas. Un Llor desmontado salió rápidamente de su escondite, y, tras él, otro blandiendo una lanza cual si fuera una porra. La titubeante tropa que había precedido a aquellos extraviados se dividió en dos grupos. Uno de ellos, el más pequeño, se alineó, y sus componentes, empuñando la espada, corrieron de nuevo hacia el grupo de árboles. El otro, sin orden alguno, siguió

bajando hacia el valle. Kana hizo puntería antes de que los individuos se pusieran a razonable distancia. Allí no habían sonado trompetas de guerra ni cantos de batalla, pero la oculta fila de tiradores estaba a punto. Y cuando los fugitivos pasaron ante el grupo de rocas hacia las que apuntaban los combatientes sonó una descarga que les arrancó de sus sillas y volvió locos de miedo a los guen. Sólo una o dos figuras heridas cayeron al suelo, pero ninguno de los jinetes pasó de aquellas rocas.

Kana no podía cerrar los ojos, aunque en su interior algo se retorció. Aquello era muy distinto que disparar a un muñeco más o menos humanoide colocado en el lugar exacto para que el fusil lo alcanzase, cosa que había sido hasta entonces todo su entrenamiento como tirador. Hacía un segundo había alcanzado a uno... con sólo apretar el gatillo. El Llor alcanzado por la bala carecía de identidad como criatura humana. Pero... El joven luchó cuanto pudo contra la sensación de náusea que le subía del estómago. Aunque no tuvo tiempo de cultivar su emoción. Un segundo grupo de leales salió del bosque. Esta vez iban mezclados en una danza montada de la muerte en la que los rebeldes hicieron caer a los leales ante la hilera de muertos hechos por los terrestres. Pero esta vez el enemigo se defendía con denuedo y había casi tantas sillas vacías en el bando de los rebeldes como en el de los leales.

—¡Skura!

Kana no habría necesitado que Mills identificase a Skura. El jefe rebelde era inconfundible mientras se adelantaba, acuchillando a los que se lo impedían, hacia el jefe de la tropa de los leales. Este oficial, tan imponente físicamente como si se tratara de un Gatanu, aceptó la batalla con el mismo brío. Y mientras sus respectivos seguidores luchaban entre sí, los dos jefes se enzarzaron en una experta lucha a sable. El leal sangraba a consecuencia de una cuchillada recibida en un hombro, pero esto no era óbice para su eficiente juego de sable. En cuanto a Skura, se hallaba hasta ahora incólume.

La lucha del metal contra el metal tenía lugar enfrente de donde se hallaban los terrestres, pero éstos continuaban sin disparar. En aquella refriega había demasiada posibilidad de herir a los aliados. El gu montado por el leal intentó morder al animal montado por

Skura. Debido a la lucha entre los dos animales, el jinete del primero se ladeó en su silla. La hoja del sable de Skura se hundió entonces profundamente en el antebrazo de su enemigo y acto seguido la espada del leal se desprendió de sus inertes dedos. Skura había levantado su sable para asestar a su enemigo el golpe de muerte cuando inesperadamente se desplomó sobre la cabeza del gu, cayendo acto seguido al suelo.

Quizá sólo los terrestres vieron aquella barrita de llamas que surgió del bosque para atacar al jefe rebelde en el momento en que iba a triunfar. Los Llors, que, segundos antes, se hallaban empeñados en una lucha a muerte, se sorprendieron y permanecieron inmóviles, sin dejar de mirar a Skura. Luego, los seguidores de éste, lanzando gritos de horror y desesperación, atacaron de nuevo, matando sin compasión. Dos realistas corrieron hacia los bosques. El resto de ellos cayeron muertos.

—¡Eso fue un lanzallamas! —dijo la voz de Kana, que se mezcló a los gritos de los Llors.

Éstos habían levantado el cuerpo de Chortha y lo ataban ahora a la silla del gu. Luego se dirigieron todos hacia el norte. Mills se alzó sobre una rodilla para verles marchar.

—Esto es el fin de la guerra —afirmó.

Como si su observación hubiera sido una señal, el agudo pito de llamada sacó a los combatientes de sus posiciones, retirándose a una segunda línea. Alerta y dispuestos, los terrestres esperaron durante toda la tarde. Pero lo dicho por Mills en el momento de la caída de Skura resultó verdad. La muerte del jefe rebelde desmoralizó a sus seguidores, la guerra parecía haber terminado y los Llors evitaban a los hombres de otro mundo. Pero los combatientes sospechaban que rebeldes menores estaban intentando algo. En aquel momento, el futuro de la Horda se hallaba en blanco. Sin embargo, cuando en la historia se habían producido tales derrotas súbitas, la Horda o Legión contratada por el jefe derrotado había tenido libre acceso a su nave o a sus naves, siendo autorizada a salir del planeta.

Los soldados son muy conservadores, viven gobernados por la costumbre, y como la costumbre estaba ahora de parte de los otros y ellos habían quedado libres de un compromiso que la mayoría había acabado por considerar un riesgo, existía una sensación de

alivio, de «Bien, lo peor ya ha pasado» en el campamento de la Horda aquella noche. Eso sí, mantuvieron una patrulla para que vigilara los alrededores y montaron guardias. Pero la muerte de Skura, que no había dejado heredero al que pudieran acoger sus hombres, hacía que ya no fuera necesaria la ayuda de los terrestres. Y ahora, con algo así como unas vacaciones en perspectiva, esperaban un rápido traslado a Tharc, donde aguardaban los transportes.

La única reacción sombría ante los acontecimientos de la tarde era el pensamiento de que la brevedad de la campaña significaba que sólo recibirían el sueldo base. Pero Kana y algunos otros tenían el presentimiento de que las cosas no serían tan sencillas.

El recluta notó que Yorke, los tres espadachines y algunos veteranos, incluyendo a Mills, no extendieron sus camas aquella noche. Y cuando en la madrugada fue despertado para la segunda guardia, vio que aún seguía la luz encendida en el lugar donde se habían reunido los oficiales, una pequeña tienda.

Skura había sido muerto con un lanzallamas... lo que significaba que en las manos del enemigo se encontraba por lo menos otra arma ilegal. ¿Quién había llevado aquellas armas a Fronn y por qué? Kana se preguntó esto cuando se dirigía a hacer la guardia. La fría negrura de la noche fronniana estaba llena de rumores que podían o no ser señal de peligro. Pero el círculo de lámparas encendidas colocadas a intervalos regulares producía una barrera de luz alrededor del campamento.

Los insectos voladores eran atraídos por las luces y, cegados por el resplandor, topaban contra los cristales de las lámparas. En pos de aquellos insectos venían otros animales más grandes, algunos de cuatro patas, otros de dos y muchos de ellos también con alas. Aquello significaba para los que llegaban un rico festín, y se entablaba entre ellos más de una dura pelea.

De pronto, las bajas y colgantes ramas de un arbusto fueron apartadas y un hombre se mostró al rayo de luz de una lámpara, deteniéndose allí como si quisiera ser reconocido. El recién llegado no era fronniano.

Kana levantó su fusil, apuntando hacia el dibujo de cohetes cruzados que había en el pecho de la guerrera del desconocido. ¡Un Mech! ¡Y con su uniforme de gala! Kana silbó para que se enterasen

los demás que hacían guardia y gritó:

—¡Quédese en donde está! ¡Manos arriba!

El Mech se echó a reír.

—No siga. Traigo un mensaje para Yorke.

CAPÍTULO V

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Un manotón dado en su saco de dormir despertó a Kana algunas horas más tarde. Mills se hallaba en pie ante él.

—Arréglate —ordenó bruscamente el veterano—. Nos vamos.

Sí, se fueron con una prisa inusitada. Kana apenas tuvo tiempo de echar su mochila en un carro que ya estaba en marcha, y el joven se frotaba aún sus soñolientos ojos cuando se alineó con su pelotón. Teman que marchar por «campo hostil», según la orden que oyó, llevando exploradores en los flancos de la fuerza. Y conductores terrestres, y no Llor, conduciendo a los guens cargados con los equipajes. En suma, en toda aquella serpenteante columna no se veía a ningún nativo de Fronn. No se dirigían hacia las montañas, hacia Tharc, sino que en lugar de ello seguían un camino que llevaba, formando un ángulo recto y a lo largo del pie de las colinas, al norte.

La nueva carretera serpenteaba, pero continuó viéndose durante una milla aproximadamente. Kana oyó exasperados comentarios a su alrededor y llegó a la conclusión de que ninguno de los combatientes de baja graduación sabía adonde se dirigían y por qué. Y en más de una ocasión oyó sugerencias hechas en voz baja acerca de misteriosos conflictos surgidos recientemente entre Hordas y Legiones mientras se encontraban a varios años luz de la Tierra. A pesar de su habitual sentido fatalista, la moral de los mercenarios podía sentirse seriamente afectada si aquella situación se prolongaba.

Quizás aquella marcha era el resultado de la visita que el Mech había hecho a su campo a primeras horas de la madrugada. Pero el caso era que la confianza que los terrestres habían sentido después

de la muerte de Skura se estaba transformando ahora en una creciente inquietud.

Después de algún tiempo, el camino que seguían se tornó tan estrecho que pareció que iban a tener que abandonar los carros. Dos de los exploradores volvieron para informar. Traían con ellos a un nativo, un suboficial Llor con una venda que le envolvía la cabeza y un brazo en cabestrillo. Un sordo rumor corrió entre las filas.

—Hay un gran río delante de nosotros —dijeron los exploradores—. Y no existe puente para cruzarlo.

Antes de que estas noticias hubieran llegado a la cola de la columna se tocó llamada a consejo general. La voz de Yorke, rápida y aguda, sonó a través de los altavoces:

—Hombres, la situación no se presenta muy prometedora. Nos han informado que S'Tork

ha enrolado en sus filas a los Mechs renegados... Cuántos son éstos es cosa que aún no sabemos. No nos han ofrecido salvoconducto y no podemos regresar a Tharc sin él. Necesitamos tiempo para establecer un tratado y que se reconozca nuestra posición bajo las normas usuales de combate. Vamos a enviar un mensaje a Secundus...

—¿Y no vamos a construir un cohete para volar hasta allí a través del espacio? —preguntó sombríamente alguien en voz baja, según pudo oír Kana.

—Según nuestra información —continuó Yorke—, existe otro camino por la montaña que va hacia el norte, camino que deberemos cruzar si no llegamos a un acuerdo... A eso nos dedicamos ahora. Mientras tanto, no debemos hacer nada que provoque la enemistad de los leales... pues tal cosa les daría razón para declarar que seguimos luchando contra ellos tras de la muerte de Skura. Hasta que no haya contraorden, ningún combatiente usará sus armas contra un Llor por dura que sea la provocación de éste. Tenemos que continuar en «país hostil, plan tercero» hasta nuevas órdenes. Cambien el cargamento de los grandes carros y hagan pequeños atados para que puedan ser llevados por los guen. Sólo los tres pequeños carros de mano pueden ser utilizados de ahora en adelante. Estableceremos un campamento nocturno junto al río...

No fue fácil conseguir que los indómitos guen se acostumbrasen a llevar los paquetes. Estaba ya casi anocheciendo cuando el destacamento de que formaba parte Kana pudo, tras de tener que arrastrar y golpear a los animales, que hacían resistencia, llegar a la zona iluminada del campamento que la vanguardia había alzado junto al río. El lugar ofrecía un amplio saliente sobre las oscuras y oleosas aguas que besaban con pequeñas olas las orillas arcillosas. Pero una caída casi vertical del terreno hacía que el manso río se transformara de pronto en una poderosa corriente. No tenían que temer ningún ataque por sorpresa en aquella dirección.

Kana se paseó a lo largo de la orilla contemplando el fluir de las aguas. Juzgando por los collares de espuma que rodeaban las rocas, la corriente debía ser demasiado rápida para poder pensar en cruzarla cómodamente por allí. Los ojos del joven observaron que por la parte baja del río bailaban unos puntos luminosos que se movían en medio de la negrura de la noche, fundiéndose en la orilla este. ¿Otro campamento? La línea de marcha de la Horda debía haber sido seguida en paralelo por un destacamento de Llors.

Por suerte, la Horda llevaba sus suministros alimenticios. Los nativos, que dependían para alimentarse de los productos naturales de la tierra, no podían igualar la rapidez de un ejército, para el que el problema alimenticio consistía en una cantidad relativamente pequeña de tabletas condensadas y otras raciones concentradas. Las raciones que un soldado necesitaba para toda una semana podían ser llevadas fácilmente en una bolsa individual que colgaba en el propio cinturón. El antiguo «sitio por hambre» no podía tener el menor éxito aplicado a los terrestres, a menos que se les mantuviera alejados de su base durante un período de meses.

Cuando Kana regresó al lado de Mills y Mic, la fuerte voz de Sim exclamó:

—¡Esos de las cabezas lanudas son tontos! ¿Qué creen que pueden hacer?...

—Lo que los rostros lanudos vayan a hacer no importa nada — interrumpió Bógate—. Skura no fue asesinado por ningún rostro lanudo. Yo estaba allí. Os lo digo, amigos... Fue abrasado por la mitad... de una manera limpia y clara. Yo lo vi. Soy un combatiente y llevo diez años de servicio... ¡Y sé muy bien lo que es un lanzallamas!

—¿Un lanzallamas? —preguntó alguien—. Pero si tuvieran lanzallamas nos habrían achicharrado a todos. Y estuvimos vivitos y coleando... hasta que Skura recibió lo suyo.

—Escuchad —dijo Bógate, cuya voz dominó a la de los otros—. ¡Yo vi lo que vi! Un Mech vino anoche a ver a Yorke. Y no era ningún explorador. ¿Qué sucederá si

S'Tork

tiene escondida allá a toda una Legión de renegados?

—¡Estás hablando a tontas y a locas! —le contestó uno de sus compañeros—. ¿Toda una Legión sublevada? ¡Cómo! Si ni siquiera habrían encontrado nave para venir aquí sin que Prime lo supiera...

La irónica risa de Bógate le interrumpió.

—Hay un millón o un trillón de modos que pueden ser utilizados por los peces gordos... y tú lo sabes. Porque la cosa no haya sido nunca hecha antes no es ninguna prueba de que algún individuo listo no quiera aprovecharse... Aquí, un jefe Mech que quisiera hacerlo podría presentarse y hablar a los suyos como comisionado por el Control o algo por el estilo. ¿No tengo razón, Mills?

Deke Mills ahuyentó a uno de los insectos atraído por las lámparas.

—Completa razón, Bógate —contestó—. Y también tienes completa razón en lo de que acaso eso es lo que está ocurriendo ahora. Y si es así... —hizo una pausa y luego continuó—: Si es así, debemos estar preparados para marcharnos de este mundo cueste lo que cueste.

Algunas voces protestaron, pero luego volvieron a quedar silenciosas bajo la voz de Bógate:

—¿Aún no habéis comprendido, mastuerzos, que cuando un individuo rompe las leyes principales de la guerra no está dispuesto a dejar que sigan vivos los que han visto lo que ha hecho y cuyas lenguas pueden hablar? Nosotros vamos a volver a Secundus y nuestras bocas hablarán de lanzallamas y de los Mechs que hay aquí, y los jefes vendrán directamente para ver lo que sucede. Pensad en ello si es que podéis. ¿Quién está autorizado a tener lanzallamas? ¿Quién apoya a esos Mechs renegados?

El súbito y tenso silencio que siguió a sus palabras significaba que los hombres estaban pensando en todo aquello y no les gustaba nada lo que presentían.

Debido a que Hansu utilizaba mucho a Mills como su ayudante, Kana no había podido entablar una profunda amistad con su compañero. Por esta razón se reunía muy a menudo con Rey y Mic, encontrándose con Mills sólo cuando algún asunto del servicio les reunía. Pero ahora se aventuró a hacer una pregunta a su callado compañero.

—Lo que voy a decir puede llegar en seguida a Prime, ¿no es verdad?

Mills no volvió la cabeza. Pero un segundo después exclamó:

—¡Hable!

Kana contó lo del Mech que encontró en la biblioteca de información, haciendo hincapié en su creencia de que el hombre buscaba una información sobre Fronn.

—¿No tenía en su casco la insignia de la Legión a qué pertenecía?

—No. Pensé que haría poco que había firmado. Pero... ¿Cómo...?

Kana se interrumpió, pero su pensamiento trabajaba activamente. ¿Cómo podía un Mech ser reclutado en la Tierra para prestar un servicio ilegal?

S'Tork

debía estar apoyado por algo más que un mero puñado de renegados.

—Sí, sí. ¿Cómo y por qué...? —murmuró Mills comprendiendo lo que Kana no había acabado de decir—. Esto es un caso de ir a la batalla con los ojos vendados.

El veterano se puso en pie y dio unos pasos. Kana fue tras él.

El joven guerrero observó que estaban efectuando un recorrido del campamento, pasando de puesto en puesto. Cuando llegaron al puesto del este, Mills dio el santo y seña y salió de la claridad de las lámparas, pasando a las sombras de la noche. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Kana localizó al azulenco halo del campamento Llor. Contrariamente a sus costumbres, las fuerzas fronnianas mantenían sus antorchas encendidas. Pero no habían avanzado lo más mínimo hacia el campamento terrestre.

Un solo momento de observación bastó a Mills para hacerse cargo de cómo estaban las cosas. Avanzó hacia el sur, deteniéndose de cuando en cuando para observar a su alrededor en la oscuridad.

Más allá había otra barrera de luces a través de la carretera por donde ellos precisamente habían llegado. Los Llors les habían cortado toda posible retirada.

Hacia el oeste se alzaba el muro de la montaña. No había brillos azulencos en sus cumbres. El campamento terrestre no tenía cortada la salida por allí. ¿O es que los Llors creían que las montañas constituían una barrera suficiente? Quizá pensaban que tenían completamente inmovilizado al ejército procedente de otro mundo por medio de las montañas, el río y los dos cuerpos de ejército situados a ambos lados.

Mills llegó a la última avanzada, pero luego no regresó al campamento.

—Hansu me ha explicado que usted es un hombre de enlace —dijo de pronto—. ¿Qué piensa usted de los Llors... de su situación? Seguramente saben de sobras que no nos tienen cercados. Podríamos seguir nuestro camino sólo con que empleáramos toda nuestra fuerza. Deben tener algo en reserva... ¡Tienen que tenerlo!

—No puede uno estar seguro de nada en un mundo desconocido y con una civilización feudal —contestó Kana encogiéndose de hombros—. Skura se inclinaba a sobreestimar sus propias fuerzas. Esta es la primera vez que una fuerza de combatientes ha estado en Fronn. Usted sabe que el trabajo de los

X-Tee,

es decir, el enlace con los extranjeros, es a veces de tanteo o de adivinación. No podemos meternos dentro del cerebro de un ser cuyos procesos mentales pueden ser muy distintos de los nuestros. Los Llors, según mi parecer, son lo que parecen, simples bárbaros, o quizás...

—O quizás —acabó Mills— seres tan tortuosamente complicados que nunca podremos luchar contra ellos. O quizás reciben ayuda y expertos consejos...

—¿De una Legión Mech?

—¡No comprendo cómo pudo hacerse esto! ¡Sólo el problema del transporte hasta Fronn...! ¡Diablos!, ningún transporte de tropas puede viajar por la Galaxia sin llevar una hoja de ruta sellada donde se especifica su destino Sin embargo, ese Mech de la sección de alistamiento, buscaba informes sobre Fronn... ¡La sección de alistamiento! Precisamente donde el menor rumor de un

movimiento así lo hubiera condenado desde el principio. Suponiendo que una Legión, o parte de una Legión, se hubiera corrompido hasta ese extremo... ¿por qué habría elegido Fronn para sus operaciones? ¿Qué es lo que posee este mundo para correr semejante riesgo sin la meta de un beneficio?

—¿Qué clase de derechos minerales vendió Skura al Interplanetario a cambio de la ayuda de Yorke, señor?

Deke Mills se volvió para mirar a Kana cara a cara. En sus ojos se reflejaba el mayor asombro. El joven guerrero pensó que casi como si un gu se le hubiera dirigido hablando en excelente lengua básica.

—¡Caramba con los novatos! —exclamó Mills—. ¡Derechos de minería, derechos comerciales, y quizás una buena oportunidad para lograr una doble cruz! ¡Topa si la cosa salía mal! ¡Señor del Espacio! Eso podría ser la respuesta a una serie de preguntas. Los Mechs pueden haber sido introducidos de tapadillo en naves comerciales... Y pueden habérseles provisto de lanzallamas... ¡De todo! Pero... —Se quedó mirando a Kana pensativamente—. Pero usted tiene que mantener la boca cerrada sobre esa brillante idea, ¿comprende? Ya circulan bastantes rumores a nuestro alrededor y no es necesario añadir otro tan lógico que puede ser creído en el acto.

—Entonces... ¿usted cree que tenemos algo más que renegados contra nosotros, señor?

—La manera de razonar extranjera... ¿Cómo podemos saber la forma en que trabajan sus mentes? El Control Central no comprende, ni siquiera han intentado comprender lo que nos pone nerviosos. Somos los mercenarios... algo cómico e infantil... unos seres con un espíritu que no concuerda con el de ellos. Así que nos colocan en el plan general de cosas e intentan olvidarnos. Y como nosotros hemos funcionado como si en realidad no fuéramos más que cosas, han dejado de preocuparse de nosotros. La idea del ser terrestre ha llegado a ser para ellos algo tan estereotipado que ya no nos ven sino como ellos piensan que somos... Y ambas cosas son muy diferentes. ¿Sabe usted...?

Mills hizo una pausa como si se le hubiera ocurrido un nuevo pensamiento. Luego continuó:

—... Lo cual, en un sentido, nos da cierta ventaja. Hemos

aprendido cosas que sorprenderían a los agentes galácticos. Todo ese tinglado del comercio... comercio no terrestre, naturalmente: la Tierra no puede comerciar... forma una nítida tela de araña completamente ilegal... Y ellos no se paran a pensar en la parte que nosotros hemos puesto en ella. No somos más que piezas de un tablero de ajedrez que ellos mueven a su antojo. Pero... ¿qué pasaría si nosotros hiciéramos jugadas por cuenta propia? Podríamos intentar hacerlo...

Kana estaba tenso. ¿Le iba a suministrar Mills más información? ¿Disponían los terrestres de algún medio para luchar contra aquel centralismo que podía incluso impedirles regresar a la Tierra? Aquel raro sexto sentido que era parte integrante del entrenamiento de cualquier hombre de enlace afloró a la superficie. Al joven se le ocurrían preguntas... Diez, veinte... Deseaba formularlas. Pero no había tiempo, pues en el campamento de los terrestres había movimiento entre las tiendas y se veían guen ensillados al resplandor de las luces que señalaban los puestos de mando de Yorke.

—¿Es que marchamos? —preguntó Kana, echando a correr lo mismo que Mills.

Ante la tienda del maestro de espadas se hallaban los tres espadachines y un grupo de suboficiales. Estaba claro que se había entablado una discusión. Al fin, Yorke se apartó de Hansu con ademán de impaciencia y fue a coger las riendas de su gu.

—Tiene usted el mando hasta que yo vuelva —dijo.

Un grupo de tres Llors, nobles de alto rango a juzgar por sus arneses de guerra, se hallaban esperando. Las luces producían sombras ligeramente siniestras en sus rostros cubiertos de pelo. Los otros dos espadachines montaron, pero el jefe Llor no tenía ninguna prisa en marchar. Mirando a Hansu, hizo un ademán y formuló una pregunta. Yorke respondió a ella, pero el Llor continuó sin moverse. La mirada de Yorke se clavó en Mills, y luego hizo un signo para que el joven veterano avanzase. Hansu asintió con la cabeza y tras de arrancar de su propio casco la insignia de espadachín, se le entregó a Deke.

—Es usted mi lugar teniente. Los Llors piden que todos nuestros hombres de confianza asistan. Como le han visto a usted en nuestras conferencias anteriores, puede usted pasar por oficial. Pero... —

Quizás fue Kana el único que notó que los dedos que pasaron la insignia de un hombre a otro se cerraron fuertemente sobre la mano de Mills—, pero... vigile.

Después de esto, Mills montó en un gu, y la pequeña cabalgata se puso en marcha. Su avance a través del terreno fue señalada por la luz azul de las antorchas fronnianas mientras avanzaba hacia el campamento de los leales, situado en la parte baja del río.

Hansu no perdió el tiempo después de que Yorke se marchó. Mediante órdenes dadas en voz baja y que se pasaban de hombre a hombre, los combatientes se aprestaron a la acción. Las tiendas se dejaron montadas, pero fueron recogidas todas las otras cosas, y se hicieron pequeños paquetes con una muda de traje, mantas y ropa interior, uno para cada hombre. También se prepararon equipos de medicinas, junto con raciones y municiones de reserva. Luego los hombres descansaron, medio pelotón cada vez, y durmieron algunas horas. Cuando Kana se despertó a primeras horas de la madrugada, el campamento ofrecía la apariencia de haber sido saqueado por el enemigo.

Por todas partes se veían las mochilas de los combatientes, que estaban abiertas y desperdigadas sus cosas menos necesarias. Las fuerzas estaban ahora dispuestas para moverse deprisa... y seguir moviéndose. Hansu debía temer encontrarse con dificultades.

Cuando salió el sol, los terrestres pudieron ver las tiendas de piel de los realistas situadas en la orilla del río de la parte este y los estandartes de las tropas que les habían seguido a través del camino que flanqueaba las colinas. Las lámparas que formaban la barrera estaban apagadas, pero seguían en su sitio. Por si fuera necesario que la Horda viajase deprisa, también aquello tenía que ser dejado atrás.

Hansu había estacionado hombres a lo largo del río. La principal ocupación de estos hombres, según pudo observar Kana desde un puesto de centinela situado en la parte este, era echar al río trozos de madera sujetos con una cuerda al objeto de comprobar la fuerza de la corriente. Pero Kana sabía que cruzar el río por allí, sobre todo si se veían forzados a actuar bajo el fuego enemigo, sería un suicidio.

No tendrían que llegar a esto. Los Llors habían pedido negociar un tratado. Yorke volvería con el salvoconducto y la Horda

regresaría a Tharc. Si los Llors seguían las reglas de la guerra, esto es lo que sucedería. Si las seguían...

Los Llors bajaban por el camino de la montaña llevando a los guen a paso lento. Todos llevaban distintivos realistas, aunque, cuando se detuvieron no lejos del campamento terrestre, Kana no fue el único en sospechar que la mayoría de ellos no se hallaban en aquel lado del conflicto tres días antes. Iban armados, pero sus armas permanecían envainadas. Parecían contentos de cabalgar lentamente hacia el río, gritando frases que no engañaron a ningún combatiente: Sabían que no eran cumplidos.

—Ese rostro lanudo con el distintivo azul... —murmuró Mic junto a Kana en la avanzadilla—. Me gustaría hacerle cambiar de opinión sobre los estúpidos terrestres... Con sólo apretar el gatillo...

El Llor adornado con la insignia azul estaba haciendo unos ademanes completamente insultantes en cualquier planeta. Iba escoltado por un selecto grupo de amigos cuyos aullidos de placer le impulsaban más y más a intensificar sus ademanes. Mientras Mic le apuntaba para el tiro que no podía disparar, pudo contemplar a través de la mira del fusil algunos puntos importantes de la anatomía del gracioso.

—¿No has venido antes de la hora? —preguntó Kana a su compañero.

—¡Oh, yo no he venido a relevarte! De ahora en adelante serán dos los que guarden los puestos avanzados, según órdenes de Hansu. Parece ser que huelen algo... y no es olor a-rosas precisamente. Hace ya casi diez horas que se fue Yorke. Y no toma tanto tiempo firmar un tratado de retirada. ¿Tienes aquí tu paquete?

Kana dio un puntapié al paquete que tenía a sus pies.

—Claro que sí —contestó—. Pero Hansu no dará orden de marcha hasta que sepa algo de Yorke...

—No lo creo yo así. Ahora... escucha: ¿qué es eso?

El sol de Fronn era pálido y débil en comparación al que calienta la Tierra, pero daba la suficiente luz, y ahora, detrás de los reunidos Llors, en el borde de una pequeña arboleda de la orilla del río, aquellos pálidos rayos se reflejaban en una superficie brillante que se enfocaba, a regulares intervalos, hacia las líneas terrestres.

En aquella superficie se podían leer tres letras pertenecientes a

la lengua natural de los terrestres, tres letras que eran una llamada de auxilio tan antigua que sus orígenes se perdían entre las nieblas del complicado pasado de la Tierra... ¡Era una señal que sólo los de su propia especie podían enviar! Kana bajó su fusil.

—¡Cúbreme! —exclamó.

Y se marchó antes de que Mic pudiera detenerle. Sus horas de guardia en aquella avanzada no habían sido en balde. Allí había un camino, aunque no fuera fácil, para llegar hasta aquel bosquecillo sin tener que aventurarse por el terreno abierto por donde patrullaban los Llor.

Kana se inclinó sobre al borde del acantilado, buscando asideros con las puntas de sus botas de campaña. Sujetándose de esta forma, fue capaz de bajar hasta llegar a pocas pulgadas de la orilla. Había como un pie de arena y grava entre la base del acantilado y el agua en perpetuo movimiento. Apoyando su espalda en la pared, escondiéndose de alguien que pudiera estar arriba a menos que éste se inclinara peligrosamente por encima del acantilado, Kana fue avanzando pulgada a pulgada a lo largo del río. En una o dos ocasiones, la movediza agua se enroscó alrededor de sus pies y el joven tuvo que clavar sus dedos en la pared que tenía a su espalda en busca de apoyo. Lo peor era que perdía el sentido de la distancia y tenía que detenerse cada pocos pies y mirar hacia los árboles que había arriba para saber en dónde se encontraba su meta.

Cuanto duró aquel viaje de cangrejo es cosa que no podía asegurar, pero le pareció que había pasado por lo menos una hora antes de que el follaje verde oscuro del bosquecillo le hiciera volverse de cara al acantilado. Al alcance de su mano había un montón de gruesas raíces y el joven empezó a trepar agarrándose a ellas. Arcilla seca le empolvaba el rostro y tuvo que limpiarse los ojos con una mano mientras permanecía agarrado con la otra. Sus uñas se habían resquebrajado y roto y su uniforme estaba manchado de polvo y de arcilla, pero se las arregló para sostenerse en un espinoso arbusto.

—¿Hay por aquí algún terrestre? —preguntó en voz baja.

La respuesta que obtuvo su pregunta le hizo avanzar aún más deprisa. Aquel lamento sólo podía proferirlo alguien que sufría de veras.

Su avance siguiente le llevó al mismo borde del bosquecillo.

Extendido sobre un árbol caído, tapado de los jinetes Llors sólo por una pequeña pantallas de hojas, se encontraba un cuerpo exánime.

Kana apenas se atrevió a tocar aquel cuerpo cuando vio lo extenso de las quemaduras, que habían calcinado la mayor parte de la guerrera gris verdosa. ¡Heridas producidas por lanzallamas! Sentía tener que causar al herido la tortura de tocarle, pero a pesar de su infinito horror, le levantó. El quemado y dolorido cuerpo se apartó de él mientras se oía un gemido de dolor. Apretando los dientes, Kana le cogió por segunda vez mientras luchaba contra los débiles intentos que hacía el herido por libertarse. Al cabo, Kana volvió hacia la luz la pesada cabeza. El lanzallamas no había tocado el rostro, y aunque éste se hallaba contorsionado y retorcido por el dolor de la agonía, Kana reconoció al que sostenía entre sus brazos.

—¡Deke! ¿Qué... qué es lo que han hecho?

CAPÍTULO VI

SI LA FE SE QUEBRANTA

Los oscuros ojos del herido luchaban por reconocer al que le sostenía. Era como si Deke Mills viniera desde un lugar muy lejano, arrastrando por su firme sentido del deber.

—Todos... muertos... —dijo penosamente—. Hart Device... Diga a Hansu que Hart Device...

Kana asintió con la cabeza.

—¿Tengo que decir a Hansu que Hart Device es el responsable? —preguntó.

Los ojos de Deke asintieron.

—Pero no... no sólo él —continuó—. Agente galáctico... escondido en la sombra... Nos quemaron... —Una chispa de energía pareció hacer más firme su voz—. Intentaron... intentaron que Yorke fuera también un renegado. Cuando él dijo que no... nos atacaron con lanzallamas a traición. Todos muertos menos yo... aunque también estoy muerto El agente vino... y miró. Yo le vi con claridad... Era un agente. Dígaselo a Hansu... El Control Central apoyando a Device. Luego me arrastré... Durante horas y horas me arrastré... Tienen lanzallamas... pero armas pesadas, no. Dígaselo a Hansu... lanzallamas...

—Hay un agente galáctico con ellos y cuentan con armas procedentes del Control Central —repitió firmemente Kana.

Durante un largo momento, Mills yació inmóvil en sus brazos reuniendo fuerzas para continuar. Por fin lo hizo:

—Diga a Hansu que el Control Central está tras ellos... y que nos eliminarán si pueden. No deben encontrarles aquí... Vayan de nuevo a las naves... Informe... informe a los combatientes...

Una de las quemadas manos se movió y toó la manga de Kana.

—Lo haré, Deke —se apresuró a prometer el joven.

—Atacan a traición... y no hay oportunidad de defenderse...
Hart Device...

El susurro de Mills iba apagándose por momentos. De pronto, muy claro y coherentemente, el moribundo dijo:

—¡Dame la Gracia, camarada...!

Con la boca seca, Kana tragó saliva. Durante un instante le pareció encontrarse de nuevo en la capilla de la Tierra, situada a media Galaxia de aquel mundo fronniano. Había sido instruido en el ritual y sabía lo que se tenía que hacer. Pero de todas formas, y a pesar de las solemnes instrucciones, nunca había realmente creído que tuviera que dar alguna vez la última Gracia...

Los doloridos ojos de Deke se encontraron con los del joven. Una vez cumplido su deber, Mills esperaba la liberación del mundo de agonía que le mantenía entre sus garras. Sabía lo que sus heridas significaban. Nada podían hacer por él ni siquiera los médicos de Secundus, ni tampoco podía ser transportado allí. Lentamente, haciendo todo lo posible por no añadir dolores a Mills, Kana le depositó suavemente sobre el suelo y abrió su propia guerrera para buscar el delgado cuchillo que todos los combatientes llevaban sobre su pecho. Aquella era la «Gracia» de los guerreros... que conservaban siempre con ellos despiertos o dormidos... y era empleada sólo para un propósito.

Kana alzó el acero hacia la luz. Luego llevó hasta sus labios la plana cruz del mango y pronunció las palabras adecuadas, oyendo su propia voz como si fuera la de un extraño y sabiendo que los resecos labios de Deke estaban intentando pronunciar la misma plegaria.

—... «¡y así te mando a tu reino, hermano de armas!» —acabó Kana, sabiendo que no podía detener más el fin.

El cuchillo se hundió en el lugar donde le habían enseñado que se tenía que hundir. Luego se quedó solo... y escondió en su vaina aquella húmeda hoja de cuchillo. No podía ser limpiada sino en la tierra de la Tierra. Pero había algo más que hacer... El cadáver de Deke Mills no podía ser dejado a los Llors, y llevar el cuerpo al campamento era algo por encima de sus fuerzas.

Kana sacó un cartucho de su cinturón. Con gran cuidado desenroscó su tapa y lo colocó sobre el cuerpo. Luego se dirigió de

nuevo hacia el acantilado. Se produjo la explosión, levantando un haz de llamas antes de que el joven estuviera en lo más alto. Cuando aquella pequeña hoguera se apagó, no era posible ya encontrar a Deke Mills.

Kana avanzó pulgada a pulgada río arriba lo más rápidamente que pudo, intentando no pensar más que en el mensaje que Mills enviaba a Hansu. Asesinados Yorke y los otros espadachines, Trig Hansu era ahora el jefe de la Horda.

Encontró el extremo de una cuerda colgando del borde del precipicio bajo el puesto del centinela y con su ayuda subió al campamento. Arriba encontró no solamente a Mic, sino también a Hansu esperándole. En la parte baja del río, una columna de negro humo se alzaba hacia el cielo. Los Lloros se habían reunido en la linde del bosque. Kana, de manera breve y sucinta, explicó lo sucedido:

—Mataron a traición a Yorke y a los demás porque Yorke no quiso reunírseles. Un agente del Control Central observó todo en secreto. Hart Device es el jefe de los Mechs. Deke quedó mortalmente herido, pero se arrastró hasta el bosquecillo de allá. Me ha dicho que vio lanzallamas, pero no armas grandes... y que piensan eliminarnos a todos.

La expresión de Hansu no cambió al oír el nombre del jefe renegado Mech ni la mención del agente. Y casi antes de que Kana terminase su informe, ya estaba dando órdenes al puñado de veteranos que tenía cerca.

—Dolp, cuide del pelotón número uno. Horvath, pelotón número dos. Prepárense a actuar, y mándeme aquí a Bógate.

Luego Hansu formuló a Kana una pregunta más:

—¿Y Mills?

Kana no encontró palabras con que responder. Sacó el cuchillo de Gracia y mostró sus manchas. Oyó que tras él, Mic se quedaba sin aliento. Pero Hansu no hizo el menor comentario. Y no preguntó nada más.

Fue Mic el que ayudó a Kana a colgarse su fusil y a cargarse su paquete, guiándole hacia el atareado campamento. Todos los armamentos que habían sido desechados la noche anterior estaban siendo colocados, bajo las órdenes de Bógate, en una especie de barricada que se extendía de una lámpara a otra. Excepto los

hombres que trabajaban en erigir esta barrera, los combatientes se estaban alineando hacia el oeste, frente a las montañas.

—Sus órdenes están cumplidas, señor —dijo Bógate saludando a Hansu.

Cinco de los terrestres se hallaban estacionados a intervalos regulares a lo largo del equipaje desechado, y cada uno de ellos llevaba en su mano un cartucho de fuego.

—¿Están ya preparadas esas bestias? —preguntó Hansu.

La sección que había reunido el hato de guen en el más lejano extremo del campo contestó a gritos afirmativamente.

—Hombres —dijo Hansu dando media vuelta para enfrentarse con los pelotones—, todos ustedes saben lo que ha sucedido. Si la fe se quebranta, siempre queda el contrato que nos ata. Yorke y los otros han sido asesinados, atacados a traición con lanzallamas. Mills vivió lo suficiente para advertirnos. Ustedes saben que lo que gana una guerra no es la superioridad numérica ni la mayor cantidad de armas. El bando que tiene más voluntad de vencer es el que lleva ventaja. Ahora, cuando salgamos de aquí, tendremos que cruzar un planeta hostil. Cada nativo puede sentirse un enemigo nuestro. Y tenemos pocas posibilidades, a menos que podamos llegar a Tharc. Recuerden esto: nuestras vidas están en peligro, sí. Pero el combatiente cuyo único deseo es conservar la vida a toda costa, muere por lo general en la primera batalla. Morir, lo tenemos que hacer todos y ningún hombre escapa a ello. Pero si morimos dentro de la tradición de las Hordas... eso será un buen final para cualquiera de nosotros. Nuestros enemigos suponen que nos tienen acorralados, que no podremos romper esta jaula formada por montañas, ríos y tropas. Pero les demostraremos que no deben desestimar a los combatientes terrestres. Antes de la muerte de Skura nos dijeron que debíamos temer a las montañas, que los nativos que hay en ellas son peligrosos y nunca se sometieron a la ley del Gatanu. Si ello es así, quizás encontremos en ellos aliados... aunque sólo sea para que nos indiquen la dirección adecuada que debemos seguir. El que desee mantenerse vivo debe apuntar a la victoria. ¡Los vencedores son los que matan, y los derrotados los que son matados!

La Horda acogió esta frase con un viva mientras Hansu nombraba a los hombres de junto a la barrera. Los enloquecidos

guen fueron enviados hacia los Llors que se hallaban más allá de los límites del campamento. Y las tropas fronnianas fueron obligadas a desparramarse ante los sueltos animales, intentando, sin embargo, hacerlos salir de sus líneas. Pero los guen, con el diabólico mal humor de los de su especie, atacaron a la caballería de los otros en cuanto se puso en contacto con ella.

La Horda se puso en movimiento, avanzando por aquel «terreno hostil». Las llamas florecían a lo largo de la pared de los pertrechos abandonados, produciendo un espeso humo que ocultaba su marcha. Y el calor del fuego alejaría a los Llors durante algún tiempo.

La hilera de los terrestres siguió la línea del río, donde había poco escondite. Pero media milla más allá, el río se hundía más profundamente, al tiempo que se hacían más frecuentes grupos de rocas negras y blancas. Kana tomó su turno de guiar a los pequeños carros que transportaban los suministros generales. Los carros eran dos, y el material que llevaban podía significar la diferencia entre muerte o vida para los hombres que los rodeaban.

Era cerca del anochecer cuando Kana dejó con alivio aquella tarea y, tras de frotarse sus doloridas manos, se alineó con los otros. Hasta ahora, Hansu no había dado orden de acampar. Comieron mientras marchaban raciones crudas y bebieron agua de sus cantimploras. No había habido la menor señal de persecución. Pero el jefe de espadas intentaba evidentemente poner entre ellos y el campamento que dejaban la mayor cantidad de millas posibles.

El río les detuvo por segunda vez. Hundido ahora en una profunda garganta, cortaba la ruta de los que marchaban. Tenían que cruzarlo o retroceder. A la última y titubeante luz del día formaron un campamento aprovechando el escarpado terreno para esconder sus sacos de dormir. Entonces fue llamado Kana para que informase a Hansu.

—Usted estuvo ahí abajo, junto al río. ¿Era mala la corriente?

—Es pegajosa y rápida, señor. Y creo que el río es profundo. Y aquí aún debe serlo más.

—¡Hum! —exclamó Hansu.

Luego se arrodilló, acercándose al borde del acantilado. Sacó un *flash* de bolsillo y por medio de una cuerda lo bajaron hasta las profundidades, y el *flash* revelando la superficie del acantilado

mientras descendía.

El río había tallado aquella garganta, y en tiempos debió haber sido más ancho y más potente, pues había dejado como huellas de su paso una serie de estratos... una escalera de gigantes que marcaba las distintas etapas de su lento hundimiento. Aquellos escalones no eran muy anchos y estaban, desgraciadamente, bastante separados uno de otro... pero no dejaban de ser salientes y, por lo tanto, prometían un medio para descender hasta el agua. La luz oscilaba por encima de la rápida corriente, y las peñas que eran como terribles colmillos producían una especie de rápidos que llegaban hasta la mitad del cauce. Corrimientos de tierras habían llegado parcialmente al río, dejando un residuo de piedras demasiado grandes para que el agua las pudiera apartar. Intentar nadar allí era la seguridad de acabar con el cuerpo aplastado y fracturado. Por otra parte los rayos de luz resultaban demasiado limitados para poder ver lo que aguardaba en el otro lado. Hansu enrolló de nuevo la cuerda, círculo tras círculo, y sacó la luz.

—Tendremos que esperar a que se haga de día —dijo con impaciencia—. Un agente galáctico... ¿está usted seguro de que Mills dijo esto?

Kana sólo pudo repetir lo que había oído. Luego añadió:

—Los Llors se muestran prudentes, señor... muy prudentes. ¿No deben asegurarse de que les apoyan en el Control Central antes de arrojarse sobre nosotros?

Hansu emitió un sonido que se parecía muy poco a la verdadera risa.

—¡Oh, sí! Tenemos buena reputación. Pero ellos deben también tener consejeros para quienes esa reputación es algo digno de risa. Los Llors son buenos luchadores, y si las ventajas se hallan de su lado, podrán hacer lo que quieran. Skura mató a enemigos suyos bajo una bandera de parlamento, y esto podrá ser algo por el estilo. Quizá se trate de una vieja costumbre fronniana. Sin embargo... —Y sus labios retrocedieron como los de un león cuando va a rugir—, y, sin embargo harán bien en no trazar demasiados planes para el futuro... ¡aun contando con los consejos del Control Central!

—¿Qué es lo que sabe usted sobre los Cos? —preguntó el jefe de espadas un poco después arrancando a Kana de sus sombríos pensamientos.

—Pues... que son nativos de las montañas, ¿comprende usted, señor? El informe sobre Fronn no hablaba mucho de ellos. Tengo la impresión de que no son de la misma raza que los Llors y que se muestran terribles enemigos de los habitantes de las planicies. Pero tampoco son Venturi.

—Sí, se trata de una raza de pigmeos... Por lo menos, los Llors les consideran así. Y son terribles enemigos... para todo aquel que intenta invadir su territorio. Usan dardos envenenados y trampas para coger hombres. Pero no sé si en este momento estamos en camino de penetrar en territorio Cos. Además, su enemistad puede ser únicamente contra los Llors... Siempre queda esa esperanza. De todos modos no nos queda otra alternativa que avanzar. Y ahora va usted a tener que trabajar, Karr.

—¿En qué, señor?

—Desde este momento queda usted nombrado enlace con los extranjeros. Hágase usted una idea de lo que puede necesitar para un «primer contacto», y reúnalos esta misma noche. Puede que mañana no tengamos tiempo para ello, así que tiene usted que tener el equipo listo para ser usado, ¡Bógate!

El veterano, una mancha negra en la oscura noche, dio un paso al frente.

—Usted va a actuar mañana de explorador. Karr será el enlace de su grupo.

—Sí, señor —contestó Zapan Bógate, que no dio signos de haber visto antes a Kana—. ¿Cuántos hombres?

—Nada más que diez. Recuerden que es una exploración en «terreno hostil». Quiero un trabajo de confidente.

—Sí, señor. Así se hará.

La débil iluminación del campamento se hacía con lámparas de mano envueltas con seda de araña. Pero resultó suficiente para guiar a Kana hasta el lugar donde se hallaban Mic y Rey. El joven se agachó junto a ellos, se echó su única manta sobre los hombros e intentó pensar coherentemente. Como enlace de los exploradores, tenía que llevar algo para comerciar... El comercio era siempre lo que más fácilmente servía para establecer contacto con tribus desconocidas. Pero sabía tan poco sobre los Cos... pigmeos, enemigos perpetuos de los Llors, y adictos, para mantener su territorio montañoso limpio de enemigos, a los dardos envenenados

y a las trampas para cazar hombres. Lo que se acostumbraba a ofrecer a las tribus desconocidas eran alimentos, adornos... Este problema debía de haber sido previsto antes de quemar el exceso de equipaje. Si los combatientes habían obedecido las órdenes al pie de la letra, debían de haberse despojado de las mismas cosas que él necesitaba ahora.

Alimentos... Casi todos los extranjeros sienten una innata curiosidad por probar los alimentos de otro mundo, y sobre todo si viven en un país inhóspito y sufren por falta de comida. De todos los alimentos terrestres había uno en particular que los combatientes siempre llevaban consigo, un alimento que se producía sólo en su planeta natal, y que era precisamente lo que más gustaba a los extraterrestres. Los comerciantes interplanetarios habían estado, durante años, intentando exportar aquel producto. Pero los terrestres lo habían transformado en un suministro militar y controlaban su producción... guardándolo sólo para las tropas y para algunos de sus amigos extraterrestres más favorecidos. Aquello era demasiado precioso para que hubiese sido destruido en el último campamento. Las raciones que les correspondían debían encontrarse en uno de los carros que él habrá ayudado a arrastrar. Pediría al intendente que le diera una cantidad.

En cuanto a los adornos... Los veteranos habían quitado sus riquezas de sus uniformes, y cada uno las llevaba en una bolsa de su cinturón. Kana debía pedir algunos ejemplares, los más deslumbrantes. Bien, no había tiempo que perder. Tenía que recorrer todo el campamento.

Kana dejó caer cansadamente su manta en el suelo y empezó su tarea. Su primera petición fue para el intendente. Crawfur oyó su petición y en respuesta saco del carro más cercano una pequeña caja. Kana firmó el vale por un paquete que habría significado el equivalente de la paga de medio año de un oficial de Control, si el producto hubiera sido ofrecido en venta en media docena de planetas distintos.

Al oír lo que se necesitaba además, Crawfur abrió uno de los bolsillos de su propio cinturón y sacó una «Piedra de Sol» procedente de Sirio que arrancó reflejos luminosos de una de las lámparas tapadas, produciendo un pequeño charco de fuego en la mano del donante.

—Tome esto también —dijo—. Mi cuello vale más. No titubee en pedir. Todos sabemos lo que nos puede suceder. ¡Tal! ¡Kankoon! ¡Panoy! —añadió despertando a sus ayudante.

A continuación les explicó de lo que se trataba. Cuando Kana dejó el grupo llevaba el paquete de azúcar, la piedra de sol, una cadena de oro terrestre de un pie de larga, un anillo en forma de serpiente de agua de Zacathan, y una bola de cristal dentro de la cual nadaba una pequeña réplica de una langosta pothaiana. Cuando volvió a su puesto media hora después, llevaba la guerrera muy abultada en la parte del pecho, donde guardaba multitud de brillantes tesoros. Además, tenía anillos en todos los dedos y brazaletes en los brazos. El lote fue examinado cuidadosamente a la luz de una lámpara. Del examen salió que esto, aquello, lo de más allá, eran cosas para encantar los ojos, piezas deslumbrantes que tenían que ser utilizadas como señuelo. En cambio, esto, aquello y lo de más allá, tenía que ser reservado para utilizarlo como regalos personales que ganarían el favor de los jefes. Kana hizo tres paquetes, cada uno de ellos de acuerdo con su futuro uso, y los colocó a un lado. Luego intentó dormir. Sin la brillante hilera de lámparas alrededor del campo, la oscura noche fronniana parecía tenerles atrapados en una caja gigantesca cuya tapa se hallaba herméticamente cerrada.

Kana podía ver las frías chispas de luz que eran las estrellas... soles que calentaban extraños mundos. Y entre ellos, un poco oscurecido por la brillantez de tantos otros, el Sol de la Tierra ocupaba su lugar, mientras alrededor de su gloria amarilla giraban, siguiendo sus órbitas, los mundos que él conocía mejor.

—¡La tierra verde! Había otros muchos mundos verdes, lo mismo que los había azules, rojos, blancos, violetas, amarillos... Pero ninguno de ellos mostraba el tono verde que cubría las colinas de la Tierra... el hogar del hombre. La humanidad había salido tarde al espacio y le había sido dado el peor papel en el juego. Lo arregló todo el Control Central. Pero quedan muchos mundos donde sus nativos no han alcanzado aún la inteligencia. ¿Qué habría sucedido si el hombre hubiese sido autorizado a marchar a esos mundos... para colonizarlos? ¿Si las antiguas leyendas de su raza fueran ciertas y hubiese habido viajes anteriores al espacio lejano del cual no regresaron jamás los viajeros? ¿Hubo alguna vez

mundos en donde las colonias terrestres clavaron sus raíces? ¿En dónde podía encontrar él, Kana, a sus compañeros distantes liberados del Control Central, a los hombres que vencieron a las estrellas con sólo su esfuerzo?

El joven se quedó dormido pensando en esto. Pero tuvo cuidado de hacerlo acurrucado junto a un arbusto fronniano y manteniendo en su mano un cuchillo...

Se oyó una voz:

—¡Arriba!

Kana se levantó. El amanecer griseaba por oriente, mientras que Bógate, con el fusil apoyado en el hombro y su casco brillando a la creciente luz, ponía suministros en su sitio. Luego se metió los pulgares en el cinturón.

Kana arregló rápidamente su propio equipo. Los paquetes correspondientes a su papel de enlace los llevaba en la parte delantera de su capote, donde podía tenerlos a mano.

—¿Nos vamos en seguida?

—En seguida. Arregle sus raciones y vámonos.

Hansu y un escogido grupo de hombres provistos de cuerdas estaban ya muy atareados en el borde del cañón. Tres de ellos habían bajado, pulgada a pulgada, hasta la plateada playa. A continuación se establecieron turnos, cada uno ayudando al otro con las cuerdas, vadeando el río y nadando a través de la corriente. Colocaban lanzas nativas y trozos de madera entre las peñas en su intento de formar una barrera para evitar que los hombres, arrastrados por los pies, fueran tragados por las aguas. Era evidente que Hansu estaba determinado a cruzar el río.

Los pioneros de abajo habían hecho ya la mitad de su tarea cuando Kana, junto con Bógate y los demás exploradores, descendieron hasta el río. Los fusiles, paquetes y demás suministros habían sido bajados antes hasta el río en una plataforma. Kana se hallaba colgado de una cuerda entre dos salientes cuando un grito mezcla de gemido, llegó hasta sus oídos y hasta sus nervios. El joven no volvió la cabeza: no se atrevió. Un momento después, la cuerda que había a pocos pies de su derecha, tensa hasta entonces por el peso del explorador que estaba bajando junto a él, se alzó libre y floja: el peso había desaparecido.

A pesar de que sus botas tocaban ya al otro saliente, Kana no

miró hacia abajo. Permaneció inmóvil, pegado a la pared como un águila con las alas extendidas, mientras sus dedos arañaban la roca y el sudor chorreaba de su barbilla.

Tres salientes más, y llegó a la orilla. Los hombres que le habían precedido seguían mirando al torrente con el horror reflejado en sus ojos. Pero no había tiempo para lamentaciones, ya que no podía salvarse al caído. Bógate bajó el último trozo de cuerda y empezó a dar órdenes:

—¡Cojan sus cosas, comedores de hojas de loto! ¡Vamos a cruzar y vamos a volver a subir, todo ello en tiempo espacial!

Lo lograron... aunque no en tiempo espacial, sufriendo la pérdida de otro hombre, que fue aspirado por la corriente, aplastado contra una roca y luego devuelto desdeñosamente a ellos, ya exánime, por un capricho del agua, que formaba remolinos en todas partes. Pero, ayudados por las cuerdas, sintiendo que sus pies eran arrastrados a veces, luchando de roca en roca, los supervivientes lograron cruzar el río. Aunque otro del grupo, que tuvo la desgracia de que un brazo se le desgajara como una rama, en su lucha final para llegar a la orilla, hubo de quedarse allí, contemplando las cuerdas de guía que los otros habían dejado para los rezagados.

Alcanzaron el otro acantilado valiéndose sólo de sus manos y uñas, que se clavaban en las piedras, sacudidos por el esfuerzo, con los dedos resbaladizos por el sudor, sus corazones y pulmones trabajando con ahínco. Tenían sal en sus ojos y en las durezas de sus manos, pero seguían trepando.

Kana se concentraba en el pie de tierra que tenía ante sus ojos, luego en el siguiente, y luego en el otro. Esto duraba desde hacía horas, y seguiría durando y durando sin poder alcanzar el fin.

De pronto, una mano le asió la muñeca que había extendido buscando un nuevo asidero, y Kana se sintió alzado de un tirón, que hizo que su rostro pasara rozando el borde del muro, quedando sobre el suelo jadeante, demasiado dolorido todo su cuerpo para buscar la cantimplora que guardaba el agua que tanto su boca como su garganta pedían.

Levantó la cabeza mientras Bógate andaba de un lado para otro. De la cintura de éste colgaba un rollo de cuerda. Esta cuerda serviría, atada con otras, para formar una escalerilla que sería

echada hasta el río al objeto de que fuera utilizada por la Horda.

Kana bebió y fue capaz de ponerse en pie cuando vio que los fusiles y los paquetes eran alzados a su vez. No iba a ser el último en alinearse cuando Bógate diera la señal de avanzar... hacia el desconocido futuro que les reservaban las montañas.

CAPÍTULO VII

LAS TIERRAS BALDÍAS

Pero cuando abandonaron el río, el resto de los exploradores se había desparramado en forma de abanico. Sólo Kana continuaba al lado de Bógate. El joven era un supernumerario en esta operación, y sus deberes empezarían tan sólo cuando encontrasen alguna traza de vida inteligente. Ante la sorpresa de Kana, Bógate, en lugar de ignorar por completo su presencia, esperó a que le alcanzase y preguntó:

—¿Qué buscamos en realidad?

—Hansu piensa que podemos encontrar a gente Cos... Es una raza de pigmeos que se supone pueblan estas montañas... Odian a los Llors y son muy peligrosos... Usan dardos envenenados y construyen trampas para cazar hombres.

Bógate respondió a aquella sucinta información con un gruñido. El viento soplaba en bocanadas que silbaban quejumbrosamente entre las peñas, llevando con ellas a millares de bolas emigrantes... masas circulares cubiertas de pinchos que viajaban de esta forma hasta que encontraban agua donde poder echar raíces durante una temporada. Estas asquerosas bolas eran blancas, medio amarillas y medio verdes, y estaban armadas con espinas de seis pulgadas de largo, por lo que los terrestres tenían buen cuidado de no estorbarles el paso. Se hallaban al principio de la estación ventosa de Fronn. Y viajar por las montañas durante este período era afrontar peligros que ningún Llor se habría atrevido a desafiar.

Un quejumbroso silbido surgió de una abertura entre las rocas que se alzaban por encima de ellos cuando el viento se vio forzado a pasar por entre resquebrajaduras y hondonadas. Pero durante la mayor parte del tiempo los exploradores marcharon protegidos del

viento por los salientes de las rocas.

Allí el terreno era una mezcla de grava y arcilla, liberalmente regadas con fragmentos de roca procedentes de las peñas. Las paredes de cada garganta o de cada hondonada tenían que ser cubiertas con señales fluorescentes con objeto de que la Horda siguiera el buen camino. Tuvieron que dar la vuelta a peñas más altas que la estatura de un hombre, tanto que Kana empezó a preguntarse por qué, en lo que en un tiempo había sido un pequeño riachuelo, ahora seco, había tal cantidad de altas rocas. De pronto apareció ante sus ojos la respuesta y supuso que era sombría.

Los rayos del sol se reflejaron en algo medio enterrado en tierra. Kana se arrodilló y apartó la tierra, apareciendo acto seguido una espada Llor que parecía surgir de debajo de una roca. ¡Y el pomo de la espada estaba firmemente apretado por los dedos de hueso de una mano de esqueleto!

—¡Lo que se dice aplastado... como un gusano! —Fue el comentario de Bógate.

Los ojos del veterano se estrecharon al contemplar el camino que ya habían recorrido y el que aún les quedaba por recorrer, a través del desfiladero, para llegar cerca de los picos de las montañas. Bógate estaba acostumbrado a las formas de guerrear de los habitantes de un centenar de planetas y no dejaba de percibir cualquier indicio.

—Echaron a rodar rocas y les atraparon. Tan claro como la luz. Obra de los Cos, ¿verdad?

—Podría ser —contestó Kana—. Pero esto debió de suceder hace mucho tiempo...

Fue interrumpido por un grito lanzado por Bógate, que se había adelantado.

La estrecha garganta que había elegido para avanzar se ensanchaba ahora para formar como un circo... un circo donde un tiempo había sido jugada y perdida una partida mortal. Huesos que habían sufrido la acción del tiempo, alfombraban completamente el árido suelo. Y cráneos de Llores, con apariencia muy humana, se mezclaban con las estrechas cabezas, llenas de colmillos, de los guen. Ambas clases de cabezas eran muy fáciles de identificar. Pero ningún esqueleto estaba entero y sin romper. Kana cogió con su mano una costilla. Sí, tenía razón... Aquellas profundas marcas que

había en ella sólo podían haber sido producidas por unos molares en el acto de morder. ¡Primero había habido una matanza, y luego un festín! El joven arrojó el hueso.

Apartándose de aquellos espeluznantes despojos, los terrestres anduvieron a lo largo del muro de roca del valle. Entre los grises despojos no quedaban armas ni restos de los arneses de guerra de los Llors. Faltaban incluso las sillas de los guen. Los muertos habrían sido desnudados por completo. Y desde el momento en que yacían sin enterrar, la matanza no había sido vengada.

—¿De cuándo cree usted que data esto? —preguntó Bógate en voz baja, a pesar de la potencia de su garganta.

—Quizá hayan transcurrido diez años, quizás un centenar —respondió Kana—. Para estar seguro, se tendría que conocer a fondo el clima fronniano.

—Les cercaron —observó Bógate—. ¡Larsen! —continuó dirigiéndose al explorador más cercano—. Trepe y utilice los gemelos... Y cúbranos desde arriba de ahora en adelante. Yo haré lo mismo desde el otro muro. Los demás que avancen despacio. Soong, informe empleando el micrófono. Hasta ahora no hemos encontrado a ningún viviente. ¡Pero no quiero que nuestros amigos nos cacen de esa forma!

Siguieron avanzando a paso de tortuga hasta llegar al extremo del valle de la muerte, pasando por la estrecha abertura que servía de salida como si temieran oír en cualquier momento el estruendo de un alud de rocas. Pero Kana, observando lo estéril que era aquel terreno, pensó que los Cos no debían de habitar en aquella región de su territorio. La matanza que dejaban atrás podía significar una guerra... si es que los Cos eran los responsables de ella. La marca de los dientes en la costilla continuaba preocupando al joven. Algunas tribus primitivas se comían a sus enemigos muertos, creyendo que de esta forma la bravura del enemigo era absorbida por su matador. ¡Pero seguramente aquellas huellas sobre el hueso no habían sido dejadas por una raza humanoide!

En realidad había otros comedores de carne en Fronn. Éstos eran los ttor, grandes felinos, los hork, pájaros o bien insectos altamente desarrollados (el informe leído en la Tierra no estaba seguro de ello, una especie más pequeña de los cuales era domesticada y empleada por los nobles para cazar, lo mismo que los antiguos señores del

mundo de Kana utilizaron en un tiempo a los halcones como deporte. Luego estaban los deeter, cuya exacta naturaleza no se conocía con exactitud, pues eran nocturnos y abrían agujeros para atrapar a sus presas. Pero todos estos misteriosos seres habitaban las selvas pantanosas del continente del sur. Y, por fin, quedaba... el ¡byll! Pero Kana había creído siempre que estos pájaros, muy peligrosos, enormes y agresivos, se encontraban sólo en las planicies, donde su velocidad para la caza les aseguraba el alimento. Más peligrosos que los ttor, los cuales no atacaban por sistema, los byll estaban provistos de doce pies de músculo, perversas intenciones y gran apetito).

El montañoso terreno aparecía desnudo de vegetación excepto algunos que otros matorrales de hierba cortante como un cuchillo y medio marchitos por la larga sequía propia de la estación de la calma. En las llanuras, esta hierba era siempre quemada sin piedad por los Llor, pero en aquellas montañas inhabitadas, crecía aquí y allá rompiendo la monotonía del paisaje.

Los exploradores se tomaban cortos descansos, comían raciones de tabletas, bebían agua con moderación de sus cantimploras y proseguían la marcha. El desolado territorio que atravesaban parecía un paisaje lunar, es decir, que estaba desprovisto de toda vida. Cuando el lecho de río seco que seguían se bifurcó en dos, Bógate hizo un alto. Las gargantas que se abrían ante ellos parecían igualmente prometedoras, aunque una se dirigía hacia el sur y la otra hacia el norte. Los terrestres, estremeciéndose debido al cortante viento que bajaba de los picos nevados, se sentían indecisos.

Bógate consultó su reloj y luego comparó su lectura con la largura de las sombras que se extendían más allá de las rocas.

—Un cuarto de hora —dijo—. Nos dividiremos. Regresen aquí al final de ese tiempo. Ustedes —continuó, señalando a cuatro de los exploradores—, vengan conmigo. Larsen, usted se encargará del resto y marcharán hacia el sur.

Kana, con los gemelos colgando de su cuello, fue hacia el norte, Zapan Bógate guiaba por aquella parte e iba delante de sus compañeros. El hombre que marchaba inmediatamente después de Kana avanzaba penosamente. Resbalaba sin cesar y se detenía con frecuencia.

Si Kana percibió aquel movimiento detrás de Wu Soong fue por pura casualidad. La sombra de una roca mostraba una extraña forma. El joven levantó su fusil y lanzó gritos de advertencia. Soong se tiró al suelo detrás de una roca y así salvó la vida. Habría muerto sin remedio, ya que un dardo pasó por encima de él.

Kana disparó, esperando acertar en algún lugar vital a aquel rojo cuerpo que avanzaba sin dejar de disparar dardos. Pero el ser siguió moviéndose a gran velocidad, al tiempo que torcía su largo y escamoso cuello con sinuosidad de reptil. El joven estaba casi seguro de que le había acertado dos veces. Pero el frenético disparo de dardos hacia la roca tras la que se hallaba escondido Soong no cesaba. Aquel ser no permanecía ya silencioso, sino que expresaba su rabia con rugidos de sirena que lastimaban los oídos de los terrestres.

Una explosión de fuego blanco envolvió al byll. Cuando el humo se aclaró, el gigantesco pájaro yacía en el suelo, sin cabeza, pero todavía agitando sus destrozadas patas.

—¡Bógate —gritó Kana—, esos animales cazan a veces en grupos!

—¿De veras? ¡Dispare el toque de llamada, Harv! —ordenó Bógate a uno de sus asustados hombres—. Eso atraerá a Larsen. Les atraparemos juntos. Si hay varios y nos acechan, estaremos dispuestos para recibirlos. Pero no conviene que permanezcamos esparcidos tan cerca del anochecer.

Soong describió un ancho círculo alrededor del cuerpo del byll a fin de reunirse con sus compañeros, mientras Bógate daba a Kana una orden:

—Manténgase usted con el ojo abierto... Cúbranos hasta que lleguemos a la encrucijada.

A partir de entonces observaron atentamente cada sombra, cada hueco de los muros del desfiladero. Con un suspiro de alivio, Kana les vio de nuevo en la encrucijada, donde ya esperaban Larsen y sus hombres.

Bógate les puso a trabajar en seguida, haciendo que arrastrasen rodando rocas de buen tamaño y construyendo con ellas una especie de barricada capaz de contener cualquier ataque de byll.

—Esos animales... ¿cazan de noche? —quiso saber.

—No lo sé —contestó Kana—. En realidad, ese que encontramos

no debía de haber estado en la montaña. Son carnívoros y habitan en la planicie central.

—Quiere usted decir que si ahora vienen aquí es porque pueden cazar, ¿verdad?

Kana no tuvo más remedio que asentir. Por baldío que pareciera aquel terreno montañoso, debía albergar vida... bastante vida, como para atraer a los bylls.

Como no era cuestión de encender una hoguera, pues no debían mostrar ninguna luz, los exploradores se agruparon tras de la pared de su fuerte temporal. Las montañas acabaron por ocultar la luz del sol poniente, y en la oscuridad, Kana se encontró a sí mismo escuchando... no sabía qué.

El viento empezó a soplar de nuevo, produciendo quejumbrosos silbidos. Pero durante sus horas de viaje, los terrestres habían acabado por habituarse a ellos y ya no les inquietaban. Durante uno de los escasos intervalos de quietud, sin silbidos del viento entre las rocas, Kana continuó escuchando, pues le pareció que había oído algún rumor. Pero no, nada se movía más allá de la barricada.

Durmieron cortas horas y a saltos, dos de ellos de guardia por turno. Kana estaba soñando cuando el contacto de un codo en sus costillas le despertó. La voz de Soong, con un sibilante siseo, dijo en su oído:

—¡Mire!

Muy altos y muy lejanos se veían los guiños de una luz... una luz que con sus parpadeos indicaba que no se trataba de una estrella. Y a su izquierda... ¡otra! Kana utilizó sus gemelos. Aquello eran hogueras... ¡Faros de señales! En total contó hasta cinco. Faros en aquellas alturas no significaban otra cosa sino que alguien esperaba que los terrestres invadieran el terreno montañoso. No eran los realistas... Las llamas no tenían el tono azulado de las antorchas Llors. Mientras el joven observaba, una luz hizo un movimiento y desapareció, surgiendo de nuevo un poco más allá. Era inequívoco el significado de aquello: ¡señales! ¿Conduciría aquel cambio de información a una batalla como la que debía de haber tenido lugar tiempo atrás en el terreno que habían cruzado aquel mismo día?

—¡Señales! —exclamó Bógate, que estaba despierto y observaba también—. ¡Nos deben de haber descubierto!

Kana oyó más bien que vio cómo el veterano trepaba por la barricada. Un momento después, el que había trepado lanzó un gruñido desde la oscuridad, un gruñido que denotaba su contrariedad. Kana trepó a su vez para mirar hacia atrás, hacia el camino por donde habían venido. Entonces vio lo que había arrancado un gruñido a Bógate. Sobre uno de los acantilados del desfiladero se veía un punto luminoso. Pero desapareció en el acto y ya no volvió a verse más. ¿Una respuesta a la señal anterior?

El veterano se aclaró la garganta violentamente.

—Claro —dijo subrayando irónicamente la frase—. Soong, coja el radioteléfono y explique a Hansu lo de esas señales... Bien —añadió un momento después—, parece que el espectáculo ha terminado por esta noche...

Tenía razón. Tres de las hogueras habían desaparecido, y las dos restantes parecían moribundas. Kana se estremeció mientras los fríos dedos del viento se filtraban por el interior de su capote. ¿Tendrían complicaciones?

—El campamento contesta —informó Soong desde la oscuridad—. Vieron una luz un poco más allá de donde están, pero no las otras. Les he hablado también del byll. Dicen que hay bylls en este extremo del valle.

—Muy bien. Corte. Mañana proseguiremos la marcha.

Por la mañana, Bógate eligió para explorar el viejo río que iba hacia el sur. Como Tharc caía hacia el sur, era lógico que avanzaran en aquella dirección. Si la presencia del byll en el otro valle tuvo influencia en su decisión, o bien el hecho de que las luces que observaron brillaban hacia el norte, éstos son puntos que Bógate no discutió con el resto de los exploradores.

El nuevo camino aparecía más desprovisto de rocas que el que habían seguido el día anterior, y media milla más adelante Kana observó que iban cuesta arriba. Por fin subían, en lugar de avanzar por el fondo de gargantas flanqueadas por rocas.

Pero no llevaban una hora de camino cuando percibieron el primer rastro de los habitantes de las montañas. Por fortuna, la experiencia con el byll les hacía mostrarse en extremo cautelosos y andaban siempre alerta ante la más ligera indicación de algo anormal. Larsen, que guiaba, se detuvo de pronto en el borde de una amplia extensión de arena. Cuando Bógate se le reunió, el

explorador señaló una curiosa depresión que se divisaba en el centro de la cinta de arena.

Kana, que recordaba las advertencias de Hansu acerca de los Cos, fue el primero en hablar.

—Puede ser una trampa... —dijo.

Bógate le miró y luego volvió de nuevo la vista hacia la depresión. Anduvo un poco para elegir una piedra, el peso de la cual hizo que se tambaleara. Pero consiguió empujarla hacia aquella suave superficie.

De pronto se oyó un crujido. Y arena y piedra reunidas fueron tragadas por un gran agujero. Kana se aproximó pulgada a pulgada para observar el interior. Y lo que vio hizo que sus entrañas se retorcieran a la vez que su imaginación trabajaba activamente. Aquello era, en efecto, una trampa, una traicionera y mortal trampa. El posible cautivo caído dentro hubiese muerto torturado poco a poco por los garfios colocados debajo con suma habilidad.

Los terrestres cambiaron entre sí algunas palabras mientras daban la vuelta alrededor del hoyo. En el otro lado, Soong informó por medio del radioteléfono a la Horda sobre aquel nuevo riesgo que se les había presentado.

De entonces en adelante avanzaron a paso de tortuga y medio arrastrándose. No sólo debían guardarse de los bylls, sino también desconfiar de cualquier terreno allanado que encontrasen. Empleando el método de Bógate, probaron más lugares sospechosos, y el último de ellos se abrió también, mostrando su oscuridad interior. Esta vez se trataba de una oscuridad de la que surgía tal pestilencia que nadie hizo el menor intento para examinar aquello más de cerca.

—¿Marchamos directamente hacia la puerta principal de alguien? —preguntó Soong, mientras se cambiaba el radioteléfono, que pesaba bastante, de un hombro a otro.

—Si lo hacemos —contestó Kana—, se trata de una clase de puerta que no recibe bien a los visitantes.

La atención del joven se dividía ahora entre los acantilados que flanqueaban el seco lecho del río y el suelo mismo de este cauce... La muerte podía venir de pronto de cualquier dirección. Y él era el enlace, el encargado de establecer contacto con la oposición. Pero ningún entrenamiento de los muchos que había recibido le había

preparado para una situación como aquélla... Desnudas montañas que no mostraban signo de vida... y, para colmo, aquellas trampas contra los invasores... No podía establecerse contacto con un enemigo al que no se veía. Los Cos, si es que se trataba de ellos, ponían por lo visto toda su fe en sus trampas para cazar... algo digno de los débiles o de los pocos en número. Unas trampas que mataban a tal distancia de los que las habían colocado, que no representaban ningún peligro para ellos. ¡Si él pudiera celebrar una reunión con ellos, meter en la cabeza de aquellas gentes de las montañas que la Horda, al introducirse en su bien guardado territorio, no lo hacía con ánimo de pelea, sino que, por el contrario, ahora iba en contra de los antiguos enemigos de la propia gente de las montañas, o sea los Llors!

Kana estaba seguro de que si algún Cos les espiaba, estaría escondido en las cimas. Y cuando los exploradores descansaron después de una hora de marcha, se aproximó a Bógate para proponerle un plan que se le había ocurrido. El veterano observó intranquilo la parte alta de los acantilados.

—No, no... —contestó titubeando—. Sí, en caso de espiarnos, estarán arriba de las montañas, se lo garantizo. Pero quizá se hallen a muchas millas de aquí... y no podemos permanecer en este lugar esperando a que usted encuentre algo que quizá no exista. Veremos más tarde...

Kana tuvo que contentarse con aquella promesa. Pero el terreno ofreció un argumento en su favor pocos minutos después. Dieron la vuelta a un recodo y se encontraron de pronto con una pared de roca por la que el desaparecido río debía caer en tiempos formando una cascada espectacular. Bógate hizo un ademán en dirección a Kana.

—Bien, aquí hay un lugar a donde alguien podría haber subido. Puede usted trepar a ver lo que encuentra. Lleve a Soong con usted.

Kana y Soong dejaron sus petates, tomando sólo sus fusiles, e iniciaron la ascensión... no por la cara tallada por las aguas, sino por el relativamente tosco acantilado de la izquierda. Mientras ascendían como moscas agarrándose con el mayor cuidado, Kana pensó que cuando terminase aquel enrolamiento, quedaría bien calificado para prestar servicio en una Horda que tuviera que actuar en territorio montañoso.

Cuando llegaron a la cima miraron hacia el oeste. Allí estaba una vez más el lecho del río, pero era más estrecho que en la garganta que había abajo. Un poco más allá, la lobreguez de las rocas quedaba rota de cuando en cuando por trozos de vegetación verde-amarillenta que prometían humedad.

—Aquí hay algo... —murmuró Soong lentamente mientras estudiaba el paisaje.

Kana comprendió lo que quería decir su compañero. También él sentía como si estuvieran bajo observación, que ascendían hasta el borde de las cascadas. Se hallaban solos en un mundo muerto... ¡Sin embargo, algo les observaba! Kana lo supo y un frío estremecimiento corrió por su espalda y coloreó su piel debido a la tensión nerviosa. Estaban siendo observados... y con una curiosidad detallista y no humana.

La voz de Soong —llegó quejumbrosa hasta Kana por entre los aullidos del viento:

—¿En dónde está lo que nos observa?

Kana se arrodilló en la arena y sacó a la luz su paquete número uno para establecer contacto comercial. Luego buscó una piedra desnuda y lisa y colocó sobre ella las piezas que creía lo suficientemente deslumbrantes para encantar los ojos y atraer la atención de cualquier nativo. Luego se llevó a Soong con él hacia la izquierda, bastante lejos, y ambos se escondieron en el lecho del río.

Los minutos transcurrieron, y Kana empezó a preguntarse si sus nervios no le habrían engañado. La cadena de oro, el puñado de brillantes piedras, captaban el débil sol y producían un centelleante charco de fuego que tenía por fuerza que atraer la atención de cualquier observador que, perteneciera a la raza que perteneciese, saldría de su escondite para contemplarlo más de cerca, según la experiencia enseñada a los terrestres.

—¡Señor del espacio! —Silbó la voz de Soong entre sus dientes.

Algo se había movido al fin. Una sombra flotaba con líquida y felina gracia entre dos rocas, llegando a colocarse encima del señuelo comercial. Kana se quedó sin aliento. ¡Un ttsor! Aquella piel verdosa, muy apreciada por los Llors para la confección de mantos de gran gala, no dejaba lugar a dudas. La redonda cabeza con su gran caja para el cerebro, las orejas ribeteadas... El rabo, que podía moverse en todas direcciones y coger objetos, anduvo sobre los

tesoros y seleccionó la cadena de oro, colocándola delante de los anchos ojos amarillos. Luego, el ttor olfateó el resto de la colección, empleando el gigantesco pulgar de una de sus garras para desperdigarlo todo, pero dejó caer la cadena. No le interesaba lo que no servía para comer.

Kana alargó su mano para bajar el cañón del fusil de Soong.

—No atacará. ¡No dispare!

El ttor se irguió, el cuerpo tenso, la cabeza vuelta en dirección a la parte alta del río. Luego, tras hacer un guiño con los ojos, se marchó rápidamente río arriba, hacia las cumbres.

Un sonido llegó hasta ellos por encima del gemido del viento, un sonido ahogado que Kana no pudo identificar. Miró río arriba. Luego dio media vuelta y agarró a Soong, arrastrándole para sacarle de aquella parte baja del valle que era ahora una trampa mortal. Ambos corrieron hacia el acantilado. Kana vio los blancos rostros, vueltos hacia él, de los que estaban abajo. Soong disparó al aire los tres espaciados disparos de advertencia... y Kana movió frenéticamente los brazos intentando hacer comprender a los otros que debían volver a las paredes del desfiladero. Su mensaje debió ser interpretado, pues se desperdigaron y corrieron... unos hacia un lado, otros hacia el otro. Pero Kana no tuvo oportunidad de ver si estaban todos, ya que una negra pared de agua saltó por encima del borde alto de la cascada, cubriendo la escena con un loco remolino de espuma.

La corriente vino a lamer las botas de Kana, llenándole todo él de espuma. Ambos, Kana y Soong, hombro contra hombro, se asieron a rocas que hicieron el papel de anclas. De nuevo la invisible gente de las montañas utilizaba la naturaleza para defender su territorio. Ahora, para librar a su tierra de invasores, habían dejado libre el río. Soong se estaba muy atareado con el radio teléfono, intentando advertir a Hansu que la Horda no debía avanzar por aquel camino de desastre.

CAPÍTULO VIII

MUERTE POR AGUA – MUERTE POR FUEGO

Por entre las espumas del río aparecieron la cabeza y los hombros de un hombre que luchaba por salvarse y arrastraba tras de sí a otro más débil que también luchaba. Salían un momento al aire y volvían a hundirse, pero cuando parecía que las aguas iban a vencerles, se asieron a unas rocas. Kana creyó ver a otra figura oscura que llegaba asimismo a lugar seguro. ¿Sólo tres sobrevivirán?

Kana y Soong bajaron para ayudar a Bógate y al semiinconsciente Larsen a librarse definitivamente de las garras del agua. Los cuatro, tiritando, quedaron sobre una estrecha franja de roca situada sólo a un pie por encima del torrente y que no parecía próxima a hundirse. Bógate sacudió la cabeza como para librarse de una niebla tan tangible como la espuma que aún les salpicaba.

—Alguien debe haber quitado un corcho —comentó Larsen entre toses de ahogo.

—¿Ha visto usted algo allá arriba? —preguntó Bógate.

—Sólo un ttsor —contestó Kana—. Él nos advirtió del agua que se nos venía encima. De no haber sido por él nos habría alcanzado a todos.

—Así ha sido —dijo Larsen escurriendo el empapado cuello de su capote—. Esto es una trampa infame para acabar con nosotros. ¿Qué ha sido de los muchachos que andaban río abajo?

—Les envié un mensaje —respondió Soong—. Si han tenido tiempo...

No era necesario que acabara la frase.

Un débil saludo llegó desde el otro lado del desfiladero, al mismo tiempo que veían un brazo que se movía. Bógate se puso en

pie con el mayor cuidado.

—¡Hola! —contestó con su fuerte voz.

Su saludo fue contestado por tres hombres. Pero no había modo de que ninguno de los dos grupos cruzara el río y reuniese sus fuerzas con las de los otros. Así que empezaron a avanzar hacia las encrucijadas en dos grupos, con el río en medio. Kana y Soong tenían aún sus fusiles, pero sus petates habían desaparecido. El frío viento atiesaba las húmedas ropas que los combatientes llevaban sobre sus temblorosos cuerpos. Cuando el sol se hundió en el horizonte todos se acurrucaron en un hoyo entre dos altas rocas que les protegían de lo peor de los vientos, y allí pasaron la noche. En una ocasión el eco de los picachos les trajo un sombrío rumor. Kana pensó que se trataba del grito de caza de un ttsor. Pero la presencia allí de aquel animal parecido al león demostraba que, a pesar de su aparente esterilidad, existía vida en aquellas áridas tierras. Porque los ttsors comían no sólo carne, sino también fruta y grano... Quizá se dedicaban a asaltar los pueblos montañosos de los Cos.

Los combatientes durmieron aquella noche ayudados por la droga del cansancio. Y cuando Kana se despertó con la primera luz del amanecer tenía las piernas y los brazos tan entumecidos que tuvo que golpeárselos para volverlos a la vida. Pero en el otro lado del desfiladero uno de los otros refugiados le saludó con la mano desde lo alto de una peña.

Reanudaron de nuevo la marcha a lo largo de los picudos dientes de las cimas. Abajo, el río continuaba su curso, arremolinándose alrededor de las viejas piedras. Y mientras Kana observaba, un trozo de pared del acantilado, carcomido por el tiempo, se desplomó... arrojando a la corriente trozos de roca y arcilla. Escamados, desde entonces avanzaron un poco apartados del borde. Pero de esta forma, por cada milla que avanzaban hacia el este, recorrían casi el doble al tener que dar la vuelta a los obstáculos que encontraban y flanquear salientes y peñas. Era un avance de tortuga, y sus manos dejaban marcas de sangre sobre las rocas. Incluso la increíblemente fuerte piel de serpiente de Sirio de sus botas mostraba cicatrices y arañazos.

Y les dominaba un miedo al que nadie hacía alusión. Aquella mañana, cuando Soong intentó hablar con la Horda por medio del radioteléfono, no logró ninguna respuesta. En cada alto para

descansar, y mientras jadeaban respirando el fino aire, Soong continuó obstinadamente manejando el aparato, pulsando sus mandos con incansable energía. Pero seguía sin obtener respuesta.

Kana creía saber lo que había sucedido; su imaginación le pintaba un sombrío cuadro. La Horda habría llegado ya al primer lecho del río... encontrándose con el torrente, que allí bajaría aún con mayor velocidad debido al terreno inclinado. Las fuerzas terrestres debían de haber quedado aprisionadas... ¡para acabar lo mismo que había acabado el antiguo ejército Llor en el valle de los huesos!

Tan vivido se representaba el cuadro, que cuando se aproximaban a la bifurcación Kana se quedó atrás, incapaz de contemplar los despojos de sus compañeros. Pero el grito revelador de que había descubierto algo lanzado por Soong le hizo mirar contra su voluntad.

Uno de los carros ligeros estaba hundido entre dos peñascos, tan retorcido que apenas se le reconocía. Los anchos hombros de Bógate se estremecieron cuando su dueño se inclinó peligrosamente por encima para contemplar el naufragio. Mientras contemplaban aquella evidencia que echaba abajo todas sus esperanzas, un gran grito atrajo su atención. Los que se encontraban en el otro lado del río señalaban llenos de excitación un lugar tras ellos, en la otra orilla del río. Bógate, recuperada toda su energía, se irguió.

—¡Quizás alguno de ellos logró escapar! —exclamó.

Dos de los exploradores del otro lado habían desaparecido, pero el tercero continuaba haciendo señales con los brazos.

—El problema de cómo nos reuniremos continúa —apuntó Larsen—. No podemos nadar aquí.

—Pasamos el otro río, ¿no es verdad? —preguntó Soon—. Lo que hicimos una vez podemos repetirlo.

¡Ahora podían hacerlo todo! El saber que alguien de la Horda estaba vivo aún era un estimulante que les llevó a colocarse sobre las piedras por encima del nivel del agua mientras Bógate introducía en ella uno de los fusiles con objeto de probar la fuerza de la corriente... Pero por poco pierde el fusil, que casi le arrancaron de las manos las aguas.

En la otra orilla apareció un grupo de hombres, Hansu entre ellos. Iban cargados con rollos de cuerda y divididos en dos equipos,

y uno de ellos quedó directamente enfrente de los exploradores separados. El maestro de espadas y los otros empezaron a remontar el río, desenrollando las cuerdas mientras lo hacían, un poco por encima de la línea del agua.

Allí el portillo por donde el agua debía pasar al lecho más ancho era más profundo y más estrecho que en ningún otro punto a lo largo de su curso procedente de las cascadas. Los hombres de Hansu ataron el extremo de la cuerda a una roca inconmovible y lanzaron el rollo al río. Soong y Bógate, boca abajo sobre las rocas, tenían los fusiles preparados. El rollo se fue desenrollando río abajo y los fusiles se extendieron para capturar la cuerda. Hubo un instante en que todos se quedaron sin respiración; fue cuando la cuerda pareció escaparse... Luego los cuatro la cogieron y el extremo de la cuerda les llevó a buen puerto, reuniéndoles al grupo del otro lado del río.

Luchar contra aquellos pocos pies de agua supuso un esfuerzo de pesadilla. Kana chocó contra una roca medio hundida con fuerza capaz de hacer dar vueltas a su cabeza. Unas manos le cogieron y le sacaron. Tosiendo y arrojando agua salobre por la boca, el joven quedó tendido sobre un montón de grava hasta que los demás le pusieron en pie. El resto del viaje hasta el otro valle fue un mecánico obedecer órdenes. Kana no despertó realmente hasta que no se encontró echado boca arriba, un petate bajo la cabeza, mientras Mic y Rey le quitaban a tiras sus mojadas ropas y le envolvían en una manta.

Mic hizo una mueca.

—¿Qué es lo que te pasó? ¿Encontraste un pantano?

—Creo que... di con una trampa.

Kana pronunció sus palabras por encima de un vaso de caldo caliente que Rey le presentaba. Una hoguera ardía no muy lejos de él y la tibieza que acariciaba su tembloroso cuerpo resultaba reconfortante.

—Pues nosotros tenemos a uno de los que ponen las trampas.

Los ojos de Kana siguieron la dirección del dedo de Mic. Más allá de la hoguera había una figura achaparrada que no era ni Llor ni terrestre. De unos cuatro pies de alto, aquel ser se hallaba completamente cubierto de un espeso pelo blanco grisáceo. Cubría sus riñones una breve faldita de fina piel de ttor y llevaba una especie de collar del que colgaban varios dedos con uñas del mismo

felino. Aunque más inexpresivo que el no menos peludo Llor, el prisionero contemplaba el fuego sin pestañear y prestaba poca atención a lo que le rodeaba.

—¿Un Cos?

—Así lo creemos. Anteanoche le encontramos alimentando una hoguera de señales en los acantilados, pero hasta ahora no hemos sido capaces de arrancarle ninguna información. No contesta cuando se le habla en lengua comercial, y Hansu, que habla un poco la lengua Llor, tampoco ha podido lograr de él ninguna respuesta. Nos sigue en las marchas, se queda quieto cuando nos detenemos, no come...

Mientras hablaba, Mic abrió su paquete y sacó de él ropa limpia. Rey hizo otro tanto. Kana les agradeció el obsequio y se puso la ropa mientras observaba sus propias prendas, que despedían vapor junto a la hoguera.

—Fue algo bueno que nuestra advertencia os llegara a tiempo —dijo.

La mirada de Vic evitó encontrarse con la suya.

—La corriente se llevó a cinco hombres... Un carro quedó encallado entre las rocas y estaban trabajando para liberarlo cuando eso ocurrió. Luego perdimos a tres más al cruzar el primer río y un par de ellos cuando los rostros lanudos se nos echaron encima más tarde...

—¿Os atacaron los Llors?

—Por lo menos durante parte del camino. Desaparecieron cuando llegamos al valle de los huesos. Supongo que aquello les dio una idea de lo que les podía suceder. De todas formas, nos rodearon, y no había manera de seguir avanzando a menos que lucháramos con toda la nación. Los rebeldes se han tornado ahora todos leales, y sólo están dispuestos a atacar a los asquerosos invasores terrestres...

Lo último fue dicho en tono de amargura.

—¿Y qué hay más allá? —quiso saber Rey.

Rápidamente, Kana describió lo que había visto. Al oírle, los rostros de sus compañeros fueron adquiriendo una expresión sombría. Pero antes de que hubiese terminado se presentó Hansu.

—¿Vieron ustedes rastro de algún Cos por encima de las cascadas, antes de que apareciera el agua? —preguntó el maestro de

espadas.

—No, señor —contestó Kana—. No vimos más que un ttsor, y precisamente este animal nos dio la alarma. Yo había desplegado un paquete comercial sobre una piedra, pues teníamos la sensación de que éramos observados. El ttsor bajó para mirar lo que había en el paquete y entonces...

Pero Hansu miraba, a través de las llamas, al Cos cautivo.

—Todo lo que necesitamos saber —contestó— está encerrado en esa cabeza redonda que hay ahí... ¡Si pudiéramos sacarlo a la luz! ¡Pero no come de nuestra comida ni quiere hablar! Y no podemos tenerlo así hasta que se muera de hambre. Entonces tendrían una buena razón para atacarnos.

El maestro de espadas se acercó al prisionero. Pero el pigmeo del pelo blanco no cambió de postura ni demostró que se había dado cuenta de la presencia del jefe terrestre. Hansu se arrodilló junto a él y repitió lentamente algunas palabras en la cantarina lengua de los Llors. El Cos no pestañeó siquiera. Kana buscó entonces en los paquetes comerciales que había guardado durante tanto tiempo, hizo una rápida selección y sacó finalmente un paquetito de azúcar y un brazalete adornado con piedras preciosas.

Hansu sostuvo el enojado círculo ante la luz frente al callado cautivo, moviéndolo para que las piedras centellearan. Mas el ofrecimiento pareció ser totalmente invisible en lo que al Cos concernía. Tampoco cuando le pusieron el paquetito de azúcar a corta distancia de su nariz hizo el menor movimiento para investigar de qué se trataba. Para él, los terrestres y sus regalos no existían.

—Es una pared de piedra y nos estamos estrellando contra ella —dijo Hansu—. No nos queda más que hacer...

—... que dejarle marchar y esperar a que se presente algo mejor. ¿No es cierto, señor? —sugirió Kana impulsado por su preparación X-Tee.

—Sí —contestó Hansu.

Se puso en pie e hizo que también el Cos le imitase. Dominando al cautivo por razón de su mayor fuerza, el maestro de espadas llevó al pigmeo hasta el extremo del campamento terrestre y aún cien yardas más allá. Luego soltó el brazo del nativo y se apartó.

Durante un largo tiempo, el Cos permaneció en donde le habían

dejado. Ni siquiera volvió la cabeza para ver si le observaban. Luego, con un solo movimiento, cuya velocidad dejó a los terrestres con la boca abierta, desapareció, desvaneciéndose por el lado más lejano del desfiladero. Oyeron rodar una piedra, pero no vieron el camino que el Cos tomó.

La Horda acampó allí aquella noche, y aunque observaron las montañas que tenían enfrente y los acantilados que les rodeaban, no distinguieron más señales luminosas.

—Quizás eso de soltar el río ha significado que mostraban su arma más importante —dijo Mic esperanzado—. Y cuando han visto que no servía de nada, se han escondido para dejarnos el campo libre...

—No sabemos cómo trabajan sus mentes —añadió Kana—. Para algunas especies, la nuestra por ejemplo, un fracaso así supone un acicate para persistir, para intentar algo nuevo... Pero para otro tipo de mente podría significar sencillamente que sus dioses, y sus hados, o cualquier potencia en que crean, se oponen a sus deseos y, por lo tanto, que deben olvidar todo el proyecto. El futuro puede depender de ese Cos que hemos dejado en libertad y del informe que dé. Pero debemos estar preparados para cualquier contingencia.

Poco después de haber iniciado la marcha, que reemprendieron a la mañana siguiente, pasaron ante el lugar donde el byll había sido muerto. El cadáver había cambiado de sitio y ahora estaba medio devorado por misteriosos comedores que habían actuado durante la noche. Pero la partida cabeza, con su abierta boca llena de dientes, parecía una sombría advertencia. Uno de los deberes de los viajeros era permanecer alerta contra los traicioneros ataques de pájaros carnívoros.

Cerca del mediodía llegaron a un estanque lleno de agua que parecía desembocar en él a través de la pared izquierda del desfiladero, procedente quizá del río que fluía por el otro lado. Allí llenaron sus cantimploras después de purificar el líquido, y también se lavaron, quitándose el polvo de sus manos y caras. La arena levantada por el viento les había inflamado los ojos y se les había metido entre la ropa y la piel, produciéndoles cierta desazón.

Alertas contra los peligros que podían venirles de arriba, los exploradores pudieron prevenir un segundo ataque importante antes de que éste fuera llevado a cabo. Los Cos, apegados a métodos

que les habían servido en el pasado, les enviaron ahora rocas rodando. Pero ninguna de las toscas armas mató a nadie, pues los que intentaban bombardear de esta forma la tortuosa serpiente que era la Horda en su avance fueron alcanzados por los disparos de los exploradores que flanqueaban la columna y peludos cuerpos rodaron por el suelo al lado de las peñas al tiempo que los demás se daban a la fuga. Más adelante, en una altiplanicie rocosa, había una tosca fortificación a la que los terrestres no se atrevieron a acercarse.

Esta vez los Cos no intentaron ocultar su presencia. Con la llegada del anochecer, unas luces empezaron a brillar en el fuerte... formando una barrera luminosa a su alrededor idéntica a la que formaron las lámparas de los combatientes en la llanura. Los terrestres no podían atacar el fuerte desde abajo. Enfrente de la Horda, la altiplanicie se alzaba muy escarpada y una terrible hilera de rocas listas para ser utilizadas la flanqueaban. Hansu convocó con su pito una reunión.

—Tenemos que tomar ese fuerte —anunció con decisión—. Y sólo hay un modo de hacerlo: desde lo alto. —Se quitó el casco y echó en su interior piedras negras y blancas. Vamos a echarlo a suertes.

Fue echado a suertes. Kana, como los demás, cogió su piedra, manteniéndola oculta en su mano hasta que la voz del jefe le autorizó a mirarla. Cuando llegó este momento vio que su piedra era negra, lo mismo que la de Rey... mientras que Mic, para disgusto de Kana, había cogido una blanca.

Hansu hizo una detallada inspección del grupo que tenía que trepar. Los voluntarios se despojaron de todas las correas, quedándose sólo con el cinturón. Los fusiles colgaban en bandolera de sus cuerpos y cada hombre llevaba su espada-cuchillo y cinco cartuchos de fuego explosivo.

Aprovecharon las profundas sombras del piso de la garganta para apartarse de sus compañeros, utilizando el camino que habían seguido por la tarde en sentido contrario para llegar al punto que los flanqueadores habían señalado como favorable para la escalada del acantilado. Allí, aprovechando la última luz del crepúsculo, dieron comienzo a la ascensión. Una vez arriba, las luces del fuerte no sólo les suministraron una guía, sino cierta cantidad de

iluminación. Su avance fue lento arrastrarse por el terreno. Encontrarse con centinela Cos habría sido fatal. Pero, por fortuna, los terrestres contaban con su sentido del olfato... Precisamente el viento soplaba hacia ellos. Y el pegajoso olor corporal de los Llor, distinguible para narices terrestres a varios pies de distancia, era multiplicado un ciento por ciento por el olor corporal de los Cos. Los montañeses podían ser olidos literalmente cuando estaban emboscados, cosa de la que ellos no se daban cuenta.

El terrible olor hirió el olfato de Kana. El joven retrocedió y dio un golpecito en el hombro de Rey, sabiendo que esta silenciosa señal sería pasada de hombre a hombre por todo el grupo. Un Cos se hallaba cerca, un poco hacia la izquierda. Con la cabeza levantada para seguir el rastro del olor, Kana cambió de dirección. Notó que los dedos de Rey se apoyaban en su tobillo cuando el segundo se le reunió. El Cos debía ser localizado y eliminado, pero de un modo eficaz, sin que tuviera tiempo de enviar ninguna advertencia al fuerte.

Kana, valiéndose de las luces del fuerte, llegó hasta un montón de rocas cercano. Su nariz le decía que el Cos debía de andar por allí, y era lógico que así fuera, ya que desde allí se podía observar no sólo el acantilado, sino a la Horda, que se encontraba abajo.

Pronto descubrió lo que andaba buscando: una sombra negra delineada por las luces del fuerte, la hundida cabeza y los hombros del centinela. Kana se tensó todo él para dar un salto a la vez que preparaba su fusil. Luego, con la destreza y precisión para el ataque que le habían enseñado a lo largo de casi toda su vida, dio el salto y enroscó la correa del fusil alrededor del lanudo cuello del centinela. Un solo tirón bien ejecutado y el Cos cayó inerte. Kana depositó el cuerpo en el suelo con manos temblorosas. La estratagema había surtido efecto... tal como los instructores le aseguraron. Pero había mucha diferencia entre hacerlo con un muñeco a hacerlo con un ser viviente que respiraba. Tiró de la correa y luego se frotó las manos contra el pantalón, intentando librar su carne de la sensación experimentada al tocar la grasienta lana.

—¿Todo bien?

—Sí —contestó a Rey.

Cogió el fusil, su propio fusil, que éste le ofrecía, y tuvo bastante trabajo en volverlo a colgar de la correa.

Por allí no había más centinelas. Al cabo, la fuerza terrestre alcanzó el punto a donde deseaba llegar... situado hacia el oeste y por encima del fuerte.

El centro de aquel nido de águilas tenía una forma familiar ya para los terrestres, aunque de aspecto ruinoso. Cuando los Cos habían elegido aquel lugar como fuerte aprovecharon para su parte central una antigua fortificación o avanzadilla erigida por los Llores. El puñado de arbustos y las chozas de piedra agrupados a su alrededor se hallaban también en estado ruinoso... y no denotaban la menor habilidad en el arte de la ingeniería militar.

Abajo sonaron pitos de los terrestres que significaban batalla. Al resplandor de las hogueras de los Cos, los exploradores pudieron ver que las blancas formas de los montañeros se paseaban ante la barrera y alineaban sus rocosas municiones, colocándolas a punto de ser lanzadas al encuentro de cualquier ataque frontal. Kana abrió uno de los cartuchos y lo arrojó contra la choza más cercana, cuyo techo era de bálago.

A las llamas amarillas de las luces de los Cos se unieron los estallidos luminosos de las bolas de fuego de los terrestres, y muy pronto todo el fuerte fue un infierno. Los asustados Cos, cogidos entre la Horda de abajo y la nueva amenaza, corrían de un lado para otro. Aquel momento de indecisión acabó con ellos, aunque el fin no les llegó por obra y gracia de los atacantes terrestres, sino que surgió del interior de su propio fuerte.

De entre las hogueras surgió a la vida una negra sombra, comenzando a volar en la noche. Se paseó por encima del fuerte y de ella llovía una roja muerte. Los Cos, con su lana incendiada, se arrojaban ciegamente por el precipicio o bien corrían a encontrarse con la muerte cara a cara. Pero la extraña cosa voladora describió una espiral rumbo al cielo y luego descendió hacia el valle para lanzar más bombas sobre las filas de la Horda.

Los terrestres que se hallaban arriba intentaron hacer puntería con sus fusiles en las alas de aquella cosa, disparando furiosamente. Bajo aquel fuego concentrado, una de las alas se tambaleó, intentando todo el armatoste recobrar el equilibrio. Luego se perdió en la noche, dejando a su paso un rastro escarlata de destrucción que no sólo destruyó completamente el fuerte de los Cos, sino que también dañó a la Horda acurrucada abajo.

CAPÍTULO IX

SÓLO MOSTRAR LOS DIENTES Y ESPERAR

Al amanecer, la fuerza terrestre tomó el fuerte, pero habían pagado por él un alto precio. Una cuarta parte de los hombres de la Horda habían muerto rápidamente durante el bombardeo llevado a cabo por el desconocido avión o bien se les tuvo que dar el golpe de gracia durante las horas que siguieron, pues se hallaban terriblemente heridos. Así que la victoria rozaba la sombra de una derrota.

—¿En dónde obtuvieron los Cos ese avión?

La pregunta fue formulada por Mic, que tenía un brazo entablillado hasta el hombro. Pero no era el único al que se le había ocurrido.

La máquina extranjera era una prueba de que debía de haber extranjeros escondidos en el fuerte Cos, bien como instigadores de los montañeses contra los terrestres, bien como espectadores. Los combatientes inspeccionaron las ruinas del fuerte mientras aún estaba ardiendo parte de él, en busca de pruebas del origen de la máquina voladora, pero las llamas no habían dejado huellas legibles.

—¡Ese avión no se fue sin llevar lo suyo! —repetía Rey una y otra vez a todo el que le quería escuchar—. Debe haber caído... ¡Iba completamente ladeado cuando se perdió de vista!

—Si había uno, habrá probablemente más —replicó Mic—. ¡Esos demonios del espacio! ¡Con esos aparatos pueden volar sobre nosotros y hacemos polvo siempre que quieran! Pero... ¿por qué no lo sacaron antes?

Kana colocó un envoltorio bajo el hombro sano de Mic y apoyó a su amigo sobre él.

—La respuesta puede ser falta de pertrechos —dijo—. Probablemente no disponen de máquinas suficientes para cazarnos. Nosotros, al incendiar las chozas del fuerte, obligamos a ese a salir. Creo que Rey tiene razón, es decir, que acabó estrellándose. De todos modos... de aquí en adelante no marcharemos por el centro de un desfiladero y así evitaremos convertirnos en un perfecto blanco para ellos.

Porque el gran descubrimiento de los terrestres... era el bien definido camino que corría a lo largo de las paredes rocosas en línea recta hacia el oeste a partir del fuerte Cos. Hansu estaba determinado a sacar a su gente de lo que podía convertirse en una trampa mortal. Los combatientes se curaron sus heridas y exploraron el fuerte y también enviaron exploradores a lo largo del camino, aunque esto lo hicieron el segundo día. El número de cuerpos Cos que encontraron dentro del fuerte fue más reducido de lo que esperaban, y entre ellos no había nadie de otra raza.

—Deben de tener una fuerte retaguardia —dedujo Hansu.

Al cabo, los cadáveres enemigos fueron llevados al área central del fuerte para ofrecerles el mismo entierro garantizado a los muertos terrestres, es decir, la total destrucción por medio de las llamas. Más abajo del nivel del suelo, en una cámara excavada en la roca, encontraron una cisterna llena de agua y una hilera de recipientes llenos de grano o de frutas secas. El grano no era apto para los terrestres, según anunció el médico-intendente Crawfur, pero la fruta no resultaba dañina, y los combatientes masticaron su sustancia correosa, que supuso para ellos una variante de las raciones en tabletas.

Durante el tercer día organizaron y combinaron las secciones, que habían quedado bastante reducidas, e iniciaron la marcha en buen orden. Pero ya no se hablaba de una rápida marcha a Secundus. Por común consentimiento, que no fue expresado en palabras, la discusión sobre el futuro se limitó a cosas referentes al viaje de aquel día y a alguna vaga alusión sobre el del día siguiente.

—Sólo enseñar nuestros dientes y esperar... —dijo Mic al tiempo en que echaba a andar entre Kana y Rey—. ¡Si por lo menos pudiéramos salir pronto de este maldito laberinto de rocas!

Pero las rocas no se acababan nunca y el camino que comenzaba en el fuerte ascendía y descendía más cada vez. A Kana le llegó su

turno de actuar como explorador avanzado. Por entonces trepaban por la ladera de un pico volcánico. Ahora encontraban el terreno cubierto a trozos de nieve. Kana observó a través de una resquebrajadura del muro del cono del volcán un lugar donde era normal encontrar al enemigo. Pero el paso se hallaba sin defensa. Avanzó acompañado por Soong y ambos se detuvieron para examinar una hondonada de hasta una milla terrestre de profundidad, en el fondo de la cual se veía un lago rodeado por pequeños campos regulares esmaltados por la amarilla y verde flora fronniana; un pueblecito de chozas de paredes de piedra y techo en forma de cúpula se agrupaba junto al agua. Nada se movía en aquellos campos ni brotaba humo de las chozas. Quizás hubiera sido abandonado hacía una hora... o bien hacía un siglo.

Los exploradores se apartaron uno del otro, avanzando, alertas y atentos, cada uno por un lado de la hondonada... Pero todo lo que encontraron escondido entre la alta hierba fue un khat, o sea uno de los roedores con la piel a rayas que suministraban la mayor parte de la carne que se comía en Fronn. Ambos exploradores, cruzando los pequeños campos alfombrados por la recta y dura hierba que producía el grano, llegaron hasta el lago.

Soong señaló la playa, donde se veían profundas huellas en el barro.

—Barcas... Y no hace mucho que estuvieron aquí.

—Ahora no se ve ninguna... Quizá se han ido por allí...

Un largo brazo de agua formaba un recodo hacia el sur, pegado a la pared del cráter. No se podía saber si el agua bañaba la pared opuesta del cono. Pero no se veía ninguna barca. Una posterior comprobación demostró que salvo un khat o dos y cuatro pequeños guen encerrados en un corral, el valle estaba desierto.

Así que la Horda pudo descender hasta él con toda tranquilidad. Se descubrió que el brazo del lago que iba hacia el sur pasaba por una brecha de la pared del cono, y los terrestres se sintieron inclinados a creer, debido a ciertas indicaciones, que los habitantes del valle habían huido en aquella dirección.

Pero el descubrimiento más excitante fue hecho más allá del pueblecito... Se trataba de un montón de escombros: ¡el aparato volador! No quedaba la menor señal del mundo a que pertenecía el piloto. Pero, desde luego, la máquina no pertenecía a ningún Mech

terrestre... tal como se imaginaban.

El que de entre ellos estaba más cercano a ser un experto en máquina, El Kosti, pasó varias horas, ayudado por un grupo de combatientes, examinando todo aquel amasijo de trozos de metal.

—Esto procede de Sirio II —informó más tarde a Hansu—. Pero al aparato se le han hecho modificaciones que no logro identificar. Yo diría que originariamente fue un explorador comercial... aunque no puedo jurarlo. Pero, desde luego, no se trata de un aparato terrestre.

De nuevo tenían la seguridad de que existía una turbia conspiración... de que el Control Central estaba contra ellos. ¿Por qué? ¿Quizá porque eran mercenarios terrestres? Kana se preguntó todo esto. ¿Estaba escrito en el libro de alguien que la Horda de Yorke, con su montón de bien entrenados veteranos, tenía que ser aniquilada... borrada... de modo que su pérdida causara un trastorno allá en la Tierra? ¿Es que intentaban arrojar del espacio a la fuerza terrestre? Observó que Hansu tomaba fotografías del destruido aparato mientras Kosti iba señalando las porciones de la máquina que indicaban más claramente su probable origen. El jefe de espadas estaba reuniendo pruebas... Pero... ¿le permitirían presentarlas a las autoridades? ¿Creía de veras poder llegar a Secundus... y más tarde a la Tierra, para, en una audiencia, hacer declaraciones sobre aquella traición?

Registraron la aldea choza por choza. En las habitaciones sólo quedaba basura y muebles demasiado pesados para ser transportados. En el registro fueron hallados tres paquetes de raciones de explorador, lo que probaba que por lo menos un visitante procedente de otros mundos había estado allí recientemente. Pero se trataba de paquetes de tipo usual, que no revelaban nada acerca de su propietario... Podía proceder de veinte planetas diferentes.

Sin barcas y sin medios para hacer una balsa, los terrestres no podían utilizar la salida del agua del valle del cráter. Pero existía un segundo camino que llevaba hacia el sudoeste, y lo siguieron. A partir de aquel día la marcha fue algo como una pesadilla. Se encontraban en plena estación de los vientos y las tempestades traían nevadas que cubrían el camino. Algunos de los hombres se perdieron en una sola hora de marcha, separándose de las filas sin

que fueran vistos nunca más, a despecho de los esfuerzos que se hacían para mantener las filas en movimiento e intactas. Otros se daban francamente por vencidos, negándose a ponerse en pie después de un descanso, y se sumergían de nuevo en el fatal sueño que significaba la muerte. Si no hubieran estado entrenados para actuar como mercenarios, criados desde su niñez con vistas a un esfuerzo físico severo, quizá ninguno de ellos habría sobrevivido. Perdieron cincuenta hombres antes de alcanzar los declives occidentales de las montañas, Pero al llegar allí el mero hecho de que descendieran de nuevo y tuviesen ante ellos las llanuras de Tharc, renovó su valor e hizo que siguieran marchando con paso titubeante.

Por lo menos habían tenido que luchar sólo en una ocasión. Desde la batalla del fuerte no habían vuelto a encontrar a ningún Cos. Los montañeses debían esconderse durante las tormentas.

En el quinto día después de abandonar el valle del cráter, Kana, que avanzaba lenta y cuidadosamente paso tras paso, bajó a un precipicio y anduvo sobre un terreno desnudo, alegre al encontrarse con el crujido de la nieve helada. Las paredes del pequeño valle protegían contra el viento y el joven se inclinó, apoyado sobre una de ellas, para recuperar el aliento. En medio, un riachuelo fluía hacia el sudoeste.

—¡Vamos hacia abajo!

Pronunció la frase en voz alta, saboreándola, alegrándose con su significado. Ahora las montañas quedaban atrás, y las planicies se abrían ante ellos.

Pero aún no habían salido de las escarpadas «tierras baldías», las cuales cubrían también aquella ladera de las montañas. Entre la multitud de altiplanicies y de valles terminados en forma de cuchillo se veían los coloreados espacios de vegetación crecida rápidamente gracias a la humedad traída por los vientos. Pero no se veía el menor signo de caminos o de cualquier otro signo de civilización. Tenían que marchar del modo que pudieran hacia el sur, en busca de las tierras bajas que rodeaban Tharc.

Kana continuó avanzando junto al hilo de agua, siguiendo su cauce sencillamente porque no podía reunir la fuerza necesaria para subir de nuevo por el precipicio. Las plantas extendían sus hojas al sol. Un grupo de pequeñas flores de color verde unidas a delicados

tallos que parecían de encaje se curvaban para encontrarse con el agua.

—¡Hola!...

Kana, con el fusil dispuesto, se agachó. Pero no tardó en ver a Soong, que salía del arroyo, el cual había remontado. El recién aparecido renegaba del pegajoso barro que le cubría. Al ver a Kana, su redondo rostro de marfil se dilató en una sonrisa amplia y acogedora.

—Hemos pasado del invierno a la primavera —dijo—. Ahora creo que viviremos.

—Durante algún tiempo —concedió Kana pensativamente.

El joven estaba cansado, tan cansado, que hubiese deseado echarse sobre el terreno y quedarse allí a descansar... para siempre.

—Sí, ahora vivimos —continuó Soong—. Y quizás eso disguste a alguien. Mire, allí hay un río... ¡un verdadero río!

Soong tenía razón. El arroyuelo desembocaba en un río. Allí la corriente fluía tan clara que los terrestres podían ver las lisas piedras y la grava que había en el fondo. Aquella corriente carecía de la furia de los torrentes montañosos con los que se habían encontrado antes.

—No es profundo... Se puede vadear muy bien. ¡Por fin nos muestra la fortuna un rostro sonriente!

Tras de decir esto, Soong se agachó y aventuró un dedo para probar la temperatura del agua, apartándolo vivamente.

—Ha nacido en la nieve —continuó—. Se nos enfriarían los pies...

Avanzaron a lo largo de la orilla durante un rato. De un arbusto seco procedente de la estación anterior salió un khat lanzando un ahogado chillido de pánico. El animal llegó hasta el borde del agua, resbaló sobre el barro y pateando locamente cayó al agua. Salió a flote, pero su lucha continuó dentro del río.

De la orilla opuesta surgieron unas pequeñas ondas que llegaron hasta el punto donde se hallaba el khat. Éste se escondió, lanzando un aterrorizado grito de agonía casi humano. A poco, el agua comenzó a mancharse de sangre y otras líneas de ondas convergieron hacia el lugar.

Los combatientes se sintieron atónitos ante el espectáculo. Pero la lucha cesó segundos después de haberse iniciado, y sobre las

piedras del fondo quedaron unos huesos limpios y pelados.

Perezosas y saciadas, tres pequeñas formas flotaban ahora en el agua. Eran unos animales con seis patas y cabeza de rana, pero sus mandíbulas eran de rapaz carnívoro, y sus cuatro ojos, colocados en doble hilera sobre aquellas terribles mandíbulas, parecían negras cuentas que reflejaban feroz e inteligente hambre.

Kana se humedeció los labios.

—El tif —dijo.

—¿Qué...?

Soong arrojó una piedra a los pequeños monstruos. Éstos se apartaron un pie o dos, pero no retrocedieron a la orilla opuesta. En lugar de ello procuraron quedarse fuera del alcance de las piedras, la atención fija en los terrestres... esperando... observando...

—Malas noticias —dijo Kana contestando a la media pregunta de Soong—. Ya has visto lo que le ha ocurrido a ese khat. Bien, pues eso le ocurrirá a cualquier visitante que intente cruzar el agua en donde vive el tif.

—Pero si hay sólo tres y ninguno de ellos de un pie de largo.

—Vemos sólo tres. Y donde hay tres... siempre hay más. Viajan en grupos. Tres a la vista pueden significar trescientos escondidos... Listos para atacar en cuanto haya comida suficiente.

No, no había manera de juzgar cuántos diablos-rana infestaban al río, y tampoco existía ningún modo práctico de cruzar un río tan guardado. ¡Si el menos el informe consultado en la Tierra no hubiera sido tan limitado! ¡O si por lo menos tuvieran los terrestres amigos nativos que les pudieran ayudar en sus consejos!

La límpida agua parecía muy pacífica, pero cuando los combatientes avanzaron río abajo, los tifs nadaron sin esfuerzo paralelamente a ellos. De cuando en cuando se reunían con los pequeños monstruos otros de su especie, salidos de las sombras de debajo de las orillas, y conferenciaban con los tres que marchaban por el centro del río, sin quitar ojo a los terrestres, como si calcularan su peso, antes de retirarse de nuevo a su escondite.

—Están pasándose la noticia —dijo Kana—. «Carne a la vista».

El profundo río se ensanchaba en su camino hacia el sur, y ahora era cruzado por unas rocas con la parte superior seca que formaban un puente irregular. Los exploradores terrestres estudiaron aquel paso. ¿Eran piedras por las que se podía caminar? ¿Se podría

colocar alguna especie de red por encima y por debajo para cerrar el paso a los tifs? Desde luego, algunos de los hombres podrían cruzar por allí saltando de roca en roca. Pero no podría hacerlo toda la Horda, pues llevaban heridos e imposibilitados. Tenía que dejarse que resolvieran el problema aquel puñado de expertos en la tarea de sobrevivir que Hansu había reunido a su alrededor... y que eran veteranos con conocimientos adquiridos en cien mundos diferentes. Ellos saldrían vivos y sacarían vivos a sus camaradas de aquel aprieto.

De pronto, la brisa llevó hasta sus olfatos un olor conocido. El joven no lo había vuelto a percibir desde la noche del fuerte Cos. Kana se echó al suelo junto a un arbusto y Soong le imitó un momento después.

Casi enfrente de ellos, en la otra orilla, un Llor cabalgaba a lo largo de un banco de arena. No llevaba lanza, sino un fusil de aire colgado de su silla, proclamando así que era un soldado regular de la guardia realista y no un guerrero del séquito de algún noble provinciano. El soldado desmontó para acercarse al agua con cautela, inspeccionando las pequeñas olas antes de meter en el río el extremo de su arma. Saltaba a la vista que conocía la existencia de los tifs.

Pero, seguro sobre la arena, se sentó con las piernas cruzadas, sacó un trozo de caña de color púrpura y comenzó a masticarla mientras esperaba. Los terrestres se apretaban cuanto podían al terreno cada vez que la mirada del Llor parecía posarse por casualidad sobre el pequeño arbusto que les cubría. No podían retirarse de allí sin hacerse notar.

El Llor escupía trocitos de caña en el agua y en una o dos ocasiones arrojó piedras a los amontonados tifs. Pequeñas ondas llegaban sin cesar cerca de aquella lengua de grava mientras los pequeños amos del río se apelotonaban allí, bajo la superficie. De cuando en cuando, el Llor les miraba y dejaba escapar un sonido de desprecio que servía de risa a los de su raza. Pero, según pudo observar Kana, el Llor tenía buen cuidado de permanecer lejos del agua.

Un grito parecido a un maullido hizo que el Llor se pusiera en pie. De los bosques llegaba un grupo de jinetes. El que iba delante vestía una corta capa escarlata bordeada de piel de ttsor y llevaba

ante él, enganchada en su silla, una pértiga en cuyo extremo superior se veía a un hork amaestrado... con lo cual se identificaba a sí mismo como un miembro de la casa del Gatanu. Entre los otros jinetes se mezclaba la figura de un Ventur, con su caperuza y su larga toga.

El noble no desmontó, pero su guardia sí, llevando al comerciante con ellos, pues, cosa bastante curiosa, el Ventur era un prisionero que llevaba las manos atadas a la espalda. El Llor celebró una conferencia con la escolta mientras el jefe llegaba hasta la orilla para contemplar con curiosidad el interior del agua. Los guardias mientras tanto hicieron llegar a su cautivo hasta la orilla.

Luego, ante el horror de los terrestres que observaban, cogieron tranquilamente al pequeño comerciante y le arrojaron al río, en el lugar donde el agua estaba ahora llena de espuma debido a la gran cantidad de tifs concentrados en ella.

El primer tiro de Kana arrancó al noble de su silla... haciéndole caer de cabeza al río. Con método, los terrestres dispararon una y otra vez sus fusiles contra los asesinos de la otra orilla. Cinco del grupo cayeron antes que los otros tres buscaran la protección de los árboles. Pero ninguno de los fugitivos llegó a ellos.

Había un continuo remolino en el agua, en donde los tifs se felicitaban ante aquella rara abundancia de carne. Kana no se atrevía a mirar hacia el lugar a donde había caído el infeliz Ventur. La muerte en la batalla era algo corriente... y el joven estaba habituado a creer que aquel sería su propio fin, pero la fría crueldad que acababa de presenciar resultaba para él demasiado terrible.

—¡Por Klem y Kol! —exclamó Soong tirándole de la manga y señalando hacia el río.

Algo luchaba allí, algo que flotaba y que llevaba una túnica chorreando agua y las manos atadas a la espalda. Alrededor del Ventur flotaban los tifs inertes y panza arriba. Kana saltó a lo alto de la roca más cercana y luego a la siguiente. Un desnudo cráneo Llor le hizo una mueca mientras él saltaba por encima del trozo de agua donde se encontraba el cráneo. El Ventur se había puesto en pie y avanzaba por el agua hasta el banco de arena donde un momento después Kana y Soong se le reunieron. Kana sacó su cuchillo.

—Yo desataré eso —dijo el joven en la lengua comercial,

señalando las cuerdas de piel que ataban los brazos del Ventur.

Éste retrocedió un paso. Su lucha para ganar la orilla no había hecho caer su capucha. Incapaz de leer nada en aquel tejido gris roto sólo por los agujeros para los ojos, Kana no le siguió.

—Amigo...

Kana pronunció esta palabra con todo el énfasis de que fue capaz. Luego señaló los restos del Llor noble.

—Enemigo de nosotros... enemigo de usted...

El Ventur reflexionó durante un momento. De pronto avanzó hacia los terrestres extendiendo todo lo que pudo sus atadas muñecas. Kana cortó la mojada piel de las ataduras.

Con las manos libres, el Ventur cogió las colgantes riendas de la montura del noble. Se trataba de un animal bien entrenado y, por lo tanto altamente valioso, y no se había dado a la fuga junto con sus demás compañeros. El Ventur montó en el animal un tanto torpemente. Su encapuchada cabeza se volvió hacia los cuerpos de los Llors que había en las orillas y hacia los esqueletos sumergidos en el agua, donde los tifs, ahítos, flotaban aún, sus amenazadores ojos fijos en la presa a la que no podían llegar.

Una mano salió de debajo de la túnica con una pequeña bolsa húmeda. Un dedo que se parecía a una garra gris verdosa señaló los ociosos animales de la muerte que nadaban y luego los inertes cuerpos de los tifs a los que «ello» había amenazado. El Ventur hizo un ademán como si arrojase algo de la bolsa al río. Cuando Kana respondió con movimientos de afirmación, la bolsa le fue ofrecida, y el Ventur hizo tomar al gu un rápido galope que le condujo a los bosques.

—¿Es algo para alejar a los tifs? —preguntó Soong—. ¿Crees que ellos sabían, cuando arrojaron al Ven tur al río, que éste tenía eso?

—Creo que no, pues de ser así se lo habrían quitado. Quizás sus efectos sean permanentes... Esos tifs que flotan no se han movido...

Los tifs que habían atacado al Ven tur seguían aún panza arriba con sus grandes bocas abiertas, y Kana observó que sus compañeros se apartaban de ellos. La bolsa que tenía en su mano podía garantizar a la Horda un seguro vadeo del río.

Y así ocurrió. El arenoso polvo blanco que contenía la bolsa, sumergido en el agua, mantuvo a los tifs apartados hasta que la fuerza terrestre arribó al otro lado. Si el veneno tenía efecto

permanente es cosa que los combatientes no supieron jamás. Pero cuando los de la retaguardia llegaron a la orilla, unos cuerpos de tifs saltaron sobre las escalonadas piedras y llegaron al banco de arena.

Hansu identificó la insignia de los Llors muertos como la de la escolta real. Pero se interesó más en el conflicto entre el Ventur y sus guardianes. La gran deferencia que se tuvo con los de la caperuza en la marcha de las tropas de Skura hacia el este hacía suponer que entonces los Llors no deseaban estar a mal con los silenciosos especialistas del transporte. Ahora, sin embargo, un Llor noble había ordenado tranquilamente que uno de los Venturis fuera arrojado al río para encontrar una horrible muerte. Al parecer, el equilibrio del poder había cambiado sorprendentemente durante los días que la Horda tuvo que emplear en atravesar las montañas... hasta el punto de que los Llors mostraban ahora un arrogante desprecio hacia los que habían respetado durante generaciones. Los acontecimientos sugerían sin duda que ahora los Llors contaban con apoyos tan fuertes que creían poder llegar a ser los gobernantes indiscutibles de todo Fronn. ¿Consistía ese apoyo en algo más que una renegada Legión Mech?

Los combatientes siguieron su marcha a través de valles que llegaban hasta las llanas tierras de las planicies. Pero su inquietud iba en aumento. En aquel terreno las mecanizadas fortalezas móviles de los Mech podían operar con la mayor ventaja. Los exploradores pasaban horas cada día observando el cielo al igual que el campo que se extendía ante ellos, temiendo la presencia de aviones. Pero desde el encuentro con el grupo de los Llors en el río de los tifs, no habían vuelto a ver ningún enemigo. Aquella tierra parecía abandonada a los ttsors, a los bylls y al khat salvaje, que era la presa de ambos.

Durante el segundo día después que los terrestres cruzaran el río, sus exploradores encontraron un pueblo. Era una semifortaleza fronteriza rodeada por corrales donde los guen salvajes de aquellas planicies norteñas eran reunidos y seleccionados una vez al año, y los que tenían dos años eran vendidos después de haberles sometido a un mínimo de entrenamiento. Los corrales estaban ahora atestados, y no había duda de que una fuerza montada podría avanzar más de prisa. Hansu decidió que sería más prudente

convertirse en tropas de caballería, y los combatientes alteraron su línea de marcha, dirigiéndose al pueblo.

CAPÍTULO X

HACIA EL MAR

Mientras la Horda se extendía formando semicírculo por los alrededores del pueblo en dirección este, los primeros signos de vida, además de los intranquilos guen guardados en los corrales, fue un grupo de Llors, algunos montados, algunos humildemente a pie, que procedentes de las chozas con techo en forma de cúpula avanzaban hacia las líneas de los terrestres. El jinete que marchaba en primer lugar agitó por encima de su cabeza una bandera de parlamento confeccionada rápidamente.

Recordando el final de Yorke y de sus oficiales, ni Hansu ni ninguno de los combatientes se movieron de los escondites que habían buscado cuando vieron a los Llors. Aparentemente desconcertados al encontrarse con sólo el desierto paisaje, el Llor jefe tiró de las riendas de su gu y comenzó a agitar la bandera a la vez que observaba los arbustos y los árboles, mientras sus seguidores se agrupaban tímidamente a su alrededor... intentando presentar un frente en todas las direcciones a la vez.

—Señores... Señores guerreros de la Tierra... —exclamó el jefe dirigiéndose al vacío aire.

Sus palabras se alargaban extrañamente, tanto que al decir tierra pareció decir «terror».

Sin dejarse ver, Hansu contestó:

—¿Qué hay, Corban?

Dio al Llor el honorable título del jefe de una ciudad.

—¿Qué hay, señores de la Tierra? —replicó el Llor.

Entregó la bandera a uno de sus compañeros y quedó inmóvil, con las manos en las caderas, mirando en la dirección de donde venía la voz del maestro de espadas.

—¿Nos hacen ustedes la guerra? —continuó preguntando el Llor.

—Nosotros guerreamos sólo cuando nos atacan. Cuando las manos abiertas no llevan espadas, nosotros les mostramos nuestras palmas como respuesta. Ahora no deseamos otra cosa que volver a nuestro planeta.

El Llor saltó de su silla y echó a andar hacia las líneas terrestres. Uno de sus seguidores intentó detenerle, pero el fronniano le apartó a un lado y con las manos abiertas ostentosamente ante él, avanzó.

—Mis manos están abiertas, señor, y no cierro a ustedes ningún camino.

Hansu avanzó a su vez con las palmas de sus manos hacia arriba.

—¿Qué deseas entonces, Corban?

—Palabra de que mi pueblo no será destruido y que la sangre de mi gente no será derramada por vuestras espadas, guerrero.

—¿No ha sido alzada contra nosotros vuestra bandera de guerra? —replicó el maestro de espadas.

—Señor, ¿qué tienen que ver la pobre gente con las hermosas palabras de los Gatanus y los nobles? El que se sienta en el trono con alas de hork significa poco para nosotros... que conocemos sólo al que cobra los impuestos en su nombre. Nosotros queremos tan sólo vivir y no partir antes de tiempo hacia las Oscuras Nieblas. Y se han dicho cosas muy duras sobre vosotros, los que procedéis de otro mundo... Se ha dicho que vosotros matáis con fuego a quien os niega lo que deseáis tomar. Por lo tanto, yo voy a tratar con vosotros en favor de la vida de mi pueblo. Nuestro grano es vuestro y también los frutos de nuestros campos y... todo lo demás que necesitéis. También los guen... si es vuestro deseo coger en nuestros corrales los que hace poco cazamos. ¡Tomad todo lo que queráis y marchad!

—¿Y si los hombres del Gatanu vienen y os dicen: «¿Has dado alimento al enemigo y guen para que monten? ¿Es que sois aliados suyos?»?

El Corban negó con la cabeza.

—¿Quién podrá decir eso sin faltar a la verdad? Vosotros sois un ejército de hombres entrenados para llevar a cabo una extraña y horrible forma de guerra. No. Todos en Fronn saben que no es

posible hacer frente a vuestras armas, porque vosotros lucháis no sólo espada contra espada, según nuestra costumbre, sino con un fuego que mata desde larga distancia y con otro que llueve del aire. Algunos de vosotros avanzáis en poderosas fortalezas de metal metidos dentro de sus vientres, mientras ellas se arrastran por la tierra y aplastan a todos sus enemigos. Esas cosas son ampliamente conocidas. Así que los hombres del Gatanu saben que los guardias del pueblo no pueden negaros nada de lo que deseáis. Por lo tanto, le digo, señor, que tome lo que quiera y que se marchen dejándonos con vida.

—¿Ha visto usted las fortalezas terrestres que se arrastran y las máquinas que vuelan por el aire?

—No con mis ojos, señor, porque yo soy sólo un Corban de hombres que no hacen otra cosa que cazar el ttor a pie o bien reunir los guen en los corrales. Pero hacia el sur todos los hombres han visto esas maravillas, y sus palabras han llegado hasta nuestros oídos.

—Entonces... ¿todo eso se encuentra en Tharc?

—Sí, señor. Allí hay muchas de esas maravillosas máquinas ahora. ¿Desean ustedes reunirse con los que se encuentran allí? Muy bien. Le repito que tome lo que deseen y se marchen.

Hansu dejó caer sus vacías manos.

—Perfectamente. No invadiremos tu pueblo, Corban. Envíanos suministros y un centenar de guen... de los acostumbrados a llevar silla. No nos sentiremos decepcionados si nos da guen salvajes. Pero si así lo hace, iremos a elegirlos nosotros mismos.

El Corban elevó sus manos hacia el pecho y luego hasta la cabeza, haciendo el saludo que un vasallo rinde a su dueño.

—Guerrero, se hará como dice. Traeremos el botín del conquistador y gracias por su misericordia.

El grupo Llor regresó al pueblo y Hansu se dirigió a la reducida Horda.

—He aquí el cuadro que tenemos ante nosotros. Según la descripción de ese individuo, debe de haber en Tharc toda una Legión Mech. Tienen armamento pesado y aviones.

—¿Y qué hay sobre la Ley de Tregua? —dijo una voz procedente de las filas.

—Tendremos que enfrentarnos con eso. La Ley de Tregua fue

rota cuando enviaron un lanzallamas contra Yorke y el resto. Los renegados Mech no están solos en esto... No podrían haber traído armamento pesado sin ayuda. Y ahora creen que pueden hacer de nosotros lo que quieran. No me importa el apoyo con que cuenten... El caso es que no se pueden permitir que noticias de lo que sucede aquí lleguen a Prime. Así que lo primero que harán será arrojarnos de las naves en Tharc.

Arrojados de Tharc... condenados a quedarse en Fronn... incapaces de salir de allí... Kana vio la incertidumbre reflejada en los rostros de los que le rodeaban. Pero poco a poco esta incertidumbre empezó a transformarse en otra cosa, en una firme determinación. Desde hacía generaciones los débiles, los irresolutos, eran descartados del entrenamiento para el combate. Los mercenarios eran, por la misma naturaleza de su oficio, fatalistas. Pocos vivían lo suficiente para poder retirarse, ni siquiera para prestar un período de servicio en una base. Y ellos habían seguido hasta el fin muchas causas perdidas. Pero esto era una nueva experiencia. El código que para ellos era un freno, una firme creencia, había sido traicionado. Y alguien tema que pagar por ello.

—Intentaremos mantenernos en ellas...

Las palabras fueron ahogadas por un gruñido de asentimiento. Pero Hansu les hizo callar.

—No estamos solos —les recordó—. Una vez se haya roto aquí la Ley de Combate, ¿qué sucederá? Otros empezarán a levantar a los Mechs contra los Archs.

No necesitaba continuar. Todos sabían lo que esto significaba. Una terrible guerra civil en medio millar de planetas, una fuerza terrestrealzada contra la otra fuerza terrestre, derramando la sangre de su propio mundo blanco...

—Eso tiene que ser detenido ahora mismo. ¡Un mensaje al Centro de Combate será suficiente!

—¡No nos podemos enfrentar con los armamentos pesados en el campo! —gritó alguien.

—Claro que no. Pero tenemos que hacer llegar un mensajero a Secundus o a Prime y el resto de nosotros debemos meternos en un agujero y esperar.

—¿Quedarnos en las montañas?

No había el menor entusiasmo en aquella pregunta. Ya estaban

hartos de las montañas de Fronn.

Hansu sacudió la cabeza.

—Tenemos una alternativa. Primero debemos saber algo más sobre lo que ocurre. Luego... levantar un campamento en terreno hostil. Que los espadachines y los exploradores me den su informe.

Se fueron a cumplir lo que les habían ordenado. Kana se reunió con los otros en el carro donde Hansu les esperaba. El jefe había extendido una arrugada piel y miraba con las cejas fruncidas las líneas azules que cruzaban y recruzaban su superficie.

—Bógate —dijo volviéndose al jefe de los exploradores—, cuando ese Corban llegue con los suministros, rodéenle y tráiganlo aquí. Esos cazadores de guen deben conocer la tierra durante millas y millas, conocerla íntimamente. Queremos toda la información que pueda proporcionarnos. Los Mech no pueden operar en terreno escarpado... Así que nosotros debemos mantenernos en terreno montañoso.

—Pero alrededor de Tharc todo es terreno llano y abierto —objetó uno de los espadachines.

—No tenemos intención de ir a Tharc. Ellos deben de estar esperando que lo hagamos.

—Es el único aeropuerto del espacio...

Hansu corrigió instantáneamente al que había hablado.

—En Tharc está el único aeropuerto espacial «militar». ¡Olvidan ustedes a los Venturi!

Los labios de Kana formaron un silbido mudo. El jefe de espadas tenía razón. ¡Los Venturi! Como comerciantes hereditarios de Fronn, poseían algunos centros propios en el continente, y no muy lejos del mar occidental existía un pequeño campo de aterrizaje para viajeros espaciales que era utilizado por los pocos comerciantes extranjeros que habían conseguido establecer contacto con los Venturi para un limitado cambio de mercancías, la mayoría de ellas novedades exóticas que los comerciantes fronnianos revendían con fabulosos beneficios según se decía. Llegar hasta allí... establecer contacto con una de las naves comerciales... esto ofrecía más posibilidades que intentar llegar a la trampa llena de asechanzas que ahora era Tharc.

—Existe un aeropuerto del espacio cerca de los almacenes de los Venturi, en

Po'ult

—explicaba ahora Hansu—. No hay llegada y salida regular de naves, pero llegan comerciantes de otros mundos y podemos tener suerte y lograr que los Venturi nos acojan. Si avanzamos en línea recta hacia el oeste, llegaremos al mar, que no está lejos de Po'ult.

El Corban dio de buena gana todas las explicaciones que se le pidieron con tal de ver cuanto antes fuera de su territorio a aquellos peligrosos terrestres. Arrodillado junto con dos de sus mejores cazadores de guen sobre el mapa que Hansu tenía extendido, formuló una pregunta que el maestro de espada tuvo que contestar con el mayor tiento.

—Pero señor, ¿por qué buscar un camino tan peligroso? Hacia el sur el camino es ancho y llano y allí les esperan sus hermanos.

—Es nuestro deseo visitar a los Venturi de la costa... y no deseamos llegar hasta ellos por un camino bien trazado.

El pequeño círculo que era la boca de los Llors se movió de un modo equivalente a una sonrisa.

—¡Ya! Entonces es cierto lo que se murmura de boca en boca... o sea que ha llegado la hora de ajustarles las cuentas a esos, ¿no es verdad? Ya no serán los encapuchados los únicos que llenarán los caminos ni los únicos compradores y vendedores que llevarán artículos de un pueblo al otro. Es bueno oír eso, señor. Aniquilad todos los fuertes Venturi a lo largo de la costa, si así lo deseáis, y todos los Llors hablarán amablemente de vosotros al Gobernador de los Vientos. Cuando los Venturi caigan, habrá ricos despojos para todos.

Consultó el mapa de buena gana.

—Aquí hay un camino... Pasa entre las montañas del oeste, y allí puede haber Cos. Pero ya saben lo que son los Cos... Pueden apartarlos lo mismo que se apartan unas cucarachas del suelo. Y este camino les conducirá directamente al mar, donde está Po'ult.

Quizás puedan prosperar allí, señor guerrero.

—Quizás podamos —contestó complacido Hansu.

Y movió sus dedos haciendo los tres signos que correspondían a los espíritus del aire, del fuego y del agua, y que debían ser consultados en Fronn antes de emprender cualquier acción.

El Corban se alegró mucho y empezó a trabajar para ellos, inspeccionando personalmente el rebaño que sus compañeros habían traído de los corrales del pueblo, rechazando a diez guen ante el disgusto de sus hombres, que se preparaban a sacar un buen provecho de la ignorancia de los hombres de otro mundo, pues Hansu había insistido en pagar los animales. Aquella noche el Corban ofreció una fiesta, gastando en ella los suministros de un mes con la largueza de un Chortha de una provincia. A los futuros conquistadores de los Venturi él no podía negarles nada, y un elegido cuerpo de guías seleccionados de entre los mejores cazadores de guen fue designado para acompañar a la Horda hasta el pie de las montañas del oeste.

Al día y medio de camino llegaron al pie de las montañas, pues Hansu hizo avanzar a la Horda lo más rápidamente posible, impulsado por el deseo de salir cuanto antes del terreno llano, por miedo a ser descubierto por una patrulla Mech. En la mañana del tercer día, cuando ya se encontraban en el camino de la montaña, los guías Llors desaparecieron. Tras ellos se alzaba una nube de humo hacia el cielo y trocitos de hierba quemada caían hacia abajo. Los cazadores habían encendido en la llanura una hoguera para hacer que los guen salvajes se metieran en un lugar preparado con redes. Hansu observó aquel humo con satisfacción. Servía a la perfección para disimular la marcha de los terrestres, y tal vez con este fin habían encendido la hoguera los Llors cazadores.

Ahora comenzó de nuevo la antigua pesadilla de trepar y trepar sin dejar de permanecer alerta por miedo a un ataque. Aunque los cazadores habían insistido en que aquel camino estaba en un extremo del terreno donde vivían los Cos y que los montañeses muy raramente molestaban a las caravanas que lo utilizaban, los terrestres no las tenían todas consigo. Los Llors habían sido incapaces de contestar a las preguntas de Hansu sobre si los de las caravanas Venturi tenían algún pacto con los Cos que salvaguardara esa seguridad. Sin embargo, los terrestres no tenían otra alternativa que seguir avanzando.

El camino, hecho a propósito para los guen, estaba marcado con unas pequeñas columnas de piedra erigidas por los Venturi. Pero las marcas que tenían aquellas columnas eran intraducibles.

Aquella noche acamparon sin encender hogueras, en pequeños

grupos muy separados entre sí y sin centinelas. Pero las horas de oscuridad transcurrieron sin la menor alarma y no descubrieron señales de luces en las cimas.

Kana había marchado tras de Hansu durante la mayor parte de aquel día y ahora, envuelto en su manta, se acurrucó junto a una roca para dormir un poco mientras el maestro de espada permanecía sentado sobre sus piernas cruzadas a una yarda de distancia y escuchaba los informes de los exploradores.

—... ¿De modo que no se lucha con esos Mechs...?

—No puede pensarse en ello...

La voz de Hansu despertó completamente a Kana. Hansu continuó:

—Mills dijo que Hart Device es el jefe...

—¡Device! Yo sigo pensando que Deke debió de equivocarse. Device no iba a ponerse fuera de la ley...

—Ahí está el caso, Bógate. Si Device es el jefe en Tharc... y no veo ninguna razón para no creer en una información que Mills nos dio moribundo... Si Device es el jefe, repito, entonces no se trata de que una Legión Mech se haya puesto fuera de la ley. Hart Device es un nuevo jefe... lo mismo que lo era Yorke. Su Legión es pequeña, pero eficiente, bien equipada, y Hart tiene reputación de cumplir bien. Me atrevería a apostar la mitad de mi paga de un año a que tiene un gran tanto por ciento de veteranos... lo mismo que nosotros. Me pregunto si...

La voz de Hansu se perdió. Pero Kana había comprendido la insinuación. Una Legión y una Horda, ambas con hombres bien entrenados, lanzados a una lucha a muerte. Ganara quien ganara al final, el número de muertos habría de ser grande. Así que muchos veteranos quedarían fuera de combate. Ya estaba empezándose a alcanzar una suma pavorosa.

—Si el código ha sido burlado... —dijo la fuerte voz de Zapan Bógate, lo que mostraba que su dueño estaba preocupado—, ¡será el diablo el que pague! Porque... entonces los Archs no podrán ni levantar cabeza...

—Desde luego, siguiendo el viejo juego, no —respondió Hansu—. Pero no hay ninguna razón para que no podamos iniciar un juego nuevo.

—Pero... somos combatientes, Hansu.

—Claro que lo somos. Sólo que no hay ninguna regla sobre contra qué o contra quién hemos de luchar.

El tono ausente del maestro de espadas parecía indicar que estaba pensando en voz alta.

—De todos modos, ahora tenemos una meta —afirmó Bógate—. Y la meta es atravesar todas estas malditas montañas y visitar a los Venturi. ¿No tendremos que luchar contra ellos, señor?

—No, si lo podemos arreglar. Si lo que ese Corban sugirió es cierto, es decir, si los Llors se han vuelto contra ellos, los Venturi nos recibirán con los brazos abiertos. Su territorio es demasiado escarpado para los Mechs.

Po'ult

está construido sobre una isla de la costa... un islote rocoso que surge del mar. Ellos tienen sus propios medios de llegar a su tierra, y no se puede traer la suficiente artillería pesada para batirla.

—Buen lugar para escondernos allí... si es que nos dejan.

—Eso es lo que vamos buscando, Bógate. Si podemos hacerles comprender que tenemos un enemigo común, quizás hagan ellos una guerra común con nosotros. Envíe exploradores por la mañana, como de costumbre.

—Sí, señor.

Al amanecer se reanudó la marcha. Había nieve a trozos por el camino, y estos trozos se habían convertido en sólido hielo que dificultaba el avance. Hombres a pie tenían que ir abriendo camino para los guen, que tenían las patas muy delgadas. Pero en aquella lucha perdieron algunos animales, ya que éstos, recién capturados, no estaban preparados para una marcha semejante. También perdieron el segundo carro... y con él a uno de los del cuerpo de sanidad, que no tuvo tiempo de preparar su cuerda cuando el carro resbaló por el extremo de un precipicio y cayó en lo profundo.

—¡Alerta!...

El pito de guerra fue pasando el mensaje a lo largo de la columna. Las manos entumecidas descolgaron los fusiles de los hombros y sacaron de sus vainas los cuchillos. Aquél era el único encuentro desagradable que sufrían antes de que se iniciara la batalla del paso. Pero ahora no se enfrentaban con los Cos, sino con un grupo de Llors en retirada, desesperados por alcanzar la llanura y la seguridad. Y a causa de esta misma desesperación, los Llors

llegaban sin ninguna precaución, intentando pasar a través de la Horda.

La lucha fue corta y la retaguardia de la Horda no tuvo que disparar ni un solo tiro. Pero resultó sangrienta, pues los Llors murieron todos como un solo hombre, tan ciegos al atacar, que arrastraron a todos, en su loca prisa, a un combate cuerpo a cuerpo para el que no estaban preparados.

Los terrestres, ya cansados por su marcha hacia las cumbres a través de la nieve, se curaron sus heridas y acamparon aquella noche, enfermos y fatigados, en el extremo mismo del campo de batalla. La nieve traída por el viento cubría a los caídos y a los combatientes, los cuales, incluso los heridos, se vieron forzados a moverse para evitar la muerte por congelación.

—Una partida que ha efectuado una incursión y ha sido rechazada —dijeron los apergaminados labios de Mic mientras la fría brisa le azotaba el rostro—. Quizás marchamos en línea recta hacia una batalla que otros han encendido. Esperemos que los Venturi no crean que nosotros somos de la misma calaña...

Rey se frotó una mejilla con un puñado de nieve.

—¡Ojalá no suceda eso! —dijo.

Estornudó y tosió hasta que todo su delgado cuerpo tembló convulsivamente.

—La próxima vez que tenga un presentimiento cuando me aliste... ¡lo creeré ciegamente! ¡Qué paraíso eran los cuarteles! ¿Por qué dejaría yo Secundus?

Kana palmoteó con sus manos enguantadas para entrar en calor. Lo de Secundus le parecía muy lejano y que había sucedido hacía muchísimo tiempo. ¿Era cierto que había comido alguna vez en una habitación donde había pájaros llameantes en las paredes? ¿O era aquello un sueño y la presente pesadilla la áspera realidad?

—Tenemos que seguir aquí ahondando más y más —dijo Mic dando un puntapié a un montón de nieve— hasta que el agujero se haga tan grande que quedemos enterrados en él. Entonces, en la siguiente estación nos encontrarán a todos muy tiesos y conservaditos, y nos exportarán como piezas de «arte nativo».

—¿Huían esos Llors después de haber sostenido un combate con los Venturi? —preguntó Rey que continuó—: Pero los Llors tienen miedo a los Venturi. ¿Recordáis todo aquel jaleo del espía al salir de

Tharc? No podíamos tocar a los comerciantes, e incluso cuando ya habían encontrado a su hombre, los Llors no dijeron nada a la gente de la caravana.

—Los Llors piensan ahora que van a mandar en Fronn —repuso Kana—. Deben de haber odiado a los Venturi durante un largo tiempo y creen que tendrán ocasión de vengarse. ¿Actúas de explorador mañana, Rey?

—Sí... por mis pecados. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Mic estaba curándose su brazo herido.

—Esos montañeses están seguros de que nos sobrepasan en número. Tenemos mala suerte cada vez que trepamos. La otra vez perdimos cincuenta... Aquí veinte... y más heridos.

—No ha sido tan malo como cuando el aparato nos bombardeó —recordó Rey—. Mientras podamos responder al ataque...

—Sí, ya sé. Pero cuídate bien y regresa de La exploración, tú que eres un byll de largas piernas.

—¿Sabéis? —dijo Rey dejando de frotarse la mandíbula con nieve—. Tengo una idea. Si un individuo pudiera hacerse, digamos, con diez o veinte de esos pájaros y domesticarlos... Lo mismo que las caras peludas entrenan a sus horks. Los bylls no hacen el menor ruido antes de arrojar sobre su presa, ¿verdad?

Rey se volvió para consultar con Kana como si éste fuera una autoridad.

—¿No te parece? Bien, los colocaríamos ante el enemigo y los soltaríamos. En un terreno como este eso es mejor que un tanque de los Mech.

—¿Y quién va a cazarlos y domesticarlos?

Mic interrumpió su frase cuando otro Arch apareció saliendo de la oscuridad.

—Karr.

—Aquí estoy.

—Preséntese al maestro de espadas.

Kana fue a donde Hansu se había instalado, que era entre dos grandes trozos de roca que formaban una especie de cueva. La luz ligeramente azulada de una antorcha cogida a los Llors daba un fantástico matiz a los rostros de los allí reunidos. Y uno de ellos no tenía rostro, sólo la negra máscara de un encapuchado Ventur.

—Karr, siéntese.

Kana penetró en la cueva mientras el maestro de espadas se volvía al encapuchado.

—¿Serviría este hombre?

La cabeza cubierta se movió. Pero ninguna palabra se oyó durante un largo momento mientras Kana se encontraba bajo la mirada de unos ojos escondidos detrás de unos agujeros redondos. Al cabo, el comerciante hizo un ademán de asentimiento, que fue más un rápido respingo que un ademán terrestre.

—Este Ventur iba preso entre esa tropa de Llors —explicó Hansu—. Ahora regresa con su gente y usted será el enlace que le acompañará para establecer contacto. Queremos una base... una oportunidad de escondernos hasta que podamos notificar todo a Secundum.

Obre con cautela, Karr. Es usted el único hombre entrenado para enlace que nos queda. Establezca el mejor convenio que pueda con ellos. Convénzales de que estamos contra los Llors tanto como ellos... Diga a sus jefes lo que aquel Corban nos dijo a nosotros.

—Sí, señor.

Hansu miró su reloj.

—Lleve raciones y una dotación extra de municiones. No tenemos idea de lo lejos que nos encontramos de Po'ult,

pues el mapa no está detallado y... —titubeó con los ojos fijos en los de Kana—. Recuerde bien que tenemos que lograr esa base.

—Sí, señor.

CAPÍTULO XI

TREGUA POR EL VIENTO

El camino era una ancha cinta de la que la nieve había desaparecido empujada por los vientos nocturnos. Abajo se veía el sombrío verde oscuro de los árboles retorcidos y una extensión de terreno gris que formaba encaje con la nieve en los lugares donde las olas, empujadas por la tempestad, golpeaban contra las rocas comidas por el agua de la costa occidental.

Kana aminoró el paso para contemplar aquella gran extensión de agua. Seres alados daban vueltas, se hundían en el agua o sobre el estrecho camino, recogiendo pequeños pececillos arrojados allí por las olas. Pero a excepción de los pájaros, el joven parecía encontrarse en un mundo desierto.

El sol no brillaba aquel día y bajo las densas nubes la tierra que se extendía hasta el mar era sombría e inhóspita.

—Nosotros seguir.

Kana dio un respingo. Durante cinco horas habían viajado juntos sin que el Ventur dijera nada. Pero ahora había hablado. El comerciante avanzó impaciente hasta el extremo de la lengua de tierra, esperando descender cuanto antes hasta el nivel del mar. Huellas en el camino indicaban la retirada de los Llors efectuada veintitantas horas antes. Pero no se veían trazas de perseguidores Venturi.

No habían encontrado a ninguno de éstos, a pesar de que había pasado por numerosos lugares en que la naturaleza ofrecía fácil defensa. Era para creer que los comerciantes no deseaban proteger su territorio.

El combatiente descendió por la cuesta hasta llegar a un camino bien marcado y de superficie lisa que corría a lo largo de la costa, y

pocos minutos después ambos se enfrentaron con un centinela Ventur.

El encapuchado que hacía guardia conferenció con el guía. Kana les dejó conferenciar en privado, que era lo que aquella extraña gente parecía desear. No se les reunió hasta que el movimiento de una mano enguantada hizo que se llegara al pequeño edificio. Fuera de éste, los dos comerciantes hicieron avanzar al primer vehículo mecánico que el Arch encontraba en Fronn. Era poco más que una plataforma de metal, y poseía tres ruedas, una en cada ángulo de su forma triangular, y ningún motor visible. El Ventur guía se sentó en el lugar más estrecho e hizo señas a Kana para que ocupase un sitio en la sección más ancha, que estaba detrás. Apenas el terrestre hubo puesto los pies en el vehículo, la plataforma comenzó a moverse, pero no a la relativa velocidad de cualquier vehículo de la Tierra... sino mucho más deprisa.

Al avanzar Kana vio que no había trazas de ninguna patrulla militar. Era como si los Venturi, después de arrojar a los Llors hacia las montañas, no se preocupasen ya por la amenaza de ningún ataque, lo cual significaba una sorprendente confianza en la propia fuerza. El camino se curvaba y daba vueltas, siguiendo los contornos naturales de la línea de la costa. Por fin se adentraron en una curva situada enfrente del puerto Venturi.

Allí el mar entraba en la tierra formando el gran semicírculo de una bahía, un puerto natural en cuya orilla habían construido los comerciantes una serie de embarcaderos. En la tierra se veían un grupo de edificios sin ventanas y de altas paredes con aspecto de almacenes y de depósitos comerciales. Al aproximarse a estos edificios, Kana observó las primeras huellas de la reciente batalla. Pero todos los Venturi que había a la vista se dedicaban a sus quehaceres sin prisa ni confusión. De unas raras embarcaciones que había en los embarcaderos —sus estructuras completamente cubiertas les daban aspecto de tortugas gigantes— surgía un firme torrente de mercancías... ¿O bien entraba en ellas?

El vehículo se detuvo y Kana saltó de él. Sí. ¡Aquellos barcos estaban siendo cargados y no descargados! Las planas plataformas llevaban mercancías al mar y no traían mercancías de él. Al parecer, los comerciantes estaban vaciando los depósitos... Todo tenía el aire de una ordenada evacuación.

—¡Vamos...!

De nuevo le daba prisa su compañero Ventur. Atravesaron una serie de caminos entre los edificios, teniéndose que arrimar a veces a las paredes para evitar los carros que se movían rápidamente llenos de balas y de paquetes. Al fin llegaron a un edificio más pequeño, tan cercano al mar que las aguas daban contra su pared posterior. El día era sombrío y gris. Pero aún reinaba mayor oscuridad en el edificio. Kana encogió los ojos, pero entonces le tomaron por la muñeca y le empujaron hasta el extremo de un corredor. Cuando el Ventur se detuvo ante lo que parecía ser una sólida pared, ésta se abrió en dos partes dejando brillar una luz verdosa.

Kana miró a su alrededor con un asombro que no intentó disimular. Las paredes de aquella habitación se arqueaban por encima de él para encontrarse con el vértice de un cono. Unas gruesas piedras ofrecían asiento a los tres Venturi que se encontraban tras una mesa baja. Una pared, la situada a su izquierda, estaba cubierta con una maraña de aparatos que algunos de los encapuchados cogían metódicamente y se los llevaban metidos en cajas. Cuando el terrestre entró en la estancia, los encapuchados que trabajaban dejaron de hacerlo y el combatiente quedó solo ante los otros tres. Éstos habían estado también trabajando, eligiendo montones de unos trozos finos y de alguna sustancia opaca, seleccionando algunos para ser guardados en una caja de metal y tirando los que descartaban al suelo. Kana sospechó que se trataba de sus archivos.

El comerciante que le había guiado hasta allí desde la montaña, dio su informe. Fue un proceso mudo o poco menos, ya que los Venturi no se comunicaban sólo por medio de la voz. Cuando concluyó el informe, todas las cabezas encapuchadas se volvieron hacia Kana. Este titubeó, no sabiendo si debía hablar primero. Todo dependía de que produjese una buena impresión. Si por lo menos pudiera ver sus rostros...

—¿Es usted de fuera de este mundo?

Kana tardó un segundo en decidir si aquellas máscaras burlonas se dirigían a él. Acabó contestando:

—Soy de la Tierra. Un combatiente de la Tierra.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—Skura y los Llors nos trajeron aquí para que lucháramos en su favor. Skura ha sido asesinado, y ahora deseamos regresar a nuestro propio mundo.

—Los Llors...

¿Era cosa de su imaginación o, en efecto, había frialdad en aquella voz?

—Ya no luchamos por los Llors. Ahora luchamos contra ellos. Nos quieren matar.

—¿Qué desean ustedes de nosotros?

—Un lugar donde ocultarnos hasta que podamos encontrar una nave del espacio.

—En Tharc se encuentran esas naves.

—En Tharc están también nuestros enemigos, y no nos dejarían llegar a ellas.

—Pero los que se encuentran en Tharc son también de la Tierra. ¿Guerrean ustedes contra los de su misma especie?

—Son gente mala que han roto nuestras leyes. Desean ocultar a nuestros jefes de la Tierra el mal que han hecho. Si nosotros regresamos con pruebas contra ellos, serán castigados.

—Sólo en Tharc se encuentran esas naves —respondió tercamente el Ventur.

—Hemos oído decir que cerca de Po'ult

hay un lugar a donde acuden los comerciantes de otro mundo —replicó Kana con creciente desesperación.

Pensaba que Hansu debía de haber ido allí personalmente para discutir sobre aquella cuestión. Él, Kana no producía ningún efecto.

—Los comerciantes no transportan hombres de guerra... Los comerciantes no luchan...

—Pero nosotros nos encontramos en las montañas con Llors que huían de una batalla sostenida con los comerciantes... Los comerciantes no son ya bien recibidos en las llanuras... No, maestro comercial... Puede llegar la hora de que incluso ustedes se vean forzados a emplear fusiles y espadas en su propia defensa. Nosotros hemos hablado con un Corban Llor que nos pronosticó que ustedes serían arrojados de sus instalaciones en el continente... que llegaría un día para Fronn en que los Venturi no gobernarían las rutas de las caravanas. Los que preparan este cambio para ustedes están prestos

a hacerlo con la espada en la mano. Y también son enemigos nuestros. Nosotros somos combatientes, estamos entrenados para batallar desde nuestros más tiernos años. Aquellos a quienes sirven nuestras espadas duermen tranquilos por la noche. Y parece que ustedes tienen necesidad de aliados, maestro, si los rumores no mienten.

La encapuchada figura cambió ligeramente de posición, como si hubiera contestado con un encogimiento de hombros.

—Nosotros estamos junto al mar, y los Llors no están junto al mar. Si continuamos en nuestro sitio, ¿qué necesidad tenemos de espadas? Pronto conocerán su error los habitantes de las llanuras.

—Si sólo estuvieran los Llors, quizás ocurriera eso. Pero los Llors cuentan con esos otros que les ayudan. Son los terrestres renegados, que no luchan como nosotros lo hacemos, espada contra espada, fusil contra fusil, sino que poseen poderosas máquinas que obedecen a su voluntad, y también otras voladoras que arrojan una lluvia de fuego desde el cielo, destruyendo todo lo que quieren destruir. El paso del aire al mar no tiene barreras. Dígame, maestro, ¿no son esas gentes de otro mundo las que se alegrarían si ustedes dejaran de ser los comerciantes de Fronn? Esos hombres apoyarían en la guerra a los que les sirvieran mejor.

Como no contestaron a esto, una pequeña esperanza comenzó a germinar en Kana. Si los Venturi abandonaban sus bases en la costa, preparándose para retirarse a sus fortalezas de la isla por un infinito lapso de tiempo, entonces la Horda, al trasladarse a la costa, se encontraría metida en una verdadera trampa. Su única oportunidad, la única oportunidad para todos, era ganarse, aunque fuera obtenido a regañadientes, el apoyo de aquellos comerciantes antes de que partieran.

—Conocemos ya esas cosas de que habla usted. Las máquinas voladoras han sido vistas por nosotros. Así que... usted cree que nos seguirán... incluso por el ancho océano, por donde los Llors no se atreven a pilotar un barco...

—Lo creo, maestro comercial. Y creo asimismo que la paz ha concluido para Fronn y que ha llegado el tiempo en que todo lo que hay sobre su superficie tiene que elegir entre un jefe de guerra y otro. Esas fortalezas que andan y esas máquinas voladoras han sido traídas aquí burlando la ley... Y cuando los hombres se colocan

fuera de la ley, una ley que se ha hecho para protegerles, corren un riesgo tan grande de que su planeta se entere de ello... como ustedes a veces lo corren en el comercio cuando hay peligro de no obtener provecho. Ahora intentan gobernar este mundo. Y si lo consiguen... ¿quién cuidará de los Venturi? Serán ustedes aniquilados, su reino comercial desaparecerá y será como si nunca hubiera existido.

El Ventur que estaba sentado en el centro se puso en pie y sus ropas produjeron un pequeño susurro, pues estaban hechas de un material más fino que las que llevaban los hombres de las caravanas.

—Nosotros no somos de los que establecen tratados con los gobernantes —repuso firmemente—. Pero las palabras que usted ha dicho serán repetidas a nuestros ancianos de Po'ult.

Y a esto añadiré que puede usted traer a su gente aquí al desembarcadero de

Po'ult...

para que permanezcan a cubierto durante las grandes tormentas... hasta que nuestros ancianos tomen una decisión... ya que nosotros nos vamos de aquí hoy mismo. Y esto lo dice

Falt'u

'th. Que sea archivado lo dicho.

Los otros dejaron escapar un murmullo de asentimiento a sus palabras. El guía que había llevado hasta allí a Kana hizo un ademán con la mano para que éste se retirara. El joven alzó la mano a guisa de saludo y el jefe de los Venturi hizo una pequeña inclinación de cabeza. Mientras el terrestre dejaba la habitación, los hombres que estaban desmontando la máquina de la pared entraron rápidamente con objeto de continuar su tarea.

La hospitalidad de los Venturi no era muy expansiva. Kana fue sacado enseguida del desembarcadero de Po'ult.

Mientras la plataforma transportadora que le llevaba subía la cuesta que existe tras el pequeño pueblo, el joven observó que uno de los barcos en forma de tortuga abandonaba el muelle. Cuando la embarcación llegaba a la mitad de la bahía, se sumergió lentamente hasta dejar sobre el agua sólo la torre cónica que remataba su parte

alta, y de esta forma fue cortando las olas, rumbo al mar abierto.

Kana y el Ventur llegaron al puesto de guardia al oscurecer, y Kana vio complacido que el otro hacía preparativos para pasar la noche allí. Al combatiente se le mostró una habitación interior sin ventanas, una pared de la cual producía una pequeña luz verdosa. En la habitación se veía una colchoneta que lo mismo podía servir de asiento que de cama. Después fue dejado solo. El joven comió sus raciones y se echó en la colchoneta, cansado y preocupado.

A la mañana siguiente supo que los Venturi tenían aquella avanzadilla como una frontera en lo que respecta a él, y que de ahora en adelante tendría que seguir solo. Pero ahora el pálido sol había hecho desaparecer la lobreguez del día anterior y cuando el joven inició su marcha al rápido paso de los Archs, su confianza en el futuro creció. Después de todo... aunque los Venturi no les habían abierto las puertas de

Po'ult

de par en par, habían dado autorización para que los terrestres habitasen los edificios de su puerto de la costa. Y este puerto estaba situado no lejos del campo de aterrizaje del que había hablado Hansu... Sólo tenían que esperar la llegada de una nave espacial comercial.

Las esperanzas de Kana fueron en aumento mientras ascendía por el camino, y estas esperanzas colorearon el informe que hizo a Hansu antes de mediodía.

—Y... ¿no le dieron a usted ninguna idea de cuándo nos harán saber su decisión? —preguntó el maestro de espadas.

—No, señor. Estaban abandonando el puerto y se han retirado a sus posiciones fuertes del mar. Green, al parecer, que pueden quedar al margen de la lucha...

—Nunca he visto que un neutral gane en ninguna parte... especialmente cuando el enemigo desea algo que el neutral posee. Pero no nos podemos quejar de nuestra relativa buena suerte... Nos instalaremos ahora mismo en sus edificios del puerto.

Cuando la vanguardia de la Horda llegó al puesto tanto el centinela como la plataforma que servía de vehículo habían desaparecido. Y cuando bajaron al puerto, no encontraron tampoco a nadie en los estrechos callejones que se extendían entre los almacenes. Los barcos en forma de tortuga también habían

desaparecido... Por lo menos no se veía ninguna torre cónica entre las olas en toda la bahía. Ni un Ventur, ni una sola de sus mercancías había quedado en el silencioso y vacío puerto.

Hansu colocó centinelas, aunque se dio cuenta de que las fuertes paredes de aquellos edificios constituían una amplia protección contra todo lo que cualquier fuerza, incluso una Mech, podía lanzar contra ellas. El maestro de espadas se estableció en la casa junto al mar donde Kana había hablado con los jefes Venturi. El extraño aparato había desaparecido de la pared de la habitación, dejando agujeros y unos ganchos que colgaban, pero las pequeñas mesas estaban allí, aun así como una de las colchonetas que servían de asiento.

Por vez primera desde que abandonaron Tharc los combatientes se encontraban bajo techado. Era hora de que lo estuvieran, pues el fuerte viento de la noche trajo aparejada una tempestad.

Las gruesas paredes les protegían del aullador viento, pero si se colocaba una mano contra las mismas se podía percibir la vibración de una tempestad como no habían conocido jamás los terrestres. No había miedo de que les atacaran mientras durase aquello.

La curiosidad les hizo explorar su nuevo cuartel, encontrando en él algunos artículos desechados cuyo uso no lograron adivinar. Kana, en compañía de Mic y de Rey, y provistos todos de linternas terrestres, dieron con una puerta disimulada en el fondo de un pasillo, y se atrevieron a franquearla y a bajar por unos tramos de escalera que no estaban hechos para pies como los suyos. Los escalones terminaban en un sótano que era una cueva marítima medio natural, en donde por una resquebrajadura penetraba el agua de cuando en cuando empujada por el encrespado mar.

Enfocando su luz hacia el agua, Kana descubrió por casualidad una cuerda atada a una especie de gancho clavado en el suelo. ¡Algo pesado debía estar empotrado allí!

El joven dio un ligero tirón para probar. Sí, había un objeto en el otro extremo. Los tres amigos unieron sus fuerzas e intentaron sacar, por medio de una serie de rápidos tirones, lo que había debajo. Segundos más tarde aparecía la forma curvada de una extraña embarcación. Era redonda, como los barcos parecidos a tortugas. Y ésta lo parecía más aún, pues le faltaba la torre cónica.

—¿Una bomba? —aventuró Mic.

—No, no la hubiesen dejado anclada de esa forma —dijo Kana mirando el objeto por todos lados—. Quizás es una nave de escape para un solo hombre.

—¿Y la olvidaron al marcharse?

—No —negó de nuevo Kana—. Estaba escondida... Así que podemos decir que tenemos un visitante.

—Sí, que la han dejado para que nos vigile... —repuso Mic paseando su mirada por las toscas paredes—. Y quizás nos ponga algunas trampas...

—No creo que los Venturi tengan la mente del individuo que pone trampas —dijo Kana defendiendo a los comerciantes—. Yo diría que han dejado a un observador... quizás incluso en contacto con

Po'ult,

para ver si nos comportamos debidamente. Sin embargo, no debemos perder de vista este chisme.

Empujó el objeto con la punta de su bota. El que pudiese viajar en aquello saldría de allí con calambres. Un terrestre no podría meterse en su interior, ni siquiera cuando el aparato estaba inmóvil y boca arriba.

Informaron a Hansu del hallazgo y la pequeña nave fue transportada arriba. Se hizo un registro de todos los edificios del puerto sin resultados concretos.

La tempestad no había hecho de las suyas aquella mañana, pero en cambio, el viento aumentó de tal manera que fue casi imposible, a causa de su violencia y de la espuma que levantaba en el mar, pasar de un edificio a otro. Esto descartaba la posibilidad de un ataque... cosa que consolaba a los terrestres de no poder buscar el aeropuerto espacial que Hansu estaba seguro que tenían al alcance de la mano.

Kosti examinó la nave con todo cuidado y resolvió el acertijo de su entrada, mostrando a sus camaradas el estrecho interior, que podía acunar el cuerpo de un solo navegante.

—¿Qué clase de hombre cabría ahí? —preguntó Sim.

—Quizás no se trate de un «hombre» —replicó Sim.

—¿Cómo...?

—Bien, ninguno de nosotros ha visto nunca a un Ventur sin capucha y sin túnica. ¿Cómo sabemos si son como los Llors... o

como nosotros? Esto podría resultar confortable para alguien que no sea humano.

Kana observó el hueco atentamente. Era demasiado estrecho para el tamaño de un humanoide. Sugería un ser extremadamente delgado y sinuoso. El joven no sentía el menor asco hacia los reptiles. Esto era algo que pertenecía a los hombres de los viejos tiempos... A él no le quedaba nada de la barrera que había existido entre la vida de sangre caliente y la vida de sangre fría... y que tanta preponderancia había tenido en un tiempo en su planeta nativo. Las mezclas raciales que se habían efectuado después de las grandes guerras entre planeta y planeta, los nacimientos por mutación después de las guerras atómicas, habían echado abajo en los jóvenes la antigua intolerancia contra los «diferentes». Y en toda la amplitud del espacio, millares de formas de vida inteligente metidas en muchas clases de cuerpos habían dado el golpe final al «prejuicio de la forma». Los Llors y los Cos, tan peludos, tenían forma humana, pero podría ser que compartieran el planeta Fronn con otra especie que se pareciera a los reptiles.

¿Por qué no serpientes o lagartos? Existían especies cuyos lejanos ascendientes habían sido felinos, y otras que, en tiempos pasados, sacrificaban las alas en aras de una mayor inteligencia y civilización... Sin embargo, los Yabanu y los Trystian se hallaban ahora en igualdad de derechos con los demás en los caminos del espacio. En cuanto a los reptiles... ¿no bastaba con recordar a los lagartos Zacathans, cuya superior sabiduría había asombrado a medio universo, así como su amor por la paz y la buena colección de intelectuales especializados en leyes que había ofrecido a ese mismo medio universo?

Kana, recordando a los Zacathans que él había conocido y admirado, observó el cajín del interior de la nave sin aversión, con simple curiosidad. ¿Qué importaba si un cuerpo estaba cubierto con lana, con escamas o con sólo suave carne que había que proteger con ropa? Los Venturi con quienes se había encontrado hasta entonces no eran seres terribles ni asquerosos... una vez se habituaba uno a la constante veladura de sus rostros y de sus formas. Ahora deseaba Kana saber qué forma tenían realmente... y por qué se escondían tan cuidadosamente.

Pero el propietario de aquella pequeña nave, si estaba escondido

en algún lugar del puerto, no efectuaba ningún movimiento que delatase su presencia. Y la tempestad continuaba. Durante la mañana del segundo día Hansu se aventuró a cruzar un pequeño patio para llegar a un cercano edificio, volviendo poco después, no sin que en una ocasión fuera arrastrado hacia una pared por la fuerza del viento. Kana, que le esperaba, cogió por el capote al maestro de espadas y le metió bajo techado. El jefe, antes de poder hablar, jadeó penosamente.

—No podemos enfrentarnos con esto. ¡Es el Impulso del Viento del Oeste!

Kana recordó el informe sobre el planeta consulado en Prime.

El Impulso del Viento del Oeste, aquel paralizador de la terrible estación de los vientos de Fronn durante el cual todo lo que era vida se ponía a cubierto y sólo la muerte se paseaba a sus anchas al aire libre. No había esperanzas de sobrevivir al aire libre aunque se tratase de un viaje turístico. Cualquier cosa que se encontrara fuera del amparo de los edificios del puerto, sería cogida por el remolino y aplastada contra algo. Realmente habían tenido suerte... al encontrar a tiempo aquellas acogedoras y fuertes paredes.

—Ninguna nave espacial intentará aterrizar ahora —apuntó Kana—. Estarán advertidos.

Hansu asintió con la cabeza. Pero saltaba a la vista que el no poder hacer algo le irritaba.

—Me gustaría encontrarme con ese Ventur —dijo Hansu mirando a su alrededor como si pudiera convencer al escondido con toda la fuerza de su voluntad—. Debemos estar listos para actuar en cuanto eso suceda.

El futuro continuaba siendo una carrera contra reloj. Si el maestro de espadas podía poner a un mensajero en una nave espacial antes de que Hart Device les localizase, y si la nave espacial se alzaba por el aire, triunfarían. Y... ¿tendrían los Venturi los naipes decisivos en esta partida?

CAPÍTULO XII

HACIA PO'ULT

La inactividad causada por las tormentas empezó a aburrir a los combatientes. Al principio se sintieron contentos de dormir todo lo que podían y de recobrar la energía perdida por las pruebas sufridas a través de las montañas. Pero ahora andaban inquietos por los edificios, haciendo rápidas salidas de uno a otro cuando creían que amainaba la tempestad, o bien se enzarzaban en súbitas peleas causadas por su misma irritación. Pero Hansu estaba preparado para habérselas con esto. Decidió entrenarles para un combate sin armas y para la tarea de exploración. Empezaron a jugar al escondite, haciendo que un puñado de veteranos se ocultasen y que los miembros más jóvenes les buscaran en una silenciosa persecución.

Como la tempestad había traído una perpetua y grisácea oscuridad, no se podía distinguir el día de la noche. Tanto podía ser mediodía como muy entrada la tarde cuando Kana trepó por una de las peligrosas y estrechas escaleras para llegar a un almacén que se encontraba casi al nivel del tejado. Sus ojos se hallaban habituados a la pálida luz verde que surgía de las paredes, y el joven se movía suavemente para llegar a la pequeña plataforma que se encontraba precisamente debajo del techo en forma de cúpula. Desde allí podría ver el ancho espacio del almacén que ocupaba la central del edificio. Aquel día él era un galgo y Sim una liebre. Había llegado a ser una cuestión de amor propio para el recluta localizar a aquel veterano, aunque tuviera que pasarse todo el tiempo hasta la hora de dormir dedicado a resolver el problema.

Mientras Kana subía, la luz disminuyó de intensidad y él avanzó una mano para tocar los escalones a fin de tener una guía. Pero le

faltaban quizás tres escalones para llegar arriba cuando se detuvo y se apoyó contra la pared. Acababa de tener la sensación de que no se encontraba solo.

Desde abajo estimó que la plataforma tendría unos cinco pies cuadrados. Había una trampa encima que se abría hacia el tejado... y con aquel viento nadie podía permanecer en pie durante un instante. ¡El tejado!

La espalda de Kana se apoyó contra la pared mientras forzaba a su memoria a reconstruir la forma de aquel almacén tal como lo había visto desde el puesto de mando dos horas antes. Era como todos los demás, con una cúpula redondeada que ofrecía poca resistencia al viento. El tejado...

Subió cautelosamente los escalones que le faltaban. Luego se alzó en toda su estatura y levantó los brazos por encima de su cabeza hasta que sus dedos tocaron la superficie que había encima de él. Pero no encontró lo que esperaba.

En dos ocasiones, durante aquellos juegos de exploración, había subido a los puntos altos de los almacenes, y en ambas descubrió que el tejado vibraba débilmente, un temblor consecuencia de los golpes de aire. Pero aquello estaba inmóvil, como si se hallara aislado contra el mundo exterior. Y el joven seguía creyendo que no estaba solo.

Con las puntas de los dedos exploró el techo, localizando al fin la pequeña trampa por la que se salía al tejado. Mientras sus manos tocaban los goznes, se dio cuenta de que allí había una diferencia. No estaba cerrada por aquel lado. El cerrojo que evitaba que la puerta se abriera hacia abajo debía de estar en la parte superior.

Kana sacó la linterna de su cinturón y la graduó en su potencia más baja, sin importarle que Sim le viera. La plataforma estaba cubierta por el arenoso polvo que constantemente volaba por el aire durante las tempestades. Sus botas habían dejado patentes huellas sobre él. Pero había otras marcas también, aunque eran unas marcas sin forma que no podían haber sido dejadas por un terrestre, a menos que conscientemente se hubiera dedicado a borrar sus huellas; bajo la trampa se veían otras marcas que no pudo identificar.

Kana dirigió la luz de su linterna hacia la trampa. Estaba firmemente cerrada. Apenas podía ver las líneas que señalaban el

cuadrado. Los dos goznes brillaban. Kana investigó con suma atención. Grasa... Una especie de grasa recientemente aplicada que era líquida en lugar de viscosa, y con un extraño olor que hirió su olfato fuertemente cuando se llevó el manchado dedo a la nariz. ¡Alguien había utilizado aquella puerta!, pero salir al exterior... ¡era del todo imposible!

Kana dirigió el rayo de luz al techo, que empezó a examinar lo mismo que había hecho con la plataforma. Después de un cuidadoso examen tuvo la seguridad de que existía un espacio vacío encima de su cabeza, entre el techo que veía y la cúpula del edificio. La curva estaba cortada y el ángulo entre la pared y la cúpula era más agudo de lo que debía de ser. ¡Qué escondite tan perfecto! Ningún terrestre intentaría explorar los tejados durante la tempestad. Estaba dispuesto a jurar sobre su espada que había descubierto el escondite del Ventur espía. Hansu necesitaba sólo estacionar allí una guardia y...

Un pequeño rumor, tan ligero que apenas lo percibió, hizo que apagara la linterna y se apoyase contra la pared hacia la izquierda de los escalones. La radiación verde de la pared aumentó ligeramente. Pero la luz era tan débil que en realidad no podía ver. Debía depender de sus oídos, de su nariz.

Porque ahora se daba cuenta de que olía algo. Abajo, donde las mercancías habían estado una vez almacenadas, se notaban muchos olores y el olor general era a menudo muy desagradable para un terrestre.

Pero aquél era distinto. Fresco, recordando ligeramente el de algunas especias... transportándole por un instante al establecimiento de juego de Secundus. No había nada desagradable en él y poco a poco fue aumentando. Luego se oyó un suave golpe y Kana quedó inmóvil, sin atreverse apenas a respirar. Sus oídos le dijeron que algo había caído desde la trampa a la plataforma. EL joven colocó su linterna ante él como si se tratara de un lanzallamas.

Otros ruidos llegaron hasta él... movimientos inciertos...

Kana apretó el botón de la linterna y le dio toda su intensidad. La linterna se encendió, atrapando con su potente rayo al ser que acababa de saltar al suelo desde el último peldaño de una escalerilla de cuerda. El ser agarró la cuerda, pero luego quedó inmóvil, erecto

y silencioso, aceptando el hecho de que ahora le era imposible escapar.

El cojín de la pequeña nave había sido una pista bastante certera. Pero la realidad sobrepasaba a la imaginación. Si aquel era un Ventur, y Kana no tenía motivos para dudar de ello, la segunda importante raza de Fronn tenía muy poco o nada en común físicamente con los Llors.

Su extrema delgadez le daba la apariencia de poseer mayor estatura de la que realmente poseía, pues el ser era más bajo que Kana. Sus brazos se adherían al tronco sin sombra de hombros y el colgante cuello era sólo una sombra bajo el contorno del pecho. Sus piernas, largas y tan delgadas como las patas del gu, acababan en pies llanos y membranosos, y tenía dos pares de miembros superiores, todos ellos provistos de manos de seis dedos.

Pero la cabeza era lo menos humanoide de todo. Estaba provista de cuatro ojos colocados dos a cada lado, y de una amplia boca que ahora se abría por efecto de la sorpresa. No había barbilla visible. Kana dio un respingo al darse cuenta horrorizado de que había visto algo parecido antes... sólo que en miniatura. Aquello era un tif... un tif que se había transformado en habitante de la tierra y que sólo por su tamaño y la caja cerebral más grande se distinguía de los feroces cazadores del río.

Mientras Kana recordaba al tif, sintió el frío del terror... hasta que se encontró con los ojos que se encogían ante la tortura de la luz. Las negras cuentas de odio que prometían todos los males y que le habían mirado desde el río, no estaban ya allí. Aquellas órbitas más anchas eran doradas e inteligentes, mansamente pacíficas, y el Arch sospechó que el Ventur se sentía tan alarmado como él... Podría parecer un tif, pero no tenía la naturaleza de un tif.

Ninguna de aquellas cuatro manos se había dirigido hacia el cuchillo enfundado en su vaina que había en la cadera del Ventur. Un estremecimiento recorrió la piel gris verdosa que había debajo de la túnica que le cubría hasta medio muslo. De pronto, Kana apagó su linterna.

Entonces le llegó el turno a Kana de encoger los ojos cuando un rayo verde menos potente que el de su linterna le dio de lleno en los ojos, recorriéndole desde la cabeza hasta las botas y volviéndole a recorrer.

—¿Uno solamente?

La pregunta surgida de la oscuridad, no parecía venir de aquellos amplios y sueltos labios ni de aquella garganta de pez.

—Sólo uno.

La luz le dio en las manos y luego en la espada que llevaba sujeta al cinto. Permaneció enfocada allí un instante, como si el Ventur examinara el arma... como si aquella hoja desenvainada respondiera a alguna pregunta íntima que se hacía.

—¿Quiere usted subir?

La luz verde iluminó la escalerilla colgante.

Kana no titubeó. Metió la linterna en su estuche y dio un paso hacia delante.

Subió la corta escalerilla y logró pasar sus hombros a través de la trampa. Le costó hacerlo. Arriba había una habitación minúscula. Una colchoneta esponjosa cubría la tercera parte del espacio y Kana se sentó en un extremo de ella mientras su anfitrión emergía del suelo y hacía algún ajuste que hizo brotar más luz de las paredes. Había, además de la colchoneta, una caja plana y un cuidado montón de recipientes. Al final de la colchoneta se veía un pequeño brasero del que surgían círculos de humo perfumado. El lugar podía ser reducido, pero estaba provisto de comodidades Venturi. Y ahora el hombre parecido a una rana se sentó en el otro extremo de la colchoneta, después de apartar su amplia túnica.

—¿Nos ha estado usted observando? —preguntó Kana.

—Les he estado observando.

La cabeza tan poco airosa, con sus cuatro ojos dorados fijos en el terrestre, hizo un ademán de asentimiento.

—¿Para el Maestro del Comercio?

—Para la Nación —corrigió el Ventur rápidamente—. Ustedes comercian con la muerte. Semejantes convenios pueden traer males.

—¿Es usted un «hablador-para-muchos»?

—Me preparo para serlo. Pero tengo pocos años y poca sabiduría. ¿Es usted un señor que manda muchas espadas?

A Kana le llegó el turno de no aceptar honores.

—También yo no soy más que un aprendiz de mi oficio, y éste es mi primer viaje.

—Dígame. ¿Por qué andan ustedes por estos edificios espiándose el uno al otro? —preguntó el Ventur con una nota de verdadera

curiosidad en su voz.

—Nos entrenamos... para que alguna vez podamos caer en secreto sobre el enemigo. Esto es una práctica de nuestro arte.

Los cuatro ojos continuaron mirando a Kana sin pestañear.

—Y los Llors son ahora ese enemigo sobre el que caerán ustedes sin ser vistos. Pero ¿por qué?... ¿No les mandaron a ustedes venir a Fronn los Llors para que les ayudasen? ¿Por qué se vuelven ustedes ahora contra ellos? —Vinimos aquí para servir a Chortha Skura. Éste estableció un convenio con nuestros Maestros de Comercio. Pero fue muerto en la primera batalla. De acuerdo con la costumbre, cesamos de batallar y pedimos que nos devolvieran a nuestro planeta. Pero los Llors invitaron a nuestros maestros a celebrar una reunión sobre esta cuestión y cuando estuvieron reunidos, los Llors les mataron a traición. Fue entonces cuando descubrimos que tenían con ellos a ciertos individuos fuera de la ley de nuestra propia especie, cuyo deseo era exterminarnos a todos para que no pudiéramos volver a la tierra, ya que allí contaríamos la verdad de lo sucedido. Ahora, nuestros enemigos están en Tharc, donde aterrizan nuestras naves del espacio. Hemos venido a Po'ult

en espera de encontrar una nave comercial del espacio que se lleve de aquí a un mensajero nuestro.

—Pero las que aterrizan aquí no son naves de guerra...

—No importa que lo sean o no. No son tan pequeñas que no tengan sitio para un hombre o dos, además de su tripulación. Y una vez nuestros Maestros del Comercio sepan lo que ha sucedido, enviarán naves para que nos recojan.

—Entonces... ¿no quieren ustedes quedarse en Fronn? Con las artes de guerra que ustedes poseen podrían llegar a ser los amos de este mundo.

—Somos de la Tierra. Para nosotros, éste es el mundo que podemos llamar verdadero hogar. Y todo lo que deseamos es poder dejar Fronn en paz y tranquilidad.

El Ventur se inclinó para aspirar profundamente el humo que brotaba del pebetero. Luego, sin pronunciar una palabra, abrió una caja redonda y sacó de ella dos pequeñas palanganitas o tazas sin asa. Estaban hechas en forma de conchas en espiral y eran de un delicado verde azulado tornasolado de amatista. En el interior de

cada taza vertió una pequeña porción de un líquido dorado procedente de un pequeño frasco, tan precioso como las tazas. A continuación entregó una taza a Kana mientras él levantaba la otra, cantando algunas palabras en su propia lengua mientras lo hacía.

Kana aceptó de buena gana la taza. No podía negarse a beber: se lo ofrecían con demasiada ceremonia, aunque desconocía los efectos que un licor nativo podría producir en un estómago terrestre, y esto le preocupaba, a pesar de que el licor se deslizó suavemente por su lengua y se lo tragó. No percibió ninguna sensación del calor, como se experimenta cuando se bebe una bebida fuerte en la Tierra... sino sólo cierta frialdad y una especie de hormigueo que se extendió por todo su cuerpo, llegando hasta las puntas de sus dedos y hasta la superficie de su piel. El joven dejó la vacía taza. Ahora se dio cuenta de que el licor estaba relacionado de alguna extraña manera con el perfume del pebetero y con la luz verde de las paredes, como si el gusto, el tacto, el olor y lo que veían sus ojos fueran de súbito una sola cosa, con toda la sutileza y finura necesaria para formar tal unidad.

El Ventur se arregló la ropa alrededor de sus hombros.

—Y ahora nos vamos a ver a su maestro de espadas...

Kana se preguntó si había oído de veras aquellas palabras o sólo habían sonado en su mente. El joven se puso en pie mientras persistía en sus sentidos aquella extraña claridad. El hombre con aspecto de rana se escondió en la oscuridad, bajo la trampa. Luego, ya en la plataforma, el Ventur, vestido del todo, se ajustó la capucha, que le escondió su extraño rostro.

—Está en el otro edificio —dijo Kana recordando la tormenta y respondiendo a la frase anterior.

—Sí, ya sé...

La sombra envuelta en la capa se deslizó sin hacer ruido, casi enteramente invisible para quien no supiera dónde estaba. Kana comprendió que así se había protegido de ser visto por los combatientes.

Cubrieron los pocos pasos que había entre la puerta del almacén y la entrada trasera del puesto de mando agarrándose uno al otro, y cuando llegaron, tanto el capote de Kana como los faldones de la túnica del otro estaban húmedos de espuma de mar.

Kana notó que no sólo tenía los sentidos más agudos que antes,

sino que también sus reacciones eran más rápidas. Se daba cuenta de muchas cosas que no había notado antes... como, por ejemplo, las sutiles diferencias de los matices de luz verde de una habitación a otra... y que los ráídos, antes ahogados por el rugido del viento, eran ahora perceptibles.

—¿Qué es eso...? —preguntó un guerrero que atravesaba el vestíbulo en aquel momento y que se detuvo a la vista del Ventur.

—Es un mensajero que se presenta a Hansu —respondió Kana llevando rápidamente a su compañero al encuentro del maestro de espadas.

Hansu y dos de los espadachines fruncieron el ceño ante la interrupción. Pero a la vista del comerciante cambiaron de expresión.

—¿En dónde le...? —empezó el maestro de espadas, dirigiéndose a Kana, pero acto seguido se dirigió al silencioso Ventur—: ¿Qué desea usted?

—Se trata más bien de lo que usted desea, maestro de espadas —respondió el Ventur—. Usted desea una entrevista con nuestros maestros de comercio. Yo no tengo el derecho de responder por ellos. Pero uno de ustedes —e hizo un ligero ademán indicando a Kana— me ha explicado claramente por qué están ustedes aquí y qué es lo que desean. Deme usted una cantidad de tiempo, por ejemplo —y aquí indicó una cantidad de tiempo fronniano— y yo obtendré una respuesta para ustedes.

Hansu no titubeó.

—De acuerdo. Pero... ¿cómo puede usted comunicarse con su gente? Con esta tormenta...

Kana tuvo una vivida sensación de lo divertido que se sentía el Ventur.

—¿Es que ustedes los terrestres no tienen medios para hablarse a distancia? Somos considerados atrasados por la gente de otros mundos, pero es que no hemos desplegado ante ellos todos nuestros conocimientos y recursos. Si quieren, vengan conmigo y verán. No hay ningún truco en lo que voy a hacer. Sólo voy a utilizar cosas construidas por seres inteligentes para su seguridad y comodidad.

Kana y Hansu se trasladaron a la escondida habitación, observando allí al Ventur, que después de haberse despojado de su molesta túnica, abrió una caja y sacó de ella un espejo con marco

de plata de forma circular que tenía una hilera de pequeñas palancas. El Ventur bajó o subió aquellas palancas con infinito cuidado, cual si trabajara en una complicada combinación.

El espejo se empañó y cuando el Ventur vio que se había formado una pequeña película sobre él, sacó una delgada varilla. Con la punta de esta varilla fue trazando en el espejo una serie de líneas curvas y ondulantes. Esas líneas se desvanecieron en el espejo, y hubo un momento de espera hasta que la niebla reapareció y con ella una segunda colección de líneas. Por cuatro veces se repitió aquello, y al final el comerciante dejó a un lado su pluma.

—Ahora es cuestión de tiempo —informó a los terrestres—. Debemos esperar a que los maestros respondan. Yo sólo informo. Son ellos los que han de dar las órdenes.

Hansu gruñó. Junto a la boca del maestro de espadas se veían arrugas de preocupación, y en sus ojos, una nube de fatiga. Hansu había llegado así al término de su paciencia. Luchaba no sólo por el futuro de la Horda, sino por algo aún más importante. Luchaba por algo más que la salida de Fronn... Una meta que podía ser de mucha mayor importancia que las vidas de todos los Archs que había en aquel mundo.

El Ventur aspiró el humo del pebetero, pero la mirada de sus ojos dorados no se apartaba de los dos terrestres.

—Maestro —dijo a Hansu—, lo único que puedo decirle a usted es que en el aeropuerto espacial no ha aterrizado ninguna nave desde hace diez decenas de clors...

Kana intentó traducir el tiempo. ¡Cerca de cuatro meses! Sus labios se fruncieron en una mueca de preocupación.

—En el pasado no ocurría esto, ¿verdad?

—No —contestó el Ventur al maestro de espadas—. Nosotros no teníamos en mucho el comercio con otros mundos, así que la falta de llegada de naves no nos preocupaba. Pero ahora... quizá puedan ustedes descubrir en esto otro significado. Además, ¿qué pueden ustedes hacer si no llega ninguna nave aquí? Sus enemigos tienen en su poder el aeropuerto de Tharc.

—Todo llegará a su tiempo. Déjeme hablar con los maestros de usted, y entonces veremos...

De la caja salió un tintineo. El Ventur miró hacia el espejo. Y

aunque los terrestres no vieron nada, el Ventur habló al cabo de un momento.

—Los maestros le invitan a usted a que vaya a

Po'ult

para hablar con ellos en consejo privado. Y como se ha encontrado usted con traiciones en Fronn, los que tengan rango de maestro, se quedarán aquí entre sus hombres en calidad de anfitriones mientras usted esté ausente. ¿Está usted conforme?

—Estoy conforme. ¿Cuándo he de marchar?

—La primera furia de la tempestad amainará esta noche. Ellos enviarán aquí un barco, pero usted debe estar preparado para regresar en seguida, pues esa calma no durará mucho.

—¿Tengo que ir solo?

—Lleve a un hombre con usted si lo desea. ¿Puedo sugerirle que elija a éste? —Un dedo en forma de garra señaló hacia Kana—. Habla bien la lengua comercial.

Hansu no opuso la menor objeción.

—Así se hará —dijo.

La calma llegó, tal como el Ventur había pronosticado. Y los dos terrestres, junto con el comerciante, bajaron los escalones, húmedos de agua de mar, hasta el muelle. Kana percibió la raya de espuma que cortaba el agua de la bahía y que anunciaba que un barco de los Venturi se aproximaba. Por fin subió a la superficie, llegando hasta el muelle pilotado con habilidad. Luego se abrió una escotilla en la torre cónica y aparecieron cuatro figuras tapadas. Tres de ellas llegaron hasta los terrestres mientras la cuarta se quedaba en el barco.

—Este es el maestro

Roo'uf.

Este otro el vicemaestro,

R'ad,

y este otro el vicemaestro

Rr'ol...

Los tres se quedarán con sus hombres.

Hansu escoltó a los Venturi hacia el interior para presentarlos a sus espadachines. Luego, llevando a Kana tras de sus talones, trepó por la escalerilla que conducía a la escotilla. Dentro se encontraron con una segunda escalerilla que descendía hacia una semioscuridad

de tono verde, y los combatientes bajaron. Extraños olores y extraños ruidos les envolvieron. El Ventur espía tocó a Kana en la manga y le llevó hacia la izquierda.

—El maestro de este barco cree que a ustedes les interesaría mirar por la atalaya mientras viajamos. Por aquí.

Atravesaron un pasadizo casi demasiado estrecho para los terrestres y desembocaron en un espacio circular donde un ancho asiento corría ocupando tres cuartas partes del espacio, interrumpido tan sólo por la puerta por donde habían entrado. Enfrente había un trozo de lo que parecía ser transparente cristal. Y a través de él pudieron ver los agrupados edificios del puerto.

Un Ventur que no llevaba túnica se hallaba sentado en el sofá y observaba con interés la escena. Les hizo tan sólo un pequeño ademán de saludo, un poco antes de que el muelle comenzara a retroceder y toda la línea de la costa se torciera hacia la derecha cuando el barco viró. El viaje a

Po'ult

había comenzado.

CAPÍTULO XIII

COMERCIO DE VIDA O MUERTE

Po'ult surgió bruscamente del mar... Las picudas paredes de roca del borde de la isla se alzaban verticalmente desde la misma agua sin ninguna franja de playa que las suavizase. Y en la cresta de aquellas paredes no se veía rastro de edificios.

Una vez hubieron echado los pasajeros una mirada a la isla, el barco se sumergió tanto que hasta la torre cónica desapareció bajo el agua. Los terrestres fueron guiados hasta casi la quilla, para pasar desde ella a un barco más pequeño en compañía de dos Venturi. La vibración cantaba en las paredes de aquel pequeño barco, pero tan sólo esto indicaba que habían dejado el navío más grande.

Kana se puso tenso. La sensación de que era confinado muy por debajo de la superficie del mar le producía una gran opresión. Pero el viaje no duró mucho y cuando la escotilla fue alzada, vio que se hallaban en un puerto bajo tierra, una copia en gran escala del sótano-embarcadero que existía en el continente.

Pudieron ver muy poco de la ciudad de los Venturi, ya que fueron conducidos a través de pasadizos tallados en la roca hasta una estancia próxima a la cima del acantilado, un lado de la cual era transparente. El guía se retiró y Kana se llegó hasta aquella ventana, deseoso de gozar de la sensación de libertad que proporcionaba.

—Un cráter de volcán —observó Hansu.

El centro de la isla era como un tazón, las paredes terraplenadas a diferentes alturas y cubiertas de plantas, y en el fondo un bosque en miniatura lleno de árboles. Pero seguían sin ver traza de edificios.

—Pero... ¿en dónde...?

El maestro de espadas dirigió su mirada más allá de la magnífica alfombra de vegetación de las paredes del cráter.

—Se encuentran en su ciudad... —dijo... Están metidos en las cavidades de sus acantilados...

Kana comprendió en el acto al observar las regulares aberturas en la roca, que debían ser ventanas parecidas a la que tenían ellos ante sí.

—¡Qué maravillosa idea! —exclamó—. Incluso a un bombardero le costaría trabajo hacer algún daño aquí... a menos que tirase bombas atómicas.

Un músculo se atirantó en la mandíbula del maestro de espadas.

—Cuando la ley se quebranta una vez, puede ser quebrantada de nuevo fácilmente.

—¿Quiere usted decir que pueden emplear bombas atómicas?

El horror de Kana era auténtico. El joven podía aceptar la enemistad de los Mechs, incluso la lucha por el poder apoyados de manera misteriosa por agentes del Control Central, ¡pero pensar que pudieran valerse de armas atómicas contra...! La Tierra había aprendido una amarga lección durante las grandes guerras atómicas del pasado. Esto había sucedido hacía mil años, pero la memoria de la especie terrestre las recordaba aún. El joven no concebía que un terrestre pudiera emplear armas atómicas... La cosa resultaba tan poco natural que la cabeza le daba vueltas.

—Hemos tenido pruebas bastantes de que esto no es sólo un complot de los Mechs —afirmó Hansu sin el menor titubeo—. Nosotros podemos estar preparados contra las armas atómicas precisamente como una consecuencia de nuestra historia pasada... pero otros no lo están. Y no debemos dejar de tener en cuenta ninguna posibilidad.

Era un axioma militar que recordó en aquel momento. No dejar de tener en cuenta ninguna posibilidad... Estar preparado para cualquier cambio de planes... en el equilibrio de fuerzas contra fuerzas.

—Señor de la guerra —dijo uno de los parecidos a ranas que había entrado en la habitación sin hacer ruido y se encontraba tras ellos—, los maestros desean hablar con usted.

Kana, preocupado, notó que no les habían ofrecido hospitalidad antes de la reunión ni tampoco hecho el menos ademán que

denotara amistad. Permaneció firme y a un paso detrás del maestro de espadas cuando penetraron en una habitación donde cuatro Venturi, cuyas capas habían dejado a un lado, les esperaban.

El suave tejido de sus cortas túnicas era de un oscuro azul púrpura, y sus cinturones tenían incrustadas piedras preciosas, lo mismo que los brazaletes con que adornaban sus cuatro miembros superiores. A alguna distancia se hallaba agachado un quinto Ventur que tenía en una mano su pluma y un bloque de material reflectante en el suelo ante él.

Frente a los jueces había un solo asiento de colchoneta, y Hansu se apresuró a ocuparlo. Kana quedó en pie tras él.

—Hemos sido informados de lo que usted desea, —dijo abriendo la sesión sin la menor ceremonia el Ventur cuya túnica llevaba un símbolo cosido sobre el pecho—. Usted desea un refugio para sus hombres hasta que pueda establecer contacto con sus superiores de otro mundo. ¿Por qué hemos de mostrar interés por lo que les ocurre a extranjeros que se han metido en Fronn sin la menor intervención nuestra? Y como ustedes son ahora perseguidos por los Llors y por esos nuevos aliados suyos, esto puede significar, si se les da a ustedes cobijo, que atraigamos sobre nosotros la ira de los Tharc.

—¿No existe ya una guerra entre ustedes y Tharc? —replicó Hansu—. Cuando cruzamos las montañas nos encontramos con un grupo de Llors que huían despavoridos del desembarcadero. Rescatamos de entre ellos a uno de los hombres de ustedes.

El ancho rostro del hombre parecido a una rana no dejó entrever ninguna emoción que los terrestres pudieran leer.

—Los Venturi no guerrear, sino que comercian. Y cuando no es tiempo de comerciar, cuando el mundo está revuelto, se retiran hasta que la paz vuelve a reinar en el continente. Así fue siempre en el pasado y siempre salieron las cosas a gusto nuestro.

—Pero antes los Llors no habían sido nunca aliados de los que pueden traer la guerra por el aire, ¿no es cierto? Quizá Po'ult

no pueda ser capturado desde el mar... Pero ¿qué sucedería si fueran ustedes atacados desde el aire, maestro de muchos barcos?

—Ustedes no tienen máquinas que vayan por el aire. ¿Es que son esos otros más poderosos que ustedes?

—Ellos fueron entrenados de manera distinta que nosotros en el arte de hacer la guerra. Y la cosa va contra nuestras costumbres, pues ellos no tendrían que hacer esa clase de guerra en un mundo como Fronn. Con las armas con que cuentan, pueden hacerse dueños de todo el planeta si quieren. ¿Creen ustedes que su retirada les servirá de algo si ese es su proyecto? Uno por uno descubrirán las moradas de ustedes en la isla y una lluvia de destrucción caerá del aire. Quizás incluso pueda caer sobre ustedes la muerte atómica, que es un arma prohibida a todas las criaturas vivientes. Un arma tan terrible que su empleo aniquiló una vez mi propio mundo y mantuvo a mi raza en el salvajismo durante siglos. Porque... —Y Hansu repitió la advertencia que ya había hecho a Kana—. Cuando la ley es quebrantada una vez, con facilidad se quebranta de nuevo. Esos renegados han quebrantado nuestra ley al venir a Fronn, y de eso pueden pasar a cosas peores...

—Si ustedes no luchan como esos otros, ¿qué servicio nos pueden prestar a nosotros?

—El siguiente.

Hansu se puso en pie muy tieso, como si se dispusiera a hacer frente a una carga enemiga, y continuó:

—Las nuevas de lo que ha ocurrido deben ser llevadas a nuestros jefes. Sólo ellos tienen poder para someter a esos que se han colocado fuera de la ley. Y ese mensaje debe de ser llevado por uno a quien ellos tengan que escuchar. Den ustedes refugio a mis hombres y yo personalmente llevaré el mensaje, y les prometo que cuando sea escuchado, enviarán fuerzas y Fronn quedará limpio. A partir de ese momento se prohibirá a los hombres aterrizar aquí, como ya ha sucedido en otros planetas... y ustedes quedarán libres de manejar sus asuntos como quieran. ¿No saben ustedes que en Tharc están los que no quieren que los negocios en Fronn sean hechos sólo por los Venturi? Ellos ayudarán a los Llors a suprimirles a ustedes lo mismo que se rompe un bastón usado sobre la hoguera de un campamento... Y como los Llors ignoran los misterios de las máquinas de ustedes, los que venimos de la Tierra se harán con ellas inmediatamente para no soltarlas ya más. Ustedes no han recibido bien nunca a los comerciantes, y así ellos estarán libres de las restricciones de ustedes.

¿Producía buena impresión el maestro de espadas? Kana no

podía asegurarlo. Sus esperanzas se apagaron cuando el que hablaba en nombre de los comerciantes contestó:

—Todo esto hemos de considerarlo en consejo. Permanezcan ustedes tranquilos en nuestras aguas por esta noche.

Lo último tenía todo el aire de una fórmula de hospitalidad. Y los terrestres fueron escoltados hasta una habitación desde la que se veía el valle y donde dos de los preciosos pebeteros llenaban el aire con perfume de especias. Uno de los maestros entró también, seguido por un comerciante de menor categoría que llevaba una bandeja en la que se veía tres tazas y un frasco. El maestro sirvió una pequeña cantidad del mismo líquido que Kana ya había probado en la habitación disimulada, y entregó las tazas a los combatientes con su propia mano. De nuevo bebió Kana el frío líquido sintiendo que recorría su cuerpo y aumentaba la sensación de sus sentidos y la viveza de su cuerpo y de su espíritu. La ceremonia de la bebida se terminó y entonces les trajeron pequeñas mesas sobre las que se veían una serie de platos que contenían un bocado o dos de una comida especial.

—Estos alimentos han sido exportados a otros mundos —les aseguró el maestro— y pueden ser comidos sin dificultad por los de la especie de ustedes.

Los terrestres comieron, alegres por el cambio de alimento, encontrando agradables los sutiles sabores. Los Venturi eran hábiles en la preparación de comidas y conseguían extraños efectos... sustancias frías y calientes al mismo tiempo. Un sabor ácido seguido por otro dulce, y el total producía una sensación de contento gastronómico tal que Kana por lo menos nunca había experimentado.

—La ciudad de ustedes está bien disimulada —dijo Hansu haciendo un ademán en dirección a la bucólica escena del valle del cráter.

—Jamás se ha intentado esconder nada —repuso el maestro—. Cuando nuestros lejanos antepasados pasaron del agua a la tierra, vivieron en cuevas dentro de los acantilados de estas islas. Así, en lugar de construir en espacio abierto, nuestra raza construye dentro de la tierra... pues nuestra naturaleza desea que el espacio donde vivamos sea cerrado y próximo al agua. Cuando nuestra inteligencia y nuestra civilización creció, nuestras ciudades llegaron a ser como

es

Po'ult.

Nos sentimos incómodos en las secas planicies de los grandes continentes... Cada uno de nosotros hace su aprendizaje allí como un deber, pero se siente alegre cuando puede regresar a su isla natal. ¿Son ustedes de una raza que vive en terreno abierto como los Llors?

Hansu asintió con la cabeza y empezó a descubrir la tierra, su cielo azul, sus verdes montañas y sus mares abiertos y cambiantes.

—Dígame, ya que usted parece ser uno que piensa sobre los asuntos más allá de los deberes del día. ¿Por qué dedican ustedes su habilidad a la guerra? Ustedes deben de proceder de un viejo pueblo, quizá más viejo que el nuestro. ¿Por qué no se dan cuenta de que lo que hacen representa una decadencia, una negación del progreso y del bien?

—Hemos nacido con deseo de lucha, con la voluntad de probar nuestra fuerza contra la de otros. Entre nuestra gente, cuando este deseo interior se acaba declina la tribu o nación que lo pierde. Salimos al espacio, y eso significó una lucha que nos absorbió durante siglos, pero teníamos deseos de llegar a las estrellas. Sin embargo, descubrimos que el espacio no era nuestro... que allí nos tomaban por tan jóvenes y bárbaros como son los Llors. Antes que nosotros habían arribado muchas razas y especies y habían establecido un código con que gobernar a los recién llegados. Los que ejercían este mando nos juzgaron, legislando que nosotros éramos, a causa de nuestro temperamento, inadecuados para el espacio si no nos amoldábamos a las fronteras que ellos habían establecido. Como llevábamos el afán de lucha en nuestra naturaleza, nos dieron el destino de mercenarios para otros planetas. Fuimos destinados a ese servicio, una pequeña pieza muy a propósito para su plan. Y nosotros accedimos... Es el precio que hemos de pagar para poder llegar a las estrellas, es decir, hacer la guardia de los caminos estelares.

—A mí eso no me parece un convenio equitativo —afirmó el anfitrión—. Y cuando un convenio es injusto, llega un día en que se denuncia el acuerdo y el que ha sido defraudado se marcha a otro sitio para comerciar. ¿No llegará el día en que los de la Tierra vayan a otra parte?

—Quizá, y lo que ocurra aquí en Fronn puede decidir la cuestión.

—¡Que obtengan ustedes justicia y provecho!

—¡Que los barcos de ustedes regresen siempre llenos de mercancías de las tierras lejanas! —dijo Hansu, contestando adecuadamente.

El comerciante les dejó.

Los combatientes no fueron avisados de que los maestros les verían de nuevo aquel día. Pronto estalló de nuevo la tempestad, iniciándose un segundo y prolongado ciclón, y la ventana por donde veían el cráter permaneció oscurecida la mayor parte del tiempo debido a la espuma y a los escombros que volaban en alas del viento.

—¿Cree usted que tendremos alguna oportunidad?

—preguntó Kana aventurándose a interrumpir el silencio de Hansu, que contemplaba el sombrío exterior.

—Por lo menos ahora nos tratan con la atención debida a invitados importantes. Al alimentarnos reconocieron la igualdad. Y cuando se gana un punto se ha avanzado bastante. Pero su lógica no es la misma que la nuestra. No podemos deducir lo que harán partiendo de la base de lo que nosotros haríamos en su lugar. Usted, como un hombre de enlace, debería de saber esto. ¿Es éste su primer alistamiento?

—Sí, señor.

—¿Por qué eligió usted el entrenamiento de enlace?

—Me gustaba el curso, señor. Había un instructor Zacathan que me hizo pensar mucho, y la manera cómo trabajaba su mente me fascinaba. A través de él estudié

X-Tees.

Así que firmé para realizar las pruebas de especialización y aprobé el ingreso. No es un curso muy popular... Demasiadas horas extra. Pero... bien, jamás me pareció aquello un trabajo. Visitar los cuarteles de

X-Tee

era más interesante que tener un permiso. Por lo menos a mí me gustaba más. Aunque no fui muy adelantado a...

—No fue alentado a procurarse amigos en otros planetas, ya lo sé. Sólo es preciso aprender lo mínimo que se necesita para

entenderse —dijo Hansu interrumpiéndole—. Desde luego, para el Control Central, nosotros somos las bestias más raras de todas.

—Deke dijo algo parecido a esto una vez, señor —murmuró Kana—. Que el Control Central poseía un cuadro mental sobre nosotros tan bien hecho que no veían en absoluto a los verdaderos terrestres.

—Mills sabía lo que se decía. Nosotros estamos ahora rompiendo la ley y la costumbre al atrevernos a tratar con esos Venturi por cuenta propia. Ya era hora de que hiciéramos algo así.

Cuando Kana se echó en la colchoneta para dormir, el jefe de espadas permanecía aún pensativo ante la ventana. En el exterior la noche era un negro remolino. Pero en la habitación, el rugido de la tempestad parecía el más ligero de los murmullos.

Por la mañana le mostraron un lugar para bañarse, un estanque con agua de mar lo suficiente hondo para poder nadar. A continuación comieron de nuevo opíparamente. Su visita al consejo no se celebró hasta media mañana.

—Hemos considerado el problema —comenzó el maestro más importante cuando el jefe de espadas hubo ocupado su asiento—, y el argumento de usted tiene muchos puntos con los que no podemos por menos que estar conformes. Sin embargo, el futuro es incierto. No podemos transportar a sus hombres aquí. Nuestra economía se encuentra en mala situación y nuestro espacio es limitado... No podemos albergar tal número de seres de otro mundo por un período indefinido. No podemos, en suma, hacer uso del transporte marítimo excepto a cortos intervalos, hasta que no concluyan las tempestades de la estación. Pero, naturalmente, tampoco el enemigo puede actuar contra ustedes. Por lo tanto, disponen ustedes de unos diez dytils para estudiar la situación y hacer sus planes. Al final de ese período, si usted tiene oportunidad de salir de este mundo con su mensaje, nosotros nos cuidaremos de transportar a sus hombres no hasta aquí, o sea Po'ult,

sino a una isla mayor situada al sur de ésta, más dentro del mar en donde nosotros hacemos pastar nuestros guen durante la estación de las tormentas. Queda entendido, además, que proveeremos a sus hombres de comida y de instrucciones en el arte de pescar peces que puedan comer con seguridad de que les sienten bien.

—Y a cambio de todo eso... ¿qué nos piden ustedes?

—A cambio de eso les pedimos a ustedes que hablen a sus maestros para que prohíban que hombres de otros mundos desembarquen en Fronn para hacernos la guerra. Y para que los que vengan, tengan ese derecho sólo cuando los Venturi hayan dado su asentimiento y conozcan cuál es el propósito para el que desean visitarnos. No queremos que Fronn sea tributario de otros mundos ni que sea dominado con el fin de poner en práctica alguna combinación comercial de distantes estrellas.

—Estoy de acuerdo con ello, y no sólo como un pacto, sino porque lo considero justo —respondió Hansu—. ¿Cuándo volveremos nosotros al puerto?

—Dentro de dos períodos ligeros de este dityl habrá una segunda tregua en la tempestad. Entonces regresarán ustedes al puerto, y con ustedes irá uno de nuestros funcionarios llamados «los-que-hablan-por-boca-de-muchos», que actuará de enlace con nosotros a través de la distancia. Y ahora, que los vientos benévolos les sean propicios, Señor de muchas Espadas.

—Y a usted, Maestro de Diez Mil Naves, un mar en calma.

La calma que dio oportunidad para el regreso al puerto llegó al fin y fue más larga que la anterior. En suma, el buen tiempo continuó después de la llegada de los terrestres al continente, y de no haber sido por el consejo del Ventur experto en comunicaciones, habrían cometido el error de intentar llegar al aeropuerto espacial. Pero el consejo del experto les mantuvo pegados al grupo de edificios, y las predicciones del Ventur se vieron cumplidas cuando el silbido del viento se dejó oír de nuevo sobre las encrespadas olas de la orilla... Era el comienzo de una nueva tempestad.

—No hemos recibido noticias de que vaya a llegar ninguna nave espacial —dijo el Ventur paladeando una bebida hecha con comprimidos alimenticios de los terrestres disueltos en agua—. Los de fuera de este mundo no mandarán ninguna más. ¿Para qué? Si el puerto de Tharc está ahora abierto y los Llors les incitan a pensar que en el futuro no tendrán ya que contar con nosotros... ¿para qué iban a venir aquí?

—Eso es cierto —contestó Hansu bebiendo el tibio caldo.

—Y si no hay oportunidad de encontrar aquí una nave, ¿qué planes harán ustedes?

—Tendremos que pensar en ir a Tharc.

El hombre con aspecto de rana no tenía cejas que alzar, pero mostró una expresión de cortés incredulidad. Sólo la cortesía le impedía preguntar cómo lo harían. Pero Hansu no le dio la menor explicación.

La tempestad no duró tanto como había durado la última, y Kana dedujo que la serie de tempestades había iniciado su descenso. A mediodía del siguiente día, el Ventur anunció que ya no había peligro en salir al aire libre. Los combatientes estaban deseosos de hacerlo, de respirar el fresco aire salino y de curiosear en los desechos que el viento había acumulado en los rincones de los patios de los almacenes.

Un grito lanzado por el más lejano explorador hizo que todos los otros corrieran hacia él. En un ángulo situado entre los últimos edificios, en donde ningún componente de la Horda había vivido, se veían los restos de una máquina aplastada. Parecía como si la mano de un gigante la hubiera arrojado allí lo mismo que un hombre se quita una prenda interior usada y la tira.

—¡Un tanque! ¡Esto es un tanque! —repetía la asustada voz de su descubridor.

Y aunque ninguno de los demás le desmintió, apenas podía creer nadie que lo estaba viendo con sus propios ojos era cierto.

Un tanque... No tan grande, naturalmente, como las fortalezas móviles, pero, a su modo, un ejemplo formidable de las máquinas de guerra mecanizadas, que había sido empujada hasta allí medio destrozada cual si fuera de paja.

La escotilla de la torreta estaba abierta, forzada hacia arriba por la presión y Kosti subió hasta la parte alta del destrozado casco de metal para mirar en el interior del vehículo. Cuando salió del agujero, el rostro de Kosti mostraba una palidez verdosa bajo el tostado de la piel. Además, tragaba saliva convulsivamente.

—La máquina... la máquina tenía toda una tripulación a bordo —informó.

Nadie tuvo prisa en reunirse con él para comprobarlo.

—¿Cuántos? —preguntó Hansu apareciendo junto a la máquina y empezando a trepar.

Kosti inspeccionó de nuevo el interior a regañadientes ya. Sus labios se movían mientras contaba.

—... cuatro... cinco... seis... Seis, señor.

Hansu llamó a unos cuantos por encima de su hombro:

—Larsen, Bógate, Vedic, echen una mano. Hemos de sacarles fuera.

Kosti tragó saliva de nuevo.

—Están... están muertos, señor.

—De modo que están muertos, ¿eh? Bien, los sigo queriendo fuera.

Los hombres que el jefe había nombrado escalaron el casco de la máquina de no muy buena gana mientras Hansu entraba en el interior de la misma. Pero cuando concluyeron el penoso trabajo y los seis cuerpos estuvieron depositados en el más cercano cobijo, Hansu no parecía aún satisfecho.

Cinco de los muertos eran Mechs, y el maestro de espadas observó cuidadosamente sus brazaletes. Pero el sexto, aunque llevaba el uniforme de maestro de Mechs veterano, no era de origen terrestre. Hansu permaneció contemplando el cadáver durante un largo minuto antes de ponerse en pie.

—De Vega —exclamó en voz baja que si Kana no hubiera estado a su lado no le habría oído—. ¡De Vega!

Su asombro ante aquella identificación hubiese sido la reacción de cualquier terrestre. De entre todas las razas galácticas, los de Vega eran los que parecían despreciar más a los mercenarios, a los que tenían por pertenecientes a una raza bárbara y digna de desprecio. Era inverosímil una asociación entre los de Vega y los mercenarios. No es que se mostrasen abiertamente descorteses con ellos, como hacían los polarianos. Se limitaban a ignorales. Sin embargo, allí estaba un habitante De Vega vestido con uniforme Mech y quizá al mando del tanque Mach.

—Señor...

Hansu fue despertado de sus pensamientos por la apremiante llamada de Kosti, que sacaba medio cuerpo fuera de la estropeada máquina.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

—Hay un cargamento a bordo, señor. Parecen armas...

El muerto procedente de Vega fue dejado solo, pues tanto el maestro de espadas como todos los demás se acercaron a la máquina. Larsen apareció por la escotilla llevando una caja de Kosti

al suelo. Todos formaron círculo mientras Hansu se agachaba para abrir la caja valiéndose de su espada.

En el interior de la caja, envueltos en telas oleosas, se veían una serie de bultos. El jefe de espadas se apresuró a desenvolver uno de ellos. Cuando la última tira de tela fue apartada, Hansu alzó un lanzallamas de estilo galáctico que todos reconocieron.

—¿Cuántas cajas más hay en el interior? —preguntó a Kosti con voz sin entonación.

—Tres, señor.

Hansu se irguió. Su rostro denotaba un gran trastorno. Pero una sombría determinación dominaba a toda otra emoción.

—¿Hay algún modo de saber dónde se encontraba esta máquina cuando la tempestad la cambió de sitio? —preguntó a Kosti—. ¿Operan estas máquinas haciendo etapas regulares como un barco?

—No lo creo, señor. Tiene mandos manuales. Pero puedo mirar.

Y Kosti volvió a introducirse de nuevo en el tanque.

—Esto está muy lejos de Tharc, señor —dijo Larsen interviniendo—. Si hubiera venido a explorar, no llevaría cargamento...

—Es cierto.

Hansu se volvió hacia el Ventur, testigo curioso de la escena desde el umbral del almacén.

—¿Está usted seguro de que ninguna nave del espacio ha aterrizado cerca de aquí?

—Ninguna cerca del lugar donde nos encontramos. Nuestros espejos visores nos lo hubieran dicho.

—¿Y no existe ningún otro campo de aterrizaje a un día de camino? Este tanque llevaba cargamento. No llevaría armas tan lejos de Tharc... y mucho menos durante la estación de los vientos. Pero debía estar intentando llegar allá procedente de alguna nave espacial que se posó en alguna parte.

El Ventur hizo una señal afirmativa ante aquella lógica.

—Se trata de una pesada máquina y bien construida. Los que estaban en su interior, no conociendo la furia de nuestros vientos, tal vez se creyeron seguros en su vientre. Seguramente es cierto que intentaban viajar hasta Tharc y también es cierto que los que se encuentran en Tharc no se hubieran aventurado tan lejos, ya que los Llors que están con ellos les habrán advertido de la fuerza de

nuestros vientos. Voy a informar a los Maestros. Pudiera ser que una nave hubiese aterrizado en alguna parte.

Se metió en el interior del edificio, y pocos momentos después Kosti salió con noticias descorazonadoras.

—Estaban usando los mandos manuales cuando se estrellaron, señor. No hay cintas magnetofónicas. Pero no creo que estuvieran realizando tareas de exploración. Las armas pesadas están todas envueltas... y dos de ellas dentro de sus fundas. Seguramente la máquina vino en una nave y la llevaban a Tharc.

—¿Y por qué no aterrizaban en Tharc? —murmuró Hansu.

Golpeó con los nudillos en un extremo de la rota oruga y continuó:

—Quiero todo el cargamento, todo lo que haya sobre los cuerpos de la tripulación y todo lo que nos pueda dar una pista. Llénenlo todo al puesto de mando. ¡Y quiero que se haga en el acto!

CAPÍTULO XIV

LA NAVE ESCONDIDA

Aunque tenían sospechas de que el tanque había formado parte del cargamento de una nave que recientemente había aterrizado y que se dirigía a alguna parte, quizás a Tharc, no existían indicios del lugar donde habría podido aterrizar aquella nave. Al final fueron de nuevo los Venturi los que suministraron la pieza que faltaba en el rompecabezas.

El comerciante experto en comunicaciones avanzó a través del grupo de veteranos hasta llegar a donde estaba Hansu. No desperdició el tiempo y fue al grano directamente, exponiendo las noticias que había recibido de sus superiores.

—Hay una nave espacial que ha aterrizado a seis gorméis hacia el sur.

Kana estaba intentando traducir a millas terrestre los gorméis cuando el Ventur continuó:

—Está encastada entre las rocas de la costa de tal forma que se encuentra protegida contra los vientos.

—¿Es muy grande esa nave? —preguntó Hansu.

El Ventur hizo un raro movimiento con el par superior de brazos que equivalía a un encogimiento de hombros.

—No estamos preparados para conocer la capacidad de las naves, señor, y de no haber sido porque cerca tenemos un pequeño puesto...

Titubeó antes de continuar, y Kana sospecho que el puesto a que se refería era más de espía que avanzadilla.

—Pero esta nave es más pequeña que las que acostumbraban a aterrizar aquí cerca y llegó en secreto durante la primear tregua de la tormenta.

—Cincuenta millas —dijo Hansu, que había hecho rápidamente el cálculo—. ¿Cómo es el terreno que nos separa de allá?

De nuevo se encogió de hombros el Ventur.

—La mayor parte es tierra improductiva. Y habrá más huracanes.

—Pero ¿no podría cruzar hasta allí un pequeño grupo? —insistió el maestro de espadas—. O bien, ¿no podría la gente de usted procurarnos un transporte por mar?

La respuesta a la última pregunta llegó primero y fue una vigorosa negativa. Las corrientes a lo largo de aquella zona costera no permitían desembarcar más que durante la estación de la calma. En cuanto a cruzar por tierra, el Ventur no tenía opinión aunque se mostró lo suficientemente cortés para no hablar de lo que realmente pensaba sobre el estado mental de los seres que intentaban llevar a cabo tal hazaña.

Sin embargo, se mostró de acuerdo en lo de proporcionarles un gráfico de las tempestades y calmas que podían esperarse durante los siguientes tres o cuatro días. Y Hansu supo que se había enviado un segundo mensaje a los maestros de Po'ult.

La respuesta llegó, diciendo que en la siguiente calma llegarían los transportes, tomarían a bordo a la mayor parte de la Horda y dejarían un pequeño destacamento para que hicieran su camino hasta la oculta nave del espacio. Era un plan desesperado, pero no tan desesperado como el que tenían ante sí poco tiempo antes, o sea la necesidad de ir a Tharc.

El oficial de enlace Ventur se presentó para un último estudio, comparando sus mapas con los que Hansu había dibujado de cualquier forma en relación con la línea de la costa y señalando con el dedo en dónde debía de estar la nave.

—Los maestros les desean buena suerte —concluyó—. ¿Se marchan ustedes esta noche?

—No me marcharé hasta que la Horda haya sido embarcada —contestó Hansu con expresión ausente.

Su mirada fue posándose en todos los hombres reunidos en la habitación. No estaban allí todos los combatientes para escuchar aquella decisión final, pues los enfermos y heridos se hallaban ausente. Pero... ¿quiénes de los de allí iban a tomar parte en la

aventura? Kana sabía que todos los presentes pensaban en lo mismo.

El jefe hizo su elección en secreto. Kosti, el hombre pequeño, tenía que ir. Era el único de la Horta que tenía conocimientos de mecánica. El único capaz de manejar una nave, si tenían bastante suerte para apoderarse de ella, por el espacio. Y Hansu... Kana estaba seguro de que el maestro de espadas quería ser uno de los que se marcharan. Pero ¿cuántos más y quiénes?

Al final la cosa dependió de un expediente prosaico. Los uniformes de los Mechs que pilotaban el tanque habían sido lavados, y el que tenía las medidas de uno de aquellos uniformes, era seguro que iba. Uno de ellos tenía las medidas de Kana, así que éste supo que iría. Y el joven se sintió complacido o alarmado, aún no lo había decidido, cuando los barcos Venturi llegaron tras de una breve tempestad y partieron al día siguiente con el resto de los combatientes, dejando a Hansu y a cinco hombres en la orilla. Cuando la última torre cónica desapareció en la lejanía, el jefe de espadas cogió las riendas de un gu que esperaba.

—Tenemos que buscar nuestro primer asilo contra la tempestad, antes de que llegue el próximo huracán —dijo—. ¡Vámonos!

La redonda cúpula del improvisado aeropuerto espacial cercano al embarcadero apareció a la vista antes de que se alzara el viento. Pero la protección de un pequeño edificio no ofrecía la seguridad que ellos habían tenido tras de las macizas paredes de los almacenes. Juntos con sus guen, los seis combatientes se echaron al suelo ensordecidos por el aullido del viento, preguntándose a cada momento si la cúpula se mantendría intacta bajo aquella terrible presión. Los guen, con sus huesudos cuerpos aplastados contra el suelo tanto como podían, lanzaban un monótono y plañidero grito que atacaba los nervios de los terrestres.

Después de lo que debieron ser horas, pero que a los aturridos hombres parecieron días, notaron que el viento comenzaba a menguar.

—¡Arriba contigo! —dijo Hansu aplicando su bastón a las ancas de su guen.

Pero el animal le mostró los colmillos con una mueca de rabia.

Cinco minutos después se encontraban en el camino espoleando a sus monturas, que tomaron un trote rígido que dejó los cuerpos de

los terrestres doloridos, pero que les hizo avanzar a buena marcha. Hasta ahora habían tenido suerte fabulosa, pero cuando unas negras nubes que se habían reunido sugirieron que debían buscar cobijo de nuevo, no encontraron ningún edificio.

Su única esperanza era un grupo de árboles que ya tenían los troncos retorcidos por el viento anterior. El maestro de espadas se metió en el bosquecillo, preparando los rollos de fuerte cuerda con que los Venturi les habían provisto para utilizarlos contra cualquier emergencia. Cada hombre ató primero a su montura y luego a él mismo a los árboles más fuertes. Como el viento soplaba procedente del oeste, tenían un pequeño margen de seguridad si se colocaban en el lado oriental de los troncos, y allí cavaron un hoyo protegiendo sus cabezas con los brazos cruzados y hundiéndose en la tierra.

Si la estancia en el edificio de la cúpula les había parecido una verdadera prueba, lo de ahora fue indescriptible. Para respirar tenían que luchar, y la batalla duraba de una aspiración a la otra. Kana perdió toda noción del tiempo y casi toda noción de su propia identidad en aquella trastornadora lucha por lograr un poco de aire que le dejaba casi inconsciente. Más tarde unas manos tiraron de él y cayó inerte sobre su espalda. La palma de una mano le dio en la mejilla haciéndole caer de nuevo al suelo.

—¡Vamos, en pie! —le dijeron.

Haciendo un esfuerzo el joven logró ponerse en pie su dolorido cuerpo. A su alrededor había tres hombres, pero uno de ellos sostenía con sus manos su ensangrentada cabeza. En aquel bosquecillo habían penetrado seis terrestres y ahora salían cuatro, llevando un gu de más. A uno de los otros dos no le vieron más. Y al otro lo tuvieron que abandonar cuando lo encontraron, pues estaba enterrado, excepto una mano, bajo el árbol que había elegido... el árbol que no había sobrevivido a la tempestad.

Cuando Kana subió a su montura, cosa que logró con un esfuerzo de voluntad, pensaba: ¿Llegará alguno de nosotros al final de este viaje? ¿Podremos seguir cabalgando al paso que Hansu lleva?

Pero el rocoso desfiladero de la línea de la costa fue cortado por un río antes de que la hora de buscar cobijo llegara una vez más. Y en el cuenco de fértil tierra del delta vieron un pueblo Llor.

Siguiendo la costumbre de Fronn, llamaron a la puerta más cercana y pidieron protección al dueño de la casa.

Dentro de ella, extendidos sobre finas colchonetas, los combatientes cayeron en un húmedo sueño casi antes de que hubieran devorado sus raciones. Cuando se despertaron la tempestad había amainado y el trajín de la casa nativa había vuelto a la vida. Hansu regresó de celebrar una entrevista con su anfitrión Llor. Sus ojos no estaban ya sombríos.

—Ésta ha sido la última de las grandes tormentas —dijo—. Lo que vendrá después no será más fuerte que una gran tormenta de las que tenemos en la Tierra, y, por lo tanto, será fácil enfrentarse con ello. ¡Y lo tenemos que hacer cuanto antes! ¡Por aquí han pasado dos tanques más... rumbo a Tharc!

Larsen se estaba ajustando el casco Mech sobre su vendada cabeza.

—¿Y qué es lo que ellos piensan que estamos haciendo aquí? —preguntó señalando el interior de la casa—. ¿Le han hecho alguna pregunta, señor?

—Green que somos los que iban en el tanque. Les he dicho que nos sorprendió una tormenta, y que nuestro tanque quedó inservible, y que ahora intentábamos regresar. Para ellos, todos los terrestres son lo mismo y se lo han creído. Sólo tenemos que preocuparnos si nos damos de narices con Mechs... si es que sucede.

Atravesaron las tierras de labranza en una hora sorteando o bien saltando por encima de los escombros de la tormenta, hasta que llegaron ante una maraña de retorcidas rocas, limpias debido al viento, sobre las que avanzaron guiados tan sólo por la brújula que llevaba Hansu, la cual podía no ser del todo exacta, y por el mapa que los Venturi les habían entregado. Precipicios cubiertos de miasmas a los que no podían descender les obligaban a dar rodeos. Aquella noche acamparon en una resquebrajadura de las desnudas rocas mientras el viento silbaba en sus oídos lo mismo que lo había hecho en las tierras baldías, al otro lado de las montañas. Pero ahora no existía la amenaza de los Cos.

En dos ocasiones, durante el siguiente día que amaneció gris, se vieron obligados a buscar amparo para librarse en lo posible de la furia del viento, que podía aplastarles contra las torres de piedra. Un largo rodeo les llevó hasta un camino que descendía hacia una

especie de cueva a la orilla del mar, donde avanzaron por una senda a través de montones de pegajosos hierbajos traídos por las olas.

Hansu fue casi arrojado de su silla cuando el gu que montaba retrocedió al tiempo que lanzaba un grito de pánico y se encabritaba ligeramente. Ante ellos se alzaba una extraña sombra que avanzaba reptando junto a los rompientes. Unas mandíbulas que parecían lo bastante grandes para engullirse a un tiempo al hombre y al animal, se abrieron en aquel momento. Kana, con un movimiento instintivo, levantó el fusil, que llevaba sobre los muslos, y disparó contra la abierta boca.

La cabeza de aquel ser empezó a agitarse de arriba abajo cual si el animal estuviera dando saltos mortales. El agua hervía sobre sus escamosas patas. Era una horrible mezcla de cocodrilo, serpiente y ballena, según pensó Kana, mientras Hansu enviaba otro tiro contra el monstruo que se retorció.

Sus movimientos le alejaron de la orilla, llevándole mar adentro, los terrestres se apresuraron a atravesar el trozo de playa, poniendo cuanto antes el mayor espacio posible entre ellos y el monstruo. Los nerviosos guen amenazaban a cada momento con salir de estampida.

Fue Larsen el que encontró el camino que avanzaba entre dos gigantescas rocas y que les apartó de la cueva y de la vista del desesperado monstruo morador de aquellas aguas. Ante ellos se extendía ahora un amplio y abierto espacio de arena en el que se veían troncos retorcidos y otros desechos depositados allí por las olas, incluyendo un estropeado objeto de metal que tenía algún parecido con los bancos pequeños de los Venturi. Una bandada de pájaros de los que comen carroña rodeaba aquel objeto, y los terrestres no se detuvieron para examinarlo, sino apresuraron el paso para ponerlo a la par con el de su jefe, y marcharon rápidamente hacia el sur por aquel primer terreno de buen andar que encontraban después del delta del río.

La siguiente tempestad les alcanzó en una estrecha garganta. Chorros de agua de mar, llevados allí por el viento, llegaban hasta las patas de los guen, pero Hansu continuó tercamente camino adelante y su porfía fue premiada con el descubrimiento de un fragmento de una piedra aplastada que mostraba claras huellas del paso de un tanque. Animado por esto, se detuvo y les dio permiso

para que buscasen refugio contra el viento.

Un cielo color gris acero se había mantenido sobre ellos la mayor parte del día, y la llegada de la noche sólo significó un oscurecimiento. Pero en esta ocasión la oscuridad les fue más favorable que la luz del día. Era como si el enemigo hubiese encendido una antorcha para guiarles. Y no era una llamarada azul como la que utilizaban los Llors lo que veían brillar, sino la fuerte luz amarilla de un campamento terrestre.

Tras dejar los guen a cargo de Larsen, Kosti, Kana y el maestro de espadas salieron a explorar, arrastrándose a veces, alerta al más ligero signo de posibles centinelas del campo enemigo. Al cabo, los tres distinguieron fácilmente, gracias a un rayo de luz, las aletas de la cola de una pequeña nave. No se percibía a su alrededor ninguna sombra humana ni ningún signo de vida. Hansu se apresuró a dar una orden:

—¡Quédense aquí!

Y antes de que pudieran objetar nada, el jefe se había perdido ya en la oscuridad.

Los que se quedaron sentían en su carne el mordisco del viento nocturno, cargado de olores salinos. No veían los rompientes, aunque oían perfectamente el distante rumor de las olas. Pero nada se movía alrededor de la nave.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que Hansu se reuniese con ellos. Y cuando lo hizo fue sólo para ordenarles que regresaran al lugar en donde habían dejado a Larsen con las monturas. Una vez allí, acurrucados tras de algunas rocas, Hansu les habló sobre sus descubrimientos.

—Es una nave pequeña... Tiene todas las trazas de un crucero patrullero —dijo—. Y hay guardianes. No puedo asegurar mucho más debido a la oscuridad. Tenemos que esperar a que llegue el día antes de hacer planes.

Kana durmió algunos ratos y sospechó que los demás hicieron lo mismo. Por incómodos que se sintieran, el largo tiempo que llevaban haciendo vida de campamento les había proporcionado el poder descansar siempre que tenían ocasión. El amanecer trajo un cielo más claro que el que llevaban viendo desde el comienzo de las tormentas.

Los guen fueron atados en el interior de un desfiladero, aunque

Hansu dio órdenes de que no lo hicieran a conciencia. Y no tuvo que explicar sus razones. Aquella era una aventura de la que los terrestres no regresarían. O bien se iban al espacio en la nave, o no necesitarían ya los guen ni ninguna otra cosa de Fronn.

Siguieron el mismo camino trepando por los acantilados, avanzando a lo largo del borde para contemplar el escondido campo de aterrizaje. A la luz del día, los rayos de la lámpara habían palidecido y la nave se distinguía perfectamente desde las piedras blancas y negras en donde ellos se encontraban. La nave había sido colocada, con la habilidad de un experto piloto, en el centro de la pequeña garganta de suelo casi plano. Y como Hansu dijo, parecía un crucero rápido de los que empleaba la patrulla galáctica.

En suma, los combatientes no recibieron ninguna grata sorpresa cuando la luz del día reveló la insignia de la patrulla grabada en uno de los costados de la nave espacial. Delgada y en forma de aguja, ésta no podía transportar más de una docena de hombres. Y si había llevado un cargamento de tanques, los departamentos para seres vivientes debieron ser muy reducidos.

—Esto es precisamente lo que deseábamos —dijo Larsen hablando con un murmullo de voz—. Sólo que... ¿Cómo nos hacemos con la nave?

Bajo un ligero saliente de la pared de la garganta que tenían delante se veían las tiendas de campaña de un campamento temporal. Un hombre salió de una tienda para estirarse a sus anchas. Llevaba uniforme de Mech y, según pudieron comprobar, se trataba de un terrestre. Pero un momento después se le reunió otro que aunque lucía el traje color gris azulado de la Legión, físicamente pertenecía a otra raza. Aquellas piernas demasiado largas, demasiado delgadas... aquellos brazos tan curiosos, que parecían tener una coyuntura de más... Los entrenados ojos de Kana notaron en seguida que aquel ser no pertenecía al Sol... aunque el joven no hubiera podido, sin un examen hecho más de cerca, a qué estrella llamaba su sol natal.

El Mech que había salido antes dejó paso respetuosamente al recién llegado, que avanzó hacia el espacio abierto y se quedó mirando hacia la estrecha boca del desfiladero como esperando que algo importante apareciera por allí. En realidad no quedó defraudado, ya que el chillido quejumbroso de un gu llegó

claramente a los oídos de los dos Mechs, así como a los de los escondidos guerreros del acantilado.

No tardó en aparecer un grupo montado. Los Llors se balanceaban sobre sus sillas y sus guen caminaban muy despacio, sus huesudas cabezas bajas hasta sus rodillas con aspecto de cansancio. Sin embargo, a Kana le pareció que aquellos fronnianos no eran soldados... Tenían más la apariencia de los cazadores de guen con quienes se habían encontrado los terrestres después de su forzada marcha a través de las montañas. Su jefe llevaba un fusil colgado del hombro y el resto iban armados sólo con espadas, lanzas y gruesos rollos de cuerda alrededor de su cintura, rollos que servían a los cazadores tanto de arma como para la caza.

El jefe Llor saltó de su gu y en el acto quedó sentado con las piernas cruzadas en el suelo, en tanto que el extranjero con el uniforme Mech tomaba asiento en un pequeño taburete, que rápidamente sacó de la tienda un segundo Mech, colocándose frente al nativo. El resto de los Llor saltaron también de sus sillas y uno o dos quedaron tendidos en el suelo. Luego aparecieron tres terrestres más, agrupándose a alguna distancia. Estaba claro que iba a dar comienzo una conferencia.

Se trataba de una discusión que a ratos se hizo viva. En una ocasión, el jefe Llor llegó tan lejos como para ponerse en pie y dar un golpe en los riñones de su gu con objeto de que éste se colocara en posición para poder montar en él. Entonces un rápido ademán y unas palabras del extranjero tranquilizaron aparentemente al jefe nativo, el cual volvió a sentarse.

Ser espectador pero no oír lo que se decía ponía nervioso al maestro de espadas. Cambió de posición entre las protectoras rocas como si su puesto anterior estuviera lleno de hormigas. Pero a menos que pudiera emplear el arte de la completa invisibilidad, era imposible oír lo que se estaba diciendo abajo.

Al cabo llegó a su fin la reunión. El jefe Llor dio una orden a los apáticos miembros de su escolta. Cuatro de ellos se pusieron en pie sin ninguna prisa, y cuando atravesaron el espacio que les separaba de los Mech, en cada línea de sus peludos cuerpos se podía leer que iban a regañadientes. Mientras su jefe y el extranjero permanecían aparte observando, los Llors llegaron hasta la puerta de la tienda. Los Mechs entraron en su interior y volvieron a salir un momento

después llevando unas cajas largas y estrechas, cada una de ellas sostenida por dos hombres.

Hansu había llegado a ponerse de rodillas y Kana se preguntó si debía dar un pequeño tirón al capote del maestro de espadas. Pero los que había abajo estaban tan absortos en lo que hacían que había escasas probabilidades de que mirasen hacia arriba en aquel momento.

Dos cajas fueron pasadas a los Llors, que las recibieron con ademán de completo disgusto, pero, sin embargo, las llevaron hasta el pie de la rampa que subía a la escotilla de la nave. Un segundo par de cajas fue sacado de la tienda y transportado de la misma forma. Kana intentó adivinar lo que había en su interior. ¿Armas de alguna clase? Pero ¿por qué meter armas dentro de la nave? Sería más lógico que aquellas cajas fueran sacadas del interior de la nave.

Cuando en la rampa se encontraban ya hasta seis cajas, el extranjero y dos de los Mechs empezaron a trabajar en la tapa de una de ellas.

—¡Eso...!

El rostro de Hansu se tornó extrañamente pálido bajo su oscuro pigmento. Respiraba profundamente y con dificultad, como si acabara de subir una cuesta. Sus ojos, con brillo de acero, fijos y observadores, no se apartaban del grupo. Era el único entre los guerreros que sospechaba el contenido de aquellos cofres.

Cofres... A Kana se le puso la piel de gallina cuando se dio cuenta de que la palabra adecuada no era cofre sino coffin. Porque lo que los Mechs estaban sacando de la caja no era otra cosa que el cuerpo de un hombre muerto... un hombre que llevaba el uniforme blanco y negro de la Patrulla.

—Pero... ¿por qué?

Su pregunta, hecha en voz baja, no obtuvo respuesta, excepto unas exclamaciones de sus dos compañeros y un gruñido de Hansu que tampoco significaba nada.

Las cajas, ahora vacías, cada una de ellas con el mismo contenido, fueron llevadas por los Llors y colocadas contra la pared del desfiladero a buena distancia de la nave. El extranjero era el que mandaba, haciendo que colocasen los cuerpos formando una línea desigual.

Hansu siseó... No hay otra forma de describir el sonido que hizo

al expeler el aliento por entre sus dientes. Para Kana las cosas que estaban sucediendo abajo no tenían sentido, mas para el jefe de espadas debía tenerlo muy claro.

Ahora el extranjero se apartó, haciendo ademanes para que los Mechs también lo hicieran, mientras que los Llors continuaban junto a la nave como si examinasen a los muertos colocados allí con tanto cuidado.

—¡Está haciendo informe!

La frase fue dicha por Larsen, y Kana vio que tenía razón. El extranjero, con una pequeña cámara en sus manos, estaba haciendo un informe de la escena: la nave, los cuerpos amontonados, los Llors moviéndose entre ellos... un informe... ¿De qué? ¿Y para ser mostrado a quién?

—Un plan. Todo un plan —dijo Hansu—. ¡Así que éste es su juego!

El extranjero tomó más fotografías y luego hizo un gesto con la cabeza al jefe Llor, el cual habló a sus hombres. Éstos se desparramaron lejos de la nave con una velocidad que sugería lo contentos que se sentían de haber terminado el raro deber que su jefe les había impuesto. Lo que siguió continuó siendo insólito para los espías guerreros.

Dos de los Mechs desmontaron rápidamente la tienda y el material, junto con otros varios bultos, fue apartado de allí. Poco después apareció un tanque saliendo de detrás de una peña. Pero no se aproximó a la nave, sino que se detuvo para que los Mechs que quedaban y el extranjero subieran hasta su escotilla y penetrasen en él. Luego el tanque avanzó por la garganta rumbo al este. Los Llors esperaron como para conceder a los hombres de otro mundo una buena delantera y montaron. Pero no siguieron al tanque sino que cabalaron por un camino lateral.

La nave quedó donde había sido dejada, los cuerpos yaciendo en la rampa, y Hansu, que esperó a duras penas a que el último Llor estuviera fuera de la vista, empezó a descender la pared del acantilado. Kana y los otros se apresuraron a seguirle.

Pero el maestro de espadas fue más rápido que ellos y cuando llegaron hasta él, Hansu se hallaba ya arrodillado para examinar el cuerpo más cercano. Su rostro estaba pálido.

—Este hombre —dijo lentamente— ha muerto de un disparo

hecho con un fusil Arch.

CAPÍTULO XV

SI ALGUNO DE NOSOTROS SOBREVIVE...

—Pero ¿eran hombres de la Patrulla? —preguntó Larsen.

Resultaba difícil de creer, a despecho de la evidencia y de la identificación de los cuerpos, que se hubiera producido aquella matanza. El prestigio de los hombres de la patrulla estaba bien cimentado. No había duda posible de que los hombres aquellos habían sido muertos a tiros y que los disparos no habían salido de los ligeros fusiles de aire de los Llors, de las armas de los Mechs y de los lanzallamas de los agentes galénicos, sino de aquellas armas especiales que llevaban, o que suponía que llevaban sólo los guerreros Arch de la Tierra.

—Y parecerá cosa cierta en esas fotografías —dijo amargamente Kosti—. Si ese agente tomó vistas de esto no fue por diversión. Ya pueden ustedes figurarse el efecto que producirán esas escenas en ciertos sectores. «Hombres de las patrullas caídos en una emboscada preparada por los Archs rebeldes».

Larsen dio un puntapié a una piedra.

—Sigo sin comprenderlo —masculló—. ¿Por qué armar todo eso?

—Una coartada para acusarnos a nosotros —repuso Kana hablando por primera vez—. ¿No es verdad, señor? Con una buena historia y esas fotografías el agente nos coloca fuera de la ley y no podremos conseguir que nos escuchen ni siquiera en Prime.

Hubiera deseado que Hansu negara esto, que dijera que se había dejado llevar de la imaginación. Pero en lugar de ello el jefe de espadas asintió.

—Eso tiene más sentido que otras cincuenta explicaciones.

El hombre alto y moreno se puso en pie, sus ojos, fijos

especulativamente en la nave del espacio.

—Sí, han preparado aquí algo monstruoso, y probablemente habrían tenido éxito de no haber llegado nosotros tan a punto.

—¿Es que tratan de echarnos a nosotros la culpa? —dijo Kosti, que se sentía inclinado a la lucha—. Bien, ¿qué podemos hacer?

—¡Echarles a perder el plan! —exclamó el jefe de espadas con decisión—. Kosti, suba a bordo y vea si este crucero puede ser lanzado de aquí.

El aludido subió la rampa mientras Hansu se volvía hacia los otros dos.

—Tendrán que enterrarles —dijo señalando los cuerpos.

Ejecutaron la desagradable tarea lo mismo que habían hecho por sus camaradas durante las últimas y duras semanas, sabiendo que cuando sus cartuchos de fuego hubiesen realizado su trabajo, no quedarían huellas de identificación. Se hallaban dedicados a la tarea de clasificar los objetos personales que habían retirado de los muertos para una futura identificación, cuando Kosti apareció por la escotilla de la nave.

—Primera suerte que tenemos, señor. ¡La nave está lista para partir!

Hansu se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. Era como si estando dispuesto a seguir cierta acción, estuviera ahora perfectamente seguro de que el destino les permitirá llevarla a buen fin. Después de meter los efectos de los hombres de la patrulla en una bolsa de víveres, subió el primero la rampa y entró en el interior de la pequeña nave.

Las únicas naves del espacio que Kana había conocido hasta entonces eran los transportes del Mando de Combate y a pesar de que le parecieron estrechos e insuficientes, aquel crucero espacial era todavía más pequeño y confinado. La escalerilla, que ascendía en forma de caracol peldaño a peldaño, parecía demasiado estrecha para poder trepar por ella. Pero lo hicieron al fin —cuentas de un collar—, con Kosti, que ya estaba en el primer escalón, y el maestro de espadas pisándole los talones.

Raros olores asaltaron su olfato, combustible, aire enrarecido, cuerpos hacinados... Llegaron a la cabina de mando. Hansu señaló la cincha del piloto que había delante de los mandos.

—¿Podrá usted manejar eso, Kosti?

Kosti mostró sus dientes en una blanca sonrisa.

—Es necesario que lo haga, ¿no es verdad, señor?

Se colocó en el lugar del piloto, mientras Kana y Larsen exploraban las palancas de aceleración y Hansu se dirigía al lugar del navegante.

—Tómese cinco minutos, hora de la nave, para echar una ojeada a todo, si quiere usted, señor —sugirió Kosti, quizá porque deseaba disponer de algún tiempo para estudiar la extraña tabla de mandos antes de abandonar la dudosa seguridad de Fronn.

Hicieron una rápida inspección en los pequeños departamentos personales. Los cubículos estaban en gran desorden. Ropas y avituallamientos parecían haber sufrido un saqueo. Kana cogió un retrato que alguien había tirado. Se trataba de una mujer, de Lydia I, con ojos extrañamente oblicuos y boca en forma triangular.

—Artístico trabajo —dijo Hansu examinando todo con ojos de profesional—. Para ser exhibido como un saqueo efectuado por los perversos Archs.

—¿Supone usted que esto es una verdadera nave de patrulla? ¿Y que mataron a los patrulleros para poder echamos a nosotros la culpa, señor? —preguntó Larsen.

—Puede ser, aunque me parece algo demasiado grande para ser utilizado contra una Horda tan pequeña como la de Yorke. Debemos de ser muy importantes...

Frunciendo el ceño, volvió a la cabina de mando.

—¿Tiene usted la hoja de ruta para la Tierra? —preguntó a Kosti.

—¿Para ir a Prime, señor? Creí que íbamos a ir a Secundus —contestó el nuevo piloto.

—Esto debe de ser un verdadero crucero de patrulla. Si sacrificaron a los patrulleros para poder echarnos la culpa a nosotros, yo quiero saber por qué, y deseo empezar a hacer preguntas en seguida.

«¡Un verdadero crucero de patrulla!». Esto hizo su efecto, y Kosti movió tres llaves de un panel que tenía a su izquierda. Se oyó un clic en contestación, y un pequeño disco cayó en su mano tendida.

—Sí, señor. Aquí está la coordinación para ir a la Tierra.

Hizo salir otro disco del aparato que tenía ante sí y ordenó:

—¡Sujétense las correas!

Hansu se colocó en el segundo asiento mientras Kana y Larsen se sujetaban a las colchonetas de aceleración. Una luz roja brilló a bordo delante de Kosti cuando sus dedos comenzaron a moverse entre las palancas y llaves.

—Esperemos ir hacia arriba y no hacia un lado —fue su última observación antes de oprimir el mando más importante.

Una mano gigantesca pareció aplastar el pecho de Kana, quitándole el aire. Olas de dolor rojo se volvieron negras. Tuvo sólo tiempo de saber, antes de perder el conocimiento, que dejaba aquel mundo... y no estallaba.

Kosti no era piloto experimentado y el impulso que había utilizado para salir de Fronn fue más grande de lo necesario. Al volver a la vida, Kana encontró que su rostro estaba manchado de sangre y que tiraba débilmente de sus correas.

—¡El dormilón despierta! —exclamó Kosti mirándole por encima del hombro—. Pensé que habías decidido hacer el viaje durmiendo, amigo. No es necesario. Tenemos mucho tiempo.

La nave era conducida por el piloto automático. Ahora no tenían otra cosa que hacer que comer y dormir y pensar disgustados que hacían un regreso especial a la Tierra que les autorizaba a desembarcar en su propio mundo de una manera subrepticia.

—¿Cuánto tiempo durará el viaje? —preguntó Larsen.

Los tres miraron a Kosti, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—Yo diría que de catorce a quince días. Estas naves pequeñas se comen el espacio. Los cruceros de patrulla están construidos para grandes velocidades.

Quince días. Kana, extendido en una hamaca de una cabina interior, tenía tiempo de pensar sin que pesara sobre él una inmediata acción o decisión. Aquella intriga era repugnante... siniestra. Por alguna desconocida razón, aquel extranjero con uniforme Mech había preparado una escena que sólo la suerte de ellos había echado a perder. Estaba seguro de que la nave, con su tripulación muerta, había sido abandonada deliberadamente para que fuera encontrada de una manera teatral con un solo propósito. Patrulleros contra los que se habían disparado fusiles Archs... en un planeta donde una Horda Arch estaba siendo perseguida. Pero ¿por qué todo aquello? ¿Por qué desacreditar y exterminar a una fuerza

terrestre cuando el siguiente movimiento era tan fácil y el combate podía hacerla desaparecer como resultado de un azar de guerra?

Aquel plan tan elaborado significaba que no sólo los Mechs renegados, sino que también los agentes galácticos vestidos con los uniformes de los primeros, tenían algo que temer de los hombres de Yorke. ¿Temían que se supiera la historia del asesinato de Yorke y de emitir imagen automáticamente al hundir la tecla? Fuera prueba de ello, ni siquiera el relato de un testigo presencial. ¿Por qué? ¿Por qué aquel tan elaborado y decidido plan para perderles?

¿Podía ser posible —su mano cogió inconscientemente la empuñadura de su espada—, podía ser posible que el antiquísimo convenio entre la Tierra y el Control Central fuera a ser roto al fin? ¿Que el Control Central trabajase activamente no sólo para aniquilar las fuerzas terrestres sino también para desacreditarlas ante las estrellas, acusándoles de renegados y de asesinos? Quizás esto les ofrecía a ellos la oportunidad de una lucha abierta, la oportunidad de romper la condición que el Control Central les había impuesto, de probar que los terrestres tenían tanto derecho a los caminos estelares como cualquier otra raza o especie. Era una esperanza, sólo una pequeña esperanza, pero Kana se juró a sí mismo que la próxima vez que saliera al espacio no lo haría llevando el capote gris verdoso que se había visto obligado a ponerse.

La nave recibió señales. Pero se hallaban todavía a dos días de la Tierra, según los cálculos de Kosti, cuando esto sucedió. Un ligero golpe llamó la atención de Kana y Larsen desde la pantalla que había encima del panel de mandos. El maestro de espadas y Kosti estaban dormidos y no había nadie que pudiera explicar el significado del punto de luz que se estaba moviendo sobre la oscura superficie, Kana fue a despertar a Kosti.

—Debemos tener compañía en el momento en que nos llaman.

El piloto improvisado se frotó somnoliento los ojos. Pero una mirada a la pantalla le despertó del todo.

—¡Llamad a Hansu! —ordenó vivamente.

Cuando Kana regresó con el maestro de espadas, el tímido sonido de la señal había aumentado y ahora era más firme.

—¿Puede usted establecer contacto? —preguntó Hansu.

—Si usted quiere... Pero esto no es una nave comercial

interplanetaria. Estamos en un crucero. Sólo otra nave de patrulla puede interpelarnos.

En un planeta, armados, hubieran sabido lo que tenían que hacer al encontrarse ante un enemigo. Pero en aquel mundo del espacio podían sentirse alarmados innecesariamente por un acontecimiento rutinario.

—¿Acepto el contacto? —insistió Kosti.

El maestro de espadas se pasó un dedo por su labio inferior y miró la luz de la pantalla como si en ella pudiera leer: Nombre y graduación y término del alistamiento.

—¿Puede esa pantalla —preguntó señalándola con el dedo— ser utilizada para recibir solamente o bien emitarnos imagen automáticamente al hundir la tecla?

—Puede hacerse solamente lo primero. Pero esto les hará entrar en sospechas.

—Que piensen lo que quieran. Nosotros necesitamos un poco de tiempo, y quizás algunas respuestas antes de vemos las caras. Cierre la visión antes de establecer contacto.

Kosti ajustó algunos mandos. Una brillante visión en color llenó la pantalla y entonces vieron el estrecho rostro de grandes pómulos de un humanoide procedente de Procyon. El apretado gorro de oficial patrullero cubría su cabeza sin pelo, y en él llevaba la estrella con rabo de un jefe de alta graduación.

—¿Qué nave es esa? —preguntó con la inconsciente arrogancia de un oficial del Control Central.

No podía verles. Pero casi se había dado cuenta de que se dirigía a terrestres. Kana se alarmó, notando por las maneras con que Hansu apretaba la mandíbula que no había sido el único en reaccionar de aquella forma.

—Deme el micrófono —dijo Hansu tomándolo de manos de Kosti y hablando a través de él, continuó—. Este es un crucero de patrulla. Nombre y registro desconocido —hablaba lentamente, pronunciando cada palabra sin entonación y en idioma comercial, intentando que no se percibiera su acento nasal—. Fue encontrado vacío por nosotros y lo devolveremos a las autoridades competentes.

El jefe de patrulla no les desmintió abiertamente. Pero era fácil leer en su rostro que no les creía.

—No van ustedes en dirección a la base de patrullas —repuso vivamente—. ¿Adónde se dirigen?

—¡Como si no lo supiera o lo sospechase! —murmuró Kosti.

—Nosotros informamos sólo a nuestros oficiales superiores —respondió Hansu—, de acuerdo con la ley...

El estrecho rostro pareció alargarse de manera siniestra.

—¡Terrestres! —Sus labios formaron la palabra como si se tratase de un juramento increíblemente soez—. Prepárense ustedes a ser abordados... —Y su rostro desapareció de la pantalla.

—Bien —observó Kosti descorazonado—, ya estamos. Si intentamos apartarnos, nos quemarán con sus grandes medios de combate.

—¡Vamos! —exclamó Hansu, que ya se encontraba a medio camino de la pared. Reavivados por su confianza, el resto de los hombres le siguió. Todos salieron de la gravedad artificial que se mantenía en los departamentos para vivir, y pasaron a la mitad de la nave, donde el maestro de espadas abrió una escotilla. Más allá se veía un departamento de escape en el que había dos pequeñas naves. Pero eran tan pequeñas... Kana las miró dudoso, luchando contra el disgusto al pensar que podría verse confinado en un limitado espacio.

Hansu se detuvo cuando ya casi estaba dentro de la más próxima.

—Kosti, usted encárguese de la otra. Esto nos proporcionará mayor oportunidad de hacer llegar nuestro informe. Si alguno de nosotros sobrevive, tiene que llegar a Prime. El fracaso puede significar el fin de la Tierra. Esto es más grande lo que valemos todos nosotros. Larsen, usted se quedará con Kosti. Sigán hacia la Tierra, y cuando aterricen diríjanse a Prime... aunque tenga usted que pedir, suplicar o robar el transporte. Pidan hablar con Matthias... Lleguen a él aunque tengan que matar para hacerlo. ¿Comprendido?

Ninguno de los veteranos demostró sorpresa ante aquellas drásticas órdenes. Hansu se introdujo en la nave salvavidas y Kana trepó a regañadientes tras él. El caso requería que ambos permanecieran enormemente apretados. Luego Hansu se dejó caer en el blando agujero del piloto y Kana ocupó el otro asiento.

El maestro de espadas manejó una pequeña esfera que había

ante él, probándola tres veces antes de apretar la palanca que les apartó del crucero. La fuerza de la salida fue casi tan dura como la aceleración que sufrieron cuando se alejaron de la gravedad de Fronn. Las costillas de Kana, todavía doloridas por aquella prueba, sintieron tanto dolor como para que el joven lanzase un grito ahogado. Cuando fue capaz de volver la cabeza una vez más, vio que Hansu estaba como si tal cosa, sus manos sosteniendo su barbilla y sus ojos fijos en el dial, aunque sus pensamientos se encontraban en otra parte.

—¿Nos hemos separado de la nave? ¿Nos hemos alejado de ella, señor? —preguntó Kana aturdido aún.

—Estamos aún vivos, ¿no es verdad?

El humor irónico de Hansu era desmentido por sus apretados labios.

—Si han podido hacer puntería en la nave grande y nosotros hubiéramos permanecido en ella, ahora seríamos cenizas. Esperemos que continúen concentrándose en el crucero durante algunos segundos más.

—¿Qué les hace ser tan rápidos en el gatillo, señor?

La patrulla no acostumbra a volar las naves de esa forma. ¿O sí lo hacen? Y ese oficial dijo «terrestres» como si hablase de gusanos.

—Le sorprendería a usted, Karr, descubrir que algunas de las razas más «superiores» que forman parte de los consejos del Control Central se inclinan en este momento a considerarnos a un bajo nivel... en privado, naturalmente. Nadie se alaba de su casta abiertamente, pues esto supondría prejuicios raciales. Pero yo he visto a uno de Arturo dejar un comedor antes de haber acabado su comida porque un terrestre se había sentado cerca de él. Esto es ilegal, falta de ética y viola todos esos bonitos y refinados sentimientos que les han inculcado desde la cuna o desde el huevo... Pero la cosa persiste.

—Pero los Zacathans no son así... y Rey y Mic tenían amistad en Secundus con un Lupán.

—Ciertamente. Puedo citarle a usted mil diferentes formas y razas que aceptan a los terrestres como iguales suyos tan fácilmente como lo hacen en correspondencia. Pero note usted dos cosas, Karr, que son muy importantes. Los sistemas en donde somos persona non grata están dominados por razas humanoides y gozan de

libertad para moverse por el espacio desde hace mucho tiempo, pues han sido pioneros en la galaxia. En ellos existe una emoción que rehúsan admitir incluso para sí mismos: el miedo.

»En la Tierra, en los tiempos antiquísimos y antes de las guerras atómicas, estuvimos divididos en razas separadas, y la diferencia consiste en parte en el color de la piel, forma de las facciones, etc. etc. A su vez aquellas razas estaban subdivididas en naciones, que aspiraban al poder, y controlando grandes espacios terrestres en el planeta, algunas veces durante siglos. Pero cuando los años pasaron, todas, una detrás de otra, perdieron ese poder y las riendas se escaparon de sus manos. ¿Por qué?

»Porque los duros y fuertes guerreros que habían construido aquellos imperios murieron y sus hijos, o los hijos de los hijos de los hijos eran ya de otra índole. Durante algún tiempo, aunque la cualidad luchadora había desaparecido, el imperio continuaba existiendo... como una bien construida pieza de maquinaria puesta en movimiento. Luego, algunas partes empezaron a aflojarse o bien se necesitaba engrasarlas, o nadie se acordaba o se cuidaba de ello, ni tenía la voluntad ni la fuerza necesaria para hacer reparaciones. Así que otra nación más joven y más fuerte tomaba su lugar, quizás después de una guerra. La historia progresó a consecuencia de tales imperios... y lo viejo dejaba paso a lo nuevo.

»Ahora las razas de la galaxia con las que hemos establecido lazos no son de nuestra especie. Nosotros queremos a los Zacathans, cuyo origen es de reptil, y también a los Trystians, cuyos antepasados fueron pájaros, y a los Yubana... que son felinos evolucionados. La mayoría de éstos están recién llegados a la escena galáctica. Pero... y esto es importante, tienen diferentes metas, ambientes, deseos y gustos. ¿Por qué iba un Zacathan a tener prisa en hacer algo de la misma manera que nosotros lo hacemos? Su vida va unos mil años por delante de la nuestra, y puede permitirse permanecer tranquilo y pensar sobre las cosas. Nosotros no podemos hacerlo. Pero no somos una amenaza para él o para su manera de vivir.

—Pero, señor, ¿no cree usted que nosotros somos parecidos a los otros, a los humanoides de Arturo y de Procyon? Su civilización es vieja. Pero básicamente son similares a nosotros...

—Y muestran signos de decadencia. Sí, somos una amenaza para

ellos a causa de nuestra joven y fuerte energía, nuestro deseo de lucha, todas las cosas que nos critican abiertamente. Porque por vieja que nos parezca la Tierra a nosotros, en realidad es muy joven en la Galaxia. Así que nos esperaron con un plan ya hecho. Su propósito es cerrarnos el camino, no abiertamente, pues esto nos daría el derecho a una queja legítima que podríamos presentar ante el Gran Consejo, sino legalmente y para siempre. Intentan aniquilar nuestra fuerza en guerras innecesarias que no representan amenazas para ellos, desgastando nuestras energías y haciendo así inofensiva a una raza que podía representar una amenaza para ellos en el futuro. Y como nosotros luchábamos y soñábamos con las estrellas, nos vimos forzados a aceptar sus condiciones... provisionalmente.

—¿Provisionalmente, señor? —exclamó Kana con pasión—. Llevamos siguiéndoles en el juego trescientos años.

—¿Y qué son trescientos años en el tablero del ajedrez galáctico? —replicó Hansu con voz cansada—. Sí, durante trescientos años hemos recibido sus órdenes, y sólo ahora están empezando a darse cuenta de que su plan no les da buenos resultados. Aunque no estoy seguro de que se den perfecta cuenta de los motivos que les impulsan. Han representado la omnipotencia durante tanto tiempo, que han llegado a creer en ella y también en que no pueden equivocarse, ya que hasta ahora han operado siempre contra nosotros a cubierto.

»Desde el principio hemos tenido amigos y estamos ganando cada vez más. Y esos mundos amigos hacen preguntas sobre si la Tierra está condenada sumariamente a no mandar salvo en su propio sistema. Quizás las civilizadas mentes de nuestros enemigos se han asido a esta solución práctica o se agarraron en el pasado. Pero en lo que pudieron, nos cerraron el paso. Los terrestres no pueden pertenecer a la patrulla... Este es un servicio que corresponde a razas “superiores”. Los comerciantes no nos permiten formar parte de sus compañías. Incluso la guerra que nosotros hacemos está cuidadosamente desnaturalizada... aunque muramos en ella. El más moderno equipo Mech está atrasado en muchos años en relación con las armas de los habitantes... digamos de Rigel VI.

—Pero, señor, ¿por qué este movimiento contra el crucero?

—Algunas cabezas exaltadas del Consejo han comenzado a tener ideas propias o han empezado a vislumbrar lo que a ellos les

parecemos.

Hansu volvió la cabeza y lanzó a Kana una penetrante mirada que fue suficiente para que su pensamiento penetrase en la mente del joven.

—¿Por qué supone usted que recibimos entrenamiento

H-Tee

y que en cada Horda o en cada Legión son necesarios hombres de enlace?

—Porque se necesitan oficiales de enlace en otros mundos, señor.

—Esta es la explicación oficial correcta... y la de cualquiera que no sea agente de control. Pero cualquier terrestre con habilidad suficiente para ser

H-Tee

queda clasificado desde el momento de su primera respuesta en el curso de las pruebas. Se le da abiertamente la instrucción que se puede. Se le impulsa para que se relacione con otros

H-Tee

en plan amistoso... pero nada más. Y luego, a cubierto y cuando se alista, los oficiales que le mandan le conceden todas las oportunidades para ampliar su conocimiento de otros planetas.

—He aquí por qué usted quiso que me relacionase con los Venturi, señor.

—Sí. Y he aquí por qué fue a

Po'ult.

Sabemos desde hace tiempo que debemos contar con todos los hombres enlaces que podamos. Y contra más amplio sea su conocimiento de otras formas de vida, mejor para nosotros. Si debemos retar al Control Central abiertamente, no debemos estar solos, y contra más razas sean amigas nuestras, o por lo menos tengan un favorable concepto de nosotros, mejor. Incidentalmente debemos prepararnos para otra forma de servicio del todo distinta. ¿Qué sucedería si en el futuro la Tierra no ofreciese hombres luchadores, sino equipos exploradores?

—¿Equipos exploradores?

—Grupos de exploradores entrenados para actuar de pioneros en los planetas recién descubiertos, preparados para colonizar mundos en donde no exista vida inteligente activa; grupos cuyos miembros

hubiesen sido seleccionados por sus talentos individuales, que viajaran no como patrullas o como comerciantes, no como policías o mercaderes, sino sólo para descubrir lo que hay en órbita alrededor de otros soles; grupos que incluyesen no sólo a los de nuestra especie, sino una combinación de media docena de diferentes especies de

X-Tee...

telepáticos, técnicos, algunos ni siquiera vagamente humanoides.

—¿Cree usted que puede ser factible, señor? —preguntó Kana, hallando una respuesta a sus medio formados sueños.

—¿Por qué no? Y el tiempo en que eso sucederá puede no estar muy lejos. Cuando informemos a Matthias sobre lo de Fronn, dispondremos de un argumento concreto para utilizarlo en círculos de combatientes contra el Control Central. Supongo que todas las Hordas y Legiones diseminadas por la Galaxia recibieron órdenes de rebelarse. Esta situación preocupará al Control Central y pondrá fin a su paz cuidadosamente mantenida. Les resultará más barato dejar que sigamos nuestro camino, que tratar de dominar la rebelión en algunos centenares de planetas a la vez.

—Yo ya había oído hablar y habían llegado a mí muchos rumores, señor. Pero nada que se refiriera a una rebelión.

—Ya me lo figuro —contestó el maestro de espadas—. La mayoría de los combatientes son conservadores, y en la Tierra hemos vivido esa clase de vida durante generaciones. Los combatientes no han sentido mucho interés más allá de los asuntos de su propia Horda o Legión. En Prime se fijan en los informes de los que prometen más y procuran llevarles en donde sirvan mejor a la causa. Pero el asunto de Fronn va a llevar a la tierra el peligro de nuestra posición... hasta al más solapado de los peces gordos. Una vez vean que los terrestres pueden ser alzados contra los terrestres con la aprobación del Control Central, que los Mechs pueden ser alzados contra los Archs... escucharán todo lo que tenemos que decirles —Hansu cerró el puño y lo dejó caer en el extremo de su colchoneta—. ¡Tiempo! ¡Sólo necesitamos tiempo! Debemos llegar hasta Matthias, y él hará explotar la pólvora.

CAPÍTULO XVI

CAMINO DE PRIME

Pero el tiempo avanzaba lentamente. Sólo podían dormir encogidos en la única posición posible, tragar tabletas de raciones y hablar; y a fe que Hansu lo hizo, perdiéndose en un inacabable río de relatos a propósito de distintos mundos, a algunos de los cuales los terrestres no se atrevían a aventurarse sin protección de trajes de presión. También habló de extraños ritos nativos y de salvajes batallas contra seres extraños.

Kana se esforzó en concentrarse en cada palabra que oía como si tuviera que sufrir un examen sobre aquellas conferencias, y como si al concentrarse pudiera olvidar el presente, encerrado en un pequeño navío que podía o no podía hacer un aterrizaje seguro en su planeta natal. También sabía que su compañero desahogaba ahora en él la sabiduría que había reunido en sus años de vagabundeo. Estaba siendo aleccionado por un maestro en H-Tee, un hombre que le estaba contando toda su existencia.

—... Así que ellos hicieron un sacrificio en la noche de la doble luna y nosotros nos ocultamos en las montañas para observarlo, y no fue nada de lo que esperábamos...

Un crujido interrumpió a Hansu, mientras una pequeña bombilla de color rojo se encendía entre los mandos. Habían entrado en una atmósfera.

Kana intentó permanecer tranquilo. La peor pesadilla de todas, o sea que hubieran penetrado en un mundo que no fuera la Tierra, se encontraba ante ellos. No había nada que alicer. No se podía hacer nada. La nave de emergencia era gobernada automáticamente, pues a menudo los que viajaban en ella se encontraban heridos o

desmayados, y no podían dirigirla. Las pequeñas naves estaban construidas para que hicieran el mejor aterrizaje posible y había que tener confianza en ellas.

¿En dónde aterrizarían? Kana miró intrigado la curva de metal que se alzaba por encima de él. Un mal aterrizaje sería, por ejemplo, caer en el mar. Pero no tenían que esperar mucho tiempo. Había llegado la hora.

—Confío que no aterrizaremos muy lejos de Prime, señor —dijo Kana esforzándose por que su voz fuera lo más tranquila posible.

—Confío que no.

Cuando aterrizaron, Kana quedó cabeza abajo, colgando de las cuerdas y dolorido, tirando de ellas, pero incapaz de desatarlas. El maestro de espadas llegó en su ayuda y le puso en pie. La parte posterior de la estrecha cabina era ahora el suelo y la escotilla del techo por la que habían entrado era ahora una puerta en un lado que el jefe de espadas abrió. Abrieron el pequeño armario del aire y se encontraron con llamas y montones de humo blanco. Hansu cerró rápidamente la puerta con el rostro sombrío.

—Los cohetes —murmuró—. Deben de haber incendiado el lugar donde hemos aterrizado.

Fuego... La nave debía de estar rodeada de llamas. Pero el recuerdo de uno de los relatos de Hansu relampagueó en la mente de Kana.

—¿No hay a bordo de estas naves trajes de presión para la supervivencia, señor?

—¡Claro que sí! —contestó Hansu penetrando en la cabina.

Los muros eran sólidos y el registro que hicieron les mostró que no había armarios escondidos. Quedaban las colchonetas. Kana tiró de la superficie de uno y la esponjosa colchoneta no tardó en abrirse. ¡Tenía razón! La base de cada colchoneta disponía de un sitio para guardar cosas, y los trajes estaban allí.

—Vamos a estar muy apretados —dijo el maestro de espadas inspeccionándolos—. Pero los podremos llevar puestos por lo menos una hora.

Meterse aquellos abultados trajes en el limitado espacio de la cabina exigía de los dos una agilidad acrobática. Pero lo lograron y el maestro de espadas puso a punto los controles de temperatura.

—Esperemos que el fuego sea meramente local. Cuando salga,

salte usted de la nave tan lejos como pueda.

Kana asintió con un movimiento de cabeza mientras se colocaba la escafandra.

Hansu salió primero deteniéndose sólo por un instante en la compuerta del aire; luego desapareció. Kana le siguió rápidamente. Atravesó llamas y humo, y luego aterrizó en tierra quedando sobre una rodilla. Recuperó luego el equilibrio y corrió rápidamente alejándose de la nave.

Pasó entre árboles cuyas copas eran masas de llamas, evitando como podía las raíces y los derribados troncos. El humo era una espesa cortina que no dejaba ver la mayor parte de los alrededores. Al principio tuvo que hacer un esfuerzo para pasar a través del fuego. Pero como veía que quedaba intacto, fue ganando confianza y no intentó evitar las llamas que cubrían el camino que se había trazado.

Súbitamente no hubo más árboles y se encontró en terreno abierto, en el borde de un acantilado. Abajo se extendía un camino, y en el centro del mismo se alzaba una extraña figura que no parecía de la tierra y que Kana reconoció como perteneciente al maestro de espadas.

Kana miró al acantilado buscando un camino para bajar. Pero el hombre de abajo movió sus metalizados brazos para atraer su atención y luego se llevó sus enguantadas manos hasta el apretado cinturón, señalando su mitad. Kana comprendió en el acto y buscó el botón de su propio cinturón. Luego anduvo sobre el extremo de la roca y se lanzó flotando hacia la carretera, haciendo un buen aterrizaje no lejos de Hansu.

Pensó que aquellas cosas debían ir también equipadas con cohetes lo mismo que con dispositivos antigravedad. Por el aspecto del paisaje parecían hallarse en algún lugar selvático y habrían podido ahorrar mucho tiempo de haberse podido salir de allí con ayuda de un cohete, hacia la civilización.

En la carretera había aún humo, así que no se quitaron los trajes, pues no sabían si tenían que pasar aún por alguna zona incendiada. Pero una carretera principiaba allí y el desnudo suelo de piedra no podía ser pasto de las llamas. A juzgar por la vegetación, debían de encontrarse en algún lugar de la parte noroeste del antiguo continente norteamericano... que al menos no

estaba muy lejos de Prime. Aquel lugar había permanecido desierto durante casi un millar de años después de las guerras atómicas. Corrían rumores sobre extrañas mutaciones que se habían desarrollado allí, y que incluso después de las guerras, restos de humanidad habían regresado procedente de las islas del Pacífico, África y porciones del continente del sur. Pero aún existían zonas casi inexplorables.

Kana tenía esperanzas de que Hansu conociera más sobre aquel país de lo que decía y que ahora no caminaban al azar hacia lo desconocido. Quizás habían sido vistos y esperaban los que habían incendiado una parte del área deshabitada.

Pero se demostró que Hansu sabía hacia dónde iban cuando menos acertó por casualidad, pues el camino empezó a descender para cruzar un ancho río, y en el otro lado del río había campos de sembrados, amarillos bajo el sol. Los fugitivos atravesaron un puente y luego se detuvieron para quitarse sus trajes exhalando suspiros de alivio.

Aspiraron el rico aire terrestre con inefable placer. Kana no había sospechado jamás lo bueno que era hasta que tuvo que llenar sus pulmones con la fina materia de la atmósfera fronniana. Entre la bondad del aire y el tibio sol del verano, se sentía muy ligero desde la cabeza al corazón. Estaba de nuevo en su planeta y aquello era ahora lo más importante.

—Debe de haber una granja por aquí cerca —dijo Hansu—. Si pudiéramos encontrar allí una estación de radio... podríamos llamar a un helicóptero que nos condujera a Prime.

—¿Qué lejos cree usted que nos encontramos de Prime, señor?

—No muy lejos, según sospecho. Hay una sección parecida a esta justamente al norte del centro.

Marcharon a lo largo de la carretera entre campos color amarillo castaño que se extendían indefinidamente hasta el horizonte. Un atrevido conejo fue tras ellos durante un rato arrugando su hocico impulsado por la curiosidad, sobre sus cabezas los pájaros volaban en formación.

—Esto estaba completamente poblado antaño —murmuró Kana.

—Nuestros antepasados lo hacían todo muy rápidamente, lo mismo la vida que la muerte. Se desarrollaban rápidamente y se mataban rápidamente en sus guerras. ¡Ah! Aquí hay una granja.

El edificio estaba rodeado de árboles y se veía el brillo de un pequeño lago, un oasis de frescura en medio de la polvorienta y cálida luz amarilla. Kana sintió casi como si estuviera llegando a su casa, recordando tierras de labor de su país natal. Quizás estuvieran ya allí los recolectadores. El trigo estaba completamente maduro.

Pero en el edificio no había nadie. En las habitaciones y salas resonó el eco de sus pasos con la resonancia especial de las estancias vacías. Kana fue al almacén de víveres mientras Hansu buscaba la estación de radio. Más allá de la entrada posterior había una senda de fresca hierba que llevaba hacia el lago. Lirios amarillos y blancos formaban hileras a lo largo del sendero de piedra que iba hasta las frescas y verdes aguas. Otras flores blanqueaban las orillas del lago, y las más osadas, habían atravesado toda frontera y crecían entre la hierba.

Kana se sintió impulsado a seguir adelante. Corría una ligera brisa que le hacía cosquillas en el interior del cuello de su guerrera. Sin embargo, todo estaba muy tranquilo, tranquilo y pacífico.

Lentamente se desabrochó la guerrera, quitándosela con una sensación de alivio. Luego se bajó la camiseta. Había llegado hasta el borde del agua. Insectos de largas patas volaban alegremente por encima de la tranquila superficie del estanque. Los peces producían rápidas y negras sombras que apenas se percibían en el fondo del agua. Aquello era la paz, aquello era el hogar. Reinaba la tranquilidad y el olvido. Kana colocó una mano sobre el agua.

El Cuchillo de la Gracia, el triste brillo de su hoja metida en la vaina que había permanecido sobre su corazón durante todas aquellas semanas, descansaba ahora en la palma de su mano. El joven volvió su mano lentamente. El cuchillo resbaló, cayó en el oscuro barro, en el que quedó marcada su huella. Pero cuando Kana volvió a mirar, no vio nada. El cuchillo debía de haber quedado enterrado para siempre escondido a toda mirada. ¡Tal como debía de ser!

Ahora metió los dedos en el agua y sintió en su carne la sensación del líquido, una sensación de alivio, de paz. Quizás los sueños de Hansu sobre el futuro no se cumplirían jamás... Pero él había tomado una determinación. Si alguna vez volvía de nuevo a las estrellas, no sería como combatiente.

Una vez seguro de ello, Kana se alzó rápidamente y volvió al

edificio. Cuando abrió la nevera y trasladó comida a la cocina, tarareaba algo indefinido. Pero lo hacía con el corazón ligero. Había tenido suerte hasta entonces o por lo menos había regresado vivo. Habían llegado a la tierra y ahora sólo tenían que ponerse en contacto con Matthias en Prime. Kana alzó la cabeza sonriendo al ver que se aproximaba el maestro de espadas. Pero Hansu tenía el ceño fruncido.

—¿Ha podido usted ponerse en contacto, señor? —preguntó Kana, mientras ponía estofado en los platos.

—Sí. Y ha sido muy fácil, demasiado fácil.

—¿Demasiado fácil, señor?

—Bueno, fue como si estuvieran esperando la llamada. Así que no vamos a esperar el helicóptero.

Kana dejó la cazuela del estofado.

—¿Qué...?

—¿Qué es lo que me hace pensar esto? ¿Qué es lo que le hizo a usted sospechar una complicación antes de que aquella corriente casi le atrapara a usted en las montañas fronnianas? ¿Cómo sospechó usted que el Ventur tenía un escondite en el tejado del almacén? Un sexto sentido... o bien una advertencia misteriosa. ¡Cómo puedo saberlo! Pero sé perfectamente que no es prudente que nos quedemos aquí.

—Pero, señor nos pueden ver fácilmente en el campo abierto —dijo ofreciendo una débil protesta.

—Debe de haber un jopper en el depósito de aquí. Por lo general dejan uno o dos en cada granja.

Y Hansu entró en el cuarto donde se guardaban las máquinas.

De nuevo tuvo razón. Dos coches con el morro redondo y superficie aerodinámica se encontraban allí cubiertos con fundas, pero listos para ser utilizados. Fue trabajo de muy pocos minutos quitarles la cubierta, y antes de que Hansu entrara en uno de los vehículos, cogió un mono verde oscuro de un colgador que había en la pared y se lo arrojó a Kana, tomando otro igual para él. Sus uniformes de Mechs estaban ahora bien escondidos y ellos podrían pasar por hombres dedicados a trabajar en el campo.

El coche salió a la carretera y comenzó a comerse millas. Si venía algún helicóptero por arriba, no diferenciaría su coche de cualquier otro. Y muchos de los hombres que se ocupaban del

transporte llevaban su mismo corte de pelo. El camino de la granja les condujo a una carretera importante donde encontraron compañía. Camiones gigantescos transitaban por allí. Hansu aminoró la marcha, contento de perderse en el desfile que iba en aumento a medida que se aproximaban al aeropuerto espacial. La mayoría de los camiones, según observó Kana, llevaban suministros... para ser transportados por los caminos del espacio hacia los lugares donde estaban las Hordas y las Legiones. Desde hacía mucho tiempo se había dedicado la Tierra a la tarea de ofrecer mercenarios y atender las necesidades de éstos. ¿Qué sucedería si se presentaba un súbito cambio, si las Hordas y las Legiones no tenían ya razón de existir? ¿Cuánto se tardaría en volver a organizar este mundo, en encauzar la viva energía de sus habitantes en otro sentido?

Kana dormitó de cuando en cuando, sintiendo no haber probado aquel estofado, verdadera comida de la Tierra... con alimentos frescos... calientes... ¡Nada de raciones!

—¿Qué es lo que pasa?

Kana dio un respingo y abrió los ojos. Pero la pregunta de Hansu no había sido dirigida a él, sino al conductor sentado en la cabina de mando del camión que se había detenido junto a ellos. Se hallaban aprisionados en la larga fila de transportes y de coches detenidos.

El maestro de espadas obtuvo una rápida respuesta que Kana no pudo oír, el rostro del primero se puso tenso.

—Están llevando a efecto una inspección ahí delante. Una inspección extraordinaria.

—¿Cree usted que nos buscan a nosotros, señor?

—Podría ser, aunque debemos tener esperanzas de que busquen sólo a un delincuente de verdad.

Un delincuente de verdad era uno de los que traficaban ilegalmente con comidas y drogas, el tipo de criminal que la policía terrestre buscaba con mayor ahínco, y si la policía buscaba a tal individuo, sería inspeccionado cada noche y cada transporte de la fila y cada hombre tendría que mostrar su documentación. Una mirada a sus brazaletes o a los uniformes que llevaban bajo los monos, y serían detenidos en el acto. Entonces también ellos serían objeto de aquella caza general.

—¿No podemos apartarnos, señor, volver atrás de algún modo?

—Si lo intentamos ahora, nos delataríamos en el acto. Me gustaría saber quién está al mando de ese puesto. Según quien sea, supone una cosa u otra.

Si el comisario Matthias formaba parte de alguna misteriosa organización que luchaba por la libertad de la Tierra, como Hansu había dejado entrever, debía de haber otros que pensaran lo mismo que él esparcidos por todo el planeta, y entonces el maestro de espadas podría pedir ayuda a uno de ellos... si daba la casualidad de que estaba allí cumpliendo su servicio.

Unos hombres avanzaban por los lados de la carretera para ver lo que detenía el tráfico. Hansu les observó y salió del coche. Cuando se reunió a los demás simulaba una cojera bastante pronunciada en lugar de llevar el firme paso de los guerreros.

Kana también se aventuró a salir hasta el campo vecino, en un intento de ver lo que sucedía. Ciertamente se trataba de un puesto de inspección temporal. Los brillantes cascos plateados de la policía brillaban al sol. Pero llegó la última hora de la tarde, y cuando apareciera la oscuridad... si no tenían que desfilan ante el puesto hasta que fuera oscuro... Kana se volvió hacia los campos, observándolos y contemplándolos como una promesa de libertad.

Más adelante habían colocado luces de campamento, que iluminaban la carretera un cuarto de milla aproximadamente. Pero aquella iluminación no llegaba a donde el jopper estaba estacionado. El ruido de un coche le hizo volver la cabeza. ¡Así que los tenían atrapados, sin posibilidad de que pudieran escapar! ¡El coche era de la policía y se paseaba a lo largo de la hilera de vehículos!

Con ojos que habían sido entrenados desde su niñez para valorar tales problemas, Kana observó el paso del coche, en el que iban tres hombres. Con ayuda de su reloj calculó el tiempo que tardaban. Sí, parecían guardar el camino de una manera matemática. Era la trampa mejor preparada para cazar a un delincuente que había visto jamás, lo cual sugería que el delincuente era muy importante... cosa que Kana no creía, pues aquellos capitanes alquilaban en estos casos a otros para que corrieran el riesgo. Por lo tanto, la policía debía de andar buscando otra caza. ¿Qué otra caza? ¿A ellos?

Algunos de los conductores que habían ido hasta el puesto regresaban ahora llenos de quejas. Al parecer, ninguno de ellos había sacado nada en claro de la policía. Hansu venía con ellos.

—Hay una patrulla a lo largo de la carretera, señor —informó Kana.

—Sí —contestó el maestro de espadas haciéndole signos para que volviera a subir al coche—. Tenemos que hacer algo y pronto.

—¿Están buscando realmente a un delincuente, señor?

—Creo que nos están buscando a nosotros.

Kana sintió un súbito frío.

—Pero ¿por qué, señor? —inquirió—. La policía de la Tierra no nos detendría por orden del Control Central... no lo haría sin una orden de arresto especial, y les llevaría tiempo obtenerla.

—¡No me pregunte el cómo y el por qué! —exclamó Hansu irritado—. ¡Pero apuesto algo a que intentan evitar que nos pongamos en contacto con Matthias!

—Pues el que hace eso tiene influencia para mandar a la policía —dijo Kana—. Puede pasar tiempo antes de que nos cojan, señor. En la oscuridad... Esto es un punto en nuestro favor. Ahí delante están registrando a todas las personas hasta la piel.

Y ellos llevaban uniformes Mechs, que ahora no podían quitarse ni destruir.

Hansu abrió un pequeño departamento del coche y sacó el mapa del distrito que formaba parte del equipo de cada vehículo. Señaló con la punta del dedo las carreteras y luego inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, una profunda arruga entre sus cejas. El sol había casi desaparecido ya, pero la hilera de vehículos no se movía. Los conductores se reunían en las cunetas de la carretera y sus frases corrían por el aire. De cuando en cuando uno de ellos volvía hasta su jopper o su camión, probablemente para llamar desde allí a su patrón por radio-teléfono anunciándole que no podía avanzar.

—¿No podemos escapar de aquí, señor, aprovechando la oscuridad? —preguntó al fin Kana.

—Escapar de aquí, sí, estoy seguro de ello. Pero llegar hasta Prime ya es otra cuestión. Si nos andan buscando, deben de tener a Prime tan vigilado como si fuera una nave espacial. Karr, ¿qué le enseñaron a usted en la asignatura de historia antigua a propósito de las ciudades antes de ser voladas?

Aunque Kana no podía comprender qué tenía que ver con la situación actual la historia antigua, recitó obedientemente los pocos hechos de que se acordaba.

—Los antiguos construyeron edificios altísimos... que quedaban abiertos al cielo, sin cúpulas. Era una maravilla que los vientos no les echasen abajo.

—¿Y qué me dice usted sobre los subterráneos?

¿Subterráneos? Después de lo de las torres recordó los subterráneos. Durante las guerras atómicas muchos de los supervivientes habían vivido bajo tierra. Este modo de vivir no resultaba nada antiguo. Recordaba una conferencia que había escuchado en una calurosa tarde cuando él hubiese deseado estar al lado de un zacathan que admiraba mucho más que al aburrido instructor terrestre.

—Viajaban a veces bajo tierra, ¿no es cierto, señor? A través de tubos que corrían por debajo de sus ciudades.

Hansu hizo un movimiento con la cabeza.

—¿Qué están haciendo esos conductores?

Kana observó lo que sucedía en el campo a través del cristal de su lado.

—Están encendiendo una hoguera, señor. Creo que se disponen a comer sus raciones de emergencia.

El maestro de espadas cogió el mapa.

—Vamos a reunirnos con ellos, Karr. Mantenga la boca cerrada y los oídos abiertos y observe ese coche de la policía. Vamos a ver lo que esperan que suceda.

Algunos de los conductores refunfuñaban, pero otros consideraban la parada como un inesperado descanso.

Tras de haber hablado por su radio teléfono, se sentían libres de responsabilidad. Flotaba una atmósfera de tranquilidad en el ambiente mientras preparaban sus raciones.

—Sí. Yo llevo una cosa que ha de llegar a su hora. Pero si la policía dice que pare, paro, y que el amo se las entienda con ellos. Luego dirá que tenía que haber recuperado el tiempo perdido en la carretera.

Uno de sus compañeros sacudió la cabeza.

—No intente usted pasar por el camino del río. No es bueno por la noche. Desde que se inauguró esta nueva sección de carretera, no

han arreglado aquello y hay baches.

Hansu empezó a hablar en un grupo con el talante de quien se ha pasado la mitad de su vida adulta conduciendo uno de los transportes. Aquello era otro ejemplo de un buen enlace, según pensó Kana. En Fronn el maestro de espadas se había enfrentado con los Venturi y con los Llors como con sus iguales, y aquí se adaptaba a las maneras de otro clan, empleando su misma forma de hablar.

—¿El camino del río supone un atajo para ir a Prime? —preguntó aun pelirrojo.

—Sí —contestó el aludido, dirigiéndole una mirada escrutadora—. ¿Es usted nuevo en este distrito, compañero?

—Acabo de ser destinado a Prime. Traigo un jopper desde el oeste y no conozco este territorio.

—Bien, el río no es muy bueno, si usted no lo conoce. El camino es antiguo, parte de él anterior a la época atómica, o por lo menos así lo dicen. El verano pasado hubo allí unos individuos procedentes de Prime que estuvieron cavando para descubrir armatostes viejos. Pero le ahorra a usted de veinte a treinta millas, sólo que tiene fama de inseguro.

—¡Inseguro! —exclamó otro—. Es una trampa, Lari. Yo, diga lo que diga el amo, no me atrevería a pasar por allí en la oscuridad. No he olvidado el hoyo que vi, tan grande como para arrancar una rueda de su eje. Eso es lo que dejaron los que cavaron allí... Estuvieron tanto tiempo que dejaron como una habitación dentro. Pensarían que había algo importante.

—¿Y lo había? —preguntó Hansu afectando el interés adecuado.

—Quizás. Los hombres de Prime pensaron que aquello formaba parte de un túnel, pero no quedaron seguros. Pero usted podrá pasar si va muy lentamente y con los faros enfocados hacia abajo. Tendrá que girar hacia la izquierda a unas dos millas de aquí.

—¿Y no hay ningún otro hoyo?

—Tal vez. Hay algunas ruinas más allá. Ya le digo, cuando pasemos la barrera, coloque su jopper tras de mi transporte y yo le guiaré.

Hansu le dio las gracias imitando a un transportista y se mezcló en el grupo general donde la conversación giraba a propósito del incendio en el bosque que un conductor había visto aquella tarde.

Un momento después la mano del maestro de espadas se posaba sobre el brazo de Kana.

CAPÍTULO XVII

PRISIONEROS

—¿Y los vigilantes?

—Pasan a intervalos regulares, señor —contestó Kana sombríamente—. Nos exponemos a que nos vean.

—Sí. Si usted conociera este terreno, podríamos separarnos e intentarlo cada uno por nuestra cuenta.

—¿Y usted sí conoce el terreno, señor?

—Lo suficiente para creer que hemos encontrado una manera de llegar hasta Prime sin ser vistos. Una vez hayamos salido de aquí, se entiende.

—Lo que necesitaríamos hacer, señor, es separarnos...

—¡Hum!

El maestro de espadas podía estar o no estar conforme, pero su conferencia fue interrumpida por un grito procedente de la barrera y los conductores se esparcieron en busca de sus respectivos vehículos. Se tenía que hacer algún movimiento.

Kana subió al coche, incapaz de ver lo que sucedía. Pero a pesar de la oscuridad, la hoguera del campo iluminaba aquella zona, y si adelantaban, llegaría hasta la zona iluminada por las luces.

—¡Eh!

Hansu se inclinó en respuesta a aquel grito.

—Los que vayan en joppers pequeños que avancen por la derecha. Es la nueva orden. Esperen a encontrar un espacio libre y entonces salgan al campo.

¿Es que la policía había llegado hasta el punto de saber que los que buscaban iban en un jopper pequeño? Kana habría deseado, y no por primera vez durante aquel largo día, haber dispuesto de uno de los tanques Mech llevados por la nave espacial. Ahora se hallaba

sin armas... ni siquiera tenía el Cuchillo de Gracia.

Pero Hansu actuó. Del interior del pecho de su mono sacó un tubo de metal de tres pulgadas de largo. Lentamente, dio unos golpecitos en el tubo y lo metió bajo el extremo del panel de mandos. El camión que tenían delante avanzó varias yardas y Hansu dirigió su coche hacia la derecha al tiempo que daba una orden a su compañero:

—¡Levante el asiento por la parte de atrás y dispóngase a salir pitando!

Kana abrió su puerta y saltó, cayendo al suelo cuan largo era y poniéndose a rodar por él, arañándose la carne en su brutal avance. Al cabo de un momento logró avanzar arrastrándose. Continuaba apartándose de la carretera como un gusano cuando la noche fue iluminada por un relámpago de fuego seguida por una explosión. El ruido de la explosión fue seguido por un confuso griterío mientras el joven, que oyó pasar el coche de la policía en dirección al incendio, permaneció boca abajo e inmóvil.

Cuando la policía hubo pasado, Kana continuó arrastrándose y alejándose de la luz, dirigiéndose hacia un pequeño arroyo bordeado de sauces que había visto a primera hora de la tarde. Y aunque esperaba a cada momento ser descubierto, no lo fue, pudiendo llegar hasta la orilla, donde se dejó caer sobre un pie o cosa así de agua fría.

Volviéndose, se alzó un poco de forma que sus ojos quedaron al nivel de la carretera. El jopper, incendiado por la explosión que Hansu había provocado, ardía vivamente. La fila de camiones estaba atascada de nuevo y una multitud formaba círculo alrededor del fuego. Sin duda la estratagema había salido bien. Pero... ¿había tenido Hansu tanta suerte como él?

Kana se arrastró hacia el este a lo largo del arroyo. Prime se hallaba en aquella dirección y si él tenía que encontrarse de nuevo con el maestro de espadas, el encuentro se efectuaría por aquella ruta. Se dio cuenta de que algo se movía delante de él... Era un movimiento solapado, pero firme. ¿Hansu? ¿O algún policía que sospechaba lo que realmente había sucedido?

Kana se desabrochó el cinturón y se preparó para utilizarlo lo mismo que habría empleado en Fronn la correa del fusil. El que iba delante se detuvo. Hasta el oído de Kana llegó el más ligero de los

bisbiseos.

—¿Karr?

—¡Sí, señor!

—Por aquí...

Kana apresuró su marcha para reunirse con su compañero. Pasaron por un lugar muy lejano de donde se encontraba la barrera de la policía y donde la luz de las lámparas eclipsaba la del fuego. Y luego se arrastraron casi por el agua hasta que la iluminación quedó atrás. Hansu se mantuvo por su camino del arroyo, no abandonándolo hasta que un montículo y una curva del camino hizo que quedaran fuera de la vista la barrera y la carretera.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Kana mientras se apartaban de la orilla y se metían tras una pantalla de árboles y de arbustos.

—Hacia la carretera que mencionó aquel conductor.

El maestro de espadas avanzaba ahora a paso más lento y llevaba su brazo derecho pegado al cuerpo, sujeto por la mano izquierda.

—¿Está usted herido, señor?

—Sólo una pequeña quemadura. Tenía que poner la colchoneta del asiento hacia arriba antes de saltar.

Kana comprendió ahora. Contemplados por los que no se atrevían a aproximarse demasiado al jopper que ardía, las colchonetas elevadas podían ser tomadas por dos ocupantes atrapados en el interior.

—¿Puedo ver su quemadura, señor?

—Más tarde...

Hansu tenía prisa en poner la mayor distancia posible entre ellos y la policía.

El «más tarde» se transformó en bastante tiempo. El sentido de orientación del maestro de espadas y su estudio del mapa les condujeron hasta un camino más estrecho que comunicaba con la carretera principal hacia el sur. Como por aquel camino había poco tráfico, o ninguno, se atrevieron a avanzar por él abiertamente, caminando más rápidos, a pesar de haber más distancia, por la razón de que era mejor terreno.

La luna estaba ya alta cuando Hansu se detuvo. Empezó a girar como si estuviera sobre un eje, acabando por trazar un semicírculo.

Y Kana, imitándole, vio lo que su jefe buscaba: unas trincheras abiertas en la tierra muy cerca del camino.

—Su linterna...

Hansu dijo las dos palabras como si le costara un verdadero esfuerzo pronunciarlas. Kana sacó su linterna, la dirigió hacia abajo y enfocó el rayo de luz sobre la más cercana de las trincheras. En el fondo de la excavación se veían ladrillos rotos. Aquello debían ser las ruinas mencionadas por el conductor. Hansu contó las trincheras en voz alta:

—... cuatro... cinco... seis... Esa. La sexta de la derecha.

Kana enfocó con su linterna la trinchera número seis, y cuando el rayo de luz llegó a las viejas piedras del fondo, Hansu, torpemente, se introdujo en el hoyo. El joven siguió tras el maestro de espadas, intentando caminar sobre los rotos ladrillos empotrados en la tierra. Aunque no tenía idea de lo que su compañero andaba buscando, sabía que no debía hacer preguntas.

Aquella trinchera era más larga que las otras y se apartaba bastante de la carretera, pero al fin llegaron ante un montón de arbustos secos y de piedras que señalaban el final de la excavación. Hansu apartó los arbustos y piedras con su mano izquierda y Kana se adelantó a ayudarlo. Cuando lo apartaron todo, apareció un negro agujero.

—¿Qué...? —empezó a decir Kana.

—Caminos bajo tierra... que van hasta Prime... Son de los viejos tiempos...

La respuesta de Hansu se rompía en extrañas pausas, y Kana enfocó su linterna hacia el rostro del maestro de espadas. En él el sudor se mezclaba a la suciedad y al polvo, y bajo todo esto, Hansu tenía la expresión de un hombre que se forzaba a sí mismo a mantenerse en pie.

Pero Kana pensó que no era tiempo de ofrecer ayuda. Hizo que su luz se deslizara de nuevo hacia el agujero y a continuación penetró en lo que claramente se veía que era un túnel hecho por la mano del hombre. Bajo sus botas había dos cintas de polvo que en un tiempo debían haber sido raíles de metal.

Aquellos antiguos túneles eran a menudo casi trampas mortales. Los dos guerreros atravesaron corredores de menos importancia que desembocaban en él. Aquello debía haber sido en su tiempo un gran

acceso a Prime, mejor dicho, al ahora casi olvidado aeropuerto sobre cuyas ruinas había sido levantando Prime.

—¿Falta mucho...?

—No lo sé —contestó Hansu, que seguía caminando mecánicamente—. Yo había oído hablar de esto. Quizás podamos establecer contacto con los conjurados... Quizás nos encuentre uno de sus coches...

Esto no tenía el menor sentido para Kana, pero el joven no preguntó nada. Empezaba a sospechar, sin embargo, que lo que Hansu llamaba «conjurados» debían de pertenecer a la misteriosa organización, dentro de la de los combatientes, de la que Matthias era probablemente el jefe. Pero por qué pensaba encontrarse con ellos el jefe resultaba un acertijo insoluble.

Franquearon una curva, un ancho espacio que ahora mostraba huellas no de dos raíles, sino de cuatro, y penetraron en un espacio en el que sus pisadas producían un hondo eco y en el que el rayo de la linterna de Kana se perdía en la oscuridad. Kana dio toda la potencia a la linterna y enfocó el rayo hacia las paredes, descubriendo un oscuro arco que daba entrada a otro lugar. Este nuevo lugar era un vasto círculo, el centro de una tela de araña de caminos que llevaban a todos los puntos cardinales. ¿Cuál de aquellos caminos elegirían? Al parecer eran todos exactamente iguales.

La inquietud que Kana había experimentado siempre cuando se hallaba confinado en un espacio pequeño la sintió ahora también... a pesar de que la zona de las vías que se entrecruzaban era muy amplia. Pero más allá del límite del rayo de su linterna la oscuridad tenía una densidad casi tangible, como si en realidad estuviesen enterrados muy hondo, lejos de la superficie de la tierra, y no tuvieran esperanzas de alcanzar de nuevo al aire libre. El olor a humedad de la tierra llevaba con él otros ligeros olores que a Kana le recordaran cosas pasadas. Y ahora que se habían detenido, el joven tuvo la seguridad de que oía, no muy lejos, el ruido de agua que corría.

—¿En qué dirección ahora? —preguntó.

Su disgusto ante la oscuridad, ante la idea de hallarse encerrado bajo toneladas de tierra, le arrancó aquella impaciente pregunta.

Hansu gruñó algo, pero no contestó. Kana, mientras tanto,

continuaba señalando los extremos del círculo con el rayo en movimiento de su linterna.

Su problema tuvo una solución súbita y teatral. De uno de los arcos que desembocaban en aquella especie de plaza, Kana no supo de cuál, llegó un rumor apagado que empezó como un zumbido y fue creciendo hasta parecer el de una sirena que se aproximaba a ellos. El joven cogió el brazo de Hansu para retirarse ambos por uno de los otros pasillos, intentando buscar un escondite desde donde investigaran de qué se trataba.

Pero era ya demasiado tarde. Les habían atrapado... alcanzados por un ancho rayo de luz que les hizo cerrar los ojos cual si se tratase de fuego. Y de atrás del manantial de aquella luz deslumbrante surgió una orden que ellos no se atrevieron a desobedecer:

—¡Arriba las manos... y quédense en donde están!

Descorazonado, Kana obedeció. Estaban indefensos, eran prisioneros desarmados.

Aquella captura tuvo una lógica conclusión... como ya podía haber supuesto, según pensó Kana amargamente poco tiempo después. La pared que había enfrente del camastro en donde se hallaba sentado era lisa, sólida, de color gris, sin un punto, sin una resquebrajadura que distrajera sus ojos o diera pie a que su imaginación pensara en algo y así aliviara la monotonía de un tiempo que ya no estaba dividido en minutos, en horas, en días... ni siquiera en semanas.

Incluso la luz indirecta de su celda aparecía y desaparecía a intervalos que carecían de regularidad, así que el joven no podía medir el tiempo por aquello. Cuando tenía hambre, abría la puerta de un pequeño armario que había tras del lecho y sacaba de él unas cápsulas y un vaso de agua que encontraba allí. No tenía la menor idea de cómo colocaban todo aquello en aquel lugar.

El continuo silencio era lo peor. El silencio era como una tupida manta con la que luchaba hasta que sus nervios quedaban tensos, y el joven se paseaba de un lado a otro haciendo ejercicios frenéticos para cansarse físicamente y poder dormir alguna de aquellas inacabables horas. Había caído en una trampa de la que no podía escapar. Y lo peor era que sabía que llegaría el tiempo en que no podría erigir más barreras contra el silencio, en que el demonio a

quien él tenía más miedo se presentaría para alojarse en su mente.

El mundo entero estaba encerrado en aquella celda sin ventanas ni puertas situada en los cimientos de Prime. Las funciones de la habitación eran enteramente automáticas. Kana podía ser olvidado por sus aprehensores humanos. Podía ser dejado allí durante incontables años. Y, sin embargo, él seguiría recibiendo raciones de comida. La luz volvería a venir y a marcharse de acuerdo con algún raro mecanismo de la máquina. Pero él habría cesado de vivir...

Cuando sus pensamientos se centraban en aquel tema, Kana tenía que luchar para mantener el dominio de sí mismo, para pensar en algo más. Si por lo menos dispusiera de un magnetofón o recado de escribir... Pero tan absurdo era pensar en esto como en la libertad. Ni siquiera sabía si ya había sido juzgado y condenado o si aún estaba esperando el juicio.

Hansu se había equivocado de medio a medio al pensar que los pasillos secretos de Prime eran desconocidos para los oficiales de combate. Había un agente del Control Central en el grupo que les recibió cuando fueron subidos desde el vehículo con railes hasta el lugar brillantemente iluminado debajo del edificio del Estado Mayor.

Se habían hecho con ellos sin la menor lucha. Kana se preguntó sombríamente qué le habría sucedido a Hansu. La última vez había visto al maestro de espadas en la sala de interrogatorios, donde les separaron.

Aquellos especialistas del interrogatorio no eran salvajes en sus métodos. El empleo de la tortura para soltar la lengua de los presos tercios había sido desterrado hacía mucho tiempo. Kana sabía que después de tomar ciertas drogas que le dieron, un hombre no podía mantener nada secreto. Así que debió de contar todos los secretos de su vida. Cuando recobró el conocimiento estaba allí, con solo unos cortos pantalones por todo vestido, y sabía que permanecía allí desde entonces.

Ahora se dedicó a la tarea que se había impuesto entre comida y comida. Intentaba recordar todos los estudios

H-Tee

que se había aprendido en otro tiempo. Algunas veces lograba olvidar su situación con aquella labor mental durante varios minutos.

«Zacan —dijo la palabra lentamente intentando dar el propio sonido ceceante—, es un planeta parecido a la Tierra. La masa de tierra continental se compone en su mayor parte de archipiélagos. La más grande de estas islas es Zorodal. La ciudad de Zorodal fue fundada por primera vez durante el reinado casi mítico de los Cinco Reyes, ahora un período casi legendario. Las excavaciones arqueológicas han demostrado como ciertas algunas de las leyendas y que allí se encuentran los restos de por lo menos diez civilizaciones, todas en el mismo lugar. A veces con un lapso de mil años entre la caída de una y la ascensión de la otra. Los Zacathans son de una raza de reptiles parecidos a las formas del lagarto de la Tierra. El tiempo de su vida sobrepasa muchas veces el tiempo de la vida de un hombre. No son agresivos. Se dedican a estudios contemplativos y sienten gran interés por los estudios históricos, produciendo muchos historiadores y filósofos de importancia...».

Se oyó un chasquido y un espacio cuadrado de la pared que había enfrente de él quedó vacío, como una boca abierta. En el interior había una maleta militar. Por un momento Kana frunció el ceño. Luego sus manos avanzaron y cogieron la maleta, temeroso de que aquello fuera simplemente una burla y desapareciera.

Se trataba de una maleta militar conteniendo un uniforme nuevo y completo de guerrero de tercera clase. Sus manos temblaban todavía cuando comenzó a vestirse. Aquello debía de significar que por lo menos iba a salir de la celda. ¿Irían a juzgarle?... ¿A devolverle al servicio? ¿O...? No acertaba a abrocharse los ojaes y los cierres. Pero al fin estuvo vestido. Sólo le faltaba la espada, pues la vaina de su nuevo cinturón colgaba vacía. Y no tenía cuchillo de Gracia.

Se estaba abrochando el barboquejo de su casco cuando se abrió una abertura en la pared a su misma altura y Kana salió a un corredor. Le rodearon un grupo de guardianes, dos delante y dos detrás. El joven se preguntó si debía sentirse halagado por el tamaño de aquella escolta. Pero comenzó a andar al paso de ellos, sabiendo que era inútil formular ninguna pregunta.

Un ascensor les subió rápidamente, pasando piso tras piso del departamento administrativo del Estados Mayor. Cuando llegaron a su destino, se encontraron en un ancho pasillo de uno de los pisos de la Plana Mayor. Murales que representaban escenas de otros

mundos en donde Hordas y Legiones hicieron o deshicieron la historia alternaban con ventanas que proporcionaron a Kana los primeros paisajes de la Tierra desde que se había metido bajo ella. Era media mañana, según le pareció, y abajo se veía la bahía y el mar. La tradición decía que las antiguas ruinas que fueron la base de Prime eran simplemente los bordes exteriores de una antigua gran ciudad que se había alzado en una isla en aquella bahía, una ciudad que el mar había destruido durante las guerras atómicas. Unos helicópteros mantenían un denso tráfico entre los edificios y ahora se hallaban a lo largo de la costa. Era justamente la misma clase de viaje que había hecho antes de entrar por primera vez en la sala de reclutamiento para aceptar el alistamiento en la Horda de Yorke.

Pero la guardia no le dejó tiempo de mirar por la ventana ni de pensar filosóficamente en el pasado. Fue conducido hasta una sala de audiencias. Allí se encontró frente a un tribunal. Peces gordos... de los más gordos. Tres de los cuatro Consejeros de Combate formaban parte del Tribunal. Y el cuarto y el quinto miembros eran un agente del Control Central y un oficial de la Patrulla Galáctica. Por su uniforme, un jefe de un subsector. Kana se puso tenso. Hizo el anuncio de ritual.

—Kana Karr, guerrero de tercera clase, alistado en la Horda de Yorke, lugar de servicio: Fronn.

¿Y Hansu? ¿En dónde estaba Hansu? ¿Por qué les juzgaban por separado? Kana habría deseado más que nada en aquel momento sostener una conversación con el maestro de espadas, pues acababa de hacer otro descubrimiento más extraño que el anterior: uno de los oficiales de combate que tenía enfrente, era Matthias, el mismo Matthias que Hansu estaba tan seguro que sería su protector y lucharía a su lado si podían llegar hasta él.

El rostro de los oficiales de combate permanecía impassible. Pero el agente del Control Central, uno procedente de Arturo, con su capa de brillante escarlata y oro, que resultaba muy llamativa al lado de los uniformes de color gris verdoso de los terrestres, se agitaba impaciente en su silla, como si deseara activar el asunto y no se atreviera a hacerlo, mientras que su compañero extranjero, el oficial de patrulla, afectaba, en contraste con él, un gran aburrimiento.

Entonces vio Kana lo que había ante el oficial superior de Combate: una espada Arch. Aquello contestaba a una de sus preguntas. Había sido conducido allí para cumplir la sentencia. Había sido condenado sin concederle una oportunidad de hablar en su propia defensa. Pero ¿cómo podían hacer esto? Los interrogadores le habían sacado la verdad completa sobre él. Aquellos hombres debían de saber lo de la matanza de Fronn, lo de la extraña escena amañada junto a la nave espacial, así como todo lo demás que había sucedido. Lo sabían todo como si hubieran sido testigos de los acontecimientos. ¿Cómo podían entonces...?

—Por hacer convenios con otras razas contra todos los reglamentos —empezó el presidente—, por apartarse de sus camaradas en otro mundo, por robo de un crucero perteneciente a la Patrulla Galáctica, usted, Kana Karr, guerrero de tercera clase, perteneciente a los Archs, es declarado desde ahora no apto para el servicio espacial. Queda usted desposeído de toda paga y privilegio de combate y será enviado a los grupos de labor para el resto de su vida.

La disciplina le mantuvo firme. ¡Pertenecer a los grupos de labor para el resto de su vida!... Lo más cercano a la esclavitud... Una fiera y ciega ira se despertó dentro de él... Iba a decir a aquellos diablos de rostro helado unas cuantas verdades antes de que le sacaran de allí. Y no estaba aún en los grupos de labor. ¡Aún no lo estaba!

Cuando habló no lo hizo a sus oficiales superiores, sino directamente al agente del Control Central.

—He aprendido a conocerles a ustedes... a ustedes y a los de su raza —dijo lentamente con los dientes apretados.

Su antigua y viva sangre, la que había impulsado a sus antepasados malayos a iniciar una batalla manejando un bolo, podía haberse suavizado por el cruzamiento con otras razas más pacíficas, pero en él se mantenía con idéntica viveza.

—Ustedes pueden obligar ahora a los terrestres a que les obedezcan. Pero algún día lo pagarán junto con toda su raza.

El blanco rostro del de Arturo no cambió de expresión. Sólo que ahora permanecía inmóvil, sus largos ojos tan estrechos como rayas, un pájaro de presa disponiéndose a atacar.

—¿Durante cuánto tiempo creen ustedes —dijo Kana

dirigiéndose ahora a los terrestres— que podrán encubrir tales amaños? ¿Saben ustedes por mis declaraciones, las hiciera drogado o no, lo que nos están haciendo a nosotros allá? Yo... —hizo una pausa hasta que estuvo seguro de que su voz era de nuevo firme—. Yo di la Gracia a Deke Mills después que oí lo que tuvo que decirme. Ustedes saben, todos ustedes, lo que él tenía que decirme. Somos hombres luchadores... aunque sólo mercenarios que vendemos nuestra habilidad a los demás. ¿No es tiempo ya de que empecemos a luchar... contra los asesinos?

Dedicó la última acusación directamente al de Arturo y al oficial de Patrulla.

Kana trataba de elegir las palabras adecuadas, hacer que su ira se expresara con exactitud. Luego cambió su estado de ánimo. ¿Por qué pronunciar frases que no producían el menor efecto en la impasibilidad de los jueces cuando lo que deseaba era saltar sobre la mesa entre ellos y encontrar la carne del de Arturo bajo su puño? ¿De qué servía hablar? Nada de lo que dijese, de lo que pudiera decir, les llegaría a lo vivo ni estropearía la compostura de aquel traidor Matthias.

Levantó la mano en señal de saludo y dio media vuelta para alinearse con la guardia que estaba esperando. ¿Le conducirían de nuevo a la celda bajo tierra? Que lo intentasen. Estaba determinado a escapar de algún modo, como pudiera, durante el camino.

Hansu... Si le habían condenado a él a pasar toda la vida en los grupos de labor, al maestro de espadas debían de haberle ejecutado. ¡Qué equivocado había estado Hansu al pensar que Matthias les ayudaría en la nueva etapa que iba a amanecer! Con Matthias dispuesto a traicionarles, los rebeldes no hubieran tenido jamás una sombra de esperanza.

Volvieron al ascensor y bajaron, pero no a las celdas. En lugar de ello, Kana fue escoltado hasta una pequeña habitación junto al gran corredor próximo a la entrada del edificio... Estuvo seguro de esto cuando vio el constante flujo de combatientes que penetraban en el vestíbulo. Excepto un centinela que habían dejado en la puerta, Kana estaba solo... ¿Para esperar? ¡No! Para actuar.

CAPÍTULO XVIII

¡GUARDIA ESTELAR, NO!

La mente de Kana trabajó activamente en el examen de la situación. Estaba vestido de uniforme, salvo las armas que le faltaban. De no haber sido por el centinela, hubiera podido salir sencillamente de aquella habitación, reunirse a la multitud del vestíbulo y abandonar el edificio antes de que fuera dada la alarma. Una vez libre podría encontrar un camino para salir de la ciudad. Pero quedaba el problema del centinela.

Observó al hombre con disimulo. El individuo contuvo un bostezo. Estaba claro que no esperaba que el prisionero le diera ningún disgusto, y aquélla no era una habitación para detenidos, sino más bien una sala de espera para visitantes de poca graduación. El banco donde Kana estaba sentado se hallaba tapizado y había un anunciador de metal en la pared de su izquierda, fuera de la vista desde el exterior. La atención del guardián era a menudo atraída por lo que sucedía al otro lado de la puerta. Los ojos de Kana se fijaron en el anunciador. ¿Habría algún medio de utilizar aquello? Habría que realizar una pequeña improvisación. Kana esperó a que la atención del guardia fuera atraída por algo que sucedía en el corredor y se puso en pie:

—¡Rojo alerta! —gritó como asustado.

El guardia dio media vuelta, avanzó un paso hacia el interior y contempló el cuadro anunciador.

—Yo no veo nada —empezó a decir, y lanzó una amarga mirada a Kana, como si estuviera enfadado por haberse visto obligado a hablar con el cautivo contraviniendo órdenes expresas.

—¡Estaba rojo alerta! —insistió Kana, señalando el cuadro.

El guardia, intranquilo, se aproximó de nuevo al cuadro. Si en la

pantalla había aparecido una señal roja... entonces su deber estaba claro: tenía que llamar a su vez pidiendo instrucciones, aunque no estaba seguro del todo de que hubiese aparecido la señal.

—Mantenga su arma apuntada hacia mí —insistió Kana—. ¡Le digo que ha salido el rojo de alerta!

El guardia cogió su arma y la apuntó hacia Kana. Luego, con la espalda apoyada contra la pared y sus ojos sobre el preso, avanzó como los cangrejos hacia la pantalla.

—¡Siéntese! —gritó a Kana.

Éste cayó sobre el banco, pero su cuerpo estaba tenso y sus músculos dispuestos.

Tenía que aprovechar un solo segundo, cuando el guardia se volviera a medias para pulsar el botón de las preguntas, situado en la parte baja de la pantalla, si se podía mover entonces.

Llegó el momento, y la cabeza del guardia se volvió durante una fracción de segundo. Kana entonces se echó hacia delante casi al nivel del suelo. Sus hombros chocaron contra las rodillas del guardia y se oyó un crujido cuando la cabeza del hombre dio contra la pantalla y penetró dentro de ella debido al impulso del ataque. El joven se puso en pie, listo para proseguir la lucha, pero el cuerpo que tenía debajo de él permanecía inerte.

Un poco sorprendido por aquella suerte fenomenal —el individuo debía de haber quedado conmocionado al chocar su cabeza contra la pantalla—. Kana se puso de rodillas y rápidamente se apoderó de la espada y del fusil del guardia. Pero un momento más tarde abandonó a regañadientes el fusil. Sólo un combatiente de ínfima graduación podía ir tan armado, y habría llamado la atención en la calle si le hubieran visto con semejante arma. Envainó la espada... y esperó que la suerte continuara siéndole propicia.

El postrado guardia, atado con sus propias correas y amordazado con una gruesa tira de tela arrancada de su ropa interior, fue colocado por Kana debajo del banco, fuera del punto de mira de cualquier mirada casual lanzada desde la puerta. Luego Kana se arregló su uniforme, se puso el casco que había perdido durante la breve lucha y respirando profundamente, salió al corredor, cerrando tras sí la puerta de la sala de espera. Podía disponer de cinco minutos, quizá más, antes de que la caza diera comienzo. Ahora

llevaba de nuevo una espada y no se distinguía de cualquier otro de entre los centenares de Archs que transitaban por las calles de la ciudad.

Las calles de la ciudad... Contra más pronto saliera de ellas, tanto mejor. Aquella fuga había sido pura improvisación y quizá tuviera éxito debido a esto, pero deseaba alejarse de la ciudad todo lo deprisa que le fuera posible. Atravesó el resto del corredor con el rápido paso de un hombre que va a cumplir un deber oficial y salió del edificio por una puerta que daba a un lugar de aterrizaje de helicópteros situado a unos veinte pisos por encima del nivel del suelo. Una de aquellas máquinas que parecían dragones voladores acababa de depositar a un veterano en el lugar de aterrizaje y estaba a punto de elevarse de nuevo cuando Kana le hizo una señal con la mano. El piloto le esperó impacientemente.

—¿A dónde? —preguntó al joven.

Era una lástima que no conociera a fondo la geografía de la ciudad. Pero estaba seguro de que no le habría servido de nada el aeropuerto espacial ni ninguno de los aeropuertos transcontinentales... ya que todos estarían bien guardados, pues la alarma llegaría en seguida hasta ellos en cuanto se descubriera su huida. Un poco desorientado ante la pregunta del piloto, dio como su lugar de destino el único lugar de la ciudad donde había estado antes:

—Al departamento de contratación.

El aparato se elevó, avanzando hacia el oeste mientras Kana trataba de identificar los puntos que distinguía de la ciudad. ¿Sería posible la huida por mar? Sólo cinco carreteras partían de la ciudad, y en cada una de ellas había una barrera con patrullas en donde los vehículos eran registrados.

—Ya estamos.

El helicóptero se posó en el lugar de aterrizaje del departamento de contratación. Kana dio sucintamente las gracias al piloto y tomó el ascensor que bajaba, dirigiéndose no a la sala en sí ni a ninguno de los pisos donde los oficiales de alistamiento tenían sus dependencias, sino directamente al único lugar que le podía ofrecer, además de protección durante un rato, ayuda para planear su siguiente movimiento.

La sala de informes se hallaba tan tranquila como la primera vez

que el joven había atravesado sus silenciosas puertas. Uno de los departamentos, el más cercano a la puerta, estaba iluminado, lo que significaba que se hallaba ocupado, pero los demás estaban oscuros... Kana hizo salir cuatro informes en rápida sucesión y con ellos en la mano marchó hasta el último departamento de la hierba. Colocó sus informes en la máquina y se retrepó en el sillón.

Tres cuartos de hora más tarde el último informe había llegado a su fin. Y el joven poseía ahora dos posibles respuestas para su dilema. Detuvo la máquina, pero no abandonó su asiento. Bien, por lo menos se le ofrecía una elección. Un súbito impulso le hizo ir hasta la puerta del departamento y observar la habitación. El departamento que antes estaba ocupado estaba ahora a oscuras. Pero se utilizaban tres más.

¿No era esto sospechoso? ¿No demostraba un desacostumbrado interés por el estudio? ¿O sería tal vez que se preparaba una gran expedición?

De todos modos, no era fácil que le buscasen allí. El movimiento lógico de uno que quisiera huir sería el de salir de la ciudad lo más pronto posible. Por supuesto no le buscarían en la sala de los archivos de informes.

Dos caminos... Volvió a reflexionar sobre el problema mientras tomaba asiento de nuevo en el departamento mirando hacia el techo sin ver nada e intentando trazarse un plan. El mar... Kana sabía nadar, aunque últimamente no había practicado mucho. El otro camino eran los corredores subterráneos construidos por los antiguos. La policía pensaría que habiendo sido capturado en los subterráneos no se dirigiría por segunda vez a aquel laberinto de pasillos.

Tenía hambre. El régimen cuidadosamente equilibrado que le aplicaban en la prisión no estaba pensado para acumular energías. Pero el joven no se atrevía a entrar en el comedor de allí, ya que no le era posible enseñar el brazalete, el cual le denunciaría en el acto. Lo primero era lo primero. Que él se viera fuera de la ciudad... y entonces se preocuparía por la comida. Salir de la ciudad... Las dos tentativas se alzaban aún ante él.

Continuar sentado allí no le servía de nada. Había absorbido toda la información precisa. Era tiempo de marcharse. Y en un segundo Kana tomó una decisión.

El edificio más antiguo de la moderna ciudad de Prime era el Museo de Historia. Como la Historia no era un tema popular para la mayoría de la gente de la Tierra, el edificio no estaba nunca muy lleno de público. Pero, según uno de los informes que Kana acababa de consultar, había sido erigido sobre los cimientos de una estructura anterior a la guerra atómica. Por lo tanto, podría tal vez suministrar una entrada a los antiguos caminos subterráneos que pasaban cerca de todos los edificios durante aquella era. Esto suponía una oportunidad entre mil. Pero el joven había sido entrenado para asirse a tales oportunidades.

Kana cogió los informes y dejó el departamento. Otros tres estaban aún ocupados y el joven se apresuró a pasar ante sus puertas. Dejó los informes en su sitio y salió de la sala y del edificio, esforzándose en no aparentar prisa y en andar con naturalidad. Por suerte, el edificio que buscaba se encontraba sólo a tres manzanas de allí. Su uniforme le envolvía, por las calles, en el anonimato.

Después de bajar las cuatro amplias gradas que llevaban a la calle, se dio cuenta de que tras él se oía el claqueteo de pisadas. Alguien que tenía prisa. Apresuró el paso y se metió el pulgar en su cinturón, no muy lejos de la empuñadura de su espada. Si le acorralaban, lucharía. Era mejor morir de pronto que vivir toda la vida en un campo de labor.

Una mano le cogió por el codo, apartando sus dedos de la empuñadura de la espada antes de que la pudiera coger. A su derecha y a su izquierda, Archs, de rostro sombrío marchaban a su paso.

—Siga marchando... —le ordenaron.

Kana obedeció mecánicamente, con sus ojos fijos ante sí. Pero no le llevaban al Estado Mayor. Ningún helicóptero fue llamado para que recogiera a guardianes y prisionero. Y continuaron su camino hacia el Museo.

Incapaz de sospechar lo que ahora iba a suceder, Kana se limitó a seguir marchando entre sus silenciosos compañeros. Para cualquiera que pasara eran tres amigos que se paseaban por Prime.

Cuando llegaron ante la entrada del Museo, el hombre que había detenido su brazo con la mano habló:

—Entre aquí.

Completamente aturdido, Kana dio media vuelta y penetró en el

edificio. Los otros dos le siguieron. No encontraron a nadie en la amplia sala donde se veían estantes que contenían reliquias preatómicas desenterradas en los alrededores. Nadie apareció tampoco mientras descendían por una rampa que llevaba a los subterráneos situados bajo la calle.

Aquel súbito percance cuando ya se creía seguro, fue un golpe capaz de trastornar a cualquiera. Pero ahora Kana se estaba recobrando, y reunía toda su energía para intentar otra huida a la primera oportunidad. Pero... ¿por qué le habían conducido allí? ¿Es que aquellos hombres se hallaban bajo la impresión de que él pertenecía a alguna organización secreta —la mencionada por Hansu— y esperaban que les condujese hasta sus camaradas? En Kana la curiosidad reemplazó pronto a la sorpresa, y el joven se resignó a esperar a que se dieran a conocer de un modo u otro.

Más salas, más objetos que se exhibían, y luego unas habitaciones con hileras de carpetas y archivos. En una o dos ocasiones encontraron a un hombre trabajando en una mesa escritorio o con las carpetas, pero ninguno de ellos levantó la cabeza ni pareció reparar en Kana y su escolta. Para aquellos empleados, los tres parecían ser invisibles.

Continuaron marchando hasta que llegaron al final del dédalo de habitaciones, una ancha pieza llena de maquinaria que tanto podía servir para calentar como para refrigerar el aire. Entonces el guardián que marchaba a la izquierda de Kana se adelantó algunos pasos, pasando por entre la maquinaria, y abrió una puertecita disimulada que salía a un tramo de escalones que iba hacia abajo, hasta un lugar tenuemente alumbrado donde algunos pequeños vehículos sobre raíles se hallaban colocados sobre una plataforma.

Se veían a unos hombres que cargaban grandes paquetes en los camiones. Pero tampoco miraron estos hombres a los tres Archs.

—Adentro.

Un tieso dedo dio énfasis a la orden, y Kana subió a un vehículo que no estaba cargado, sentándose en un pequeño asiento. Uno de sus compañeros ocupó un asiento todavía más pequeño enfrente de él. El otro se sentó junto al segundo. El vehículo empezó a andar, ganando velocidad sobre los raíles, adentrándose rápidamente en la semioscuridad de un túnel.

¿Marchaban hacia el Estado Mayor? Pero... ¿por qué viajar bajo

tierra cuando hubiera sido mucho más fácil llamar a un helicóptero y hacer el breve trayecto al aire libre? Cuando pasaron los minutos, Kana empezó a sospechar que con aquella velocidad debían encontrarse ya no solamente más allá del Estado Mayor, sino que se aproximaban a los mismos límites de Prime. Su confusión era enorme. Debían encontrarse ya bajo la orilla de la bahía o bien muy hacia el interior cuando el vehículo se detuvo junto a una segunda plataforma y los guardias le ordenaron que saliera.

No ascendieron, sino que anduvieron a lo largo de un iluminado corredor hasta un lugar donde se estaba trabajando. También allí había habitaciones con archivos y algunos escritorios con hombres que trabajaban en ellos.

—Entre aquí.

De nuevo obedeció Kana, y penetró en una habitación... quedando asombrado ante lo que vio.

—Tres horas y diez minutos —dijo Hansu consultando su reloj.

Luego se volvió hacia el hombre que tenía a su lado y que vestía uniforme de comisario.

—Pague la apuesta, Matt. Ya le dije que podría hacerlo. Sólo que un poco lento... Pero estaba completamente seguro. ¡Conozco a mi hombre!

El otro sacó una moneda de la bolsa de su cinturón y solemnemente se la entregó a Hansu. Kana cerró la boca, pues el pez gordo que había depositado aquella pieza de metal en la palma de la mano del maestro de espada le había sentenciado a él no hacía mucho tiempo, con un rostro de granito, a trabajar en el campo durante toda su vida.

La atención de Hansu volvió de nuevo a Kana.

—Muy vivo para ser un hombre muerto —fue el extraño comentario del maestro de espada—. Usted fue muerto hace una hora cuando intentó subir a bordo de un transporte que iba a las Islas —dijo señalándole con un dedo acusador.

Por segunda vez Kana abrió la boca y esta vez fue capaz de hablar:

—Interesante... si fuera cierto... señor...

Hansu sonreía con una alegría que Kana no le había conocido nunca.

—Una divertida aventura teatral —dijo, aunque su explicación

no tenía sentido—. Bienvenido a Prime... al verdadero Prime, y aquí le presento a su gobernador, el jefe Matthias.

—Aprovecha usted bien sus oportunidades, hijo —dijo el jefe asintiendo con la cabeza—. La huída la realizó usted con tanta suavidad como si la hubiese ensayado.

—Ya se lo dije —exclamó Hansu—. Es tan bueno como para alistarle en nuestras filas.

Kana empezó a comprender por qué había sido dejado en aquella sala de espera en el Estado Mayor y por qué había podido burlar tan fácilmente al centinela.

—Prepararon ustedes la huida —dijo casi en tono de acusación—. ¿No es así?

—No. Su huida tenía que parecer natural. Lo que hicimos fue suministrar la hora, el lugar y la oportunidad, la materia prima, por así decirlo. El resto era cosa de usted —contestó Hansu.

—Entonces... ¿cómo me encontraron sus hombres?

—Por los informes que usted buscó en los archivos. Aquella combinación era una pista: historia de Prime. Antiguos restos del distrito de Prime. La costa. Mapa de Prime... todo pedido al mismo tiempo por una sola persona. Así que enviamos a los muchachos para que le buscaran a usted.

Kana se dejó caer en un banco sin haber sido invitado a sentarse. Aquello iba un poco demasiado de prisa para él. Fácil... lógico... Pero todo lo que Hansu había dicho significaba una gran red de vigilancia y una organización que funcionaba de un modo perfecto. ¿De qué clase y con qué propósito?

—¿Y lo de trabajar la tierra? —preguntó.

—¡Oh! Hay bastantes campos de labor y se llevan a ellos a los criminales y a los delincuentes de clase especial —contestó Matthias alegremente—. Sólo que diferimos bastante de los agentes del Control Central tanto en el significado de labor del campo como en el significado de «crimen contra la paz galáctica». Y esos agentes se sorprenderían bastante si visitaran algún campo, excepto los dos o tres que mantenemos para las visitas oficiales. Ahora usted está en lo que se podría llamar «Campo Número Uno», y le presentaremos a usted a una serle de aguerridos rebeldes que trabajan contra el status quo, si usted lo desea. Así que va usted a cumplir la sentencia que se le impuso esta mañana. Sin embargo, no creo que haga usted

ninguna objeción a su destino. Hansu no las ha hecho. ¿O tiene usted alguna profunda y oscura reserva que formular, Trig?

La sonrisa del maestro de espada fue aún más amplia.

—Nada de eso, Matt. Yo permaneceré bajo la férula de usted mientras usted pueda persuadir a los peces gordos de lo que quiera. Tan sólo hubiera deseado estar en posesión de todo el secreto un poco más pronto. Hay un montón de cosas que habría podido hacer... —Acabó en tono jocoso.

—¿Qué hay sobre Kosti y Larsen, señor? ¿Y el resto de la Horda que dejamos en Fronn? —preguntó Kana.

—Kosti y Larsen aterrizaron en el sur y han sido encontrados por nuestros hombres... Los agentes del Control Central no se han enterado de que se encuentran aquí. En cuanto a la Horda... Bien, se tendrá que arreglar algo aquí y allá. Por ahora están seguros entre los Venturi... y creo que podemos establecer un convenio con esos comerciantes. Son de la clase de gente con la que deseamos tener contacto. Sacaremos a la Horda de allí antes de que lleguen esos renegados y los del Control Central. Por otra parte, no podemos aplastar a Device ni decir a gritos todo lo que hemos descubierto sobre los que le apoyan. Pero los Venturi sabrán algo del secreto, así que se enterarán que usted no ha faltado a su palabra. Aquí, en Prime II, tenemos la rara idea de que las promesas se deben mantener a todo trance, si ello es humanamente posible.

Kana sintió como si le hubieran subido al espacio sin necesidad de emplear una nave. Sin embargo, si alguien le hubiese explicado todo desde el principio y con palabras lo suficientemente sencillas para que su confusa mente las entendiera, se hubiese sentido más feliz.

—Le gustaría a usted enterarse de algunos hechos, ¿no es verdad? —dijo el jefe Matthias, que parecía haber leído sus pensamientos—. Bien, todo esto no es tan sencillo como para poder ser explicado en un par de frases. Todo el proyecto se remonta a nuestro pasado... a hace trescientos años. Si usted pregunta a uno de Arturo o a un procyano lo que piensa de un terrestre, él le hará un crudo retrato de un bárbaro de escasa inteligencia. Esto es nuestra pantalla desde hace tiempo. Así que nosotros hemos fingido ser rudos salvajes de limitada inteligencia. Esto halaga el ego del enemigo y a nosotros no nos molesta en absoluto.

»En realidad, la Tierra, durante lo menos doscientos cincuenta años, ha sido como mi mundo doble... aunque este hecho es conocido por un número relativamente pequeño de sus habitantes. Una tierra y una ciudad, Prime, se adaptó rápidamente al plan que exigió el Control Central, y forma parte de su Confederación, satisfecha con su papel de ciudadanía de tercera clase.

»Pero hace cien años un transporte de tropa de cada veinte que partían de aquí no era un transporte de tropa, sino un transporte de pioneros. Hombres y mujeres seleccionados por sus cualidades físicas y mentales, tipos dignos de sobrevivir, partieron profundamente dormidos para establecerse en planetas que nuestros mercenarios habían explorado. En algunos de esos mundos las razas nativas estaban en decadencia, de modo que la civilización había casi desaparecido y se encontraba casi extinguida. En otros, los nativos eran poco inteligentes o bien tenían razas dominantes, jóvenes, vigorosas y humanoides con las que podíamos cruzarnos. Existen incluso razones para pensar que esas razas de que le hablo puedan ser descendientes de los pasajeros de esas naves del espacio legendarias que abandonaron este mundo durante las guerras atómicas... aunque esa gente ha olvidado desde hace tiempo su origen.

»Así que los terrestres se hallan secretamente en casi un millar de mundos. En treinta de ellos nuestras colonias no pudieron enraizar, pues las enfermedades nativas, los climas adversos y las formas de vida malignas acabaron con ellos. En seis más están aún luchando en una guerra para lograr la supervivencia. En el resto florecen y se desarrollan.

»El Control Central ha observado una disminución de la natalidad en nuestro planeta, así que nuestra raza, que debía de haber aumentado su natalidad, parece estar en decadencia. Ellos creen que esto es debido a sus sabios planes del pasado, y que al actuar como mercenarios nos estamos desangrando. Sólo recientemente se han oído algo de lo que realmente está sucediendo. Pueden haber o no descubierto que los combatientes terrestres, casi siempre alquilados para prestar servicios en diferentes planetas, saben que existen colonias escondidas de su propia especie... y que nuestras listas de bajas citan a hombres que se han quedado en esos mundos en lugar de regresar con la Horda o

Legión que vuelve a su base.

»En suma, que estamos dejando la Tierra para ir a las estrellas, tal como planeamos desde nuestro primer vuelo galáctico. Pero el Control Central sospecha esto y actúa contra nosotros. No tardará en descubrir que lleva un retraso de quizás diez generaciones. No puede actuar contra colonias de casi un millar de mundos diferentes, no puede hacerlo si quiere continuar manteniendo su máscara de justicia, máscara que le es necesaria si quiere seguir manteniendo intacto su equilibrio del poder, cuidadosamente guardado».

—Olvida usted a nuestros aliados —hizo notar Kana.

—El hombre educado para el campo de batalla hace bien en corregir al hombre educado para el trabajo de mesa escritorio de su planeta —concedió Matthias—. Sí, otras razas jóvenes y vigorosas se hallan bajo la misma prohibición contra la exploración y la colonización con que el Control Central nos abruma. Cuando esas razas se enteraron de lo que estábamos llevando a cabo —por lo general, nuestros hombres de enlace les pusieron al corriente con todo detalle—, copiaron nuestros métodos. Eso que ha sucedido en Fronn... el intento de echar la culpa a una Horda fuera de la ley de una matanza de patrulleros... el ataque a traición contra Yorke y sus oficiales... es un golpe dirigido contra nosotros, y tal vez podamos hablar claramente de ello para que todos se enteren. Si así sucede, no tenemos mucho que temer, ya que en los últimos tiempos nos hemos preparado para una eventualidad como ésta y estamos mejor organizados, para hacerlo saber, de lo que sospechan... La mayoría de sus planes no pueden soportar la luz del día.

Matthias hizo un ademán a Hansu como pidiéndole que continuara.

—Mientras tanto, las operaciones proseguirán como de costumbre, tanto aquí como en el espacio. Y como hombre de enlace, usted realizará una buena labor, tal como decía la sentencia.

Kana comprendió todo al fin.

—Acepto esa sentencia de buena gana, señor —dijo—. ¿Cuándo y dónde tengo que empezar?

Hansu llegó hasta la pared y descolgó el mapa que colgaba allí... y toda la Galaxia se extendió ante sus ojos.

—Han intentado tener una guardia estelar y han fracasado —
dijo Hansu—. Ninguna raza y ninguna especie tiene derecho a hacer
eso. ¡Jamás lo tendrá! Tiene usted un amplio campo de operaciones
donde escoger, hijo. ¡Todo el espacio está libre!

FIN